This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

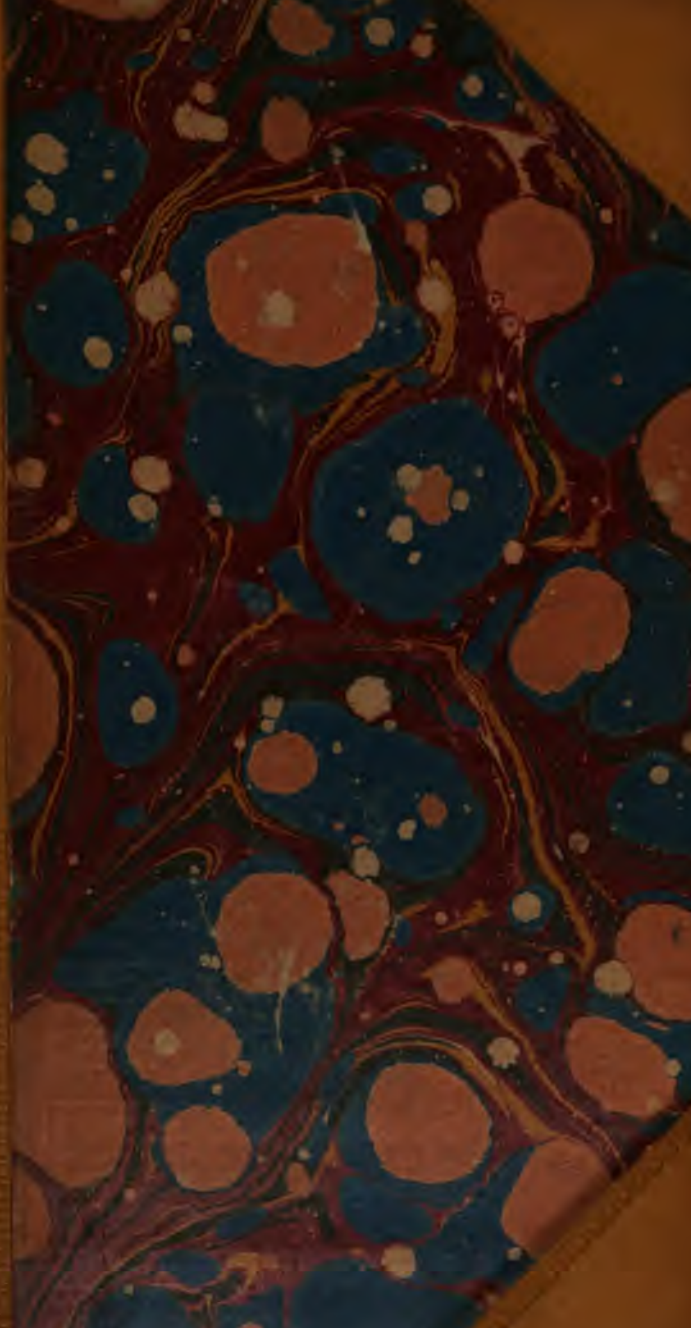
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



54. c. 6a

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXXII.

UN VERANO EN BORNOS.

COSA CUMPLIDA... SOLO EN LA OTRA VIDA.

LADY VIRGINIA.

TRES NOVELAS ORIGINALES

POR

FERNAN CABALLERO.

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.
—
1873.

54. c. 6ª

A LAS SEÑORITAS

DOÑA ENRIQUETA Y DOÑA FRASQUITA DE MORA.

Al intentar, aunque no sé si lo habré logrado, pintar á dos jóvenes tan cultas como bondadosas, modestas sin afectacion, dignas sin altivez, entendidas y sencillas, instruidas é inocentes, hijas amantes y respetuosas, hermanas tiernas y unidas, he buscado, para dedicar mi obrita, personas que reuniesen iguales circunstancias y méritos, y por eso á Ustedes se la dedico. Aunque de tan escaso valor y de fecha atrasada, pues hay cuatro años que está escrita, espero que la indulgencia de Ustedes acogerá con agrado su dedicatoria, por ser esta una muestra de aprecio, de simpatía y de admiracion á sus personas.

FERNAN CABALLERO.

ÍNDICE.

Pág.

UN VERANO EN BORNOS.

CARTA I. Serafina Villalprado á Luisa Tapia 1
CARTA II. Luisa Tapia á Serafina Villalprado 4
CARTA III. Primitiva Villalprado á Teresa Tapia 6
CARTA IV. Carlos Peñareal á Félix de Vea 10
CARTA V. Serafina á Luisa 15
CARTA VI. Luisa Tapia á Serafina Villalprado 21
CARTA VII. Primitiva á Teresa 26
CARTA VIII. Serafina Villalprado á Luisa Tapia 33
CARTA IX. Cárlos Peñareal á Félix de Vea 41
CARTA X. Félix de Vea á Cárlos Peñareal 43
CARTA XI. Cárlos Peñareal á Félix de Vea 47
CARTA XII. Serafina á Luisa 58
CARTA XIII. Luisa Tapia á Félix de Vea 63
CARTA XIV. Félix de Vea á su prima Luisa 66
CARTA XV. Alejandro Fuertes á su íntimo amigo el conde de Buena-Vista 72
CARTA XVI. Fanchetta Fuente-Rica á Alina Muguet 75
CARTA XVII. Félix de Vea á Luisa Tapia 76
CARTA XVIII. Cárlos Peñareal á Félix de Vea 78
CARTA XIX. Alejandro al conde de Buena-Vista 82
CARTA XX. El conde de Buena-Vista á Alejandro Fuertes 84
CARTA XXI. Primitiva á Teresa 88
CARTA XXII. Alejandro Fuertes al conde de Buena-Vista 91
CARTA XXIII. Cárlos á Félix 93
CARTA XXIV. Serafina á Luisa 95
CARTA XXV. Félix de Vea á Luisa Tapia 97
CARTA XXVI. Félix de Vea á Luisa Tapia 99
CARTA XXVII. Serafina Villalprado á Luisa Tapia 106
CARTA XXVIII. Primitiva á Teresa 113

Pág.

CARTA XXIX. Doña Mariana la Riva de Villalprado á su Hermana María, Monja Descalza 117
CARTA XXX. Al lector de esta novela 118

COSA CUMPLIDA . . . SOLO EN LA OTRA VIDA.

DIÁLOGO PRIMERO. El Albañil 121
DIÁLOGO SEGUNDO. El Marinero 137
DIÁLOGO TERCERO. El sochantre de Lugar 150
DIÁLOGO CUARTO. El general 189
DIÁLOGO QUINTO. El quinto 203
DIÁLOGO SEXTO. Un tio en América 214

LADY VIRGINIA.

LADY VIRGINIA. Novela 247
EPÍLOGO 285

UN VERANO EN BORNOS.

NOVELA DE COSTUMBRES.

Lo que debemos pedir á los eventos de cada dia, no son *sensaciones*, sino *enseñanza*. ANÓNIMO.

En el Magasin Pittoresque.

CARTA I.

SERAFINA VILLALPRADO Á LUISA TAPIA.

Bornos, 15 de junio de 1850.

Hemos llegado con felicidad. Tú que eres fina y distinguida en palabras, pensamientos y obras, tú que encumbrarias gustosa la elegancia á una semi-virtud, como lo hacen los ingleses tocante al aseo, hallarás este vulgar y trillado encabezamiento muy poco digno de una carta dirigida á tí; pero es lo cierto que mudarias de parecer y lo encontrarias tan importante como un artículo de fondo, si nos hubieses acompañado en nuestro viaje. Desde Jérez hemos recorrido siete leguas por un suelo pedregoso, cortado por profundos barrancos, y atravesado campos despoblados, sin hallar ni aun una venta en que pedir un vaso de agua, y teniendo que pasar por entre toradas bravas y amenazadoras. Y aun mejor lo comprenderias si unido á todos estos motivos de angustias, tuvieses, como yo, la debilidad de tener miedo en coche, y la desgracia de sentir una dolorosa, profunda y vehemente lástima á los pobres animales que nos sirven, y á los que tan inicuamente paga el hombre sus servicios, ya por el bárbaro trato que les da, ya por el cruel abuso que hace de sus fuerzas.

No quiero ni aun recordar lo que sufrieron los pobres caballos que arrastraban la pesada berlina. Destroza mi

corazon é indigna mi razon el cinismo de crueldad que sin freno alguno se enseñorea en España, sin que se le ponga mas cortapisa que algunas gacetillas en los periódicos, en las que nadie pára la atencion, porque lo bueno tiene la desgracia de pasar siempre desapercibido. Yo, Luisa, que tanto medito sobre este escándalo, y veo que tantos gobiernos como se suceden, nada han hecho ni hacen en este ramo de verdadera y bien entendida civilizacion, no he podido hallar mas medio de imbuir sentimientos de humanidad al vulgo, y de atajar poco á poco este arraigado barbarismo, que el que se inculcase desde el púlpito la caridad, extensiva á todo ser á quien Dios dió la vida y con ella la facultad de padecer. Solo bajando de esa santa cátedra tiene la palabra del hombre esa fuerza moral, ese poder de conviccion contra el que en vano lucharán todas las demas cátedras que no cubre con sus alas el Espíritu Santo. Puede ser que lo que digo sea un despropósito, y hasta una irreverencia; pero Dios sabe que si yerro es por exceso de lástima, y así se me debe perdonar. La lástima es el amor mas puro. Pero dejemos la cuestion de la suerte de los animales, que tanto preocupa mi corazon, y que es tan trascendental, que la aparto de mi inteligencia, porque á veces la confunde: ¡sufrimiento inmerecido y sin compensacion! ¡la antítesis de lo que la justicia y la misericordia divina ha establecido! es un absurdo en la esfera de las ideas, una monstruosidad en la de los sentimientos, y no puede ser cosa permitida ni religiosa ni moralmente.

Vengamos á Bornos, esto es, al oásis despues del desierto, puesto que tanto tú como nuestra querida aya Carolina de Meridal, han deseado que lo describa detalladamente. No vayas á creer que estamos metidas entre breñales, alcornoques y lobos; no. Bornos es un serrano culto y ataviado, que pasando aun sus piés entre las doradas mieses del llano, corona ya su cabeza con las hojas de la verde encina y con la rosada adelfa de las montañas. No se ostenta anticipadamente como curioso ó deseoso de ser visto; el viajero al acercarse, tiene que bajar la vista para mirarle. Vense allí montes de todos tamaños, á todas distancias y en todas direcciones. Uno de estos montes, romo, escueto y de poca altura, se alza y prolonga á la derecha del pueblo, y lo se-

para de Arcos y su término, como un muro colosal, viejo, pero indestructible. Al frente y á la izquierda del pueblo, vuelve á bajar el terreno hasta que forma un cómodo cauce al Guadalete, volviendo despues á empinarse, como si tirase de él el San Cristóbal, picacho que se encasqueta la sierra como un gorro griego. Engalánase el encumbrado gigante de tintes ya morados, ya oscuros, blancos ó rosados, segun place al sol, ó bien se envuelve en nubes como Júpiter, para ocultarse á la vista de los mortales; y es tal su altura, que puede decírsele con Monroy:

Pirámide inmortal del horizonte,
Tan alto que sus huellas
Dejan en él impresas las estrellas;
Tan alto, que la nube mas volante
De corona le sirve ó de turbante.

Este pueblo es muy lindo y tiene un indisputable *aire señorito* (así traduzco el *comme il faut* frances). Se deja ver que la esplendidez con que Cádiz en otros tiempos esparcia, y aun tiraba el dinero, lo hizo llegar hasta este apartado lugar, al que vendrian aquellos millonarios que sabian serlo, á buscar el bienestar y la salud que procuran sus aires puros, sus hermosas aguas y los baños de su rio, suaves y tónicos á un tiempo, por afluir á él en estas cercanías algunas fuentes minerales. Vense aquí muy buenas casas, conventos é iglesias. A mí me ha sentado muy bien; mis insomnios son ménos, y mi desgana igualmente: los baños, sobre todo, han calmado mis nervios y desterrado mi dolor convulsivo de estómago; he embarnecido, he perdido la palidez romántica y el aire lánguido que han inspirado tantas composiciones en el mismo género á nuestro poeta Efigenio; díle, pues, que quite el bemol á su canto y el pedal á su arpa, para cantar los favores con que me han obsequiado las Náyadas y los Céfiros de Bornos. ¡Ay Luisa!... si no fuese por la inquietud en que estoy por los riesgos á que están expuestos los que forman parte de la expedicion de Roma, qué temporada tan grata y tan simpática á todo mi ser, pasaria aquí!

Hoy por fin desues de mucho tiempo, he tenido carta,

suya; nada habla en ella de volver; ¡hace cuatro años que está ausente; pero le ocupa la *gloria* mucho mas que su amor á su prometida. Luisa, díme, ¿qué es gloria? ¿es la faja de general? ¿es una cruz? ¿es la fama? ¿es que de nosotros se hable despues de muertos? Nada de eso me parece de gran valor, ni que merezca tan retumbante dictado. ¿Será que el sentido de esa palabra sea tan masculino, que no lo pueden apreciar nuestros alcances femeninos? ¿ó será más bien que hay asuntos morales, como hay objetos materiales, que no pueden considerarse microscópicamente sin perder su prestigio y parecer otros? Prefiero la estimacion á la gloria, Luisa. Esta no puede sostenerse sin la primera; pero la estimacion no necesita de la gloria para realzar al que la merece; al contrario, suele deslustrar su frescura, como lo hace el sol con las flores que alumbra. No le acuses al poeta ni le repitas esta mi opinion, que tú llamarás, como sueles hacerlo, una de mis ideas violetas, sin altura, sin garbo y sin brillo. Ten presente que la gloria es mi rival afortunada, que me roba hace ya cuatro años al que ha sido el amigo de mi infancia, al que es el amado de mi juventud y al que será el compañero de toda mi vida, y disculparás que mire á esa competidora con muy poca simpatía.

SERAFINA.

CARTA II.

LUISA TAPIA Á SERAFINA VILLALPRADO.

Cádiz, 20 de junio.

¿Con que ese lindo Bornos, rodeado de montes como de una guardia de honor, ha borrado á tal punto tus nociones sobre las cosas que privan en la palestra del mundo, que me preguntas: «¿qué es gloria?» ¡Vive Dios! tal pregunta en la boca de una futura nuera de Marte, no la disculpa ni aun el hacerla en la montaña. He querido satisfacer tu pregunta

á renglon seguido; pero como muchas cosas que nos enutsiasman y extasían, al quererlas definir, se escapan á la torpeza de nuestro análisis, como agua entre las manos, me hallé que como no conozco á esa gran señora sino de oídas, no podia describírtela exactamente. Por lo cual he dicho al poeta que te la defina; y él con tal motivo está en conciliábulo con las nueve hermanas, para darte una respuesta que esté á la altura y sea digna de la pregunta: por mí no puedo decirte otra cosa, sino que cifro la gloria mia en tu amistad, mi Serafina.

Dices que tienes una rival en la gloria, y yo á mi vez me devano los sesos para descubrir cuál será el rival que tiene Alejandro, porque estoy persuadida que le tiene. ¿A qué novia léjos de su prometido, y sabiéndolo en peligro que es otro ítem mas, se le abre el apetito, — lo que es una vergüenza; engorda, — lo que es una ignominia; — trueca los jazmines de su rostro en rosas, — lo que es un contraamor; — duerme, — lo que es un prosaismo de ochenta navidades; — y está tan contenta, — lo que es un *sarcasmo* (esta palabra está de moda; me muero por ella; Síñigo*) hace unos caramelos *á lo sarcástico* que despacha á millares).

Repito que estoy persuadida de que Alejandro tiene un rival; no sé si será ese San Cristóbal que se va á conversacion con las nubes, ese Júpiter, como tú le llamas, que continuamente estrena vestidos de diferentes colores para agradarte. Si no es él, es de cierto la nieve que lo cubre, que se refleja en tu corazon como en un espejo, porque ello es, que tu amor es un manso rio con poca corriente, como el Guadalete de tu valle; es un cielo muy despejado sin la mas mínima tormenta, como el que cobija ese suelo; una flor sin colores ni matices, como la azucena. Te pronostico que no brillarás entre las Eloïsas, Safos, Medéas y Armidas.

Tengo un repertorio de chismes y de noticias de modas, con las que poder dar un gran interes á mi carta; pero como me temo que con tu prematura formalidad no las leas, no quiero escribir chismes ni describir modas para el obispo. Una sola cosa te diré, porque es la que mas ocupa á Cádiz hoy; no

*) Confitero afamado de Cádiz.

es el camino de hierro, ni la franquicia de puerto; es la llegada de mi primo Félix de Vea, que despues de haber viajado mucho tiempo, viene á recoger la pingüe herencia que le dejó su padre. Es ciertamente un jóven completo, y lo que mas agrada en él, es que al adquirir en sus viajes buen trato, mundo, ilustracion y saber, nada ha perdido de su gracia y naturalidad española. Y puedes creer que no dicta estas palabras el cariño que le tengo, sino la justicia: se le lleva en palmas; no se habla en todas partes sino de Félix de Vea: le he pronosticado que veremos su traslado en los abanicos de calaña, que es el apogeo del aura popular.

Mi hermana Teresa, que tiene, como sabes, una desgraciada propension á picarse, lo está mucho con Primitiva porque no le ha escrito; díselo para que enmiende su yerro, y que sea una carta suya un tafetan inglés sobre esta herida. A Dios: háblame de la casa que vivís, de lo que haceis; y díme si teneis ahí con quien tratar, y tu madre con quien jugar al tresillo: deseo que no, para que os volvais cuanto ántes.

LUISA.

CARTA III.

PRIMITIVA VILLALPRADO Á TERESA TAPIA.

Bornos 25 de junio.

Me ha leido Serafina lo que le escribe Luisa sobre estar tú muy picada conmigo porque no te he escrito: es este un pique inmotivado é intempestivo. Antes de venirnos te advertí en un aparte que tuvimos en el balcon, metidas entre las macetas de pinos, como los ladrones entre los pinos de los pinares, que el mayor encanto que tenia para mí el viaje que íbamos á emprender, era proporcionarme un completo divorcio con lecciones, plumas, mapas y libros, tiranos de

que he sido víctima desde mi mas tierna infancia, gracias á nuestra aya Carolina de Meridal, á quien á pesar de eso, quiero de todo mi corazon; esto se llama anomalía (no olvides esta palabra que es muy distinguida). Te dije, — y si no me crees, pregúntaselo á los pinos que no lo habrán olvidado, — que me prometia gozar ampliamente de la recientemente canonizada libertad y de las delicias campestres. Veinte dias he disfrutado de ambas excelencias; las plumas han dormido como marmotas sin sus feísimas caretas negras; el papel ha rivalizado en tersa blancura con las azucenas; yo he hecho lo que he querido, como los pájaros; cuando ha venido tu pique á interrumpir y dar en tierra con nuestro dulce *farniente*. Ahora te advertiré como mayor que soy (pues no ignoras que tengo diez y siete años, siendo así que tú apénas has cumplido los diez y seis), que Carolina de Meridal dice que el picarse no es solamente señal de tontería, sino tambien de amor propio; y yo añadiré con franqueza, — que es una virtud *primitiva*, y por consiguiente me está identificada, — que el picarte te sienta muy mal á la cara. Cuando estás picada, tus ojos parecen dos faroles de los que habia ántes que se hubiese introducido el gas: tu boca un acento circunflejo, y todo tu talante el de una muñeca de goznes; pierdes ciento por ciento. He dicho.

Voy, pues, á escribirte; pero ten entendido que no me mueve á hacerlo tu pique, el que no me ha hecho gracia ninguna, pero sí el obedecer á Carolina de Meridal que me lo encargó para adiestrarme á expresar mis ideas sobre el papel; aunque á la verdad, me parece que mis ideas no merecen semejante trabajo. Lo haré porque considero que tiene razon Carolina cuando dice que tendré precisamente que escribir cartas en el transcurso de mi vida; y como una carta no se puede escribir como el poeta Efigenio confecciona sus versos, esto es, sin ideas, sean estas buenas ó malas, salgan de adentro ó préstenlas los objetos que nos rodean; ello es, que es preciso aprender á expresarlas por escrito, claritas, con lógica y sin faltas de ortografía.

Despues de esta previa introduccion, empezaré mi carta por lo primero, y no por lo último, como me gusta empezar los libros.

Bornos me agrada mucho: es alegre como un cascabel,

florido como un jardin, y lo riega la sierra con sus aguas, con el mismo esmero que tú tus macetas de adelfa. Nos ha sentado muy bien á todos, y en adelante no podrá Efi (omito el genio por abreviar), llamar á mi hermana Serafina *Cerafina*, porque ha adquirido un color como una rosa, y no parece ya poderse quebrar de un soplo. Mi madre está contenta, porque tiene su partida de tresillo. Juegan con ella tres individuos que la suerte ha reunido en Bornos para mi solaz y mi alegría. Si fuese reina, los hacia mis pajes para tenerlos siempre á mi lado, y preservarme así de toda melancolía, *spleen*, tristeza, hipocondría, *diablos azules*, *saudades*, humor negro y demas ictericias morales, indígenas ó exóticas.

El primero es un hijo de Esculapio, un viejecito que parece hecho de alambre, que lleva una peluquita de pelo rubio, lacio y corto, el que se llama D. Pio Mate; aunque este apellido no tiene acento sobre la é, yo se lo he colocado por tener el gusto de repetirle todos los dias que su apellido, puesto en el epitafio que ha de eternizar su memoria, no le recomendará como médico á las generaciones futuras. No querrás creerme cuando te diga que su peso es tan leve que un dia que soplaba recio, se le llevó el viento; pero te convencerá de este hecho el saber que desde entónces nadie le nombra en el pueblo sino D. Pio Viento. Como es todo espíritu, se exalta con facilidad, y esto sucede cada vez que se habla de Broussais, de la hidropatía, y sobre todo de la homeopatía; en nombrando al doctor Hahnemann se pone fuera de sí. Para él no hay sino tres medicamentos: quina en polvo, quina en infusion y quina en píldora.

El segundo es un administrador no sé de qué renta, ramo, contribucion, caudal ó cosa que necesita administrarse. Tampoco sé decirte, porque no me ha interesado averiguarlo, si está en ejercicio, si vacante, si separado, si en *disponibilidad*, si cesante ó si jubilado; lo que está de cierto, es *de sobra*. Este señor es de muy pocas palabras, no porque le falte amabilidad, sino porque le faltan ellas: resulta de esto, que suele acabar las frases que ha empezado, con una porcion de inofensivos y prudentes etcéteras, que empiezan rápidamente y recio, y van bajando al piano, pianino, pianísimo. Tiene un vientre y una nariz muy respetables, si es

que se respetan las cosas por su tamaño, trae siempre puesto un frac negro, que es con alguna que otra estatua romana mutilada, las antigüedades de que se envanece Bornos. Miéntras no juega, no sabe qué hacer con sus manos, y las cruza sobre el vientre, haciendo dar vueltas á sus dedos pulgares, alrededor el uno del otro; se llama D. Bonoso Rincon.

El tercer tresillista es el comandante de armas, ex-alabardero de la Reina María Luisa, que segun dice, le queria mucho, y le llamaba *el buen mozo*: por ahí podrás apreciar el grado de jactancia, la manera de mentir y de ponderar del comandante D. Cristóbal Tamaño. Te diré cómo define el tio Miguel, jardinero y casero de esta casa, que es un viejecito muy chusco, á estas tres notabilidades.

— Señorita, dice, el comandante cuando resuella, parece que no cabe en el mundo; pero no es de paño fino, y á lo mejor descubre la trama. Los *pináculos**) dicen siempre á la corta ó á la larga, que «han comido con cuchara de palo.» De D. Pio dice que tiene mas *sencia* que cuerpo, pero que es como el Padre Peña, que leia siempre en el mismo misal; y de D. Bonoso, que es bueno para colacion, porque no es ni carne ni pescado, ni es zorra ni lobo, y no arrima ni bochea.

Tambien te pintará sus caractéres la manera que tiene cada cual de nombrarme; D. Pio, á lo viejo, me llama *niña*; D. Bonoso, respetuosamente *señorita*; y el comandante, á uso del mundo, me llama *Primitivita*.

Ya estás, pues, al corriente de cuanto nos rodea; sabes lo que es Bornos y nuestros tertulianos. He escrito tanto, que mi pluma me pide alafia, y el papel, misericordia; mas espero haberte despicado; con lo que volverán á brillar tus gracias, tu hermosura y tu buena educacion, que eclipsan lastimosamente tus piques.

En mi amistad hácia tí no hay eclipses; es inalterable

*) *Pinos* se suelen llamar en los cuerpos facultativos del ejército á los oficiales que no son de aquella clase, y ascendieron desde soldados. De pino se ha derivado aquí *pináculo*, con la misma ó análoga significacion.

N. del E.

como un brillante. ¿Qué oigo?...¡las campanas que despiden el dia tocando la oracion! La tarde se me ha ido en pluma de hierro. El ángel del Señor anunció á María!...

CARTA IV.

CARLOS PEÑAREAL Á FÉLIX DE VEA.

Bornos, 24 de junio.

He recibido tu carta, y te diré como Balzac: hállome feliz en saber que echas una mirada amiga sobre mi existencia, á la vez florida y desierta. No podrás creer tú, que vives en la mas fastuosa disipacion, que cuando leia tu amistosa carta en la que te condueles de mi suerte, me hallaba contento en este silencioso albergue, que cobija el cielo mas brillante, que alegra el canto de los pájaros, y al que dan las flores que cultivo, la mas genuina elegancia y el ambiente mas embalsamado. En el gran naufragio de mi existencia, he salvado dos tesoros, Félix; la pureza de mi conciencia y la paz de mi alma; y con estos tesoros no se puede ser infeliz. Dios es tan benéfico, que nunca prueba á sus hijos en el infortunio, sin que le acompañe una compensacion como alivio, y á fin de que no hubiese dolor sin consuelo, creó el perdon, para que enjugase las amargas lágrimas del arrepentimiento.

Es cierto, querido amigo, que el Señor ha asentado su mano sobre nuestra estirpe. He visto morir á mis dos hermanos en la gran lucha de principios que volvió á teñir de sangre el suelo aun húmedo por la vertida al expulsar las poderosas huestes del gran usurpador; he visto bajar en la flor de su vida á la tumba á esos dos héroes, sin que la señale un epitafio que recuerde su nombre ilustre, ni una cruz que atestigüe que eran cristianos! Mi madre y dos hermanas pequeñas murieron en el cólera, sin que cerrasen sus

ojos las manos de un padre, de un hermano ó de un marido. Vi extinguirse á mi padre en el destierro, repitiendo hasta su último aliento con la firmeza de la fe, pero sin la soberbia de la jactancia: «no transige la conciencia!»; y cuando yo, pobre peregrino, volví á la abandonada heredad que nos legaron nuestros antecesores, no hallé sino ruinas! Solo y aislado entre estas como quedaria la última columna de un palacio devorado por las llamas, ¿qué puedo hacer sino esperar tranquilo á que el tiempo me acueste al lado de las otras, y que cual la yedra á ellas, el olvido nos haga desaparecer á todos para siempre?!!

No consideres estas palabras inspiradas por la melancolía, que es una debilidad del corazon; míralas como dictadas por la conformidad, que es una fuerte hija del alma. Así sucede que vivo tranquilo, porque en mi sentir hay mas satisfaccion para el hombre en haber empleado sus fuerzas segun su conciencia, que en el goce de las ventajas materiales que hayan podido proporcionarle. Bernardino de Saint-Pierre ha dicho: «La continencia y la temperancia del hombre, aseguran su salud; el desprecio de la vanagloria y de las riquezas, su reposo; y la confianza en Dios su valor.» En vista de que mis recuerdos no despiertan en mi corazon como reflejo de lo pasado sino amarguras; puesto que mi agitada existencia ha pasado sin goces, como un rosal con hojarascas y espinas, que se seca sin florecer, nada deseo ni nada echo de ménos, y dice el sabio pueblo, que todo lo tiene el que nada desea.

No esperes, pues, convencerme con las razones que te dicte tu amistad y la parcialidad que tienes por mí, á que me ofrezca al gobierno para que me coloque en el puesto que crees debo ocupar en nuestra patria, entrando así en la gran palestra de la vida activa. No hallo placer, necesidad ni ventajas en lo que en vuestro lenguaje del dia se llama *figurar*, y hallo mas dulce y encumbrada satisfaccion en la independencia, que es la mas noble aristocracia personal. Dice Confucio: «Subí á la montaña de Tam-Sam, y el reino de Sú me pareció pequeño; subí al monte de Tai-Sam que es mas elevado aun; vi el imperio, y me pareció pequeño! Así sucede al cuerdo; que miéntras mas se eleva, mas pequeños le parecen los bienes de la tierra.»

Colígese por cuanto me dices, que crees á la superioridad incompatible con una pobre y modesta posicion, á la cual hace odiosa é insoportable; al contrario, la superioridad traida á un pequeño y oscuro círculo de accion, no lo desprestigia sino que es una joya que lo ameniza y enriquece. Y no pienses que digo esto con intencion de remedar á un Cincinato filósofo; soy sencillamente el último Peñareal, que viene á morir en la cuna de su raza, como muere la última hoja de un árbol al pié del tronco de que nació.

Ademas, no me creas pobre; paso aquí por un hombre bien acomodado; todo es respectivo! Aunque te escribí que á causa del abandono de mis antecesores y por la dilapidacion de un infiel administrador, lo solo que de mi caudal hallé existente fué la arruinada casa solariega, un olivar que estaba perdido, y una huerta tan bella como improductiva; he arrendado las tierras que fueron olivar, y que me dan mi renta mas lucida, consistente en dos mil reales; y con el producto que rindieron el resto de los perdidos olivos, reparé cómodamente la casa de la huerta en que vivo. Ramon y yo la cultivamos, y este me vende á un precio fabuloso sus productos; él quisiera, — aunque no me lo dice, porque es de pocas palabras, — que cada naranja se volviese una onza, y cada damasco un doblon.

Como ves, tengo lo suficiente, y te agradezco tu generosa oferta de anticiparme el dinero que necesitaria para sostener los pleitos, que son el solo medio de recuperar mi usurpado caudal. . Nunca he tomado prestado; tanto que para enterrar á mi padre vendí el retrato de mi madre! Félix, la humillacion de la pobreza no existe miéntras no la estereotipa vergonzosamente la deuda.

¡Cuántas gracias tengo que darte por la remesa de publicaciones nuevas que me has traido de Paris! mucho bueno hay entre ellas, pero..... ¡cuánto fárrago! Y no he podido ménos de hacer la reflexion de que nada de lo bueno es conocido aquí en nuestro país, y sí todo lo malo, que hasta traducido está; así he exclamado con Zorrilla:

Un viento extranjero, en libros,
y pinturas y diarios

pensamientos incendiarios
nos traia sin cesar:
y sus átomos lanzados
por campiñas y ciudades,
un germen de novedades
no cesaban de sembrar.

Has completado en Cádiz la remesa que ha venido á enriquecer mi ya lucida librería, la que con el retrato de mi padre se ostenta en la pieza de gala de mi casa. Esta pieza... pero nada te diré del nido que me he labrado, porque quiero dejarte por completo el placer de la sorpresa cuando me hagas tu prometida visita. Solo te diré que en esta pieza paso los ratos mas suavemente apacibles y tranquilamente entretenidos. En ella, y sentado en un rústico pero cómodo sillon, paso tardes de indefinible bienestar. El trabajo da una dulzura al reposo, que no llega á comprender el que no se cansa. Soy un gran floricultor, y poseo una rara coleccion de flores, las que todas me sonríen ante mi ventana, y al soplo de la brisa parecen saludar á su bienhechor. Por la abierta ventana se entran las enredaderas que he plantado, y me presentan sus flores, como una madre á sus hijas; algun jazmin curioso se apoya en mi hombro para leer á la par mia las poesías que celebran su encumbrada jerarquía; ante mí mece una madreselva una de sus flores como un incensario.

Si alzo la vista, el sol que se inclina á espaldas de mi huerta, lanza de frente sus rayos sobre los montes, pero no alcanzan á iluminar la vega, en que aparecen en una suave media tinta el rio escoltado por sus adelfas, y las amarillas mieses, entre las que se mueven los segadores: mas allá se agitan y susurran las verdes cañas, que por mas que se apiñan, no llegan á resistir al menor impulso del viento; á la derecha métese el rio por entre dos montes que le oprimen como un embudo, hasta que llegan á encontrarse, pero no se unen, para dejar un paso á las aguas, el que es tan estrecho, que lleva por nombre la Angostura, y por esta pasa el rio como una hebra de hilo de plata por el ojo de una aguja; al pié del monte, escondidos entre naranjos y árboles frutales, algunos molinos le aguardan traidoramente

como alguaciles, para prender sus aguas y azotarlas sin piedad. Esta vista, tan hermosa como apaciblemente alegre, dilata mi alma y me sonríe suavemente, como resplandece la luz de la luna. Estos encantos de la naturaleza son tan ciertos, tan naturales y simpáticos á las sensaciones primitivas del hombre, que no podrán nunca los goces ficticios de vuestros apiñados y ahogados centros de poblacion, extinguir su encanto ni excederlo.

Cuando la puesta del sol derrama su vivificante frescura, salgo á dar un paseo á la orilla del rio, en el que mi fiel Triton, mi perro de Terranova, se solaza con las delicias del baño. Cuando vuelvo, hallo mis flores regadas, ó bien (segun la estacion) mi chimenea encendida y mi frugal cena preparada por Ramon. ¿Pero tú sabes quién es Ramon? Ramon es un navarro, que fué asistente de mi hermano Genaro, y es hoy mi amigo. Nunca nos hablamos, así como no se hablan la mano izquierda y la derecha, que obran de mancomun, y que rige un mismo impulso.

Cuando murió mi pobre hermano, recibió á su lado, y por defenderle, un lanzazo que le atravesó el costado. Hecho prisionero, fué conducido por otros al campamento contrario, en que militaba la brigada inglesa. Ramon sabia la suerte que en aquella infausta guerra estaba reservada á los prisioneros, y era la de ser fusilados; pero ignoraba que aquellas fuerzas eran mandadas por uno de los generales mas caballeros, mas humanos y mas distinguidos de que se gloría el ejército. Ramon pidió que se le permitiese hablarle, lo que este le concedió al punto. Vió entónces este jefe entrar en su tienda á un alto y arrogante mozo, el que con una mano puesta en su bóina, y apretando con la otra una ancha herida en su costado, por la que vertia sangre á borbotones, le dijo con semblante sereno:

— Mi general, vengo en mi nombre y en el de mis compañeros á pedir á Vuecencia una gracia.

— Habla, contestó sorprendido el general.

— Señor, repuso el navarro, quisiéramos ser fusilados por los españoles y no por los ingleses.

— No puedo concederte lo que me pides, contestó admirado y enternecido el general, puesto que no lo vais á ser;

lo que seréis ahora mismo es curados y asistidos, como hombres, como españoles y como valientes que sois.*)

Este es Ramon; el cual, despues de canjeado, se reunió á mi padre, y muerto este, no ha querido abandonarme: ya ves si tengo razon en decir que somos dos manos, una mas fina, otra mas callosa, que impulsa un mismo sentir y una misma voluntad.

Pero con hablarte tanto de mí, y de lo que me rodea, se me olvidaba contestar á la pregunta que me haces, de si hay aquí este año muchas gentes forasteras: me ocupo muy poco de eso; pero creo haber oido al diminuto doctor, señor de vidas y haciendas de aquí, que no han venido mas personas de viso que una señora de Cádiz muy rica, con dos hijas muy lindas.

Expatriado en Paris, ó sepultado en Bornos, siempre es tuyo de corazon

CÁRLOS.

CARTA V.

SERAFINA Á LUISA.

Bornos, 1 de julio.

¿Por no contarme entre las Eloísas, Safos, Armidas y Medéas, no me crees capaz de querer? Bien veo que en esta materia estás aleccionada por nuestro poeta Efigenio. Pero díme, ¿no cuentas como pruebas de amor mi libre

*) Este hermoso sucedido que honra tanto al vencedor como al vencido, ha sido referido al autor por el mismo general que en él actúa, el señor Conde de Clonard. ¿Porqué no cunden, no se repiten, no se escriben y archivan tan hermosos y nobles hechos? ¿Porqué cuando hablamos de nosotros no tenemos sino amargo desden para nuestros contrarios; y para los nuestros sino finchada jactancia, la que empaña el mas puro cristal?

eleccion que se fijó en Alejandro, cuatro años que retirada del trato he pasado en dar culto al recuerdo, y todos mis sentimientos y esperanzas absorbidos por un solo hombre? ¿no es esto querer? ¡Y le dices tú, tú de quien ningun hombre ha podido hacerse amar, tú que has llegado á los veinte y ocho años sin acordarte de las Safos y Medéas, que segun parece son ahora para tí dignos modelos de imitacion! Esto me prueba, Luisa mia, que nadie habla de las cosas con mas énfasis que aquel que ménos las siente!

Aun á riesgo de pasar á tus ojos por una amante de hielo y propia solo para el capitan Franklin, te diré que nuestra estada aquí me es cada dia mas grata. La casa que tenemos es muy buena; habitamos lo bajo que cae al jardin, que es hermoso; coge todo el frente de las habitaciones un emparrado colocado sobre las puertas y ventanas como un quita-luz. En este emparrado se encaraman en union con la parra, un jazmin y una mosqueta, luciendo su gimnástica, y esparciendo sus perfumes en competencia. De noche y de dia es para mí este jardin un lugar de goces y de delicias. Es muy frondoso y rico; tiene naranjas por quita-soles, cipreses por penachos, mirtos por elegancia, bojes por decoro, flores por gala, y por contraste lánguidos sauces, que meditan sobre una alegre fuente que rie. Está poblado de abejas que extraen la miel á las flores y se la llevan sin piedad; de mariposas que las obsequian y adulan sin ajarlas, de lagartos, que todo lo miran con sus grandes ojos; pero sin meterse en nada, y que solo ambicionan un rayo de sol; de oficiosas hormigas que presagiaron y aplauden al siglo XIX; de pájaros picoteros que no dejan meter baza al ruiseñor, de manera que este aguarda el silencio de la noche para cantar sin que lo oigan ni le interrumpan.

A la hora de nuestra tertulia, cuando mi madre se engolfa en su tresillo, me siento debajo del emparrado con los caseros, que son un Filemon y Báucis, que estudio con tanto interes como simpatía. La tia Belica se pinta en estas tres palabras: compostura, bondad y devocion; y el tio Miguel con estas otras: honradez, agudeza y buen sentido. La luz ardiente del reverbero, que parece como precipitarse por la puerta y las ventanas de la sala, pasa por encima de la cabeza del buen anciano cuyas canas platea; ilumina al frente un grupo

de magníficas dálias, y sube hasta el emparrado, al que da diversos tonos de luz en que desaparecen misteriosamente las flores entre las hojas. Escucho entónces con igual placer, ya la alegre y sonora risa de Primitiva y el suave murmullo de la fuente, ya la conversacion de mis buenos ancianos y el lejano cantar de los mozos con sus guitarras, ya los trinos del ruiseñor y el *paso* y *juego* de los tresillistas, y todo me infunde paz y contento. ¡Ay Luisa! ¡cómo desfigura el hombre la felicidad con sus pasiones turbulentas, su insaciable ambicion, y el fantástico é irrealizable ideal que se crea, y que con tanta razon condena Balzac diciendo: «el culto de lo ideal, esa fatal religion humana!» Pero los hombres suelen dividir su vida en dos fases; la mitad la pasan adorando neciamente ese ideal ilusorio que les hastía de todo lo bueno real; y la otra despreciándolo groseramente, anteponiéndole y acatando solo lo que es material y positivo.

Tambien en el sencillo Bornos acontecen aventuras romancescas. La otra tarde paseábamos entrándonos sin recelo de una en otra, en las huertas y naranjales, seguras de ser bien recibidas en todas, y aun regaladas con frutas y flores. Son estos los paseos que prefiero, porque en las huertas, esos jardines rústicos, hallo los emparrados, los azahares, los ruiseñores, las flores, las gallinas, los niños, la sombra y el agua; en fin, todo cuanto encanta en la reunion de lo doméstico y de lo campestre. Llegámos á una que llamó en particular nuestra atencion, por lo esmerado de su cultivo, lo primoroso y lindo de su casa y lo bien entendido de toda su disposicion; sobre todo admirábase allí un verdadero lujo de flores. Enredaderas cubrian de un todo las paredes de la casa, no dejando casi hueco á las ventanas, en cuyos cristales se contemplaban el blanco jazmin, la roja indianilla y el amarillo *durmiente*, como otros tantos vanidosos Narcisos. Las lilas, los mirtos, los mundos, las adelfas rellenas, las celindas y otros arbustos, formaban un círculo delante de la casa, en medio del cual un arriate circular contenia las flores mas raras y delicadas. Enfilando con la habitacion se habian talado los árboles, de manera que ponian á descubierto una hermosa perspectiva que, abrazando la vega, iba á perderse en la magna escalinata de las montañas hasta la remota lontananza en que campea el San Cristóbal.

Cuando mas absortas estábamos contemplando aquel sitio encantador, vino hácia nosotros un magnífico perro de Terranova, y aunque su aspecto no era hostil, mi madre, que teme mucho á los perros, y tiene la idea de que es la rabia su estado normal, se puso á dar voces á un trabajador que á alguna distancia trabajaba, diciendo:

— ¡Buen hombre! ¡buen hombre! ¡por Dios!... llame vd. á ese perro, que nos viene á embestir!

Al oir estas voces el que trabajaba, volvió la cara, y al vernos, acudió presuroso llamando al perro que se puso á su lado, mirándole con una tranquila mirada que parecia decirle: ya sé que no hay cuidado. Pero ¿cuál seria nuestra sorpresa al examinar á este hombre, que aunque en traje de campesino, tenia la figura mas noble y hermosa, y el porte y maneras del mas distinguido caballero? Verdad es que en Andalucía es tan lindo el traje de campesino, que lo visten en el campo los caballeros. Nos saludó con mucha finura y cortesanía, y respondió á las excusas que le hizo mi madre por haber entrado sin autorizacion en su propiedad, inducida á ello por la costumbre establecida aquí, que habria sido tratarle como pária el haberle privado de la satisfaccion que le cabia en que visitásemos su humilde pero florida posesion, y nos instó para que descansásemos en su casa, á la que nos precedió abriendo las puertas y llamando á un criado.

— Vaya, madre, con que va vd. á decir á ese caballero *buen hombre*! dijo Primitiva cuando este se hubo alejado.

— ¿Qué mal hay en eso? respondió madre, ¿es acaso un mal dictado?

— Señora, nadie quiere ser *buen hombre*; ni aun los malos.

— ¿Y tú, por dónde sabes que es un caballero? preguntó mi madre; tiene buena figura y buenos modales, no hay duda; pero podrá haber sido criado de buena casa y haberlos adquirido así; ¿no viste que estaba trabajando?

— Señora, repuso Primitiva, es un caballero; eso salta á la cara como un cigarron, ¿no es verdad, Serafina?

— Ciertamente que á mí me lo parece, contesté.

El desconocido volvió entónces, y nos introdujo en la casa, que aunque pequeña, era tan bonita interior como exteriormente. Subíanse unos escalones para entrar en la

primera pieza, que era grande y entrelarga, y tenia en el fondo una chimenea; dividia esta pieza la casa en dos partes, y servia de sala y de comedor. Tenia por todo mueblaje en medio una gran mesa redonda de pino pintado de verde, y sillas americanas de madera, pintadas igualmente de verde. A la derecha habia dos piezas, la primera que daba al frente de la casa, contenia una rica librería, una mesa de escribir y un sofá, sobre el que estaba colgado el retrato de un hermoso anciano vestido de general. La otra pieza era la alcoba, y tomaba su amortiguada luz de entre árboles que á espaldas de la casa le hacian dosel. A la izquierda, el mismo sitio que ocupan estas dos piezas, era destinado á la cocina y el cuarto del mozo.

Cuando de la librería pasámos al salon grande, hallámos como por encanto la mesa cubierta con lindas cestas de las mas ricas frutas y las mas hermosas flores. Primitiva no pudo contener una exclamacion de sorpresa y alegría.

— Esto parece, dijo, cosa de comedia de magia

Nuestro huésped se echó á reir, y le respondió:

— La naturaleza es la maga, — y añadió señalando á su criado, — y este el maquinista; pero en lo que sí ha intervenido la hada de estos verjeles, es en proporcionar á sus flores un destino que estas hijas del solitario valle no podian nunca esperar.

Yo me habia acodado en la ventana, y contemplaba la hermosa vista que presentaba la naturaleza, como *con amore*, cual un inmenso cuadro, á los que la aman y comprenden.

— Estais distraida, me dijo nuestro huésped, presentándome en una cesta los afamados damascos de Bornos: ¿os gusta el campo? ¿pensais que esto sea bello?

— Pensaba, contesté, que si os encantan como á mí las bellezas campestres, debeis ser aquí el hombre mas feliz del mundo.

— Soy al ménos el mas satisfecho y contento; doy poco valor á lo que se llama felicidades en el mundo.

— Teneis razon, le dije; gloria, riqueza, brillo, pasiones, ardientes especias con que los hombres estimulan la vida, sin hacerla feliz ni buena!

— Verdad es esta, repuso él sonriendo, de que todos están convencidos en teoría, y pocos prueban estarlo en la práctica; y ménos que nadie lo haria una jóven hermosa, para la que, por lo regular, el horizonte de la ilusion no tiene límites.

— Es cierto, contesté; con la diferencia de que pienso que las ilusiones, cuando no son hijas de una loca fantasía, pero sí hijas del corazon, tienen no ilimitados, sino rosados horizontes, en que se realizan la mayor parte de las ilusiones de todas edades, pues se basan en la sencilla poesía de la vida real.

— ¡Ilusiones de toda la vida! exclamó mi interlocutor.

— Sí señor, respondí; y por eso no creo al ruiseñor buen poeta, porque solo canta una temporada, y la poesía canta siempre, y llena de prestigios la vida entera. ¿Qué estado, qué circunstancias, qué edad habrá en la que no entusiasme una bella accion y no encante una hermosa flor, esas dos mayores poesías del mundo moral y material?

— Ved, me dijo, al observar que la brisa de la noche hacia que las flores de las enredaderas viniesen á tocar mi frente y á posarse sobre mis cabellos, — ved cómo las flores que os escuchan, os coronan como á su mas bella apologista.

— Vámonos, dijo en este instante mi madre acercándose; esta niña, que tiene pasion por la fruta, va á tomar una indigestion: no sé cómo está buena; pues en esta estacion y con los baños tan largos que toma, no comer sino fruta, es tirar á matarse. En seguida dió gracias al dueño de aquel eden, y segun nuestra franca y bondosa costumbre, le ofreció expresivamente la casa. Por el modo fino, pero frio con que contestó, infiero que no vendrá: bien se nota que desea vivir aislado. ¿Pero quién podrá tachar como manía, lo que todos proclaman como el mas alto grado de la sabiduría; esto es, huir del mundo? ¿no siento yo acaso esa misma propension? A Dios: estoy preocupada, y se me olvidaba decirte que tengo el disgusto de que desde hace quince dias que te escribí, no he vuelto á tener carta de Alejandro. ¡Por Dios! no le imites en no escribir á tu

SERAFINA.

CARTA VI.

LUISA TAPIA Á SERAFINA VILLALPRADO.

Cádiz, 4 de julio.

¡Muy bien, mi amiga, muy bien! No solo me pones en tu epístola de insensible, sino que sacas á bailar mi fe de bautismo con una franqueza campesina de pésimo gusto, y con ella me colocas poco ménos que entre las denominadas trancas del infierno. Por cierto que este puesto que han designado los hombres á las mujeres que no se casan, prueba que han conceptuado con razon que toda casada tiene entrada en el cielo, merced á presentarse allí con la palma del martirio. Lo que me dices me ha hecho reflexionar en que el silencio y reserva que he observado contigo, que eres mi mejor amiga, han dado lugar á que tengas de mí una opinion errada, y no quiero por mas tiempo aparecer á tus ojos otra de la que soy. — Eres la primera persona á quien confío este secreto, y si lo hago es porque en breve dejará de serlo, é inútil ya el profundo misterio que ha sido necesario observar por tanto tiempo.

No sé si conservarás memoria de la catástrofe que arruinó á mi padre y le costó la vida; porque habiendo diez años de esto, solo contabas once, y en esa edad pasan muchas cosas desapercibidas á la atencion. El único amparo que le quedó á mi madre, fué mi hermano mayor, que establecido en la Habana, gozaba ya de un caudal considerable.

Este me escribió que si yo renunciaba al hombre á quien amaba (con el que estaba ya comprometida á casarme) daria una lucida asistencia á mi madre; pero que de lo contrario, olvidásemos que teníamos un hijo y un hermano en Cuba. Esto lo hacia, tanto porque comprendió que el padre del hombre que debia ser mi marido, habia sido la causa de la ruina de nuestro padre, como porque arruinado aquel tambien por las mismas desgracias, su hijo no podia ser una boda conveniente para mí.

En lo primero iba errado; en lo segundo no lo iba. Su resolucion era decidida y apremiante; la mia no vaciló: le contesté que me sometia á sus condiciones, poniendo por mi parte otra, y era que nunca supiese mi madre lo que habia tenido lugar entre nosotros. Ponia esta condicion para que jamas entendiese la madre de mi alma que debia los socorros de mi hermano á un sacrificio mio, lo que le habria amargado el pan de cada dia.

El noble hombre á quien amaba, amo y amaré miéntras lata mi corazon, fué el primero en aprobar mi conducta, y partió á Manila firmemente resuelto á no volver, ó á regresar rico, y ofreciendo á mi madre una suerte mas brillante que la que le hacia su hijo, ponernos en situacion de no admitir sus socorros condicionales.

¡Diez años han pasado, Serafina! diez años de trabajos, de zozobras, de ausencia y de constancia; pero dulcificados y alumbrados por la esperanza, como lo está el hogar doméstico por la vivificante y clara luz de la hoguera. Aprende, pues, hija mia, á aguardar; que el aguardar es el consejo que nos da la constancia para llegar al logro.

Espero, pues, señora mia, que si no me cuentas tampoco entre las Medeas y Safos, me contarás entre aquellas cuyo tipo mucho mas simpático es, el de las Andrómacas y Penélopes. No he tenido, es cierto, una rival tan brillante como la que tienes tú; pero en cambio he tenido un terrible competidor en Mercurio; mas nos llevábamos bien, ó, por mejor decir, nos secundábamos.

Mi Felipe va á llegar trayendo de vanguardia y á retaguardia, si no bizarros y lucidos soldados con clarines y trompetas como tu Alejandro, unos buenos y honrados pesos duros; estos son lo mas vilipendiado y lo mas apetecido que existe. Llaman unos al dinero *vil metal,* y una amiga mia que tiene mucho talento y chiste, lo considera *una entraña del hombre.* A mí lo que me parece es, que los pesos duros se muestran por su mas bello aspecto cuando vienen á acortar distancias entre dos personas que se aman, y para hacer dulce la vida á una madre á quien se quiere con ternura; así es que no los miro mal, ni murmuro de ellos. Con sus leones que significan su poder, y sus castillos que significan su fuerza, me gustan mas y me parecen mas caballeros que

los napoleones, á pesar de gastar estos la órden inglesa de la *liga*.

Exijo de tí, querida Serafina, que no me contestes una palabra á cuanto te he confiado, porque mi madre se deleita en leer tus cartas, y Carolina Meridal me las arrebata apénas las he leido. Ademas, podria cruzar por tu mente la idea de celebrar mi conducta, y este elogio, Serafina mia, me ofenderia mas que una censura. Hay cosas que brotan naturalmente del corazon, sin aun tener parte en esto el sentimiento del deber; y son como las plantas del desierto; que regadas con las tibias y perfumadas aguas del elogio, se perderian. Si se enterase de esto mi buena y delicada madre, creeria deberme estar agradecida, y esto lo quiero evitar á toda costa: el padre que algo agradece á su hijo, degrada su santa dignidad paterna. Todo se *debe* á los padres, todo, hasta la última gota de la sangre de nuestro corazon! y ni aun con ella les pagaríamos lo que les debemos.

Desde que me escribió Felipe la época de su salida, acabo y vuelvo á empezar la novena de la VÍRGEN DEL CARMEN, Santa Patrona de los navegantes, cuyo templo, cual otro faro, se levanta no léjos del de San Sebastian. Esta SEÑORA ha sido, Serafina mia, mi dulce confidenta, mi santa consoladora; y si Felipe hubiese perecido, habria sido todo mi refugio. A cada Salve que fervorosa dirigia á la SEÑORA, me convencia de que salia una estrella mas en el cielo, y retrocedia una ola soberbia en el centro del mar; y que miéntras yo rezaba, callaba el viento por respeto á la que contra su furor invocaba. Y no erré, Serafina! Cuando Felipe me escribió los pormenores de su navegacion, me decia que una vez en que luchaban con un temporal, rendidos ya, y perdidas las esperanzas de salvacion, á la misma hora en que yo me prosternaba ante la SEÑORA para hacer su novena, el viento cayó de repente cual si le hubiesen cortado las alas, la mar pareció haber recibido un impulso contrario al que el temporal le habia dado, vaciló, quiso bramar, y solo pudo murmurar sordamente; las nubes llorosas siguieron al viento que las abandonaba, y entre las fugitivas en derrota, apareció una estrella, aquella estrella que yo invocaba diciendo: STELLA MATUTINA, ORA PRO NOBIS. — ¡Ay, Serafina! El que nos crió, puso en nuestra alma la necesidad

de una religion, y el ansia por un culto, para hacer mas accesible á la torpeza de nuestros alcances la revelacion que de sí dignó hacernos. ¡Y hay hombres que anteponen los torpes sentidos á la revelacion!... Pensar que es el constante pensamiento de los Turcos el de DIOS ES GRANDE, y que entre cristianos ilustrados puede llegar á serlo este otro: *Dios es chico y el hombre es grande!* esto haria reir... si no hiciese llorar.

Pero volvamos á mi pleito: á nuestra vista hablaremos sobre el particular cuanto quieras ó mas de lo que quieras, porque siento necesidad de desquitar diez años de silencio. Y luego dirán los hombres que la bella, fina y delicada mitad del género humano no sabe callar!! y tienen cara para llamarnos habladoras, en el siglo de los discursos, arengas, improvisaciones y alocuciones!...habrá insolencia igual! — Tú que eres tan rica, no creas que tienes que aguardar diez años como yo, ni temas volver á ver á tu Alejandro como me escribe mi Felipe que lo está, ni que él te halle á tí algo ajada como lo estoy yo. Las talegas son muy casamenteras; y aunque no fueses la jóven linda, discreta, fina, bien educada y buenísima que eres, hallarias cuantos maridos quisieses, á escoger como los melones y sandías...por cierto que si yo fuese varon, seria entre tus pretendientes si no el mas lucido, el más apasionado.

Mucho me ha interesado vuestra aventura con el cenobita, que despues de descollar en manejar la espada, descuella ahora en la crianza de las flores; hace muy bien; que es harto mas bello y mas grato un jardin de recreo que no un campo de batalla. ¿Concibes que haya hombres que se *entrematen* y se llamen *héroes*, y hombres que metidos entre sus libros escriben de su puño y letra que la guerra es una necesidad, y que se llamen *sabios?* ¡Qué lindamente zambullia yo á los tales héroes y sabios en el mar Pacífico para apagar sus ardores bélicos! — Mi primo Félix es amigo íntimo de vuestro cenobita, y me ha dicho que se llama Peñareal. Aunque son de un todo opuestos en carácter, en ideas y en modo de sentir, se aprecian y quieren mucho, lo que prueba claramente que ambos son hombres superiores. Nada demuestra mas lo mezquino del pensar y lo acerbo del sentir, que no apreciar en otros sino nuestras propias ideas, y querer

aplicar uno por su propia autoridad á las cosas terrestres la gran sentencia de las religiosas, la infalibilidad, el «fuera de aquí no hay salvacion.» Bien mirado, Serafina, los hombres no valen *un tiro*, como dice mi ama, que ha tenido un padre borracho, un marido holgazan, un hermano pendenciero y un hijo jugador; y si mi Felipe no fuese una excepcion de la regla, le diria *beso á vd. su mano, pero no le quiero*, como he dicho á tu amigo Mister Sterling, que se ha empeñado en llevarme á Lóndres... ¡como si yo fuese una bota de vino de Jérez!...

A tí te gustaba mucho la conversacion de este apreciable isleño, y para acabar de conquistarle tus simpatías, te diré la respuesta que me dió ayer, primer dia que fué á los toros, cuando le pregunté el efecto que le habian causado: «Vengo, me respondió, indignado contra los hombres, y compadecidísimo de los animales.» Me pareció tan expresiva en su laconismo esta respuesta, que me propuse escribírtela. Sí, sí, tienes razon cuando dices que todo lo queremos hoy dia á la extranjera, y que solo para las bárbaras corridas de toros se guarda el patriotismo y el apego á lo que es nacional: ¡qué aberracion!

¿En qué consistirá esta incalificable indiferencia al padecer de los animales, que por todas partes y á todas horas se muestra sin pudor? ¿Será en la dureza del corazon, ó en la torpeza de la inteligencia, que no comprende cuánto sufren esos pobres seres, avasallados, tiranizados y martirizados tan sin piedad? ¡Y qué razon tiene Cooper en su Luisa Hardinge cuando dice: «no hay duda que el hombre tiene en sí mucho de fiera, y que se le puede traer á hallar placer en presenciar escenas sangrientas!» Y eso que no creo que presenciase el autor ninguna de nuestras cultas corridas de toros ese sancta sanctorum de la nacionalidad española!...Si las mismas personas que las defienden por ser *nacionales*, fuesen en todo lo demas tan patrióticas, se les pasaria esta defensa como un exceso de patriotismo: pero, ¿qué se dirá cuando por lo regular esta pasion y parcialidad á los toros es una excepcion en su desapego universal á cuanto existe aun de nacional? — ¿Te acuerdas cuando intentaste hacer una asociacion femenina en favor de los animales, esos seres desvalidos cuyo martirio presenciamos de continuo sin poder ali-

viarlo, la burla que te hicieron los que se afeitan? Sí, sí, los hombres son atroces; y te repito que si mi manileño no fuese una excepcion de la regla, preferiria mil veces el vestir santos ántes que sufrir el yugo de los *no santos*.

¿Porqué será que mi primo Félix me ha preguntado con tanto interes por vosotras?...pero, ya caigo!... —es hombre, y basta que seais bonitas para que se despierte su curiosidad.

A Dios; que todo tiene fin en este mundo...hasta esta carta magna. No extrañes que una carta tan grave que contiene el secreto de mi vida, la haya escrito en su mayor parte en estilo chancero. Cada nacion tiene, por mas que digan, su modo peculiar de sentir, de pensar, de hablar y de escribir; esto no lo han de variar los novadores políglotos aunque se vuelvan tarumba. A Dios!...tanto como me cuesta servirme de esa palabra!...y la repito!

LUISA.

CARTA VII.

PRIMITIVA Á TERESA.

Bornos, 6 de julio.

¡Oh qué evento! ¡estremécete!...la vida de tu amiga ha estado en peligro eminente! Debo mi existencia, y tú esta carta, á un héroe que con un valor, una generosidad y una fuerza nunca vista, me arrancó de las garras de la muerte, y dió otro giro á su guadaña. Ámale, ámale...como le amo yo, á este mi noble salvador, el que con una admirable modestia, no da mérito á la hazaña que ha hecho, y por toda recompensa se contenta con el caparazon de un pavo, que aprecia mas que una corona de laurel, y con una pata de gallo, que prefiere á un poema laudatorio de Efigenio... puesto que este héroe es un perro!...Pero.. ¡órden! *el órden está al órden del dia.*

Ya habrás sabido por Luisa, á quien Serafina se lo escribió, cómo hallámos dias pasados escondido entre huertas un jardin encantado, con un príncipe encantado en hortelano, el que nos obsequió con unas frutas nunca gustadas y unas flores nunca vistas. El príncipe, aunque un poco serio como lo exigia su dignidad, es un arrogante mozo, y su ministro, encantado en jornalero, un hombre cuasi tan buen mozo como su señor, y mucho mas grave. Yo no sé como las flores están allí tan floridas y tan á sus anchas con sus dos custodios tan *repetuosos*, como diria la tia Belica.

Te harás cargo de lo subida de punto que estaria nuestra curiosidad por saber quién era el solitario y misterioso personaje, y cuál seria aquella noche nuestra ansia porque entrasen los tertulianos, para satisfacerla! Por fin llegaron los tres en amor y compaña, como los Reyes Magos de Oriente. A la primera pregunta contestó desde luego D. Pio:

— Eso es que han ido vds. á la huerta que se llama del mayorazgo, y el que han visto en ella es su dueño D. Cárlos Peñareal, caballero si los hay, y caballero de Bornos; y cuenta que ha pasado á refran lo que sobre esto se dice: los caballeros de Bornos, buenos y pocos. Grandes picardías se han hecho con ese mayorazgo, que era grandísimo. Entre la desidia de los anteriores dueños, que han sido todos militares y no se han cuidado de su caudal, y las picardías de los administradores, todo se lo tienen usurpado, y no le ha quedado á este sino unas tierras, la huerta y la casa solariega, que está como yo, para dar consigo en tierra el dia ménos pensado. Bien podria recuperarlo todo si pleitease, pero D. Cárlos no quiere pleitear, y dice que vale mas la paz que un mayorazgo.

— ¡Ay! ¡qué bien dice! exclamó Serafina.

— No dice bien, repuso mi madre, y el dia que tenga hijos se lo echarán en cara.

— Si tiene hijos, madre, repuso Serafina, serán como él, que no le echa en cara á los suyos el haberlo perdido por desidia. Por Dios, madre mia, ¿qué es lo que *deben* los padres á los hijos? materialmente, mantenerlos hasta que lo puedan ganar; moralmente, una buena educacion y buenos ejemplos. Todo lo demas que hagan por ellos ó les den, son

gracias, favores y pruebas de cariño; y como tal deben los hijos agradecerlo, y no exigirlo como deudas.

— No parece, dijo D. Pio, sino que habeis escuchado las razones de D. Cárlos, pues las mismas que habeis dado para defenderle, da él por base á su conducta; ¡cosa mas rara!

— Si estudiara vd. la naturaleza moral, como la física, D. Pio, le dije yo, no hallaria vd. eso una cosa rara, sino una cosa muy cuotidiana con su nombre y todo, griego ó latino, como sus queridas enfermedades humanas.

— ¿Y cuál es ese nombre, niña? preguntó.

— Es SIMPATÍA, respondí.

— ¡Simpatía, personas que no se conocen ni se tocan nada! — gruñó D. Pio, que me pienso tiene á la simpatía por un parentesco, ó por una tia lejana; pero yo habia traido el diccionario, y me puse á leer: «La conformidad que algunos tienen entre sí por sus inclinaciones y propiedades.» ¿Qué me dirá Vd. ahora? ¿existe ó no simpatía entre D. Cárlos y Serafina, que sienten y hablan lo mismo?

— Niña, niña, repuso D. Pio; eso es una palabra poética, puramente poética, que pega en la vida real como una rosa en la olla; pero hoy dia todos se meten á redichos y poéticos hasta los gacetilleros... ¡hasta el diccionario! todos se suben en zancos; así anda ello!

— El difunto padre de ese chico, — dijo el comandante Tamaño, que estaba rabiando por meter baza, y con ella un embuste, — siguió á D. Cárlos; le conocí mucho; servíamos juntos en la guerra del frances; éramos uña y carne; nos llamaban «*los amigos buenos mozos.*» En el sitio de Olivenza matámos entre los dos veinte franceses y diez suizos.

— Pero ¿cómo es que está aquí el hijo? preguntó mi madre.

— Porque dice el refran, contestó D. Pio; «á tu tierra, grulla, aunque sea con un pié», y el consejo advierte: «á lo tuyo, tú.»

— D. Bonoso, ¿le conoce vd.? preguntó Serafina.

— Sí, señorita, contestó este; pero le he hablado rara vez, porque es poco amigo de conversacion: los domingos, en los porches de la iglesia nos hemos dado los buenos dias, las buenas noches, etcétera, etcétera.

— ¿Y vive solo? preguntó mi madre.

— Con un asistente navarro, respondió D. Pio, que es un moceton como un trinquete, y habla aun ménos que su amo, y un perrazo, como un ternero, que no ladra, pero que no quisiera yo tener por contrario. Dice D. Cárlos que es de casta extranjera, y de un país muy frio, de suerte que ha de sentir mucho el calor de aquí, por lo que le he pronosticado á su amo, que si bien no rabió el año pasado, rabiará este año ó el que viene: mas miedo le tienen en el pueblo que á un toro de ocho años.

— En todo esto, por mas natural que vds. lo pinten, dije yo, hay gato encerrado. En el siglo XIX todos quieren ser diputados, pero nadie anacoreta; es un *contra-siglo*. La ficcion poética es la única casa noble á quien se le haya dejado amayorazgada su mejor propiedad, la vida pastoril; el suicidio, que priva, ha acabado con el misántropo destierro voluntario. Así, pues, ¿cómo y porqué está aquí? este es el intríngulis.

— ¿Vd. llama á Bornos un destierro, niña? preguntó D. Pio muy picado; ¿pues qué diria vd. de Benamahoma?

— Que es para los beduinos.

— ¿Y del Bosque?

— Que es para los lobos.

— ¡Vea vd.!... ¡Bornos un destierro! prosiguió indignado D. Pio...juego, voltereta, comandante Tamaño; no sea vd. tan ligero en tirar los naipes, que no es vd. el solo en jugar, y aquí no se juega á paso redoblado... ¡Bornos un destierro! ¿quién oyó otra?...espadas he vuelto; me perdí! malditas espadas! no tengo ni una!

— ¿Y qué habia vd. de hacer con ella? dijo el comandante.

— Metido aquí — proseguí para hacer rabiar al estracto de médico, — un hombre tan distinguido como Peñareal, tan fino, tan buen mozo!

— Pues qué, niña, exclamó D. Pio, ¿cree vd. que en Bornos no puede haber buenos mozos? ¡Si tiene fama por eso! Y hasta la copla lo dice:

En Villamartin los tontos,
Y en Espera están los flojos;

En Arcos los valentones,
Y en Bornos los buenos mozos.

La copla fué interrumpida por la terrible voz *¡codillo!* que como una bomba lanzó el comandante al aterrado D. Pio.

— ¡No puede ser! exlamó este; se rie vd., comandante; pero á fe que si á vd. le hubiese sucedido, no tendria ganas de reir. ¡Pero si le están distrayendo á uno!...

— No tenga vd. mal genio, D. Pio, le dije; que dice Octavio Feuillet: «que la bondad es el agrado ó hechizo que les es permitido á los ancianos; es la coquetería de los cabellos blancos»; pero ya se ve, como vd. los tiene rubios...

— No tengo ningunos, niña, y por eso no necesito peluca; pero creo que que á todas edades, cuando se recibe un codillo como este...

Pero dejemos lamentarse á D. Pio sobre su codillo, y vengamos á la segunda parte de mi relacion que es la mas interesante y dramática, aunque no deja de serlo la primera. Pues ¿hay nada mas romancesco que este hijo de Marte, hecho ermitaño entre flores; este príncipe encantado en hortelano por la mas pícara de las brujas, la guerra civil, que nos regala con frutas y flores? Esto, hija mia, no lo hallarás en tu vida en las murallas de Cádiz, aunque des la vuelta al recinto, y te probará que el siglo de las jugadas de bolsa, de los discursos, de los casinos, *etcétera, etcétera,* como dice D. Bonoso, no es tan prosáico como parece. Por mas que le señalen á la poesía el Parnaso por cárcel, le han quedado muchas guaridas por el mundo, en el campo, y muchos santuarios en los corazones, y dice muy bien Octavio Feuillet en sus preciosos proverbios, que «detras de cada florido matorral hay un idilio, y en cada esquina una novela ó un drama paseándose.» Ya ves que adelanto que es una maravilla en el arte de expresar mis ideas, las que despues de escritas me parecen mejor que miéntras están en embrion en mi caletre. ¡Y yo que creí que las ideas eran el monopolio de unos cuantos que las dan á la prensa! ¡Qué bobada! ¡Cuántas ideas buenas se quedan como perlas en el fondo del mar, y cuántas malas suben, como la espuma, á la superficie! Vamos á mi relacion; no sea que me eches en cara que me remonto, lo cual es propension de las cosas vacías

Hemos empezado los baños en el rio. Segun la costumbre establecida aquí, nos han hecho una choza anfibia, esto es, que se asienta en la orilla y se prolonga en el rio. La parte acuática está sin techar, pues nos bañamos á la caida de la tarde cuando ya el sol ha descendido; sus cuatro paredes de cañas, castañuelas y junco vano, unidas por tomiza de palma y sujetas á unos postes con jical de esparto, forman una florida alberca de agua corriente y tibia, muy preferible á las de alabastro con sus estancadas aguas. El buen hombre que la hizo, dejó en el fondo una puerta abierta para que la persona que quisiese, pudiese salir al rio; pero mi madre me habia prohibido hacerlo, porque aunque no es profundo, le habian advertido que tenia *ollas*, esto es, unos hoyos en que es muy fácil caer y ahogarse la persona que no sepa nadar. La tarde en que pasó la trágica escena que te refiero, Serafina, que estaba un poco resfriada, no se bañó, y se puso á recorrer la orilla del rio con uno de los borriqueros; pues has de saber que el rio está bastante léjos del pueblo y para llegar á él hay que bajar una cuesta, por lo que es preciso ir en piés ajenos para llegar, sin caldearse, al baño. La orilla del rio es muy bonita en aquel paraje; por este lado es baja, está cubierta de yerba, y se extiende formando cabos y ensenadas que guarnecen al rio de verdes festones, para que no se equivoque un cáuce, linda obra de la naturaleza, con un canal, esa feísima obra del hombre. La orilla opuesta, al contrario, se alza abruptamente; pero para desenojar al rio de esta prueba de desvío, se cubre de espesa vegetacion y de arbustos cuyas ramas le cobijan, se inclinan para acariciarle, é impiden acercarse al que quiere turbar su calma.

Frente de nuestro baño, una zarza-mora me tendia sus largos brazos, cubiertos de su fruta, por la que tengo pasion. Despues de aviarme para el baño, poniéndome y luciendo como una vestal, mi larga túnica ó peinador de franela blanca, — que he guarnecido con una greca celeste para párecerme aun mas á una imponente romana, — y despues de soltar las dos trenzas de mi cabello, entré en el baño, y aprovechando una distraccion de mi madre me salí de mi cautiverio, accion que ni á mi madre ni á Carolina Meridal

debe asombrar, puesto que su inocentísimo canario hizo lo mismo el dia que le dejó abierta su jaula: el rio y el aire son bienes comunes; cada cual puede disfrutarlos sin acreditarse por eso de socialista. Apénas me acercaba á la rama incitadora, cuando perdí pié, y me hundí en el agua tan repentinamente, que ni aun pude dar un grito. No sé lo que pasó; pero los borriqueros hubieron de dar gritos, y oidos estos por D. Cárlos Peñareal que mas abajo presenciaba el baño de su perro, acudió con mi salvador, que nadó á mí, me cogió con la mayor delicadeza por las trenzas, y sacando mi cabeza del agua, me trajo á la orilla donde me depositó á los piés de su amo: solo entónces dejó de retener D. Cárlos á mi hermana que se esforzaba por echarse al rio para socorrerme, exponiéndose inútilmente al peligro que yo habia corrido. Aunque desfallecida, no habia yo perdido el sentido, y veia á mi pobre madre y á mi hermana cubrirme de besos y de lágrimas, no pudiendo sino sonreirlas, y siéndome imposible pedirles perdon por el susto que les habia dado. Peñareal tuvo la finura de acompañarnos á la vuelta. Cuando entrámos en casa, yo, que estaba mas serena que mi madre y mi hermana, le dije dando una palmada:

— Señor D. Cárlos, hoy ha hecho Triton dos cosas grandes y difíciles, la una ha sido traerme á mi á la orilla del rio en que me ahogaba, y la otra traeros á vos á esta casa que no quereis favorecer: deseo que se las agradezcais ambas como hacemos nosotras. — Triton, añadí besando á mi salvador, ¿volverás? Triton dijo que sí con la cola, y se puso á mirar á su amo como diciéndole que tenia ganas de irse. Los deseos serian mutuos, porque despues de algunas frases corteses se fueron los dos en amor y compaña; ¡qué huron!... y qué devoto de Nuestra Señora de la Soledad!

A Dios; si yo como el raton Perez me hubiese ahogado en la olla, espero que habrias sido tú la hormiguita que lo cantase y lo llorase.

PRIMITIVA.

CARTA VIII.

SERAFINA VILLALPRADO Á LUISA TAPIA.

Luisa mia: nada me prueba tanto la benéfica influencia que sobre mí han ejercido estos aires y estos baños, como lo hace el bienestar moral de que por grados voy gozando. No podrias creer qué estado de sufrimiento habian producido en mí mis males, porque nunca me quejé de él, considerando que lo producia mi imaginacion, y á esta culpaba mi razon. Pero ahora, gracias al cielo, ha concluido este estado enfermizo y sobreexcitado, producido quizas por las mismas medicinas que tomaba, por ese opio que en lugar de calmar mi dolor nervioso, lo que producia en mí era una agitacion física y un desasosiego moral lleno de angustia.

Un evento, por sencillo que fuese, se me presentaba siempre como una calamidad; el sueño me huia, y si llegaba á posarse ligero como una mariposa sobre mis párpados, lo ahuyentaba tan luego una pesadilla que asombraba mi fantasía, y oprimia mi corazon. — Si mis padres de mi alma se quejaban de un leve padecer, lo creia mortal, y á su lado veia con asombro un féretro. La lástima por todos los sufrimientos que veia, sobre todo en los infelices míseros animales, casi siempre sin queja, casi siempre sin amparo, casi siempre sin inspirar lástima, era (y aun es) la continua tortura de mi alma. Todo me asombraba, todo me acongojaba, y llegué á no hallar mas lugar en que descansar que al pié de los altares: el dolor físico llegó á ser una distraccion para mi alma. Todo ruido, sobre todo de noche, me estremecia. Esos ruidos que oimos de noche, y cuyo orígen ignoramos, me parecian quejas, otros mas distintos, amenazas. Así en los bramidos del mar creia oir un grito de triunfo, por haberle concedido el Señor su ansioso deseo de traspasar sus límites. El golpear de los aguaceros me parecia una invasion progresiva, y su fin indefinido. Cuando oia rechinar nuestra veleta en su alta torre, figurábaseme que se estremeci; y gemia á causa de altas catástrofes que la predecia el huracan.

al ver á las plantas doblar ante este gran poder su cerviz, inclinaba cual ellas mi cabeza en señal de rendimiento. Oia en el crujir de las maderas que sostienen nuestros albergues, un esfuerzo de avasallado leño por romper su cautiverio; en fin, en todo creia ver una sublevacion de la naturaleza contra el hombre. Así es que un dia de calma era, y es tan simpático á todo mi ser, que pido á Dios nos lo envíe á menudo, como un gran ejemplo al hombre, que le enseñe que así como todo es tan bello en la naturaleza cuando enfrena los elementos, así lo es la vida del hombre cuando este enfrena sus pasiones.

En fin, Luisa mia, existia en mí un vivo, palpitante y penoso sentimiento, ó si quieres, mas bien un presentimiento de horror; una agonía inmortal que no hallaba fin, como dice el pueblo con su poderosa imaginacion, que aconteció á Júdas, que «aunque quiso dársela, no halló la muerte!» Estos horrores que me impresionaban, existian como existen otros muchos que no perciben nuestros sentidos, pero que son realmente como nos los descubre el microscopio. Recordaba entónces una exposicion microscópica que habia presenciado, y cuya impresion de horror y repulsa jamas se han borrado de mi memoria; lo que te voy á referir exactamente, para que no creas sueño horrores con el opio, sino que todo lo que es horror, es una triste realidad en este suelo.

La sala en que tenia lugar esta exposicion estaba á oscuras; en el frente se veia un gran círculo muy claro, que era reflejado por la luz, que al traves de su cristal partia de un gran microscopio, que á los piés del salon manejaba el profesor. Vimos primero el lindísimo efecto que causaba la gota de algun líquido corrosivo sobre un pedazo de plomo, cuya superficie, desprendiéndose por la accion corrosiva, en globulillos, presentaba el mas lindo efecto, formando ya una silenciosa y brillante cascada de aguas de plata, ya un lindo saltadero de relumbrantes globulillos. En seguida anunció el profesor que veríamos una gota de agua.

¿Has creido tú nunca, Luisa mia, que despues de un brillante, pueda haber nada mas claro, mas puro, mas bello é inmaculado que una gota de agua? — Pues si como yo, antes de ahora, lo has creido, desengáñate, es una ilusion;

y yo he visto todos los horrores que puede contener una gota de agua, quizas por permision de Dios, para convencerme de que nada material hay puro, y que la verdadera y sola pureza está en nuestra alma que crió Dios á su semejanza. Puede que no quieras creer lo que voy á referirte; pero el conocimiento que tienes de mi formalidad, y el añadir que me puse mala, y tuve que ausentarme de allí, te convencerán de la certeza de lo que voy á referirte.*)

Vióse primero un monstruo velludo, con garras como tenazas, pero horrible de tal suerte, que solo los delirios de una calentura y una gota de agua pueden engendrarlo; el que aparecia, gracias al extraordinario poder del microscopio, de una cuarta de largo; dió una vuelta por aquel redondel en destartalados arranques. En seguida apareció otro aun mayor y mas horrible; apénas se vieron, cuando se lanzaron uno sobre otro para pelearse y devorarse; ¡parecian hombres, Luisa! — Fué espantoso el combate, que con una furia sin igual y con espantosas contorsiones y asaltos, sostuvieron aquellos horrendos monstruos. ¡Qué encarnizamiento! parecian hombres, repito!

Te lo confesaré, acongojada, sobresaltada, mil veces me arrepentí de haberme dejado arrastrar por la curiosidad á escudriñar lo ignorado; de haber ido á presenciar aquellos horrores, yo, que busco como mi ideal terrestre, su antítesis en los niños que son inocentes, en las flores, que son suaves, y en el arroyo, que creia puro; y no me perdonaba el haberme expuesto á esta triste desilusion, y haber desprestigiado por mi curiosidad á mi suave amiga la gota de agua, esa gota de agua que cae del cielo pura, y que en su contacto con la tierra se impregna de horrores!

Pero prosigo mi narracion, y acabaré de contar el final del drama, representado en aquel *redondel* segun la voz usual para señalar el gran circo en que se representa en grandes proporciones otro espectáculo análogo.

El monstruo primero, que era el mas pequeño, despues del combate en que fué vencido, huyó escondiéndose en el

*) Quien como el autor haya estado en el establecimiento politécnico de Lóndres, podrá haber visto exactamente reproducido lo que aquí es refiere.

reborde de metal que engastaba el círculo de cristal que contenia el agua.

Entónces el profesor agregó alguna mas, en la que salió á la palestra otro monstruo velludo, mas pequeño que los otros. Apénas lo vió el vencedor, que campaba por su respeto, cuando con un arranque cuya furia ni aun á la embestida del toro se puede comparar, se echó sobre él. Era horroroso ver la fiereza con la que acometió, y los convulsos esfuerzos de su víctima para libertarse; habia clavado en ella las enormes tenazas que guarnecian su boca, y dos chorros de sangre se desprendian de las heridas, y como caian en el agua, formaban rayas rojas alrededor del grupo horrendo. Atraido por la presa, por la sangre y por la lucha, el otro monstruo, que se habia escondido, salió impetuosamente y se echó á su vez sobre la ya destrozada víctima. ¡Luisa, Luisa!... ¡parecian hombres!

No pude ver mas; me puse temblorosa é indispuesta, y salí de aquella sala maldiciendo al microscopio. Cuanto te he contado es la mas sencilla verdad, por mas que te parezca fabuloso; he visto, sí, he visto un horroroso atentado en una gota de agua!...y te añadiré que el efecto que me causó fué tal, que agravó el doliente estado de mis nervios. Ahora bien, ¿lo referido no da pábulo á esa indefinida angustia y congoja que se apodera del ánimo, que aunque no vea, presiente horrores, crueldades, padeceres, y agonías? No queremos graduar de posible sino lo que trae el visto bueno de nuestra comprension; y querer circunscribirlo todo á su pequeñísimo círculo, es lo que mas prueba la pequeñez, la mezquindad y la estrechez del orgullo del hombre. En cuanto á mí, querida Luisa, no solo creo en las cosas sobrenaturales que dimanan directamente de Dios, sino que creo en las que existen en la misma naturaleza; y nunca me parece la medianía del hombre mas terrestre y material que cuando con el deminuto compas de su razon traza un pequeño círculo, y dice á la inmensidad, al espíritu, al universo y aun al poder del que lo crió «sino cabes aquí, no existes.»

¡Cuánto me he apartado del asunto de mi carta! He divagado en el seno de la dulce confianza que me inspiras, como por estos campos de Dios, en toda libertad y sin direccion fija. Á tí, fina, donosa, y pulida gaditana, que

puedes hacer todas tus salidas calzados tus piececitos con zapatos de encaje forrados de raso, como hacian nuestras abuelas, que paseas por la plaza de San Antonio, que mas que plaza es un estrado con bóveda estrellada, á tí no te gusta el campo, que te parece un destierro, y me preguntas muy seria ¿qué es campo? pues á tí te parece «polvo en verano, lodo en invierno, y soledad todo el año.» — Me recuerda esta pregunta otra análoga que me hizo Peñareal el otro dia, y te contestaré lo que á él.

Desde la tarde en que su perro salvó á mi hermana de un riesgo, al que dió nuestro cariño mayores proporciones que tenia, Peñareal se ha hecho nuestro tertuliano, y nos acompaña tambien en nuestros paseos. Solo tratándole, Luisa, podrias graduar su mérito. No consiste solo en su entendimiento, instruccion, distinguidas maneras y la dignidad anexa á todo su ser, sino en la nobleza, la elevacion y la delicadeza de sus sentimientos, el elevado giro de sus ideas, y la superioridad de carácter que nunca ostenta y siempre demuestra en todo.

Ayer en nuestro paseo mi madre se sentó con los tertulianos debajo del emparrado de una huerta, adonde la buena hortelana se apresuró á colocar sillas; y Primitiva, Peñareal y yo seguímos algunos pasos mas para disfrutar de la vista del valle y del rio. Nos sentámos al pié de un álamo, en la falda de la colina cuya plana ladera cubria un espeso sembrado de trigo, que doblando sus flexibles tallos á impulsos de la brisa, formaba suaves y movientes olas que vivificaban el paisaje. Primitiva, que no es afecta al campo, me sostenia que era este el cocinero de las ciudades, cuando Peñareal me hizo la misma pregunta que tú: — ¿qué es campo?

El campo, le dije, es la tierra ántes que la despoje el hombre de su bella y florida tez; el cielo sobre nuestras cabezas, sin intermedio; es la libertad entera de la vista, de los movimientos, del vestir y hasta del pensamiento, al que nada absorbe ni distrae; es la dulzura y pureza del ambiente; es lo ancho y variado de los horizontes; es el insecto que me obsequia en sus dominios con su canto, como el grillo...

— O me despide poco hospitalariamente de sus caminos

vecinales como la hormiga, dijo levantándose de un salto Primitiva, y sacudiendo su vestido con su infantil gracia.

— Es, proseguí, el pájaro que me observa torciendo su linda cabecita, y parte instantáneamente, cual si fuese solo su voluntad y no sus órganos su locomotora, y se posa bajo las hojas de este álamo, verdes y blancas á un tiempo, como la esperanza y la inocencia; esas hojas, que son sus amigas, sus techos, sus toldos y las trincheras de su nido; y así, cuando el invierno las mata, ellos se van en pos del ruiseñor, que enmudece de tristeza desde que pasan las rosas.

— Ménos los gorriones, esos sedentarios palurdos, opinó Primitiva, que viven y mueren donde nacen, como D. Pio.

— ¿Mueren? repuse yo, sí, deben morir; ¿pero cómo es que no vemos nunca uno de sus pequeños cadáveres? ¡un pajarito muerto de vejez y muerte natural, un pequeño Matusalen de la grey alada! ¿Será que los entierra respetuosamente su prole? será que haciendo una hoguerita de hojas secas, queman sus cadáveres como los antiguos griegos y romanos? ¿ó será que son todos plumas, y que una vez muertos se deshacen y los arrebata el aire?

— No es nada de eso, replicó Primitiva, es la inhumana y antropófaga lechuza, ese vampiro de la especie volátil, que tiene sobre su conciencia muchos misteriosos y pavorosos asesinatos cometidos en la sombra y silencio de la noche; pero ya se ve!... como de dia se acoge á sagrado en las torres de las iglesias, no se la puede prender, ni mandar á presidio. Desengáñate, hermana, el campo es — como los niños, — para un ratito! en lo demas es la mansion de los entes de cuatro piés, como las ciudades lo son de los de dos piés. Y no me salgas con la poesía, Serafina; que Efigenio, que en su vida ha visto mas campo que las arenas de Puerta de Tierra, te compondrá una égloga entre paredes y murallas con toda perfeccion. ¿No ves que la inspiracion la comunica Apolo, y no estos andurriales? Ademas, las ciudades inspiran poesía: yo tengo mi poesía ciudadana. ¿Te parece que no es poético un baile? Un baile en que adquieren tanta elegancia el hombre y la mujer. En lugar de espinas y chinas encuentras allí alfombras para el breve pié de las bellas: elegantes bujías que en contraposicion de este sol *patalallana* que da pecas, extienden su galante luz sobre todos los cútis

como la capa de Noé: hermosas coronadas de flores que parecen ninfas; jóvenes, que á pesar del anti-vistoso y anti-elegante frac negro inventado por la monotonía, toman en oyendo la música cierto aire galan y noble, cierto *chic* de caballeros de la edad media. Pues ¡y cuando estalla en el perfumado ambiente un wals de Strauss! Ese Strauss, que ha hecho del wals una cosa ideal, una cosa que apénas toca la tierra, una cosa suave, vaporosa, que se desliza como una nubecita de plata en el éter. Todo esto, si no impresiona poéticamente á los que lo disfrutan, es porque son alcornoques dignos de tu campo. En un baile brillante, el que piensa en otra cosa que en rendir culto á Terpsícore, es indigno de hallarse en él. El que piensa en comer, es un materialista sensual; el que se duerme, es una marmota que debe ser desterrado á Saboya; el que piensa en negocios, es un prosaico y *positivo*... zoquete; el que, á lo moderno, piensa y habla de política, es el mas deplorable, lamentable y detestable engendro del siglo XIX. Pero díme, Serafina, ¿hallas aun mas bellezas que admirar en el campo?

— Sí, respondí, miles: ¿acaso no es bellísimo este grave y airoso pino, con su suave y misterioso susurro, á cuya sombra, como dice un refran ruso, se puede hallar con un pedazo de pan, no un rato de placer y embriaguez como en tu baile, sino el paraíso?

— ¡Siendo dos!... dijo sonriendo y suspirando Peñareal.

— No, no, respondí, no es ese el sentido que tiene el proverbio; el sentido suyo es, que se halla esta felicidad, cuando se tiene un ánimo sereno, un corazon sin hostilidad, una conciencia pura, y que se explota el manantial que hay de felicidad en amar á Dios, á sus semejantes, á la naturaleza, y cuando se tiene esa simpatía vasta y benévola que nos hace identificarnos con nuestros semejantes, con el cielo, con la tierra, con sus plantas y con todo lo creado.

— ¡Si real y constantemente pensáseis así!... dijo Peñareal, pero hablais con entusiasmo y exaltacion; y la exaltacion no se sostiene, y como dice D'Arlincourt, es un brote, y no puede ser una base.

— Y yo os digo, repuse, que el desencanto frio y exagerado que han producido en vos vuestras desgracias, puede

que os haga aparecer exaltacion fogosa, lo que solo es sentimiento reflexivo.

— Pues señor, dijo Primitiva, ya que la felicidad la gradúa mi hermana segun el texto ruso, en estar uno solo debajo de un árbol, y vos, señor don Cárlos, en que lo estén dos, y que nadie ni por política ha dicho que se hallaria estando tres, deduzco que estoy aquí de mas. Á Dios, ingratos.

— ¡Primitiva! exclamé, pero el alegre pájaro habia volado. La seguímos, y cuando llegámos á la casa de la huerta, hallámos á Primitiva con un enorme pedazo de pan en la mano. Niña, le decia mi madre, ¿vas á comerte ese pan cuando de aquí á media hora te vas á bañar?

— No señora, no, contestó esta, es para llevárselo á Serafina y á Peñareal.

— ¿Estás en tí? exclamó mi madre, ¿te lo han pedido?

— No, contestó mi hermana; pero están sentados debajo de un pino, á cuya sombra, segun tradicion rusa, se halla la felicidad; pero para que sea completa es preciso un pedazo de pan, y voy á llevárselo para que nada les falte.

— Niña, dijo D. Pio, que no se dignó oir ni ménos analizar la broma de mi hermana, niña, mire vd. que una indigestion de pan es de las indigestiones de peor especie.

— ¡Indigestion! exclamó Primitiva, en mi vida he tenido ninguna. Que me aquejara alguna, eso quisiera vd. para curármela con quina en polvo, quina en infusion y quina en píldoras. — No se mirará vd. en ese espejo, D. Pio... ¡*impío*!... no!...

Contándote estas cosas, ha concluido mi papel, y solo me resta lo bastante para decirte que te quiere de corazon tu

SERAFINA.

CARTA IX.

CÁRLOS PEÑAREAL Á FÉLIX DE VEA.

Bornos 7 de julio.

Te quejas de mi silencio, y me preguntas lo que lo motiva: no sabré decírtelo, porque yo mismo no lo sé. Bien puedes creer que me desespero al encontrarme, yo — que me creia con alguna superioridad de carácter y madurez de entendimiento, — en una disposicion de ánimo que hallo ridícula y afeminada, y que he combatido sin piedad cuando la he visto en alguno de mis amigos. Consiste en ese inmotivado, triste y lánguido malestar que nace de la union del vacío del corazon y de la cabeza, y que llaman hoy, al uso del país en que nació, *spleen*, el cual quita á la primavera de la vida su juventud, su robustez, su lozanía y su frescura, y á la edad madura su noble serenidad.

Me llamabas en la carta en que contestabas á mi última, el mas viejo de los jóvenes, el mas práctico de los filósofos, una primavera con frutos y sin flores; pero ya no son aplicables á mí esos epítetos dulces y picantes á un tiempo, que te dictaba tu amistad, contrariada de ver que no podia compartir contigo tus ideas sobre la felicidad. No soy el mismo, Félix; no porque mis ideas y las cosas no sean lo que eran ántes, no: nada ha mudado, sino el sonido de la cuerda que vibraba en mi corazon; y porque me daba vergüenza escribírtelo, y porque no queria engañarte, por eso me se ha caido la pluma de las manos, cada vez que para escribirte la cogia.

Me preguntarás la causa de este cambio, que se ha verificado en mí sin saber de qué manera, y como se apodera la noche de la naturaleza; mas la ignoro, y esta es la razon de que no le ponga remedio mi voluntad, la que hasta ahora ha sido el jefe al que todo en mí ha estado subordinado,

como un bien disciplinado regimiento. Nuestro médico Don Pio — que tiene una gran dósis de buen sentido, y otra mayor de experiencia, — tiene una antipatía atrabiliaria contra los males sin nombre. Diga Vd. — suele decir á los que sobre males sin nombre le consultan: — dígame Vd. qué le duele, aunque sea el pié de aquella mesa; pero no me hable de fatigas, que son los arcanos con que la naturaleza burla la ciencia. Los dolientes no responden; y yo, que estoy en el mismo caso que ellos, no pudiendo precisar la causa de mi mal, debo callar. Tú, Félix, en quien se unen un carácter y unas circunstancias las mas á propósito para gozar y embellecer tu existencia, quizas no concibas cuán tristes horas tiene la vida!

La soledad material es un encanto; la moral es un páramo! Porque hay momentos, Félix, en que no llena el vacío que nos circunda, ni la bella hada que aloja nuestra cabeza, ni el santo ángel que abriga nuestro corazon; esto es, ni la imaginacion que crea los bellos sueños, y canta, ni el sentimiento, que es el amor, que amando al Criador ama á lo creado, y ora. Nada me interesa, me alegra ni me conmueve: mis habitaciones me parecen vacías y tristes; mis amigos, los libros, no llegan á cautivar mi atencion, y me fastidian; el campo me parece lleno de melancolía; el cielo, monótono en su azul serenidad; y así ¿qué extraño es que el ruiseñor se queje, que las flores se ajen, que la luz de la luna sea fria, siniestra y muerta, y que la del sol, aunque brillante, seque y aje lo que alumbra?

Este mi lenguaje te sorprenderá; á mí me indigna. ¡Me hallo débil, inconsistente, absurdo!...¡yo, que tenia quizas una confianza temeraria no solo en la firmeza de mi carácter, sino en la estabilidad de mi sentir! ¿en qué, pues, confiará el hombre si no puede confiar en sí mismo? ¡Ay! — decia mi vecina, una buena hortelana, al saber la muerte repentina de un hombre en la flor de su edad: — ¡somos tierra... y mala! — Solo el pueblo halla tal energía en la expresion de su pensamiento.

Cuando he mirado mi casa solariega, en que todo se desmorona y nada ha quedado intacto sino el escudo de armas, como de la familia que se extingue solo queda el nombre, habia pensado disponer que cuando yo muera, se

pusiese este escudo como losa sepulcral sobre mi tumba; pero despues he pensado otra cosa, y quiero que sobre mi sepulcro se ponga una losa en que se grabe en la parte de adentro la palabra ¡NADA!... en la parte de afuera la palabra ¡OLVIDO!

CÁRLOS.

CARTA X.

FÉLIX DE VEA Á CÁRLOS PEÑAREAL.

Cádiz 10 de julio.

La mujer del quesero... ¿qué será? ¿No ves, mi querido amigo, que das el enigma y la explicacion á un tiempo? ¡Héroe fuerte y superior á debilidades humanas... estás enamorado como un simple comparsa! Desde que me escribiste que las dos lindas hermanas habian hallado la senda de tu retiro, gradué que hallarian la de tu corazon, y pronostiqué que profanarian á un tiempo esa tu Trapa y encantarian esos tus verjeles. Lo que en otras circunstancias habria celebrado, en las presentes me sirve de pesar, puesto que Serafina Villalprado está comprometida á casarse con el hijo de un general de marina, que hoy manda uno de los regimientos que forman la expedicion de Italia. El padre del novio fué amigo íntimo del de Serafina; se aman desde la infancia, de manera que no pudo poner la suerte fruta mas vedada en tu tranquilo paraíso.

No conozco á esas lindas hermanas, pues hace poco que regresé de mis viajes. Ademas, Serafina ha hecho siempre una vida muy retirada, y pocos la conocen; pero son amigas íntimas de unas primas mias, y por Luisa, la mayor de ellas, que es una mujer de tanto talento natural como generosidad y nobleza de corazon, tengo muchas noticias sobre ambas. — Las dos, — me contestó, cuando despues de

recibir tu carta le pregunté por ellas, — las dos, tienen mucho talento natural y bien cultivado. Primitiva tiene mas chiste; Serafina mas razon; Serafina mas sentimiento, Primitiva mas gracia; esta mas brillantez, la otra mas profundidad; la menor es mas seductora, y la mayor mas poética; de suerte que la una tiene mas admiradores, y la otra mas amigos. Primitiva es mas propia para la vida activa y social, Serafina para la vida íntima y retirada; en fin, así concluyó mi prima Luisa, si las inclinaciones nacen de la paridad de caractéres y de las simpatías en el sentir y en el pensar, Serafina es la predestinada á tu amigo Peñareal, que por desgracia de ambos ha llegado tarde, como Primitiva la que lo está para tí. — ¡Yo casarme! exclamé soltando una carcajada, ¿pues qué, cuatro años pasados en cultas capitales impregnándome de la idea de que el casarse es una gran bobería, serian perdidos? No; el hombre no debe perder su libertad bajo ningun género de yugo. En el matrimonio la mujer todo lo gana, el hombre todo lo pierde. — Es cierto, contestó Luisa, gana, y en verdad á poca costa, la dignidad de madre y de nodriza. Calla, calla, Félix, añadió con violencia: si vuelves á emitir, aunque sea en chanza, semejantes necios é inmorales lugares comunes, que dices haber aprendido por esos mundos, — ¡sí! mundos de clubs, casinos y cafés, no solo pensaré que ha sufrido baja tu claro talento, sino que han tenido merma tus buenos sentimientos, lo que es peor.

Al recibir estas noticias, conocí que era Serafina una mujer muy á propósito para ser desde luego apreciada por tí; que este aprecio seria muy á propósito para subir á pasion, y esta pasion la mas á propósito para deslustrar á tus ojos todo cuanto no sea ella ó no se roce con ella; lo que ha venido á probarme tu carta. Si fueses otro hombre, te embromaria con este amor; pero en tí, querido Cárlos, todo es profundo y grave, y como tal debe tratarse. En consecuencia, te aconsejo y te ruego que acudas á la panacea de los males de amor, que es la ausencia. ¡Huye, Cárlos, huye! Tengo á la huida en estos casos en tan alta estima, como tu doctor D. Pio á la quina para las tercianas. Esta circunstancia imprevista te obligará á ceder á mis ruegos y venir á Madrid: no cambies la noble firmeza de tu carácter

en obstinacion, y acuérdate de que nos advierte Shakespeare «que no debemos hacernos una cárcel de nuestras ideas.» Como incitativo te participo que voy tambien; por lo cual haremos el viaje unidos. Voy porque he salido diputado á cortes por Aldea-chica; y he querido ser diputado, porque soy liberal como el que mas, y deseo ir al congreso á secundar al gobierno en cuanto proponga que cuadre con *mis* ideas y no con las del partido, porque mi pensar es independiente como el aire en la atmósfera, y no le darán direccion ni las *camaraderías* ó pandillajes, ni un espíritu de oposicion sistemático.

No entra en mis ideas que pueda obrar ni pueda ser juzgado un gobierno, si, como un navío en el mar, no halla mas que rocas, corrientes y vientos contrarios: guardaré la energía de mi oposicion para lo que decididamente halle malo y de malas consecuencias para el país, y así mi voto imparcial y no *influenciado*, hará fuerza á las gentes de razon. Estoy seguro de que apruebas mis ideas, ¿porqué, pues, no las secundas? ¿porqué no vienes por tu distrito, en que tantas simpatías tienes, al congreso?

Pero te has empeñado en ser el Quijote del siglo XIX. Verdad es que cuando otras veces te he dicho esto mismo, me has contestado que no te pesaba ese dictado. No niego que D. Quijote será siempre para las almas elevadas y nobles un bellísimo tipo en su esencia; pero en cuanto á su forma, si era heterogénea en la época de Cervántes, ¿qué no será en la nuestra? Á eso me contestarás como sueles, que cambian las formas, pero que la esencia no muda; y que un autor frances responde á la archi-vulgar frase: *el siglo marcha,* que no parece sino que los modernos sabios creen que nuestros antepasados habian cortado las alas al tiempo. Pero permíteme que te haga observar que no es lógico que des por supuesto que haya sido siempre la marcha del siglo progresiva, y quieras detenerla ahora. Hagamos un convenio, Cárlos mio, basado sobre mutuas concesiones; yo te cedo la esencia, concédeme tú la forma; y desechando los fatales odios de partido, desdeñando ambiciones personales ajenas de ambos, unámonos en el santo y grande sentimiento y anhelo del bien de nuestra patria, en el deseo de la conser-

vacion de todo lo noble y santo, y en el del progreso de todo lo bello y útil.

Yo, adalid de la innovacion, no deseo que reine como usurpadora, sino como compañera de lo existente; quiero halagarlo con dulzura y razon, al desvincular su poder; y no irritarlo con altanería y desprecio. Quiero respetar lo que él respeta, para que él acate lo que yo acato; y así hacer que caminen unidos la innovacion y lo existente con paso lento, pero seguro, hácia el progreso, pero progreso tan palpable, que todos lo reconozcan como tal, y no lo miren y teman como embozado enemigo; pues, Cárlos, conozco que si bella es la ancianidad cuando acoge y sonríe á la juventud, mas bella aun es la juventud cuando acata y respeta á la ancianidad. Si todos los que piensan y sienten como tú y yo, se uniesen en bien del país, esto seria lo que acabase con ambas intolerantes opiniones extremas, y con ese desgraciado gérmen de discordia que siembran hombres de mala índole, los cuales medran en el cáos de desórden, que forman las ideas y los hechos. Á mí, como franco y generoso innovador, me toca alargarte mi mano de amigo; á tí, como noble y leal conservador, estrecharla sin desconfianza. ¿Me rechazarás? ¿ó querrás que te aplique lo que decia Lamartine, de Bonald y de Maistre?

«Son profetas de lo pasado, ancianos de ideas, que se saludan con veneracion. Parados en el quicio del porvenir, no quieren entrar en él, y se detienen para oir los bellos y solemnes gemidos de las cosas que mueren en el espíritu del hombre.»

Cárlos, me pesa como un remordimiento la idea de que el amigo de mi corazon sea mi contrario en política! ¿Porqué han de desunir las cabezas á los corazones? ¿porqué ese predominio de las ideas sobre los sentimientos? Quememos banderas de distintos colores, Cárlos, y sírvanos á todos de insignia una rama de nuestros españoles olivos.

Ven, Cárlos, *no tengas pardillas* ó seas *pardilloso*, que es una excelente expresion popular, que expresa con una imágen, como casi todas las expresiones populares, el poco sonoro *bouder* de los franceses. No creo que resistas al placer que tendrás de oirme en la tribuna eclipsar á Martínez de la Rosa y demas oradores de fama; porque no te figures

que voy á hacer un discursillo de tres al cuarto; ¡nada de eso! Será el Napoleon de los discursos, un discurso innovador, que cambiará de faz la fraseología parlamentaria. Llevo al intento un invernáculo entero de exóticas flores de retórica, un rio de elocuencia con arriada, y una pacotilla de metáforas de último gusto, que va á causar una revolucion.

El horizonte político se jubilará y entrará á reemplazarlo la decoracion política. La nave del estado, mal tratada por las borrascas, pasará á ponton, y el estado tendrá su ferrocarril: los *padres* de la patria pasarán á ser sus *hijos*, porque es mas decente atribuirle á esta noble matrona muchos hijos, — todos legítimos, se entiende, — que no tantos padres; así, querido Cárlos, por lo dicho en veras, y por lo dicho en chanza, apresúrate á venir á reunirte conmigo en Sevilla. Y no hablemos mas; que reservo mi elocuencia para la tribuna.

FÉLIX DE VEA.

CARTA XI.

CÁRLOS PEÑAREAL Á FÉLIX DE VEA.

Bornos 3 de julio.

Has acertado, Félix, y has descubierto la herida cuyo dolor sentia, sin querer reconocer su orígen! Yo, que he pasado la primavera de mi vida sin creer que fuese el amor otra cosa que galantería, flores mas ó ménos efímeras, que no tenian raíces ni consecuencias, he venido á este rincon á convencerme, á costa de mi felicidad y de mi reposo, de lo que es el amor cuando lo infunde una mujer como Serafina. Me dices que me aleje, porque la ausencia es la panacea de

estos dolores; ¿pero no has considerado que no son borrables ni por el ruido ni por la distraccion, como no lo serán por la ausencia, las impresiones de mi alma, y que la que he recibido quedará grabada en ella para siempre, y me hace desear mas que nunca la soledad? Ademas, Félix, la ausencia está cercana sin que yo la anticipe: en breve habrá concluido la temporada de los baños, entónces partirán!...y con ellas las flores, los ruiseñores, y cuanto ha hecho este verano de Bornos un paraíso.

Otro motivo no podria llevarme á Madrid. No que no apruebe tus ideas, querido Félix; el denominado despotismo ilustrado y el liberalismo de órden, esto es, religioso y monárquico, no se diferencian en la esencia, sino en el nombre: y si no me uno personalmente á tus bien intencionadas tareas, es por un sentimiento que está expresado en la respuesta que dió á Luis Felipe un realista que le queria y apreciaba mucho, cuando le ofreció un mando bajo su reinado: «Señor, dijo, no puedo admitir: reservad vuestras bondades, que agradezco, para mi hijo, á quien crio para ser un servidor vuestro.» Mi carrera ha terminado, Félix; conservo mis cicatrices y mis recuerdos, que es lo solo que queda al vencido, y los aprecio mas que toda cosa que pudiera deslustrar su pureza y su dignidad; pero serán contigo mis simpatías siempre que te vea trabajar en el bien, la gloria y la conservacion de la nacionalidad de nuestra patria. Á esto me dirás, — como has solido decirme otras veces, — que son pocos los de mi partido que piensan como yo; á lo que te contesto: ¿hay muchos en el tuyo que piensen como tú? ¿hay muchos que nos hayan tendido una mano amiga? La generacion, que por desgracia ha envejecido en sentimientos hostiles, de temer es que no cambie de sentir; pero á la puerta está el porvenir, la nueva generacion, y con ella una renovada era, en la que cediendo cada cual en sus pretensiones, pues la experiencia habrá asustado á los unos al mostrarles los excesos de sus máximas, y habrá desanimado á los otros al convencerlos de que en vano luchan para sostener íntegros sus principios, se unirán como la fresca yedra al fuerte roble, hermoseando esta á aquel, y aquel sosteniendo á esta. — Soy bastante jóven para unirme en simpatía á esta fusion que deseo, pero no lo suficiente para

unirme á ella de hecho: como hombre político, imito á la viuda del Malabar; muero con la causa que sostuve. Hay muchos que no conciben que un hombre que ha figurado en la vida pública la abandone y prefiera el retiro; así como no comprenden que una mujer bonita prefiera al mundo en que rie y brilla, el convento en que tranquila ora. Yo, Félix, diria á estas personas, que no hay juicios mas falsos y mas errados, que aquellos que formamos empeñándonos en juzgar á los demas por nosotros mismos, juicio que condena la filosofía popular atribuyéndosele en un conocido refran al ladron.*) Cuando me hallo en el campo, al pié de uno de nuestros olivos tan profundamente arraigados en este suelo, viendo pasar, por entre las adelfas que tan brillantes florecen en esta su atmósfera, al rio, que como ha siglos, va poco mas allá á extenderse por el campo en que sucumbió la usurpacion musulmana, en la haza que aun lleva la denominacion de *la Cava,* paréceme que las cañas que bordan sus orillas, susurran los romances españoles, y que el agua murmura en nuestro claro, puro y sonoro idioma, antiguas crónicas de sus glorias y vicisitudes. ¡Y cuánto no gozo cuando oigo en boca de estas gentes de campo, referidas aquellas hazañas, ya cantadas en coplas, ya contadas en leyendas, curso de historia tradicional, que sin faltar á la verdad esencial, la embellece con genuinas y poéticas ficciones, y en oirles exclamar entusiasmados: «buenas serán otras tierras, señor; pero en diciendo ¡ESPAÑA! ¡ESPAÑA! ¡ESPAÑA!... ¡se le llena á uno la boca, se ensancha el alma y se alegra el corazon!»

Entónces, Félix, vuelvo la cara con dolor y vergüenza, de ese heróico pasado á este raquítico presente, comparando este real y patente amor al país, al ficticio y apóstata patriotismo actual, que desprecia cuanto español existe, reniega de su esencia, vende los templos, destruye los monumentos, y burla cuanto aquel acató. ¡Acaso no se acaba de demoler en Córdoba lo que aun quedaba de la casa del gran capitan, su fachada! ¡Dónde están los descendientes de D. Gonzalo Fernandez de Córdova, que muchos se precian de serlo, que

*) Piensa el ladron que todos son de su condicion.

tal vandalismo permitieron! Oh grandeza de España!... despierta, sacúdete, piensa en tus deberes; que bien dicen los franceses en su bella sentencia NOBLESSE OBLIGE. Piensa que has heredado de tus antepasados no solo sus rentas para disfrutarlas, sino tambien su grandeza para sostenerla, su nobleza para honrarla, sus posesiones para conservarlas, y su lustre para transmitirlo ileso á los que te sucedan.

Félix, Félix, ¿qué hemos adelantado en tantos años de moderna cultura y civilizacion? ¿tener un teatro frances, una ópera italiana, y un *jockey club* inglés? ¿esto es lo que presenta como modelo de cultura y adelantos la capital al país? ¿Qué mas? Sí; el acatado imperio de la moda y del denominado buen tono: esto es, ver á las mujeres desfiguradas, á la lengua desfigurada, la fisonomía del país desfigurada, y el carácter nacional desfigurado. Buscad vuestros genuinos modelos en las comedias de Calderon y de Lope, y en todos aquellos cuadros de costumbres contemporáneas, y no digais que son aquellos tipos de fantasía y muy elevados para la vida real; no, no: eran entónces exactos, de manera que si ahora están elevados, es porque nosotros hemos descendido. Molière pintó á los franceses de su tiempo, que son los franceses de ahora, sin polvos y sin peluca. Si los hombres forman las épocas, las épocas forman la sociedad, y el teatro de costumbres es su traslado.

Así es, Félix, que exclamo, no con la agria sangre del espíritu de partido, — no es cuestion de partido ni de política, — sino con la caliente sangre española de mi corazon: Retroceded, retroceded, y no hagais de nuestro noble y poético país un ridículo maniquí; retroceded, retroceded! que cuando es incontestablemente mejor lo pasado que lo presente, el RETROCEDER ES PROGRESAR. ¿No vale mas que tomeis por modelo al noble padre que os dió el ser, y cuya sangre corre por vuestras venas, que no al vecino que os es extraño y os mira con burla y desden, por el mero hecho de imitarle? ¡Qué poco muestra valor el que no aprecia y sostiene su personalidad!

¡Loor á los poetas, hijos amantes y amados de la España, sus solos defensores ostensibles, que enarbolan la bandera de la nacionalidad, sacudiéndola del polvo del olvido y del desden, borrando las arrugas del mal gusto, dando nuevo

brillo á sus colores deslustrados, desteñidos por la imitacion, ese Mefistófeles del genio como la llama Lamartine, y alzándola á que ondee libre en la esfera de la inspiracion que le es genuina! ¡Loor á estos vates nacionales y simpáticos á cuya cabeza se halla Ángel Saavedra, duque de Rivas, grande de España por su clase y mas por su corazon, al que la fortuna y la naturaleza dotaron de todos sus dones, como para enaltecer en su persona su mision regeneradora!

Me aplicas el trozo de Lamartine, poético y brillante como todo lo de aquel privilegiado talento y poética imaginacion, pero falso: mentiras que sonríen y se engalanan. ¡Cosas que mueren! ¿Qué son las cosas que mueren? no será la verdad; que es eterna. ¿Cuando han muerto el trono y el altar? ¿Cree acaso Lamartine, al aplicar ese trozo tan bello de forma á los defensores del trono y del altar que el trono murió en el patíbulo de Luis XVI, y la religion de Cristo en aras de la entónces adorada deidad, la razon? ¡Con cuánta mas certeza, experiencia y buen sentido, dice el profundo Balzac: «Escribo á la luz de dos verdades eternas, LA RELIGION Y LA MONARQUÍA, que son dos necesidades que los sucesos contemporáneos proclaman, y hácia las cuales todo escritor de buen sentido debe trabajar en atraer á su país!»

No te pese que yo sea tu adversario en política; yo solo actué en una palestra, y esta ha dejado de existir; y ten presente que un noble y leal contrario vencido, es ménos de temer que un partidario que no es lo que aquel.

Pero volvamos á mi situacion actual.

Bien sabe Dios que, sea por instintiva prevision, ó por el giro que los reveses han dado á mi carácter haciéndole desconfiado de la sociedad, así como antipático á la vida pública, he evitado hasta el punto de parecer grosero, el entrar en unas relaciones, que por estar aquí de temporada esas señoras, habian de ser efímeras y superficiales: no me es grato conocer caras nuevas sin la idea de que se tornarán en amigas, ni cultivar trato sin la esperanza de que llegará á ser amistad. ¡Cuán léjos, pues, estaria de mí la idea de amar! Tenia la persuasion de lo que tan bien expresas en tu carta, esto es, que todo amor era fruta vedada en mi paraíso. No es mi pobre posicion para que pueda ofrecer á una mujer que disfruta de la de Serafina, el compartirla

conmigo; ademas, sabia por D. Pio que estaba tratada de casar con Alejandro Fuertes á quien conozco, y creo bien poco á propósito para hacer feliz á una mujer tan superior como Serafina. Pero, por mas que la razon y la prudencia proponen, los eventos disponen. Una tarde en que, como tengo de costumbre, habia llevado á Triton al rio, oí hácia el paraje donde se construyen los baños, gritos que denotaban algun accidente; corrí al sitio, y llegué en el momento en que Serafina, que habia acudido al lado opuesto, queria lanzarse al rio para socorrer á su hermana, la que habiendo perdido pié en uno de los hoyos que tiene el rio, era arrastrada suavemente por la corriente; un momento despues traia Triton á la preciosa niña, á quien recibian en sus brazos su madre y su hermana. ¡Qué hermoso cuadro formaban en su forma y en su expresion la madre y sus dos hijas! No sé lo que era mas de admirar, Félix; si la dulce y serena sonrisa que hermoseaba el rostro de la que acababa de hallarse en tan gran peligro, ó la angustia y lágrimas, que embellecian los semblantes de las que no habian corrido ninguno. No siendo posible abandonar á las señoras en aquellas circunstancias, las acompañé á su casa; la gratitud que creian deberme, puso en sus labios tan amables reconvenciones por mi extrañeza, y tan finas instancias para que en lo succesivo admitiese las ofertas que me reiteraron, que era humanamente imposible no corresponder á su cordial finura. Volví, Félix, y volveré miéntras aquí permanezcan; no corro riesgo: el mal está hecho y no puede agravarse. Al ménos gozaré, como dicen los andaluces, del sol miéntras dure! ¿Á qué y con qué fin haria, pues, ese sacrificio, si no puede disminuir un amor de aquellos que deciden de la suerte de un hombre? Pues yo, al ménos, considero al amor segun lo siento, como el móvil natural del matrimonio, y al matrimonio como á la gran base sobre que asienta el hombre su existencia; pero el amor ha perdido su carácter grave, moral y elevado desde que á porfía lo vulgariza la novela, lo sutiliza y amanera la versificacion, toma su nombre el interes y la vanidad, lo frivoliza su alegoría que lo pinta niño, y lo profana y degrada la ciencia materialista en su brutal pretension de que sobrepujan sus influencias á las del alma.

Dices que no conoces al hada que ha trocado este tranquilo y oscuro rincon en ameno Eden; ¡dichoso tú mil veces! pues podrá parecerte soportable la vida léjos de ella, y podrás hallar bellas otras mujeres. Sí, Félix, es bella, pues no ha querido la naturaleza que nada falte á una de aquellas pocas obras que forma para modelo y muestra de lo que sabe y puede. La belleza es una necesidad para el amor; y la prueba es que el mismo amor hace bella á los ojos de la persona que la ama, á la persona que no lo es. Si algun defecto tiene la delicada hermosura de Serafina, es quizas la finura misma y la pequeñez de sus lindas facciones; lo que le es peculiar (y cada rostro tiene su peculiaridad que agrada con predileccion, por ser exclusivamente de la persona) es aquella sonrisa tan grave y bondosa, aquella seriedad tan dulce y tan natural á un tiempo, aquella dignidad bosquejada en suaves tintes, que revela ya la austera esposa y la madre perfecta. En la parte moral le son peculiares las ideas elevadas, poéticas y maduras que recibe de su alma, de su corazon y de un entendimiento delicadamente cultivado, y las cuales expresa tan sencillamente que á todos simpatizan y á nadie sorprenden; le son, en fin, aquel corazon tan sano y tan blando, aquella cabeza tan capaz y tan firme, que forman la mujer cumplida, tal como puede apetecerla por compañera el hombre que en cambio le ofrece un amor exclusivo y por toda la vida, un respeto nunca desmentido, una confianza sin límites y el cumplimiento de todos sus deberes.

Aunque no soy naturalmente expansivo, lo soy con ella, porpue cada conversacion que tenemos, es como un tema cantado á dos voces; lo que sucede cuando llevan los pensamientos un mismo giro, los ocupan las mismas cosas, los elevan los mismos sentimientos, y los consolidan los mismos principios.

La otra noche, despues de saludar á su madre que jugaba, me acerqué á ella, que suele estar sentada á la puerta del jardin en entretenidos coloquios con los ancianos caseros. Permanecí callado, porque el recuerdo de tu carta que habia recibido aquella tarde, me tenia aun mas preocupado de lo que suelo estarlo.

— ¿En qué pensais, Peñareal? me preguntó al fin Serafina con aquella voz tan dulce, pero tan clara y serena.

— Os observaba, le contesté, entre esos buenos ancianos que han vivido tanto, y entre estas frescas y lindas flores que viven tan poco; y viendo que simpatizais con ambas cosas siendo contrastes, me preguntaba sin hallar respuesta, ¿qué era preferible, si una vida corta y bella, ó si una vida larga y buena?

— Creo, me contestó, que la razon dicta que lo sea esta última, si no hemos de preferir lo bello á lo bueno, en lo que habria quizas mas poesía de imaginacion, pero de cierto mucho ménos poesía de corazon.

— ¿Creeis que haya dos poesías? le pregunté.

— Creo al ménos, me contestó, que tenemos dos fuentes de poesía, una que brota de la cabeza, que es teórica; otra que mana del corazon, que es práctica.

— ¿Y me las podreis definir? le dije.

— Puedo, contestó, explicaros fácilmente mi idea. La una crea; la otra embellece. La una tiene una varita de virtud por atributo, la otra un prisma. La primera es una bella hada que evoca maravillas, da alas al pensamiento y le viste con las mas ricas galas del lenguaje, de la versificacion, del saber y de la elegancia, lo pule como un brillante, y lo pasa por el crisol de la buena crítica. Lábransele templos, téjensele coronas, es altiva, y quiere triunfos.

La poesía que mana del corazon, no necesita ni lenguaje académico, ni palabras bien rimadas; es modesta, y nada es pequeño para ella; no hay choza por humilde que sea que no ilumine, ni terreno tan árido que no haga productivo, y miéntras mas humilde la veo, mas bella y grande me parece. Es á mi ver la voz del ángel de nuestra guarda, que se esfuerza en hacérnoslo todo bello y bueno, infundiéndonos simpatías, benevolencia hácia las cosas terrestres, amor y ansias por las del cielo. La primera aspira á la gloria, la segunda á simpatías; la primera quiere y puede aspirar á la inmortalidad, la segunda quiere, cual el eco, ser oída, pasar y no ser vista; á veces están unidas, pero no suelen permanecerlo, porque cuando la primera alcanza la gloria, suele siempre acompañarla el orgullo, que ahoga todo cuantó brota del corazon.*) ¿Quereis que os exponga mi idea con un

*) Podria decirse que hay otra tercera especie de poesía, la de la

ejemplo, ó prácticamente? Notad en el mundo esos poetas y escritores tan delicados, tan finos y estéticos en sus escritos; observadlos en su vida privada, comunes, viciosos, cínicamente materialistas y groseros. La poesía de sus escritos es poesía ficticia y de cabeza. Ved en cambio una madre de familia, cuya existencia es toda amor, toda sacrificio, toda olvido de sí misma, y que parte toda su vida y su alma y todos los sentimientos de su corazon entre rogar al Dios á quien adora y cuidar á los hijos que ama; ved á la hermana de la caridad, que vela al enfermo soez y antipático á todo su noble y puro ser; á la jóven, que á todo en este mundo prefiere la sonrisa de su madre y la aprobacion de su padre, y al hombre que vence y sacrifica una mala pasion de orgullo, de venganza ó de bastardo amor en aras del deber; esa es la poesía práctica, la poesía de corazon, ellos *son* lo que los otros *pintan*. Hay hombres por el mundo, añadió sonriéndose, que tienen á la poesía en general por una vaciedad, y á los poetas por entes nulos, que emplean un ocioso é inútil trabajo en rimar cosas de poco sentido, con lo que logran entusiasmar á los melifluos y hacer dormir á las gentes sensatas; si estos hombres oyeran mi definicion, la creerian mas disparatada que la misma poesía.

— Siempre en el mundo, repuse, se ha visto en diferentes formas esa lucha entre el espíritu y la materia, que tan magistralmente ha personificado Cervántes en D. Quijote y Sancho. El autor, á quien ha dado la inmortalidad ese libro, hizo su obra con el fin, poco simpático para mí, de ridiculizar el noble espiritualismo en su caballero andante. Su chistosa burla lo parodió á la perfeccion, pero no le era posible quitarle la parte sublime á su tipo, cuya historia leo siempre con la risa en los labios y lágrimas en los ojos. «La parodia, dice el crítico frances, Geoffroy, no estampa en

---

forma, poesía griega que aun conserva apasionados. Esta hacia que en Esparta se matasen los infelices niños raquíticos ó contrahechos, y que en Aténas se mandasen venir médicos de Asia para hacer abortar á las bellas prostitutas, para conservarles sus hermosas formas. Es claro que semejantes monstruosidades no pertenecen á nuestro asunto, y solo las anotamos para hacer observar la horrible y bárbara tendéncia de cuanto es material, aun en sus aspiraciones á lo bello.

los labios la risa, sino la mueca; no puede hacer escuela ni crear nada, no tiene el poder de la crítica, ni aun de la sátira, porque no respeta ni aun lo bello, y ahoga la idea en la burla.» La poesía, proseguí, á mi ver está tan fuera del mundo segun lo hemos constituido, que solo en libros no aparece ridícula. Dice un escritor que se firma Velisla en unos apuntes críticos de las poesías de Baeza: «Por una contradiccion harto frecuente en la historia de la humanidad, hay que buscar en una época calificada de bárbara, la sensibilidad, el entusiasmo religioso, el amor caballeresco, el culto del honor, fuentes inagotables de poesía. ¡Cosa rara por cierto! los grandes corazones palpitaban debajo de una pesada armadura de hierro, y ahora que iluminan todo el orbe los destellos del astro de la civilizacion, los corazones son inútiles; el hierro está en los corazones.» Y en prueba de la verdad de este hermosísimo trozo, ¿cuál es lo grande y lo bello que no se haya ridiculizado? pobre desquite de esta prosaica, acerba y materialista era, cuyo tosco orgullo escupe á lo que está demasiado alto para que pueda pisarlo. ¿Qué es lo que ha escapado á este desprestigio general, que como una capa de nieve se ha extendido sobre todo, helando con su frialdad toda flor, todo brote, toda vida? ¿Acaso, Serafina, ¡no es escarnecido el mismo amor, esa poesía universal, cuando engendra una pasion sin esperanza? ¿no es ridículo?

— Ridículo no, contestó ella, pero quizas culpable; y en ese caso os confieso que perderia á mis ojos toda su poesía.

— Serafina, dijo Primitiva corriendo de su sitio, y acercándose á su hermana, ¿no es verdad que te gustan los caminos de hierro? D. Bonoso dice que son muy peligrosos, *etcétera*, *etcétera*. El comandante dice que son paparruchas como los globos, y D. Pio dice que no puede creer que una niña tan sensata como tú, sea afecta á una invencion de locos y para locos. Vea vd., le dije, pues si mi hermana se entusiasma con ellos como vd. con la quina!

— ¿Le gusta, pues, la actividad y ligereza? dije yo.

— No señor, contestó la graciosa niña, á mí sí me gustan, pero á mi hermana no le gustan las cosas sino despaciosas y sosegadas; cada uno en este mundo tiene su distinto ser, por mas que se empestille la constitucion en qne todos somos iguales.

— Entónces, dije, será por lo cómodamente que se viaja.

— Tampoco habeis acertado, repuso Primitiva; en nuestra edad aun no se aprecia la comodidad, ese ídolo de las gentes machuchas; pero las gentes que se baten, que montan, que bailan y que corren, dejan en santa union á la comodidad y á las canas.

— ¿Pues entónces, por qué es? pregunté.

— Porque cuando haya caminos de hierro no se martirizará á los pobres caballos: señor, mi hermana no tiene debilidades humanas; pero en cambio tiene debilidades de corazon, y es una de ellas el angustiarse la vida con las lástimas. Yo tambien creo que tengo buen corazon; pero evito estármelo crucificando ocupándome de cosas que no puedo remediar. Mi hermana no piensa así; cree que cada lágrima suya es un bálsamo ó un alivio para los atormentados animales.

— ¡Ojalá y lo fuesen! exclamó Serafina.

— ¡Ya! si lo fuesen, yo tambien me pondria á llorar, repuso Primitiva; pero si no lo son, ¿á qué despilfarrar tantas perlas, como diria Efigenio?

— No hay lágrima perdida, dije yo; un poeta aleman, Bürger, dice que toda lágrima pura cae en las manos de Dios.

— ¿Sois poeta tambien? exclamó la alegre niña, pues llorad y poetizad á duo; que voy á decir á D. Pio que cuando saque á la lotería haré un camino de hierro de Jerez á aquí, para venir á verle todos los años, y para que dé gracias á Dios de los progresos de la época en los que no tiene fe, ni cifra esperanza ni le inspiran caridad.

— ¿Haceis versos? me preguntó Serafina cuando su hermana se hubo ido.

— En mi agitada vida, contesté, no he tenido tiempo para nada sino para obrar.

— Pues ahora, dijo, teneis tiempo para todo.

— Y lo siento, exclamé.

— ¿Y por qué? preguntó con extrañeza Serafina.

— Porque miéntras el hombre obra, goza; y cuando siente, padece.

— Padecer es una pretension muy general, repuso ella; no tengo fe en el padecer que se explaya y que se queja;

por ejemplo, si os quejaseis de vuestra suerte, no seriais el hombre superior por quien os tengo. Las palabras son á las cosas lo que el lecho de Procusto; agrandan las pequeñas y achican las grandes.»

¡Cómo me he dejado llevar á transcribirte palabra por palabra uno de nuestros coloquios tan profunda é imborrablemente impresos en mi memoria! Te lo he referido para que comprendas y admires el modo de pensar y de sentir de Serafina, y para que veas qué pronto y con cuánta decision y dignidad corta toda alusion á mi amor que en el arrastre del momento escapa á mi pecho. Sabe que la amo, pero ella ama á Alejandro, y rechaza con firmeza el amor que inspira á otro, y lo haria quizas con dureza y desprecio... si no fuera un ángel!

¡Qué carta! pero... ¡hablaba de ella, y no he sabido acabar!

CÁRLOS.

CARTA XII.

SERAFINA Á LUISA.

Bornos 15 de julio.

Luisa mia: he recuperado mi salud en Bornos, y no obstante, hubiese preferido no venir, porque he de extrañar mucho volver á encerrarme entre escuetas piedras, despues de haberme apegado á este hermoso campo; oir aquel ruido monótono y cansado de una ciudad populosa, que fatiga, despues de haber gozado de este silencio que encanta; mirar siempre aquel inquieto é incesante bullir del mar, hecha como estoy á la tranquila y dulce transparencia de este rio; ver solo muertos mástiles, cuando aquí únicamente veia árboles

con hojas, con pájaros y con vida. Á medida que se acerca la época de nuestra ida, se aumenta mi tristeza, sobre todo cuando estoy sola, y no me domino para disimularla.

Fijo una larga mirada de cariño sobre todos estos amenos parajes que he hecho tan mios, como si en mi obsequio los hubiese criado Dios. Si pasan las galas con que los viste el verano, serán reemplazadas por las que consigo trae el invierno. En los campos que van quedando escuetos, reemplazará el arado á la hoz, y la venidera cosecha los cubrirá de nacientes sembrados, verdes como la esperanza. La cogida de la aceituna alegrará los olivares; los vallados estrenarán nuevos atavíos; las cargas de frutas serán reemplazadas por cargas de leña para el alegre fuego, que es el alma del hogar doméstico, donde las bellotas y las castañas en su abrigado traje pardo, inaugurarán el invierno; y el agua del cielo vendrá de parte de Dios á dar de beber á la sedienta tierra. Mas nada de eso veré; y en compensacion me ofrecerán llevarme al teatro! ¡lo ficticio, despues de la realidad! ¡Y pensar que si Alejandro se acuerda de mí será para quererme llevar á Madrid! ¡Oh Luisa! ¡yo no he nacido para esa vida de ruido y de movimiento!

Veo que extrañas que yo diga *si Alejandro se acuerda de mí;* pero, Luisa mia, estoy autorizada á dudar de su cariño, en vista de la fria conducta que ha seguido, de la que estaria aun mucho mas ofendida si fuese mi cáracter exigente. No solo han sido sus cartas escasas, y escritas con mas prisa que cariño, sino que habiendo regresado de Italia, en lugar de haber sido lo primero acudir á mi lado, ha pasado de Barcelona á Madrid, sin aun fijar la época de venir á vernos. Es cierto que puede haber alguna culpa mia en este extraño comportamiento, al que presto alas no dándole quejas ni aun indirectamente: no lo he hecho, porque creo que las quejas, léjos de llenar el objeto con que se dan, causan el efecto contrario; y porque te confieso que ni mi corazon está herido ni mi amor propio lastimado; y ahora conozco prácticamente las ventajas de los amores que tan graciosamente llamabas mansos rios sin corriente, cielos despejados sin tormentas, azucenas sin colores ni matices. ¡Cuánta razon llevaba Carolina Meridal cuando nos repetia aquellas palabras de una autora sueca: «Los grandes even-

tos, las pasiones violentas son raras; en el curso ordinario de las cosas forman excepciones y no reglas; por consiguiente, hija mia, no aguardes combates ni emociones romancescas; por miedo de que al no hallarlas caiga tu vida en la desilusion y el fastidio. No busques fuera de tí el exceso de vida y sentir á que tu alma aspira: aprende á creártelo en tu propio seno; ama, sí, ama al cielo, á la naturaleza, á todo aquello que es bueno y puro, y tu vida se enriquecerá, y tu alma se ensanchará, y un suave calor circulará por tus venas.»

El profundo sentimiento que tengo, Luisa mia, y que oculto á mi buena madre cuanto puedo, es el estar comprometida á casarme con un hombre que no solo no me ama, sino que tan poco aprecia mi cariño y mi persona. Es la sola vez que este cruel secreto saldrá de mi boca. ¡Triste es confesarlo!... pero á la vista está que solo tiene apego al dote que me da mi buen padre. ¡Ojalá no me lo diera!... pero lo que está hecho, está hecho. Para dar un paso atras en un compromiso, es preciso que sea tal la causa que lo motive, que forme una barrera que alcance á ver toda vista. Alejandro es un hombre apreciable; no seré infeliz unida á él, segun el mundo; si no soy feliz segun mi corazon, este secreto quedará sepultado en él. ¡Ay Luisa! ¡cuán distinta hubiese sido mi suerte si hubiese conocido ántes á Peñareal! á él sí que se puede aplicar lo que dice Balzac que «las almas grandes siempre están dispuestas á hacer de una gran desgracia una gran virtud.»

Cuanto bueno me dices que de él has sabido por tu primo Félix de Vea, te pareceria poco si llegases á conocerle y comprender lo que vale! ¡Hágale Dios tan feliz como merece, concediéndole en la mujer que le destina, lo que á mí me ha negado en el compañero que me prepara; un corazon que le ame, un alma que esté al nivel de la suya, y un entendimiento que comprenda al suyo! Sentimos tan conformemente, qué entre nuestras muchas discusiones te transcribiré una, para que puedas juzgar hasta qué punto simpatiza con mi sentir, y contrasta con aquellos continuos, gansos y necios sarcasmos, que forman por lo regular el tema de los que sin serlo, se pretenden ilustrados, y entre los que tanto sobresalia Alejandro.

Discutíamos la otra noche sobre la irreligion, que palmo

á palmo, y sin que por desgracia casi nadie se haya atrevido á contrarestarla, se ha infiltrado entre nosotros; y sobre el singular afan que tienen muchos escritores del dia en asegurar con un aplomo portentoso que el pueblo no tiene ni sabe lo que es religion, y que solo tiene fanatismo y supersticiones acatando y llamando milagros á las cosas que no lo son. La buena tia Belica que nos escuchaba, y á cuya penetracion no se ocultaba nada de cuanto decíamos aun en referencia, exclamó de repente:

— Jesus, señorita, ¿acaso hay quien no cree en milagros?

— Ved, me dijo Peñareal; para esa buena anciana es mas incomprensible un incrédulo que un milagro; ¡qué magnífica muestra no solo de fe, sino de buen sentido!

— Como que la fe, contesté, es la madre del buen sentido, y cuanto se aparta de ella, desbarra. Tia Belica, proseguí, dicen ciertas gentes de las ciudades que en el pueblo no tienen vds. religion.

— ¡Ave María, señorita de mi alma! ¿pues qué, nos creen moros? exclamó la buena anciana.

— O cosa peor, repuso riendo Peñareal; pero diga vd., tia Belica, vd. que la tiene, ¿cómo se la ha enseñado á sus hijos?

— Señor, contestó la buena anciana, como hacemos todas: cuando aun no pueden hablar los niños, les enseñamos á que digan por señas, que solo hay un Dios, y que este está en el cielo; cuando mayorcitos, les amenazamos cuando mal quieren hacer, con que castiga Padre Dios, para enseñarles á que le teman como juez soberano; cuando pueden hablar, lo primero que les enseñamos es el Padre nuestro y á persignarse; despues van á la amiga, donde aprenden la doctrina, á rezar el rosario y á tener compostura; á los siete años los llevamos á confesar; ¿qué mas se ha de aprender?

— Y el cura completa la sucinta instruccion que necesita la dócil fe, dijo Peñareal, y esta sencilla instruccion contiene toda la religion y sus misterios, y toda la moral cristiana en la aplicacion de los mandamientos. Quisiera saber lo que esos escritores entienden por esas *supersticiones* y por *ciertas ceremonias*, cuyo orígen y significacion dicen

que ignora el pueblo. Cuando tales asertos se presentan con admirable aplomo al público, se debia, ante todo, profundizar una materia tan grave; y la censura cumpliria con su deber en prohibirlas, en lugar de prohibir otras cosas de ménos importancia y trascendencia.

Hay que hacer distincion entre la zupia de los presidios que asesina y roba, y la gran mayoría del pueblo que ara y nos da el pan. El escritor público es responsable ante Dios y los hombres de la exactitud y certeza de lo que escribe. Pero esto habla con los escritores de conciencia... ¿y hay muchos? Los que combaten las preocupaciones son los mas preocupados; y con tal de que hallen ocasion en que colocar las palabras *fanatismo*, *ceremonias* y *supersticiones*, palabritas bien sonantes para adornar esas falsas, esas viejas ideas, engalanarlas y hacerlas pomposas, tenemos esos platos recalentados de la opípara mesa de Voltaire y secuaces. Estos lamentos, si saliesen de la boca de un anacoreta ó de un justo, tendrian buena intencion, y el santo celo les daria respetabilidad y fuerza; pero los escritos en que se ven, les quitan por fortuna esas ventajas.

— ¿Qué dice Vd., tio Miguel? pregunté al anciano, que embelesado escuchaba á Peñareal.

— Yo, señorita, respondió el tio Miguel, diria á aquellos usías: ¡válgame Dios, señores! ménos espuma... y mas chocolate! Si ellos tienen el saber, acá tenemos la fe; y no salimos peor librados; por que siempre se ha dicho, LA FE SALVA, y no el saber salva.

— ¡Que aprendan esos falsos predicadores el verdadero saber religioso que ellos ignoran! exclamé enajenada por la magnífica respuesta del anciano.

— Con vuestro modo de pensar y de sentir, me dijo Peñareal, tendreis muchas controversias que sostener.

— Ninguna, contesté: ni mi edad, ni mi estado de soltera me autorizan en sociedad para disputar, ni mi carácter me lo permite, pues me sucede como á la simpática Mme. de Sévigné, á quien la sinrazon picaba, y la falta de buena fe ofendia; así es que prefiero callar.»

Me arrastra el placer de escribirte estas conversaciones tan simpáticas á mi sentir, y que tanto concuerdan con mi pensar; y no sé hablar de otra cosa.

No puedes pensar lo hermosa que se ha puesto aquí mi Primitiva, que desluce á todas las rosas de Bornos, y cuánto goza y se divierte, con ese corazon, perenne manantial de bondad, de alegría y de risa. Es cierto que nuestros tertulianos le dan pábulo á mantener su buen humor. La otra noche, cuando subí á mi cuarto, la hallé que pronta á meterse en la cama, se habia arrodillado ante la ventana á rezar. Allí, arrullada por el canto del ruiseñor, la cantinela de la fuente y el recitado del grillo, se habia quedado dormida, apoyada su cabeza sobre sus cruzadas manos. Llamé á mi madre y á las doncellas, y la acostámos en su cama sin que despertase; allí tendida, cubierta de su larga y alta camisa de dormir, que retorcida á los piés arrastraba hasta el suelo en anchos pliegues, con la cara algo alzada, y sus blancas manos cruzadas sobre el pecho, parecia una de esas figuras ideales con que Flaxman ha representado el alma en su simbolizacion del Padre nuestro. ¡Nunca vi cosa mas bella! Mi madre y yo nos mirámos con dulce y admirada sonrisa; mi madre hizo sobre ella la señal de la cruz al bendecirla, y yo corrí su mosquitero de gasa. ¿Bastaránle en su existencia que comienza, la bendicion de una madre y los cuidados de una hermana para preservarla de todo mal? ¿cuál será su suerte?... ¿será tambien este ángel, para el hombre que se haga amar de ella y aceptar de sus padres, nada mas que *la representacion de un capital?* ¡Oh sabios hombres y delicados caballeros que instituisteis los mayorazgos... por los que todas las mujeres eran pobres!

SERAFINA.

CARTA XIII.

LUISA TAPIA Á FÉLIX DE VEA.

Cádiz, 16 de julio.

Por mas que ponderen los adelantos de la ciencia médica, no los tengo por muy allá cuando á la hora esta no se ha

hallado mas antídoto contra la falta de memoria que los sempiternos palillos de pasas, á los que se atribuyó una virtud que no tienen, allá en los tiempos de las medias amarillas; pues el tiempo presente no es tan bonachon que atribuya virtudes que no tienen, ni aun á los inofensivos palillos de pasas, esos báculos de las uvas viejas. Averigua si el magnetismo cura la debilidad de cerebro que produce el olvido, y si así sucede, hazte magnetizar cuanto ántes.

La noche que te despediste, te hice un empeño en favor de un desgraciado, y te di un memorial que te supliqué entregases y recomendases ahí. Á la mañana siguiente me encuentro el memorial, — esto es, toda la esperanza y suerte de un desdichado! — ¡en la rinconera, sobre la que al recibirlo lo depositaste! — Á eso me dirás con una cara muy poco compungida, que fué un olvido, y con eso te creerás disculpado. Pero te engañas, primo, pues dice Franklin: «se cree uno disculpado con decir: *fué olvido!* y cabalmente esa es la falta.» Pero los *dandys*, como tú, hacen gala de todo, hasta de sus faltas.

Perdóname, Félix, mi poco amable franqueza; pero estoy ahora mas hostil que nunca contra los hijos de Adan. — Ese Alejandro que no escribe á Serafina y se va á Madrid sin verla... ¿dirá tambien que es por olvido? El olvido es un compuesto de frialdad, de desatencion, de frivolidad y de egoismo chocantísimo, que solo es perdonable en los niños. No se merece ese hombre insustancial á la mujer con quien está comprometido: mucho daria porque se desbaratase esa boda, que no hará feliz á la mujer que en el mundo mas merece serlo. Él, cuando mas, no la ama ni la aprecia como es acreedora á serlo, y por lo tanto no es extraño que cada dia la aleje mas de sí. Tu amigo Peñareal es un *raro*, que se hace valer como una buena moza vana, y desear como un dia de sol en tu querido Lóndres.

Tú estás en el camino de la perdicion con tus ideas antimatrimoniales, — por consiguiente antisociales, — las que precisamente te hacen mirar á la mujer con menosprecio, sin acordarte de que tuviste madre, y que no desearias que tu padre hubiese tenido sobre el matrimonio las lindas ideas que tú. Todas estas cosas me tienen tan irritada contra vosotros, que si aun hubiese amazonas por el mundo, sentaba

plaza en su regimiento; pero ya no existen esas beneméritas heroínas. Es cierto que ha aparecido una falange de seudo-amazonas; pero segun he oído, no son nada hostiles al sexo feo, y así han degenerado completamente.

Si quieres volver á mi favor, ya que dices que tanto me quieres, lo puedes conseguir con dos cosas: la primera es que tomes, con calor, interes en la suerte de esa pobre víctima de una patente injusticia de su jefe y de un impertinente olvido de un papá de la patria; la otra cosa es, que tu segundo discurso en las cortes tenga por objeto el proponer una ley humana en favor de los pobres animales, como se ha hecho en otros países que en todo se imitan ménos en eso. ¡Hazlo, Félix!... aunque no sea mas que para probar á los extranjeros que los toros no han hecho de bronce nuestros corazones para con los pobres inocentes animales, que tanto nos sirven, y á los que tan cruel pago damos. Si lo haces, Serafina y yo te alzaremos un altar en nuestro corazon, sin acordarnos de que no miras á las mujeres sino como pasatiempos, y no las crees dignas de compartir la existencia de un hombre.

Á Dios, diputado; séate la diputacion ligera! — ¡Ten presente que el olvido es censurable en la cabeza, pero imperdonable al corazon; y así, acuérdate de tus amigos y tu patria, en la que, si bien no eres profeta, eres el coquito y el niño bonito... y no te apedrearán.

LUISA.

P. D. Satisfaz mi curiosidad por escrito, ya que de palabra no lo has hecho, y cuéntame el orígen de tu amistad con Peñareal, porque no solo me inspira curiosidad, sino que me interesa é *intriga*.

CARTA XIV.

FÉLIX DE VEA Á SU PRIMA LUISA.

Madrid 24 de julio.

Querida Luisa: llegué á mi destino en el oportuno momento de cerrarse las cortes, y me hubiese ido con la música y mi discurso á otra parte, á no detenerme aquí varios asuntos, entre ellos tu empeño, que haré con la mayor eficacia, aunque no sea mas que para probarte que la flojedad de mi memoria la indemniza la fuerza de mi voluntad. Dícese y con razon, que España es el país de los empeños, y que por ellos se hacen muchas cosas que no se deberian hacer. ¿Pero, porqué no se dice tambien el infinito bien que hacen estos gnomos benéficos, que trabajan oculta é internamente el terreno del poder, guiados casi siempre por la caridad y la justicia en favor del que sufre ó es atropellado? No parece sino que la sociedad es tuerta, y que ha perdido el ojo con que miraba el buen lado de las cosas, y no le ha quedado sino aquel que mira al malo!

Sábete, prima mia, que el epíteto *dandy* que me das en tu no favorecida, me *impresionó* muy mal, como se dice hoy. ¿Tú sabes el orígen de la voz *dandy?* Si hubieses estado en Lóndres como tu servidor (segun lo atestigua inequívocamente mi equipaje, que huele á carbon de piedra) sabrias esta importante etimología: cátala aquí auténtica. En el reinado de Enrique VIII, se acuñó en Inglaterra una moneda pequeña que llamaron *dandy prat.* Desde entónces la palabra *dandy* se aplicó á los jóvenes cuyo exterior es brillante y cuyo valor es poco; ya ves, prima mia, que el dicterio no es de lo mas lisonjero para todo un diputado. Si quieres hacer burla de lo que llamas mi excesiva elegancia, llámame á la española pisaverde; esto, al ménos cuando pasee por el campo, será una verdad de Pero-Grullo. No obstante, bien pensado, propondré en la academia cuando sea académico,

como mas lógico, que en adelante el pisaverde signifique un rústico campesino, y que se cree para los melifluos ciudadanos la voz *pisa-alfombras.*

No pienso en hacer una mocion para poner freno á las atrocidades, que con un cinismo que levanta en peso, se cometen contra los pobres animales. Si tú hubieses hecho conmigo el viaje á Madrid en diligencia, y hubieses presenciado cosas que no te cuento por no causarte una impresion que destroce tu corazon, ¡qué no dirias!!... Pero no pienso desprestigiarme y ponerme en ridículo haciéndome el D. Quijote de los huérfanos y desvalidos animales; para dar ese paso aquí, es preciso ser un diputado *hembra*, que cuando impela la lástima su corazon, pase arrojado aunque sea por entre las llamas, y se le dé tan poco cuidado del ridículo, que no le valga la pena del alejarlo de sí con su perfumado pañuelo de holan, como lo haria con un mosquito. Pero á mí me falta valor para arrojarme á sabiendas á causar una risa homérica entre los dioses y semidioses del Olimpo de las leyes.

Ahora contestaré á la pregunta que me haces en tu carta sobre el orígen de mi íntima amistad con Cárlos Peñareal: lo haré con tanto mas gusto, cuanto que es este tan honorífico para Cárlos como lo son todas las acciones de su vida. Una noche en Paris en un club de extranjeros, perdí al ecarté algunos luises de oro, y al levantarme de la mesa de juego, salí del club. Entré en seguida en una tienda, y al querer pagar lo que habia comprado saqué un luis que me devolvió el tendero diciéndome, que era falso: saqué otros, y sucedió lo mismo, de manera que comprendí habia sido víctima de una estafa en la casa de huéspedes, en que abriendo mi *bureau* habian extraido un cartucho de luises, que habian repuesto con otro de ellos falsos. Mi primer pensamiento fué que lo serian igualmente los que habia dado en pago en el juego; corrí á casa, tomé dinero, y llegué desalado á la reunion á la que conté lo que acababa de sucederme, pidiendo excusas y las falsas monedas de oro, para cambiarlas por otras. Pero me fué contestado que un caballero español, al oir hablar de moneda falsa expendida en el juego por otro caballero español, se apresuró á recogerla, diciendo que

conocia á la persona; que sin duda seria víctima de un engaño, y que él se encargaba de devolvérselas, lo que no llevó á efecto porque no sabia dónde yo paraba, ni podia dar con mi domicilio. Yo pedí las señas, y me dieron las de Peñareal, y pude averiguar el suyo al tercer dia de incesantes pesquisas. Esta noble y generosa accion, que salvaba el honor de un compatriota á quien no conocia sino de nombre, no necesita comentarios, ni es necesario decir que fué la base de una amistad como la nuestra; á lo que se agrega la gratitud que cree deberme, por haber asistido á la par de él, en la enfermedad que le llevó al sepulcro, á su noble y honrado padre. Hija de Eva, ya está satisfecha tu curiosidad con saber, y lo está mi corazon con comunicarte lo que has leido.

Te harás cargo, prima mia, de cuál será mi deseo de que Cárlos, que siente un amor por tu amiga, que es como todos sus sentimientos, noble y profundo, obtuviese su mano en lugar de ese Alejandro que segun todos mis informes, es una calabaza hueca de las mas reconocidas por tales. Sé que es muy difícil que esto se logre, porque aunque me has confiado que coliges por las cartas de Serafina que ella á su vez, sin saberlo, ama á Cárlos, ni uno ni otro, por motivos de exagerada delicadeza, darán un solo paso para el logro de su felicidad. Vengo, pues, á hablarte de una travesura que he hecho, como hizo Iriarte su fábula del asno:

Esta fabulilla
salga bien ó mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Atiende.

Entre las casas que visito, se encuentra la de la condesa de Torreones, que es la mas innata intriganta que se conoce. Esta señora, que ha estirado cuanto ha podido á fuerza de moños, mejunjes, modas y todas clases de postizos los restos de su disecada juventud, tiene una desmedida superabundancia de actividad, y el objeto de su vida es hallar en qué emplearla. Ha proporcionado un sinnúmero de cruces á sus protegidos.

Cuando se estableció alguna economía en este ramo, no pudiendo renunciar al anhelo de proporcionar cruces, se ha metido á casamentera. La persona que me introdujo en su tertulia, que es muy concurrida, me informó de todos estos pormenores.

Cuando llegámos, ¿qué crees que es lo primero que nos echámos á la cara? Á Alejandro, que lucia su faja de general, su buena presencia y su aire vano; y lo primero que observé, fué las particulares atenciones de que era objeto por parte de la dueña de la casa. Noté que se lo presentó á una señorita muy elegante (mal dije, muy compuesta), muy fina (no dije bien, muy vistosa), muy bien educada (tampoco he acertado, debo decir muy bien enseñada), pues sabe frances, italiano y toca el piano; pregunté quién era y me dijeron era hija del marqués de Fuente-Rica, PRIMERO DEL NOMBRE.

La moderna literatura ha puesto en circulacion una porcion de palabras que dormian el sueño del justo en el seno del diccionario ó en los archivos de las ciencias, y ha hecho bien; que nunca por mucho trigo hubo mal año. Ocurrióseme esto al ver encontrarse al vistoso Alejandro y á la hermosa Fanchetta*) por hallar que entre ellos habia todas las *afinidades*, *atracciones magnéticas*, *corrientes eléctricas, arrastras y gemelismos* imaginables. Poco despues se tocó un wals, y la condesa suplicó al general que bailase con la consabida belleza. Cuando la vistosa pareja pasó en airosas vueltas delante de mí, me quedé admirado como un papanatas. Nunca pudo hallar la vanidad dos intérpretes mas caracterizados, nunca frentes mas erguidas, ojos mas altivos, bocas mas desdeñosas y talantes mas arrogantes. Se han unido, pensé, y es preciso que sea para siempre; ¿cómo pensar en divorciar al orgullo y á la vanidad? Deseaba tanto mas esta union, cuanto que no solo ellos, sino otros dos seres que tú y yo queremos con tanta ternura, serian felices á su vez uniéndose, lo que indefectiblemente sucederia si llegaban estos á tomar la iniciativa.

Absorto estaba en estas reflexiones, cuando Alejandro el Grande vino á saludar al amigo que me habia llevado allá

*) Abreviatura francesa del nombre de Francisca.

Apénas este me presentó á él cuando recordó mi familia, y sabiendo que venia de Cádiz, me preguntó si era verdad que la casa de Villalprado hubiese quebrado. Recordé que efectivamente una casa de Málaga con el mismo nombre acababa de suspender sus pagos, y una idea instintiva, que no tuve tiempo de definir ni calcular, me hizo contestarle con todo aplomo afirmativamente. Al oir esta respuesta pareció muy contrariado: despues quedóse por bastante tiempo pensativo, en seguida fué á sentarse al lado de la elegante Fanchetta, y cuando fuí á despedirme de la señora de la casa, oí que quedaron citadas para un paseo á caballo, en el que obtuvo el jóven general permiso para formar parte de la comitiva.

¿Qué te parece de todo esto? Bien sé que si Cárlos con su gran formalidad supiese lo que yo he hecho, me reconvendria por arrogarme el papel de destino, y por medios ilegítimos: ¿pero no será mas bien que el destino se vale de mi ingenio para labrar la felicidad de nuestros amigos? Y aun en el caso de lograrse sin intervencion del destino, no me podrás negar que soy mas hábil que él.

La señorita Fuente-Rica tiene una enorme cantidad de millones, algunos al contado, otros en esperanza, porque toda la fortuna del marqués, primero del nombre, es partible entre ella y un solo hermano. Es muy independiente, y no se casará sino á su antojo y sin tomar en cuenta la voluntad de sus padres, á quienes domina en todo: esto lo prueba el que la boda que estos tenian proyectada con el hijo de otro rico capitalista, y que ella habia aceptado gustosa, no se llevó á cabo despues de haberla publicado, sin mas razon que la de haber dado el novio en el Prado una ridícula caida del caballo.

Supe parte de estos pormenores por el consorte de la Torreones; este señor, que se casó por condescendencia y distraccion, no ha perdido estas dotes, porque habiéndole encargado su mujer que nos hiciese una visita á Alejandro y á mí, y hablase á aquel detalladamente de la señorita de Fuente-Rica, y á mí de unas acciones de caminos de hierro, el buen señor no habló á Alejandro sino de vias férreas, ni á mí sino de los millones del marqués de Fuente-Rica.

Á Dios. Deseo salir de esta atmósfera que ahoga, y respirar aquellas brisas que envía la mar frescas, puras y

saladas, que nos vigorizan y alegran; ansío por ver salir y entrar los barcos, esos gigantes, que con pié de plomo y ala de palomo, recorren los mares. ¡Vivan los puertos de mar! Para quien le gusta la vida activa y el movimiento, son al continente lo que son á las casas los balcones.

En estos balcones hay flores; y la mas bella de aquel balcon eres tú, prima mia, y no soy solo de mi opinion; Mr. Sterling, á quien he hallado aquí, piensa como yo. Repite cada hora, como el reloj, que no concibe tu implacable indiferencia hácia él, porque en su concepto, lo que mas debe hacer que se apegue una mujer á un hombre, es verse querida. ¡Pobre señor! se conoce que si bien no nació ayer, está *debutando*, como se dice aquí, en su carrera amorosa. Te digo formalmente que me compadece; el pobre, que lo conoce, dice que mejor hubiera querido enternecerte á tí que no á mí. Válgame Dios, primita mia!... ¡que tengas el corazon tan blando para con los animales y tan duro para con los hombres! Tu cabeza está completa como el diccionario de la academia; en cuanto á tu corazon está incompleto como una obra á la que falta el último tomo. Eres un enigma, que acabaré por comprender con el tiempo. En todos será mi divisa la que contiene esta copla, que cantaba el calesero que me llevó á Sanlúcar, y que apunté en mi cartera:

Si el casarse fuese un año
Una semanita ó dos . . .
¡Pero por toda la vida! . . .
Esa no la trago yo.

FÉLIX.

CARTA XV.

ALEJANDRO FUERTES Á SU ÍNTIMO AMIGO EL CONDE DE BUENA-VISTA.

Madrid 26 de julio.

Tengo que empezar dándote las gracias por la visita que me diste para tu parienta la condesa de Torreones, porque he hallado en ella no solo á la señora mas *comme il faut* y agasajadora, si no una verdadera amiga, llena de bondadoso interes por mí. Reúnese en su casa una de las mas agradables tertulias de Madrid, quiero decir, sociedad, en la que se encuentran todas las aristocracias y brillan las bellezas de mas tono. No puedo ocultarte que una de estas me tiene desde mi *début* en aquel *hôtel* encantado, trastornado, fascinado. De noche, de dia, á todas horas está ante mi vista, y ocupa mi imaginacion esta *vaporosa, radiante* de hermosura y *esbelta* aparicion.

Quisiera ser poeta para describírtela, porque conozco que es una profanacion hacerlo en prosa: meridional cuando monta y *polka*, occidental cuando canta ó toca; oriental cuando recostada en su otomana, juega con su abanico ó *degusta* su café, Fanchetta Fuente-Rica es el tipo de la moderna é ilustrada eleganta, es una *parisiense*: con esto te lo digo todo: tipo de elegancia interna y externa, pianista consumada, amazona tan airosa como *brava**), de carácter *fiero***) y desdeñoso, gracias á su incontestable superioridad sobre cuanto la rodea. ¡Qué independencia en sus ideas! qué energía en su resolucion! ¡qué fuego y qué espontaneidad en aquella naturaleza excepcional! ¡qué fosfórica imaginacion! Seductoramente coqueta, deliciosamente capri-

*) Valiente, bizarra, guapa, valerosa ó denodada.

**) Altivo.

chosa...esta es la mujer que nació para embelesarme, llenar mi corazon y completar mi existencia!

Digo esto porque tú no ignoras que allá en mi primera juventud, contraje un compromiso con una jóven de Cádiz, de mucho mérito, no lo niego, compromiso en que tuvieron mas parte nuestros padres, que eran amigos, que no nuestros corazones, los cuales por su inexperiencia, bien pudieron equivocar una tierna amistad fraternal con la pasion del amor. ¡Amor! ¡qué profanacion, aplicar ese nombre á aquellas relaciones, despues que he conocido esta volcánica pasion hácia el ideal femenino que realiza Fanchetta!

Creo, pues, que es lo natural, lo mas noble y honrado el que corte aquellas relaciones que fueron siempre tibias, y que cuatro años de ausencia, como tú comprenderás, no han debido inflamar; puesto que estimo demasiado á mi prometida Serafina Villalprado que es una buena y dócil jóven, para ofrecerle como suyo un corazon que arda en vivas llamas por otra, y sacrificar de este modo en las aras de una consecuencia puritana, no solo mi felicidad, sino la de ella. ¿Quién será el insensato que se labre por sus manos su desgracia, y que lleve á efecto una cosa con anticipado arrepentimiento?

Ademas, querido, este siglo de luces ha concluido con toda clase de preocupaciones y de ilusiones, habiéndose refugiado aquellas entre los pobres de espíritu, y estas entre los pobres de razon, que son los poetas. Yo, que soy de mi época como el que mas, debo considerar la vida no solo romancesca sino prácticamente. Serafina hija, de padres opulentos, se ha criado con todos los mimos que la riqueza procura, y está acostumbrada á grandezas y comodidades. Si hubiese traido al matrimonio los doscientos mil duros que prometió su padre, casada conmigo, de nada habria carecido; pero, por desgracia, habiendo este quebrado (y por cierto que ha tenido la indelicadeza de ocultármelo), quedaríamos atenidos únicamente á mi sueldo, con el que no podria yo proporcionarle carruaje, cocinero frances, palco, en fin, aquel lujo á que está hecha, y esto seria para mí muy amargo.

Fanchetta en cambio, con quinientos mil duros que le da su padre el marqués de Fuente-Rica, respetabilísimo capitalista y excelentísimo sujeto, podrá seguir viviendo con el

boato que tiene, ó alguno mas, porque el marqués es económico y modesto, y no está por el boato.

Están, pues, claramente trazados los deberes que me imponen el buen juicio, la sana razon y la delicadeza, que son cortar suavemente y sin escándalo, por mutua ventaja, un compromiso que haria la desgracia mia y la de una jóven apreciable, y hacerlo de modo que sin tomar la iniciativa, dé pábulo y pié á que la tome ella; con este fin dejaré de escribirle. Si tachan este proceder de poco franco, podré contestar que poco lo ha sido el de D. Prudencio Villalprado y de su hija con haberme ocultado cuidadosamente su ruina.

Estoy cierto que tú como yo, miramos con el desprecio y desilusion que se merecen aquel irreflexivo y párvulo axioma: «contigo pan y cebolla»; no, no, «contigo jamon y champagne!» esto es lo racional, lo sólido y lo conforme con el lema de intereses materiales que nos rige.

Debo á tu parienta mi felicidad: sus buenos oficios me ganaban el corazon de los padres, miéntras mi pasion elocuente, porque era sincera, me ganaba el corazon de la hija, esa joya inapreciable.

Conozco tu amistad y tu influencia en Puertosano, y cuento con ella para mi candidatura á diputado. Estaré á la mira para la plaza de meritorio para tu sobrino que dices no se quiere aplicar á nada. No olvides mi programa: »bien del país, legalidad, filantropía y amor á las leyes.» Creo que en todos partidos, fracciones y bandos hallará la mas cordial simpatía. Á Dios: vendrás á mi boda, ¡quién lo duda! — aquel dia de felicidad y de enajenamiento no quiero que exista en mi pecho un deseo que no se realice.

ALEJANDRO.

CARTA XVI.

FANCHETTA FUENTE-RICA Á ALINA MUGUET.

Madrid 4 de agosto.

Y bien, querida Alina, ello es hecho!... ¡yo me caso! no para vivir como un Caton, sino para gozar de independencia. Me dirás... ¿es con un príncipe? ¡*Hélas!* no; en España no hay príncipes como en Italia. Es con un general buen mozo, aunque no tanto como él cree serlo; buen muchacho, y mas tonto que un ánsar; pero walsa bien y monta á caballo como Franconi; es en fin. hija mia, un *pis aller.**)

Solo desde que él me acompaña ha podido lucir mi yegua inglesa Arabella toda su ligereza y toda su gracia; en el Prado á nadie se mira sino á nosotros; algunas conozco á quienes esto quema como ascuas. Mi noviazgo me fastidiaria de muerte, si no hubiese en favor de mi futuro consorte un secreto dramático, una Ariadna abandonada, la que, segun dicen, ama con extremo á su Teseo; este amor que llora, ha dado al general algun valor á mis ojos. Ademas, hay para mi solaz los desesperados esfuerzos que hacen para enternecerme mis demas pretendientes; esos quintos sin talla para mi servicio; uno habla de veneno, otro de echarse al pobre Manzanáres: *cela fait pitié.*

Á tu buen gusto confío la eleccion de mi *trousseau* de novia; que sea de lo mas rico y de mas *nouveau.* Mi padre te ha abierto un crédito de cien mil francos en la casa de F***. Avísame si esta suma no alcanzare; el que me puso en el mundo sin yo pedírselo, me hará el favor de cumplir con los deberes de padre como compete. Si tiene millones, casará á su hija como millonaria; de esto te respondo;

*) Una torta á falta de pan.

¿pues para cuándo los guarda ese padre avaro? ¿será acaso para mejor ocasion?

Toda tuya,

FANCHETTE DE RICHE-FONTAINE.

CARTA XVII.

FÉLIX DE VEA Á LUISA TAPIA.

¡Victoria! La falta de cartas de Alejandro que te indigna, no era sino el preludio de lo que ha hecho; y á mí en lugar de indignarme me encanta. La Fuente-Rica está pedida; está otorgada; el epuipaje está encargado á Paris. Alejandro *reventa da forte.*

Nos hemos, pues, salvado! gracias en parte á mi papel de destino, que he desempeñado de la manera mas acertada. ¡Pobre hombre, que creerá de buena fe que Serafina estará llorando por él! ¡con qué placer en llegando su dia, veré arrancada á su amor propio esta ilusion!

En cuanto á mí, hija mia, estoy perdido. El duque de*** ha participado á la condesa de Torreones que mi difunto padre adquirió cuando la enajenó el duque, la gran parte de su propiedad que tenia en nuestra provincia, y que, por consiguiente, poseo grandes bienes raíces, ademas de caudal metálico. Desde entónces la condesa ha hecho de mí su presa, y desde esa época ha descubierto y publica ponderativamente que tengo un regular parecer, unas maneras atentas y unas luces despejadas: desde entónces tambien me presenta á cuantas señoritas concurren á su tertulia, y me proclama el fénix acuático de las playas gaditanas. ¡Oh! ¡felices noches en que lo observaba yo todo desde mi rincon sin ser observado!

Para que la condesa no gaste su pólvora en balde, le dije la otra mañana estando solo con ella, que en vista de que no habia pronunciado mi discurso en el congreso, por desquite trataba de predicar sermones en los templos, y que era mi intento entrar en la compañía. Quisiera que hubieses podido presenciar el efecto que le causaron estas palabras: parecia que le habian anunciado la muerte de su padre! ¡Qué raudal de reconvenciones, qué manantial de súplicas y advertencias, qué granizada de funestas profecías se aglomeraron entretejidas sobre sus labios! Por último argumento empezó á hacer elogios de una jóven hija de un título, lindísima por cierto, que habia visto en su tertulia, y cuyo talento y modestia me habian atraido todas las noches á su lado. Me dijo que tenia parientes en palacio, y que traeria en dote la llave de gentilhombre y uno de los títulos de su padre, siempre que pagase el novio las lanzas atrasadas; y que serian probablemente padrinos los mas elevados personajes. ¡En qué cosas pende el giro que toma la voluntad! á veces en una nada, en un capricho, en un brote de independencia, en un rapto de espíritu de contradiccion, en un imperceptible átomo de orgullo, en una exageracion de delicadeza; ¡qué sé yo!... Lo cierto es que á pesar de agradarme y conocer el mérito de esa jóven, la intervencion de la celosa casamentera, la manera con que expuso como anzuelos las referidas ventajas, me hizo rehusar resueltamente la oferta: por eso dice La Fontaine que hace mas daño un amigo imprudente que un enemigo discreto. Despues de reflexionarlo bien, me he alegrado: no la amo, y estoy en posicion de no casarme sino á mi gusto y antojo; esto es, de casarme enamorado. No hay consideracion ni *métome en todo*, por el que me deje poner el santo yugo; harálo solo mi corazon. Pero como no amo, ni amaré, — porque eso de amar es de tontos ó de hombres sublimes como mi Cárlos, y no soy ni lo uno ni lo otro, — cátate ahí, prima mia, porque te repito por centésima vez, que no cambiaré nunca mi dulce estado de soltero por la avasallada y pesada condicion de casado; la madre que enferma, el niño que llora, el ama que riñe, la suegra que mangonea, la cuñada que chismea;... ¿habrá hombre que voluntariamente se meta en esa guinea?

Me dices ¿que en qué consiste que no amo? ¿y si acaso aguarda mi corazon para quitarse su cubierta de hule, á que Dios crie ex-profeso para mí alguna maravilla? No sé; pero no aguardo, ni busco, ni deseo semejante maravilla; y la prueba es, que vuelvo al nido de alabastro de nuestras gaditanas, diciendo que en punto á corazon y á discurso:

El mismo que llevé
Traigo conmigo.

P. D. Hoy mismo escribo la gran novedad á Cárlos (por supuesto, sin decirle el papel de destino que me he arrogado), y espero que tú lo harás á Serafina. Si nuestras cartas no surten el deseado efecto de acortar distancias, me plantaré en Bornos á continuar mi oficio de destino, porque no parece sino que esas dos medias naranjas, á pesar de haberse dado de narices, están la una en Flándes, y la otra en Aragon.

Á Dios... aventajada discípula del famoso patron Araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra. Cuando prediques con el ejemplo, harán mas efecto tus sermones.

FÉLIX.

CARTA XVIII.

CÁRLOS PEÑAREAL Á FÉLIX DE VEA.

Bornos 6 de agosto.

¡Cuán íntimo placer sentí al leer la carta en que me anuncias el proyectado enlace de Alejandro con la hija del millonario capitalista! No porque esto pueda dar márgen á la mas remota esperanza al amor mio; pero sí porque veo á Serafina escapar á la desgraciada suerte que la esperaba,

unida á un hombre que es en todo lo opuesto de ella. Cuando á la noche del dia en que recibí tu carta, fuí á su casa, la hallé triste y pensativa. Me senté á su lado á la entrada del jardin, y callé largo rato por no ocurrírseme nada indiferente que decirle.

Al fin me dijo ella con una de aquellas sonrisas exclusivamente suyas, que serian frias si la bondad no les diese su suave calor: — ¿Acaso habrá, segun la poética creencia religiosa del pueblo, pasado volando un ángel entre nosotros, causando el aire de sus alas el silencio, esa incontestable señal de respeto?

— He notado que estais triste, le contesté, y así el silencio ha sido premeditado, y por respeto á la tristeza.

— Verdad es que estoy triste, contestó ella; pero hay mas amistoso interes en combatir y distraer la tristeza de nuestros amigos, que no en respetarla.

— Y si por acaso, pregunté, el amigo sabe la causa de esa tristeza, ¿podrá, sin faltar al respeto, combatir la causa en lugar del efecto? — Esto que dije, temiendo ofender el amor propio de esa mujer sin igual, no solo no la ofendió, sino que ni aun pareció sorprenderla.

— ¿Con qué sabeis, me dijo sin embarazo ni encono, que el hombre con quien he estado cuatro años comprometida á casarme, el amigo de mi infancia, ha preferido á otra por compañera? ¡Ha hecho bien, si ha de ser mas feliz! La palabra empeñada es una de las trabas del hombre, con la que debe lógicamente acabar el espíritu de independencia de la época. No extraño que esto sea público; lo que extraño es que sepais vos lo que en el bullicio del mundo es público y sabido.

— Tengo en mi arboleda, repuse, un pajarito tan íntimo, que me averigua del mundo solo aquello que me interesa, y este sabia que cuanto os concierne, tiene para mí el mayor interes. Sabia cuánto debian afectarme vuestras penas, y mas que ninguna, la de amar sin ser amada, porque se compadecen con mas vehemencia en otros los dolores que nosotros mismos sufrimos.

— No gusto, dijo ella, de hacerme pasar por víctima, ni de admitir de la amistad la compasion que no merezco. He amado á Alejandro, pero ya no le amo.

Entónces, exclamé con un júbilo que no pude reprimir; entónces, ¿porqué estais triste?

— Lo estoy, me contestó, porque siento en mi corazon en el lugar que ocupaba un largo é íntimo cariño, un vacío; y que todo vacío es triste; lo estoy porque lo es ver ajada toda flor en el corazon, aun aquellas que no tuvieron fragancia.

— ¿Pero... estais cierta, le pregunté, de no amar al que habeis amado?

— Muy cierta, contestó; y no lo digo por ocultar ni aminorar el desaire que he recibido. Yo amo, no á la persona como se amaria una estatua; amo las cualidades que forman el individuo moral. Si las que creí hallar en el hombre que amaba, han marrado ó no existieron nunca, el Alejandro de ahora no es el que amé. Por eso si algo me es penoso, es la pérdida de mis ilusiones, y no la del cariño de un hombre que para mí no existe; y la prueba es, que si fuese dable que quisiese reanudar nuestras relaciones, no lo lograria.

— ¿Seria cierto? exclamé con tal enajenamiento que, sobrecogido como el que en sueños se despierta á sí mismo, por una exclamacion de júbilo, desperté á la triste realidad, y consideré que, aun estando libre el corazon de Serafina, no podia yo brindarle con el mio la posicion que debe ocupar en el mundo.

— ¿Con que extrañais, — dijo ella al ver que nada añadia á la exclamacion precedente, — con que extrañais que no ame á Alejandro?

— No lo extraño, respondí; lo admiro como una de las mayores pruebas de vuestra superioridad: por lo regular las mujeres se aferran en amar mas á aquellos que ménos las aman y ménos las merecen.

— ¿Y cuáles son, á vuestro juicio, tornó á preguntar, las dotes que hacen á un hombre digno de ser amado?

— Si fuese de vos, Serafina, le contesté, seria ante todo, el saberos apreciar. El que os sepa apreciar comprenderá todo lo noble, lo grande, lo elevado y lo bueno, sabrá considerar la vida desde el punto de vista que lo haceis vos, con esa superioridad de miras que no aguardó á los años para madurar; considerándola buena por las virtudes, tranquila por la modestia y bella por la poesía; y si despues de com-

prenderos, simpatizaba con vos, ese seria el solo que os hiciese feliz, segun entendeis vos la felicidad.

— Nunca hallaré un hombre, repuso sonriendo Serafina, que tenga de mí esa opinion, que estoy cierta de no merecer!

— Es verdad, le dije, que será difícil, no porque vos no la merezcais, sino porque entre los hombres que actúan en el mundo, pocos habrá que simpaticen con vuestro sentir. Puede que alguno haya, Serafina, y que á este lo alejen tanto de vos los dones de la fortuna que os encumbran, que pasaréis ante su modesto puesto como el fulgente relámpago, sin notar al que su cercanía deja para siempre ciego á las demas bellezas de la tierra.

Serafina callaba y bajaba la cabeza, y yo no sé si habria tenido fuerzas para ocultarle por mas tiempo mis sentimientos, si por fortuna no hubiese llegado en este instante Primitiva diciendo:

— Madre está gozando de las delicias de un tresillo que prolongan algunas *puestas*, puestas de mala gana por D. Pio, gracias á mí que le distraigo. Ya veo que el tio Miguel y la tia Belica se han ido en amor y compaña á gozar las delicias de un gazpacho con pepino y tomate; vosotros gozais de las delicias de vuestras sábias conversaciones, y yo voy á gozar de las delicias del mas dulce de los Morfeos, el Morfeo de Bornos, que me ha puesto ya los ojos del tamaño de granos de pimienta.

Buenas noches, hermana; que descanseis, Peñareal... en vuestro jardin encantado. Memorias á Triton de mi parte, y de la de D. Pio: que si siente los síntomas de la hidrofobia, que tome el mezto mezclado con quina.

La hermosa niña abrazó á su hermana, y se fué. Á buen tiempo habia llegado!... porque si bien callando me consumo, declarándome me habria perdido!!

CÁRLOS.

CARTA XIX.

ALEJANDRO AL CONDE DE BUENA-VISTA.

Madrid 15 de agosto.

No sé lo que me pasa, ni si lo que estoy palpando es realidad ó es una estrambótica pesadilla! Veamos si puedo coordinar mis ideas; las ideas no podré, pero veamos si puedo coordinar los hechos.

Habrá ocho dias que fué introducido en casa de tu tia, cuyo salon tiene ensanche de baldío y prerogativas de miscelánea, un jóven refugiado, italiano, el conde Lasido Remí, de quien los papeles de su comunion habian hecho, sin su intervencion, un héroe. Jamas vi fatuo mas impertinente, mas movible, mas estrepitoso y mas insustancial. Á poco de haber entrado, y como si estuviesen atraidos el uno hácia el otro por un iman de la fuerza mas irresistible, se unieron las manos de este intruso con las de mi amada prometida para lanzarse en el torbellino de un wals, y para engolfarse, en las paradas, en una conversacion tan animada, que no sé lo que sobresalia en animacion; si los piés en el baile ó las palabras en el diálogo. — Por fin terminó el wals, pero no la conversacion; y cuando me acerqué á ellos, Fanchetta hizo como si no me viese, pero ¡cómo! — ¡lo mismo que si hubiese sido mi persona invisible! — ¿lo concibes? —

La conversacion seguia con animacion progresiva sazonada de carcajadas, y de burlas y sarcasmos sobre las cosas de España. Yo estaba volado, y titubeando sobre el partido que debia tomar en la desairada y embarazosa situacion en que me ponia la mujer que aquella misma mañana me habia recibido como el amante con quien en breve va á unirse para siempre, cuando organizándose un nuevo baile, el condecito se levantó para sacar á una dama con quien estaba comprometido á bailarlo.

— ¿Quereis bailar? dije á Fanchetta.

— No quiero bailar mas, contestó volviendo la cara á otro lado.

— Bien, hablaremos, repuse disimulando mal la rabia que sentia.

— Es que tampoco quiero hablar, respondió con descoco.

— ¿Y por qué? la pregunté comprimiendo aun mi ira.

— Un capricho, contestó echando el lente á la pareja del conde.

— Es que yo no sufro semejantes caprichos, exclamé indignado.

— *Comme il vous plaira**), repuso la amable jóven con la mayor frescura.

— ¿Creeis decente y delicado, dije, el que una señorita comprometida y en vísperas de casarse con un caballero, se ocupe de la manera que lo haceis, de otro?

— Soy coqueta, os lo he advertido, me contestó.

— Me poneis en ridículo con vuestra coquetería.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó, lo mas ridículo del mundo es un marido celoso; nunca me casaré con un Otelo. Por lo tanto, os agradezco que me demostreis lo abominable de vuestro carácter en tiempo oportuno para evitar el que llegue á ser vuestra esclava consorte.

— Señorita, dije con voz sofocada por la ira, este no es el lenguaje que es permitido á una mujer con el hombre con quien está comprometida.

— Avasallar la voluntad y el corazon á un compromiso, exclamó, ¡jamas! — ¿lo habeis hecho vos? — ¡Bueno seria anticipar el tirano poder de las cadenas del matrimonio!

— ¡Si os oyese vuestro padre, Fanchetta! esclamé asombrado de su imprudencia.

— ¡Mi padre! contestó ella, ¿me quereis hacer miedo con mi padre como á los niños? ¡pobre señor! ¡Ah! ¡ah! general, mi padre podrá escatimarme lo que se le antoje da su dinero; en cuanto á disponer de mi persona, tengo la independencia suficiente para hacer vanas sus esfuerzas si lo intentase.

— ¿Hablais formal, Fanchetta? pregunté atónito.

*) Como gusteis.

— Y tan formal, contestó, que voy á decir á mi madre la escena escandalosa que en medio de un baile acabais de promover, de resultas de la cual tengo una jaqueca horrorosa, y los nervios atacados, y quiero retirarme al momento.

Diciendo esto, se levantó erguida y airada sin dignarse mirarme, buscó á su madre, habló con ella algunas palabras, y se fueron.

Yo me quedé como quien ve visiones, y haciendo un triste papel; que es lo que mas siento.

Á la mañana siguiente fuí en casa de esas señoras para tener una explicacion, y no fuí recibido. Posteriormente me avisté con el padre. El buen señor se me demostró muy sentido, me dió en todo la razon, y acabó por preguntarme qué era lo que haria yo en su caso, en vista de que su hija se negaba á cumplir su compromiso, no habiendo términos hábiles para obligarla á ello? — El padre es un viejo, un patan, un necio sin carácter y sin ideas sobre las cosas, ni sentimientos de decoro, que tiembla y se encoge, sobre todo ante su hija. ¿Qué hacer, pues?... lo que hice; mandarle á paseo, á él y á toda su plebeya casta.

Estoy desesperado; voy á ser la fábula de Madrid, un héroe de zarzuela. No puedo permanecer aquí, pues provocar al conde es colgar las campanas al campanario; y quedar impasible en este lance, ademas de serme imposible, me cubriria de ridículo. ¡Lo que me ha sucedido es inaudito! No extrañes si oyes decir que me he tirado un pistoletazo.

ALEJANDRO.

CARTA XX.

EL CONDE DE BUENA VISTA Á ALEJANDRO FUERTES.

Puertosano, 20 de agosto.

No, amigo, no; no pienses en suicidarte. Semejante intentona es mas que una calaverada, es una calabazada, y por consiguiente

poco grave para un hombre positivo y predestinado á diputacion. Te pondria en un espantoso ridículo, y te daria visos de retrógrado, pues el suicidio es lo solo que por unanimidad de votos conservadores y progresistas está condenado á sí mismo. Un BRAVO militar como tú, muerto y no á manos del enemigo! ¡quita allá! Si te aferras en morir, véte á Hon-Sam-King-Tou-Ly, y declárate en pro ó en contra de la raza pelinegra, — lo mismo dia, — y brillarás en tu muerte como Lord Byron, ó volverás á tus lares coronado de hojas de té, que es el laurel de los chinos.

¿No decias que era la señorita Fanchetta deliciosamente coqueta, seductoramente caprichosa? ¡Toma lo coqueta y toma lo caprichosa, y vuelve por otra! bien empleado te se está! Pero ¡qué *imbroglio*, qué guirigay, qué *salmigondi*, qué galimatías de voces y de ideas contienen tus cartas! Unir lo oriental, lo occidental, y lo meridional, que ni el palacio de cristal de Lóndres, para celebrar á una mujer! ¡Vaya con las tonterías! Cuando celebrais á las mujeres, no parece que buscais el elogio, sino el lucir la extravagancia en la expresion.

¡Oh! insigne Pero-Grullo, que yaces olvidado en algun oscuro rincon... ¡si abrieses los oídos! — Cuando halle tus restos, que busco, — si es que aun quedan restos de tí, en la que fué tu patria, — ofrezco á tus manes levantarles un monumento, que consistirá en una fuente de agua clara, sobre la que se levantará tu estatua con la mano cerrada, la que con tanta propiedad llamaste puño. ¡Oh insigne PERO-GRULLO!

Bien te escribí que me chocaba aquello de *independencia* de ideas, *naturaleza excepcional etc...* Hijo mio, aquí en Puertosano, creemos que lo *excepcional*, léjos de ser un mérito ó una gracia, es en el hombre lo extravagante y en la mujer es lo disforme, y que la tal independencia, es una especie de dañino vértigo que torna el mundo en una casa de locos, y el hogar doméstico en un infierno. Cuanto te sucede te está bien empleado. ¿Quién ha visto á hombres que se afeitan, y á caballeros que se precian de delicados, celebrar como gracias los vicios de las *loretas* francesas, esto es, de muchachas de baja esfera y sin educacion, encumbradas por el vicio de los hombres de malas costumbres, á la

brillante categoría de mujeres entretenidas? Así es que teneis las ideas torcidas y los gustos viciados por tanta novela francesa de malas tendencias, cuyos autores parece que no hallan ni conocen mas heroínas que enaltecer, que mujeres perdidas. Vé á Francia, y pregunta á las gentes de razon y á las personas delicadas si son allá tales gracias los citados vicios, y te responderán que son cabalmente aquellos de que mas preservan á sus hijas. Porque podeis tener entendido que en Francia como en España, y en todas partes del mundo, los reales atractivos y méritos de la mujer, el mejor fruto de una buena, fina y culta educacion en una jóven, son la modestia y el decoro en su conducta y en sus maneras; el respeto, la sumision y cariño á sus padres, el cuidado de su fama, en fin, todas las virtudes, con las que el hombre que no tiene gustos estrambóticos, crea en su mente el ideal de la mujer, y aparta de este suave tipo todo cuanto puede tener de comun con su propia naturaleza, si aquel ha de ser exquisitamente femenino. Las mujeres nos dan en esto una léccion de buen juicio, de buen criterio y de buen gusto, por lo poco que les simpatizan los hombres afeminados.

En fin, en lugar de hacer tragedias, dá gracias á Dios de verte libre de la tal Fanchetta, que no era mala ancheta, y deja que en buen hora cargue con ella el conde, y que gaste los millones del padre en sociedades secretas, con lo que se verificará aquello del dinero del sacristan.. y considera que era cabalmente ese señor la media naranja de la niña de las *fieras miradas*, amazona tan *airosa* como *brava*. Reflexiona que eres entre el Lasido Remí y la Fanchetta un tercero *en concordia*, que es lo mas inútil del mundo. Que no te lleve el conde, vivo ó suicidado, amarrado al carro de triunfo, como los emperadores romanos á los que habian vencido. Dí, «camino de hierro, ¿para qué te quiero?» y vuela hácia los campos de Andalucía para deshacer la mala impresion que puede haber causado tu prolongado silencio, y devuelve tu corazon á Serafina Villalprado con los doscientos mil duros de que te ha placido privarla, puesto que segun he sabido por un sugeto de Cádiz que ha venido aquí á tomar los baños, su padre nunca pensó quebrar, y jamas ha gozado de mas crédito que en la actualidad. Mira que las plazas vacantes en el servicio de las lindas jóvenes están

solicitadas como nombramientos de diputados; pretexta para disculpar tu silencio una parálisis de la mano derecha ó cosa equivalente; en amor, el mentir es *peccata minuta.*

Este es el consejo de un amigo que desea no verte suicidado como un escorpion, sino diputado como una notabilidad. Ciertamente trabajaré en tu candidatura; no porque me haya entusiasmado tu programa, (en el que, entre paréntesis, se te olvidó añadir *al amor á las leyes*, «*en particular á la del embudo*»), sino porque te creo moro de paz, y estos tienen todas nuestras simpatías, pues no gustamos de que se vuelva el congreso un Campo de Agramante para solaz de los enemigos del órden y de la union. Pero déjate de buscarle plaza de meritorio á la buena alhaja de mi sobrino, que no ha querido aprender y estudiar. Eso quisiera él para ir á Madrid con las mismas ideas, á pasearse, estirarse el frac y pedirnos dinero para ir al Teatro Real y á los toros, y darse tono! ¡No en mis dias! — No ha querido aprender; ahora aprenderá prácticamente y á la fuerza. He escrito á un amigo á Barcelona para que le embárque en un barco suyo con un buen capitan, á fin de que se instruya en la navegacion, y se haga capitan de barco, lo que es hoy dia una bonita carrera, lucrativa é independiente.

Esto le bajará los humos; mal que se ha hecho epidémico y general. Todo humea hoy dia; los barcos, los caminos, las fábricas, el dinero, la literatura, las artes, el teatro, la tauromaquía, el periodismo, la medicina, la espada, la toga, y sobre todo, las cabezas! Todo ha subido en categoría, hasta los verdugos, que actualmente se llaman con todo respeto y decoro, *ejecutores de la justicia*, con ese *buen tono* imitador que han puesto en uso los periódicos de la capital, y que imitan los de las provincias con entusiasmo servil. Desengáñate, Alejandro, el buen tono y la verdadera elegancia, es en todas partes, no la *imitacion*, sino la finura, la generosidad, la atencion genuinas, unidas al buen gusto, á la delicadeza, al dominio sobre sí, adquiridas por la buena educacion, adecuadas al país, al carácter nacional y á la época. El que imita, atras se queda. Con esta verdad de mi simpático Pedro Grullo termino, y quedo tuyo

BUENA VISTA.

CARTA XXI.

PRIMITIVA Á TERESA.

Bornos, 15 de agosto

¡Qué cosas pasan en este mundo! ¡qué estupendas, qué atroces y qué solapadas! ¿Puedes figurarte, Teresa mia, que Alejandro, ese feliz mortal, que iba á tener la sin igual suerte de casarse con mi Serafina, de buenas á primeras la deja bonitamente plantada? Esto es inconcebible; pero muy cierto.

Serafina felizmente no la echó de Dido; no se le conoció por cierto en la cara su percance, y así nada sospeché. Que no se aflija, lo comprendo; pero que no se indigne, ¡esto es lo grande! Bien se expresa la tia Belica cuando dice que tiene mi hermana sangre de horchata! En cuanto á mí, que la tengo *meridional*, como dice Efi, y *efervescente*, como asegura D. Pio, no habria tomado la cosa tan flemáticamente, y ese amante fementido y desleal, hubiese oído de mi boca las tres famosas verdades del barquero. ¿Á que no sabes tú cuáles son esas tres verdades, de las que todos hablan y pocos averiguan? Pues yo te las diré, porque me las ha enseñado mi buen tio Miguel, son: «peso y medida, cuenta y razon, y la verdad encima:» lo que significa: el peso, esto es, las piezas que lo componen, las taras; las pesas, que marcan la cantidad, y la lengüeta que arriba marca la igualdad de las pesas y que se llama la verdad. — Tia Belica explica estas tres verdades tan decantadas de otra manera, pero ahora no tengo tiempo de referírtelo, porque quiero proseguir mi relato, y contarte por sus pasos contados los *memorables eventos* que suceden en este Bornos, tan hipócritamente tranquilo, monótono é inocenton.

Pues, como te iba diciendo, Alejandro, al volver de la capital de los fieles, la echa de infiel; á poco se arrepiente, toma el camino y llega aquí la otra noche, donde cae en

medio de la tertulia inesperadamente como una bomba de grueso calibre. Cárlos Peñareal es el primero que se levanta y toma el portante; pero en lugar de dirigirse á la puerta del corredor, se dirige á la del jardin. D. Pio desaparece imperceptiblemente como una sombra que es. — D. Bonoso saluda al general, le ofrece su casa, sus servicios, su persona, etc., etc., y se aleja haciendo cortesías hasta darse un encontron en la puerta. El comandante empieza á referir pormenores de su *intima* amistad con Belintó (Wellington), hasta que mi madre le interrumpe haciéndole presente que su huésped necesita descanso; el amigo de Wellington levanta el campo; entónces mi madre arruga el entrecejo, Serafina permanece impasible, y yo me echo á reir de ver la cara compungida de Alejandro, que parecia un San Pedro arrepentido, de uniforme. Parte entónces de entre sus bigotes una explosion de disculpas tocante á su silencio, si una tonta, otra mas, como una escala en piano destemplado; una enfermedad, una caída de caballo, un consejo de guerra, una parada, estas cosas reunidas y contradictorias, unidas al deseo de causar con su repentina llegada una agradable sorpresa á Serafina, son las causas de su prolongado silencio. Mi madre, pobrecita de mi corazon, que es tan buena, que nunca decide nada por sí, sino por la impulsion que recibe de mi padre, decia que sí, que no, que qué sé yo; hasta que Serafina con mucha calma tomó la palabra, y dijo: «Creo todas estas disculpas superfluas. Alejandro ha usado del derecho que le da su libre albedrío para variar de propósito en cuanto al compromiso que conmigo tenia, y no ha oído de mi boca una sola reconvencion: espero que me imitará cuando á mi vez le diga que no variaré en el que, en consecuencia de su iniciativa, he tomado, de no volver á anudar nuestras cortadas relaciones. Como, por suerte, tengo padres tan buenos y amantes que no forzarán mi voluntad, todo está terminado con esta mi perentoria declaracion.» Diciendo esto se levantó Serafina mas séria que un juez, abrazó á mi madre al darle las buenas noches, saludó á Alejandro, y se retiró. — Amigo! pensé yo, esto se llama tener dignidad, y es harto mas propio de una señorita bien educada, que aquello que á mí se me ocurrió de las tres verdades del barquero. ¡Ay Teresa, lo que es tener una hermana mayor que dé buen ejemplo!...

Me pareció que tambien en esta ocasion debia seguir el ejemplo de mi hermana, y eclipsarme cual ella, para no aparecer una niña curiosa; pero miéntras recogia mi bordado, oí que decia mi madre á Alejandro: — «No te canses: conozco á Serafina: nada hace sin reflexion, y por consiguiente no suele variar de propósito. Cuanto hagas no la hará cambiar, y solo servirá para mortificarla. Y no cuentes con nuestro apoyo, porque su padre dice y dice bien, como siempre, que aquellos que tienen una hija tan perfecta como Serafina, deben en recompensa de su buen juicio y cordura, dejarle su libre albedrío en la eleccion del compañero de su vida. Quédate algunos dias con nosotros como antiguo amigo de la familia, para que no llame la atencion tu brusca partida, é imitemos en nuestras relaciones de amistad, al dia, que ántes de desaparecer, pasa por el crepúsculo.»

Á consecuencia de lo que le dijo mi madre se ha detenido Alejandro aquí dos dias; ¡pero qué dos dias! ¡en mi vida pienso pasarlos mas aburridos! Aquella alegría, aquella franqueza, aquella calma de los anteriores ha desaparecido; no parece sino que el risueño verano se ha trocado en un mustio invierno sin lumbre, sin castañas y sin Noche Buena. Á Peñareal ni se le ve, ni se le oye, ni se le entiende, lo que no es muy político que digamos en un caballero tan fino como él. D. Pio guarda cama porque está resfriado, lo que creo es debido al mucho aire que levantó Alejandro al entrar tan brusca y estrepitosamente; al ver á este tan displicente, D. Bonoso no sabe dónde mirar, y se le hielan en la boca hasta las etcéteras. El comandante es el único que hace el gasto de la conversacion con sus historias mas absurdas la una que la otra. En la partida Serafina reemplaza al médico. que se estará curando á sí mismo, segun el precepto del evangelio. Mi madre está distraída; Alejandro suspira y bosteza alternativamente; y yo, por no tener que hacer otra cosa, me he venido á referírtelo todo como una cotorra. Pero ahora llega Morfeo espada en mano sin concederme mas tiempo de vela que el preciso para rezar y decirte: buenas noches!

(Á la mañana siguiente.)

¡Ay Teresa! ¡Alejandro está malo con calentura, dolor de cabeza y ronquera! ¡y D. Pio que no puede venir á verlo! D. Bonoso ha ido á consultarle en comision, y ha traído por respuesta que siendo lo que aflige al paciente un hervor de sangre, debido á su precipitado viaje en tan calorosa estacion, debe darse al instante una sangría, y tomar lamedor de calabaza. Yo me eché á reir al ver que Don Pio se volvia homeópata sin saberlo. Serafina es una *roca sin orejas*, como dice Luis de Góngora, cuando no la eternece la melodiosa ronquera de Alejandro, víctima infeliz de la ley del talion.

¡Oh Bornos, teatro de grandes sucesos y punto de reunion de hombres extraordinarios! Aquí se ve un príncipe encantado en jardinero que no se quiere desencantar. Un D. Pio con alma y sin cuerpo, y un D. Bonoso con cuerpo y sin alma. Un comandante que conoce á todo el mundo, y á quien nadie conoce. Una jóven salvada de la muerte por un héroe que no se enamora de ella; una infidelidad fulminante como el rayo, á la que sigue sin intervalo un arrepentimiento estrepitoso como el trueno. ¡Vamos, que este verano en Bornos será entre los veranos una notabilidad!

PRIMITIVA.

CARTA XXII.

ALEJANDRO FUERTES AL CONDE DE BUENA-VISTA.

Sevilla, 28 de agosto.

¡Confundidos se vean los nuevos regeneradores desde el primero hasta el último! ellos han privado á la desesperacion y á la misantropía de su solo refugio, que era la Trapa. ¿Qué les importaba la Trapa? ¿Qué mal les habia hecho la Trapa? ¿Qué les estorbaba la Trapa? ¿Qué competencia

podian tener con ellos los trapenses que no hablaban? ¿Porqué, pues, privar á la humanidad afligida de este campo de asilo? ¿Porqué quitar á los hombres el único lugar de paz y de descanso que para ellos existia, mediante á no pisarlo nunca una mujer? . .

¡Inflexible! ¡inexorable! sin piedad, ¡sin recuerdos!... Mas hermosa que nunca, mas rica que ántes, esa Serafina me ha visto á mí... á quien amá desde la infancia; sí... me ha visto sufrir hasta caer enfermo, con una impasibilidad y una indiferencia que no hacen, por cierto, el elogio de su corazon. ¡Las mujeres! ¿Conoces algo mas variable que la mujer? ¿quién podrá confiar en el amor de una mujer, cuando es inconsistente hasta el amor de Serafina?

Todos han conspirado en mi daño. En primer lugar tu tia, que es la mas entrometida é inoportuna casamentera del orbe; despues Félix de Vea, ese Rothschildito, con mucho lastre en su caja y ninguno en su caletre, que me dijo que habia quebrado D. Prudencio; ¡vea Vd. si se puede uno fiar de las noticias de un diputado! — Ella, Fanchetta, esa falaz coqueta sin sentimientos, formalidad, ni decoro, y últimamente tú, sí, tú, que me aconsejaste que viniese aquí para que se renovase mas vivo y ardiente que nunca mi amor por Serafina, este modelo de virtudes y conjunto de encantos, y para coger una insolacion; de resultas de ella me sangraron, y allí corrieron unidas la sangre de mis venas y la de mi corazon, sin mover á piedad á aquella mujer insensible á todo . . . ¡hasta á mi faja de general!

Me voy, me ausento, huyo de este país de mujeres inconstantes é insensibles; me voy, pero no á China, como me lo aconsejas (¡vaya un consejo peregrino! ¿qué tengo yo con los chinos?) Me voy á la Habana, á poner mar por medio, y pegar mi coraje contra los piratas; que así al ménos serviré á mi patria. Las habaneras son lindas, seductoras, graciosas y ricas: puede que alguna cure las sangrientas heridas de mi corazon.

Á Dios, si quieres cigarros, te los enviaré; pero con una expresa condicion, y es, que cuando vayas á Madrid adviertas á la falange literaria que es tan fijo como el reloj, que provocaré en desafío al primero que bien en traduccion ó bien por su propia cuenta, haga la apología del vicio de

la coquetería, el mas perjudicial á la parte varonil de la humanidad.

ALEJANDRO.

CARTA XXIII.

CÁRLOS Á FÉLIX.

Bornos, 26 de agosto.

¡Qué dias he pasado, Félix! ¡Cuántos tormentos encierra un amor imposible! Créese la copa de acíbar colmada con la palabra *imposible;* pero aun hay sufrimientos que agregarle, y son estos los celos y la ausencia! Ya te escribí que habia llegado inesperadamente Alejandro, y á qué punto exacerbó su estada aquí mis sufrimientos. Ha marchado, y si bien su ida no ha hecho brotar en mi pecho ninguna esperanza, ha dado al ménos treguas á los tormentos que padecia; mas el verano está para terminar, y llegará la final ausencia, en que se envolverá mi vida como en una mortaja.

¡Qué carácter tan elevado, qué suave y modesta firmeza tiene, y qué incomparable mujer es Serafina! Parece siempre una suave y blanca nube de verano, inmóvil, gracias á la serenidad de la alta atmósfera á que se ha elevado. ¡Cuál será el feliz mortal que ella ame! Porque ahora me persuado que no ha querido á Alejandro: apegada á él en la infancia, despues tratada de casar, no ha seguido en estas relaciones el arrastre de su corazon, sino el suave yugo de la costumbre y del deber. Separados desde cuatro años, ni el trato ni la paridad de ideas, ni las simpatías de sentimientos que no existen, han podido despertar en ella el hermoso sentimiento del amor.

Alguna vez, Félix, cuando en la entera concordancia de nuestras almas, ella y yo echábamos una misma mirada sobre la existencia que tan conformemente considerábamos, hemos venido á concluir de comun acuerdo sobre la parte de

felicidad que Dios ha concedido á la criatura, haciéndola consistir en lo inmaculado de la conciencia tanto en punto á obras como á sentimientos; en que sean tales los afectos que abrigue el corazon, que se los pueda presentar á Dios como virtudes; en la completa indiferencia hácia las grandezas y vanidades del mundo, indiferencia que lleva consigo la modestia, como el estuche en que toda joya de valor se guarda. Y entónces, cuando veia llegar á esta jóven, sin experiencia de la vida, solo por su exquisito sentir femenino, por instinto de lo bueno y de lo bello, por intuicion de la cordura, al punto que he llegado yo á fuerza de conocimientos adquiridos práctica y teóricamente, y gracias al gran maestro, que es el infortunio, entónces ha habido momentos en que nos hemos visto unidos en esfera tan alta no que eran parte á separarnos las razones que rigen en esfera mas baja y cercana á la tierra. Pero desechaba tan pronto como la percibia, esta consoladora idea, para que no se volviese esperanza, que echase su áncora en mi corazon.

No puedo ofrecerle la posicion que tiene derecho de aspirar. Y es mi sentir que el hombre debe elevar á su compañera, y no hacerla descender de la posicion en que se encuentra. Sus padres rehusarian al desgraciado, á quien queda de su patrimonio solo una ruina, y de sus servicios solo una cruz. Y yo, Félix, que nunca conocí la ridícula y pequeña vanidad, ese vicio de ruines, yo que tengo el orgullo por tan necio en la adversidad como brutal en la prosperidad, tengo la dignidad que impide ponerse en lucha con la sociedad, esa hidra malévola, ese estúpido gigante de cien brazos, que tritura al desgraciado, y se rie del poderoso. No me expondré á ser desdeñosamente rehusado; no volveré á verla! Ademas, sufrir lo que sufro y callar, es ser mas héroe que Mucio Scévola. ¡No, no volveré á verla! . . Teniendo presente que dice Shakespeare que de las poderosas razones nacen los poderosos hechos.

Á Dios: te envío, porque me la pides, esta cédula de vida, ó mejor dicho esta expresion de mis padeceres, porque ya ellos solos forman mi vida.

CÁRLOS.

CARTA XXIV.

SERAFINA Á LUISA.

Bornos, 28 de agosto.

¡Por fin partió! ¡Luisa! — ¡Luisa; y ha faltado poco para que ese hombre fuese el compañero de mi vida! Bien decias tú que no le amaba; porque estoy tan feliz al verme libre de este compromiso, que siento un sincero agradecimiento hácia él por haberlo disuelto. Luisa, en aquella alma tan pequeña no cabe su vanidad á pesar de llenarla toda! es hombre político por vanidad; su ambicion es vanidad; su orgullo es vanidad; su amor es vanidad; todo en él es vanidad. ¡Qué cerebro tan vacío! ¡qué ridículo y chabacano buen tono! ¡qué pena de amor tan mal fingida! ¡Qué encono é impaciencia tan mal disimulados!

Pero, Luisa de mi corazon, ¿concibes que despues de nuestra última entrevista que te referí minuciosamente, no haya vuelto á casa Peñareal, ni aun despues de la ida de Alejandro? ¿Á qué, pues, fingir, si no era verdadero, aquel amor tan sentido y tan profundo, aunque callado, por creerme comprometida con otro? ¿Acaso, Luisa, será la suerte de las mujeres honradas ser el juguete de los hombres, en despique de serlo ellos de las mujeres locas y coquetas? Yo me confundo; y las lágrimas, que no puede ya contener mi corazon, rebosan y caen sobre este papel, sin que trate de ocultártelas, porque ni hallo vergüenza en ser engañada, ni reparo en confesarte que mi corazon ha sido arrastrado á amar, por todas las cualidades y ventajas que pueda reunir un hombre para serlo; y todas ellas realzadas por la mas bella, la dignidad en la desgracia, esa auréola que conservan caídos los hombres nobles como los reyes su majestad en el destierro. La conducta de Peñareal le parece á mi madre extraña, á Primitiva impolítica; yo sola sé que es cruel! ¿Porqué introducirse poco á poco en la intimidad de mi alma; porqué siempre á mi lado, haberme hecho tan dulce mi estada aquí, tan bello cuanto nos rodea, para cortar de

repente y sin motivo estas relaciones, que no puede ocultársele que me eran gratas? ¡Los hombres son duros, y siempre en nuestras relaciones, ellos serán el acero y nosotras las heridas!

Mucho ansío porque nos vayamos; pero Primitiva desea quedarse para la feria de Villamartin, que es el quince, y mi madre quiere complacerla.

Hoy una pequeña causa me impresionó profundamente; oí de repente en el silencio de la hora de la siesta los sonidos de un organillo, sin duda atraído por la próxima feria de Villamartin. Muchas veces has sido testigo de la impresion que me causa oir este instrumento. Solo el poeta encuentra voces para explicar estos misterios del alma; estas impresiones indefinidas, que como volantes nubes ya rosadas, ya negras, surcan la region del corazon. Pero es lo cierto que esos pobres sonidos, hijos de la armonía, presos en aquella cajita, esclavos de su dueño que les obliga ya á precipitarse, ya á arrastrarse lánguidos, martirizándolos de modo que mueren de una débil queja, me han causado siempre una dolorosa lástima. Traídas á un país que les es extraño, esas modulaciones que despues de reinar y entusiasmar en los primeros teatros del mundo, son arrastradas por toscas manos, á los arrabales y mercados bastos, y que se ven mezclados á dichos obscenos y groseros dicterios, me parecen ninfas entre salvajes, que no comprenden su lenguaje, ni aprecian su exquisita belleza. He visto en esto siempre un sacrilegio músico, una profanacion del arte. Así es que son para mí los sonidos de los organillos ambulantes, tristes, tristísimos; ora precipítense en ficticia alegría, como baila el pobre jadeante perro al ver el palo en la mano de su bárbaro amo, ora decaigan lánguidos, como la voz que se ahoga en las lágrimas. Los organillos son el purgatorio por donde pasan las pobres melodías, ántes de volver al paraíso, su patria.

Todo esto lo sentia tanto mas, cuanto que me parecia mi corazon una de esas melodías, que despertada y movida por una mano poderosa, y abandonada despues por ella, vibra aun, como una triste queja que se apaga en lágrimas.

SERAFINA.

CARTA XXV.

FÉLIX DE VEA Á LUISA TAPIA.

Madrid, 30 de agosto.

He visto con gran placer confirmado en la carta que me escribes, lo que esperábamos, esto es, que nada lograria Alejandro; de lo que me alegro, con el doble motivo de ver á tu amiga sustraída á un enlace en que no habria sido feliz, y de ver al soberbio y engreído Alejandro llevar el premio que merece su odiosa conducta. ¡Qué castigo tan adecuado para el hombre mas vano que he conocido en mi vida! No cesaba de hablar á la bella Fanchetta, que le oia con sumo agrado, de su noble raza; era pariente de los Churrucas, Gravinas, Apodacas, Galianos, Grandallanas, Ulloas, Álavas, en fin, de lo mas ilustre de nuestra antigua marina; mil veces sufoqué en mi garganta las palabras de una de las lindas fábulas de Hartzenbusch:

No se envanezca de su ilustre raza
Quien debió ser melon, y es calabaza.

Me dices que estás indignada con la conducta que observa Cárlos hácia tu amiga, en lo que eres sumamente injusta, segun la envejecida costumbre del bello é injusto sexo, que todo lo hace de prisa, sobre todo el juzgar. Por eso se han visto mujeres guerreras, mujeres poetas, mujeres maestras de latin, mujeres abogadas, mujeres sacamuelas, mujeres toreras, pero mujeres jueces... nunca! Belona comparte con Marte el diosado de la guerra; las Bacantes con Baco, el de las borracheras; Tétis con Neptuno, el imperio de las ondas; Juno con Júpiter, el del cielo; las Musas con Apolo, el de letras, artes y ciencias; pero en el reino de Minos no ha habido nunca mancomunidad femenina. Explicarte el móvil de la conducta de Cárlos, seria detenido, y lo dejo para nuestra próxima vista; pero ten por seguro que en todas

ocasiones tiene esta por móvil la delicadeza, que alguna vez exagera Cárlos. Parto mañana para esa; cuando llegue, hablaré á D. Prudencio Villalprado, y adquirida que tenga la certeza de que Peñareal será recibido en aquella familia como es acreedor á serlo, lanzo mi vuelo hácia aquellos hermosos montes... y por mí la cuenta de que el VERANO DE BORNOS concluya por un casamiento, como una pieza de teatro ó una novela. ¿Y sabes que esta idea me sugiere otra? y es que en vista de este desenlace poco dramático, pero al fin término legal y moral de todas las novelerías pasadas, presentes y futuras (pésele al socialismo), si se imprimiesen nuestras correspondencias, compondrian, sin que le faltase tilde, una novela de la mas genuina y cándida verdad, y de la mas incontestable actualidad; su impresion no te llenará el bolsillo, pero te acreditará, por el papel que en ella haces, de buena y sincera amiga. Piénsalo: te autorizo á dar á la prensa mis cartas, que no son las ménos interesantes, puesto que en estos sucesos represento el papel de destino. No pude pronunciar mi discurso; en cambio se imprimirán mis cartas; ¡váyase lo uno por lo otro!

Me voy á despedir de la condesa de Torreones, que no pudiéndome obsequiar con ninguna especie de cruz, me obsequiará con un diploma de incasable, que llevaré como mi broquel y mas estimada alhaja. ¡Viva la vida de soltero! libre de cuidados, de exigencias mujeriles, de ruido de niños, de suegra, cuñadas, compadrazgos y demas calamidades del horripilante hogar doméstico! El amor es un pasatiempo; y nunca falta una bella que no ponga á su amor un precio tan excesivo como el de uncirse recíprocamente al arado. Así pienso, aunque me riñas, y así pensaré siempre. Por fortuna hay pocas Luisas y pocas Serafinas en el mundo, que serian las solas que me podrian hacer mudar de modo de sentir, y hacerme faltar á mi propósito.

FÉLIX.

CARTA XXVI.

FÉLIX DE VEA Á LUISA TAPIA.

Bornos, 4 de setiembre.

Persuadido como estoy de que no es curiosidad femenina la que te ha llevado á exigir de mí una extensa relacion de todo lo acaecido desde mi llegada aquí, sino que es el interes del cariño que profesas á Serafina, me apresuro á cumplir mi cometido y á comunicarte cosas... ¡cosas!... cosas, Luisa mia, que no te aguardas.

Pero empezaré por referirte mi entrevista con D. Prudencio Villalprado, que no tuve tiempo de contarte, en la que, como ya sabes, proseguí representando mi papel de destino, proponiendo á este señor, sin estar autorizado á ello, á Peñareal por yerno. Hallé en D. Prudencio un hombre tan delicado como racional. Siendo su hija rica, no fué la falta de bienes del pretendiente óbice que le alejase, y siendo bien nacido, no fueron tampoco los pergaminos de Peñareal cebo que le atrajese, porque D. Prudencio no es un hombre vano, es un hombre digno; no es hombre que á todo antepone el dinero, sino que lo deja en su puesto secundario. Así fué, que las buenas prendas y méritos de Cárlos, de las que tenia noticias, lo que de él le referí yo, y sobre todo la última carta de Cárlos y la de Serafina que me entregaste, y que ambas puse en sus manos, fueron las razones que le llevaron á condescender gustoso en un enlace que hará la felicidad de esa hija que tanto ama y aprecia.

Llegué por la tarde aquí, y me hice conducir en derechura al *jardin encantado* de nuestro solitario. Le vi de léjos, apoyado contra un naranjo, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Dos seres que le aman, le observaban; Triton, que acostado á sus piés, fijaba en él su inteligente mirada, y que no me sintió venir, y Ramon que habia dejado caer la azada, y absorto en contemplarle, tampoco notó mi llegada.

— Voy creyendo, grité desde léjos, que tiene razon Pri-

mitiva en llamaros encantados, pues por ahora lo estais todos en estatuas.

Cárlos se inmutó mucho al verme, y pasámos á su linda, fresca, y perfumada habitacion.

Conoces mi genio, y puedes inferir que me seria imposible privar por un solo instante al interesado, de una feliz noticia; así fué, que apénas entrámos, cuando dije á Cárlos: «aunque no has querido favorecerme con el cargo de pedir en tu nombre á un padre á su hija, yo me lo he tomado sin tu licencia, y con mil expresiones atentas de D. Prudencio Villalprado, tráigote un recado especial y es: decirte, que será para él una satisfaccion cumplida la de que obtengas el sí de su hija Serafina.» No puedo expresarte las emociones que se pintaron con energía en el hermoso semblante, por lo regular tan inalterable y sereno, de Cárlos. La sorpresa, el enajenamiento y últimamente la contradiccion y la duda. Yo, que leia sus pensamientos en su rostro como en un libro abierto, le dije entónces: — «Cárlos, Cárlos, la exageracion es el escollo de las virtudes caballerescas; es el espíritu alambicado en que se disuelve la perla; es la sonora cuerda, que por demasiado tirante, se destempla; es en fin el iman con que un vicio atrae á sí una virtud; por ejemplo, cuando hace que la delicadeza degenere en orgullo.

— Pero, (repuso Cárlos con voz conmovida y aun irresuelto) ¡si ella no me ama!

— Serafina te ama, — exclamé presentándole lleno de júbilo su última carta; — ¡anda! tú que despertaste aquella suave melodía, recógela en tu corazon *ántes que se apague en lágrimas.*

Cárlos cogió ansioso la carta, pasó la vista por ella, en seguida se cubrió los ojos con una mano, como deslumbrado, y se dejó caer en una silla. Conocí que debia leer á solas aquella carta en que se retrata el alma y el amor de Serafina, y salí diciéndole que iba á quitarme el polvo del camino, para que en seguida fuésemos á casa de las señoras, á las que ansiaba por conocer.

Cuando á la media hora volví, hallé á Cárlos mas sereno y mas dueño de sí, aunque no pudo hablar palabra cuando me estrechó en sus brazos; y eso, Luisa mia, que ignora el golpe maestro en mi papel de destino.

Llegado que hubimos á casa de esas señoras, hallando las puertas abiertas, entrámos sin cumplimiento á uso de Bornos, y vimos á la madre y á su hija mayor sentadas debajo del emparrado; la primera leia recio una carta, miéntras la segunda ocultaba el carmin que cubria su rostro, inclinando la cabeza sobre el pecho. Colegí que esa seria la carta que debia haberles escrito D. Prudencio.

— Señora, — dije cuando nos presentámos, viendo á Cárlos, absorto en la contemplacion de aquella encantadora mujer cuyo amor acababa de presentársele como un brillante sol que alumbraba su vida; — señora, aunque este caballero debia presentarme á vd., espero que no será necesario, si es que ha recibido una carta del señor D. Prudencio, en la que debe anunciarle la venida del mejor amigo de Peñareal.

— Sí por cierto, sí por cierto, contestó apurada la señora mirando á su hija, que por lo visto aun no se habia explicado sobre el asunto de que trataba la carta de su padre. Pero yo, — que estaba en antecedentes que faltaban á la señora, — determiné marchar marcialmente hácia la solucion de la cuestion. Así fué, que dije á Serafina:

— Las situaciones embarazosas, es preciso terminarlas brevemente. Traigo de Cádiz un sí, que espero será ratificado aquí con otro. Ya sé que sois decidida para dar un no, á quien por castigo lo ha merecido; si sois justa, debeis tener la misma decision para otorgar un sí á quien se lo merece como premio.

— ¿Premio.... de qué? repuso Serafina con alguna amargura, alzando la cara mas linda que he visto, y fijando sus grandes ojos negros en el enajenado Cárlos.

— Señora, dije á la madre, me parece que para estas explicaciones estamos ambos de mas. Si quisieseis tener la complacencia de enseñarme vuestro jardin, que con su frescura y fragancia nos convida á visitarlo, dejaríamos libre la discusion, segun las exigencias de la época. Pero ántes de todo, añadí dirigiéndome á Serafina, os ruego que leais esta carta que os hará conocer mejor los sentimientos de Cárlos, que lo que él mismo pudiese hacerlo. Diciendo esto le entregué la consabida carta de Cárlos, y me alejé con su madre.

Paseámos algun tiempo por el jardin, que me pareció

muy lindo y muy alegre, sobre todo cuando echaba una furtiva mirada sobre la hermosa pareja que tanto amamos, y veia, pintada en sus rostros una felicidad tal, como no la pueden comprender los que no saben amar como ellos.

Anocheció, á despecho de la luna mas cachetuda del mes, que parecia soplar frescura y esparcir luz sobre aquel jardin fragante y engalanado. Pusieron en la sala la mesa del tresillo y trajeron el reverbero; entraron los consabidos tertulianos, que la señora salió á recibir. Me puse entónces ante la ventana á observarlos sin ser visto.

— Ahí está D. Cárlos, dijo un hombrecito diminuto con voz agria, en el que reconocí á D. Pio; es de manías.

— No habrá venido estos dias pasados porque se lo habrán impedido sus quehaceres, el calor, etcétera, etcétera, repuso en suave voz de bajo un señor gordo, en el que reconocí al señor Bonoso Rincon, sentándose á alguna distancia, é imprimiendo su movimiento de rotacion á sus pulgares.

— Los militares, fuera de las cosas de ordenanza, hacen lo que les da la gana; ¿está vd., D. Pio? dijo con tono recio y sin sordina un militar alto y cano, pero derecho como una pica, que se paseaba por la sala, y en el que tú como yo habrás reconocido al comandante Tamaño.

En este momento entró en la sala... ¿qué te diré, Luisa? ¿cómo te lo diré, que no te burles de tu pobre primo, vencido ántes de luchar, prisionero ántes de haber podido recurrir á la fuga? Entró Primitiva!... ¡tú la conoces! conoces á esa personificacion de la primavera, en su belleza, en su frescura, en su alegría, en todos sus encantos; pero tú no la has visto, como yo, entrar en aquella sala, ajena de que nadie desconocido la observase, con su cabello remangado, fantásticamente coronada de flores, con un pañolon de espumilla graciosamente terciado, y decir á D. Pio, tomando el aire y deje de una gitana:

— ¡Real mozo! vengan acá esos cinco espárragos; que le quiero decir á su mercé la buena ventura. Vamos, señor, no sea vd. *desaborío*, con esa cara de rosa del año pasado, esos ojos en cueva y ese pescuezo de botella, ¡no gaste tanta fantasía!.. que no la tengo yo, y corre en mis venas la sangre del rey Faraon.

— La niña siempre está de buen humor, dijo en tono agridulce el diminuto doctor, acercando la silla á la mesa y repartiendo las fichas.

— ¿Quiere su mercé, cara de pitiminí, prosiguió la hechicera gitanilla, que le cante una copla?

Y sin aguardar respuesta, cogió una guitarra, y con una hermosa voz y mucha gracia se puso á cantar:

Médicos y cirujanos
No van á misa mayor,
Porque les gritan los muertos:
¡Ahí pasa el que me mató!

— ¿No le hace á su mercé gracia la copla? prosiguió la niña al ver que el doctor mas serio que un duelo no pestañeaba; pues le diré un traba-lengua, por ver si lo repite tal cual se lo diré; — y con increible velocidad prosiguió: — El baston del doctor Soyoclo no tiene puño; del rabo de la gatica mendiga scipitipandiga se le hará uno; y responde la gatica mendiga scipitipandiga, que su rabo no está para hacer puños al baston del doctor Soyoclo.

— Vamos, Primitiva, dijo su madre, deja esas niñadas, que son chabacanas.

— Madre, contestó esta, si estamos en Bornos, que es como si dijéramos en las Alpujarras!

— Niña, me parece..... dijo D. Pio.

— ¡D. Pio, calle vd! exclamó Primitiva, y tenga presente que cada vez que su amor patrio le ha llevado á salir por campeon de Bornos, le ha costado un codillo.

— Juego! dijo don Cristóbal Tamaño.

— Comandante... caramba con vd! exclamó don Pio; es vd. capaz de decir que juega sin haber visto sus naipes. ¡Juego mas! ¡Solo!

— ¿Qué, juega vd. solo? preguntó el comandante; no puede ser.

— Solo, y tres mas!

— Entónces son cuatro, repuso el veterano. Doctor, ¿ha mirado vd. con despacio sus naipes?

— ¡Dále bola! gruñó D. Pio.

— Eso quisiera vd., le dijo el comandante.

— Comandante, exclamó impaciente el doctor, he dicho que juego solo: ¿lo ha oido vd?

— D. Pio, D. Pio, vd. se exalta, se entrega á la pasion de la ira, dijo la divina niña, y sepa vd. que dice Bernardino de Saint-Pierre que los ancianos desprendidos de pasiones, se asemejan á los dioses. Vd., por lo visto, no quiere entrar en esta categoría de semi-dioses, la que á los hijos de Esculapio da la ventaja de ser doctores del Olimpo. Peor para Vd.! pues así no pulsará á Vénus que tiene dengues, y á Tétis á la que han sentado mal los baños de mar, ni á Diana que padece de insomnios; ni podrá vd. recetar su querida quina á Saturno, á quien sus hijos se le han indigestado.

— ¡Vamos allá! repuso D. Pio, se conoce que la niña lee con fruto, y que tiene buena memoria, pues hasta saca citas como un predicador ó un compendio. Pero, niña, vd. que sabe tan bien la fábula, ¿ha aprendido con igual perfeccion los deberes de casada y de madre de familia?

— Por ahora, D. Pio, solo sé los de soltera é hija; y no quiero estudiar los otros, no sea que no me case y haya estudiado en balde. Ademas, añadió acercándose á su madre cuya cabeza abrazó, besando repetidas veces su frente, tengo tan buen modelo, que aprenderé solo imitando.

— Pues ese buen modelo, repuso con su agria voz el Hipócrates de Bornos, en su vida ha leido un libro, segun él mismo confiesa, ¿está vd., niña?

— D. Pio, contestó esta, los novios presentes, á imitacion del siglo actual, tienen otras exigencias que los anteriores; sépalo vd.

— Niña, niña, repuso D. Pio, lo que exigen los novios de todas las épocas, es que sus novias sean mujeres de sus casas, y buenas madres de familia; y los libros.... ¡maldito lo que contribuyen á esto!

— Segun sean ellos, señor mio, exclamó Primitiva. ¡Ojalá, prosiguió echándose á reir, que mi buena aya Carolina Meridal que nos ha hecho quemar las pestañas sobre los libros, hubiese participado algo del sistema de educacion femenina de vd., en el que aparece la ignorancia como base fundamental de la perfeccion mujeril! ¡Las cosas que se hallan en Bornos! Toda mi vida he oído hablar de una secta ó

partido que, segun aseguraban, tenia muchos adeptos y partidarios, sin que jamas, por mas que los he buscado, encontrase ninguno; ese sistema tiene por nombre *oscurantismo,* y ya encontré su gran preste. ¡Las cosas que se hallan en Bornos!

— Primitiva, dijo su madre, deja en paz á D. Pio; que le distraes. No hables mas disparates, que está ahí Peñareal y otro caballero.

— Peñareal ha venido? exclamó alegre la niña, ¡buenas noches, desertor! ¿Sabe vd. que desde que no hay quien le saque de su jardin encantado, desde que le envié la flor del aire, que para vd. hice traer de Puerto Real, mandándole decir que le remitia el emblema de su amistad, y que ni por esas se ha dignado venir, le llamaba *Peña muy Real?* ¿Sabe vd. que iba á mandar que doblasen las campanas creyéndole muerto? D. Pio dice que tiene vd. tercianas y debe tomar quina; y yo digo que es vd. el marido de la luna, con sus crecientes y menguantes.

Entrámos entónces con su hermana en la sala; mas apénas me vió la hermosa niña, cuando avisada quizas por aquel instinto mujeril que les hace adivinar instantáneamente la impresion que causan, se quedó parada, bajó los ojos, y un cambio repentino se verificó en ella. Yo no sabia si sentirlo ó celebrarlo; pues si hermosa y seductora estaba ántes, ahora me lo parecia aun mas; ¡tal es el encanto del suave y delicado barniz que extienden la modestia y la timidez sobre la hermosura y gracias femeninas!

No te digo mas, prima mia; estoy enajenado, loco!... ¡qué criatura! ¡qué incomparable belleza, qué encantadora inocencia, qué seductora gracia, unida á tanta distincion y delicadeza! El hombre que puede aspirar á embellecer su vida con una compañera como esta, y no lo intenta, es un poste sin alma y sin corazon. Así es, Luisa, que te entrego mi persona, atada de piés y manos, para que en ella cebes tu bien empleada burla; y solo te diré como Leon Gozlan: «He escuchado tu consejo, y doblo la rodilla ante tu buen sentido;» *el buen sentido*, que es aquella flor misteriosa, buscada por los españoles en los bosques del Nuevo Mundo, y que segun allí les dijeron, alumbra en medio de la noche, porque en lugar de rocío absorbe durante el dia parte de la luz del sol.

Luisa, Luisa, acato ese tu buen sentido, porque ahora pienso y siento lo que me decias. ¡No! la existencia del hombre es incompleta cuando no tiene hogar doméstico, y en él una compañera á quien se adora en la juventud, se aprecia en la edad madura, se respeta en la ancianidad, y se quiere en todas edades.

Á no ser aquel que se entrega á la vida religiosa, activa ó contemplativa, bien puede el hombre soltero distraerse, divertirse y gozar; pero ser feliz.... ¡no! Á ménos que no sepulte su ser en odioso egoismo, sin atender á su mision, ó abrigue en su pecho culpables amores ilegítimos ahogando su conciencia; pues no hay amor noble y puro, sino en el hogar doméstico. Siento y me avergüenzo, querida Luisa, de deber mi sincera y entusiasta conversion al poderoso arrastre del amor, y no á la suave persuasion de la amistad; ¿pero qué le hace, si el resultado es lo mismo? Tú, prima mia, preparaste el terreno en que habia de nacer y alzarse la bella flor que recibe de la razon su virtud, de la moral su hermosura, y del amor su fragancia.

Abjuro, pues, mis necios errores en las manos y á los piés de los dos seres que para su dicha y su consuelo otorgó Dios al hombre; que son la AMIGA y la AMADA.

FÉLIX.

CARTA XXVII.

SERAFINA VILLALPRADO Á LUISA TAPIA.

Bornos, 10 de setiembre.

Querida Luisa mia: ya que por tu primo Félix lo sabes todo, ¿qué podré añadir? Que me pregunto como he merecido que tanto me favorezca Dios, que despues de concederme los padres mas cumplidos para haberme hecho feliz, me concede el compañero mas completo para hacerme dichosa.

Nada me queda que desear sino el estrecharte sobre mi corazon. ¡Feliz tú como lo soy yo, cuando llegue el hombre á quien amas con aquel amor profundo que echa raíces tanto mas fuertes cuanto que concentrado no se esparce en ramas y flores!

¡Me amaba... Luisa! Lo sabes, pero déjame que lo repita mi corazon, como repite la voz la melodía que vibra encantadora en el oído; me ama y me amará siempre; lo siento, lo sé y lo deduzco, porque su amor es igual al mio. Me siento tan profundamente feliz, que cuanto pudiera decirte, serian variaciones sobre el mismo tema. Como puedes colegir, nos establecemos aquí; pero pasaremos lo rigoroso del invierno con mis padres, y ellos parte del verano aquí. Mi madre y Félix, que dice que tiene por mision especial intervenir y arreglar cuantas cosas á Cárlos conciernen, lo mismo que tienen las cortes la de intervenir y arreglar las del país, no quieren que vivamos, como hubiese deseado yo, en la preciosa casa de la huerta, que podria agrandarse, agregando á la espalda, local para las oficinas interiores. Se va á restaurar la casa que posee Peñareal en el pueblo, y que mi madre halla hermosa. Félix es el que se ha encargado d todo, porque su innata actividad le hace hallar un placer en ello, y su buen gusto, á nosotros una ventaja. Chimeneas, papeles, cuarto de baño, nada le faltará de cuanto el moderno buen gusto pueda ingertar sobre la antigua solidez y grandiosidad, de manera que la buena anciana de piedra, saldrá de las manos de tu primo, como el fénix de entre las llamas.

Este incomparable amigo ha hecho aun mas. Habiéndose negado Cárlos á dar pasos sobre la recuperacion de sus bienes, con una desidia *antigua española,* como la nombra Félix — desidia que estoy léjos de aprobar por mucho que me simpatice — mandó aquí con todo sigilo á un hábil abogado, el que tanto en las escribanías, como por testimonio de agrimensores y noticias verbales, reunió todos los datos necesarios para entablar pleito si necesario fuese, al apoderado de la casa; pero no lo fué. Supo Félix en Madrid donde residia el dilapidador, que es en la actualidad un rico y encumbrado personaje.

Este hombre, al saber por Félix la vuelta á su domicilio

paterno del actual poseedor á quien creia muerto, al examinar los datos que traia Félix, que descubrian la falsedad de cartas y firmas fingidas, al ver los avalúos rectificados, se sobrecogió y anonadó; dándose por muy feliz en devolverlo todo, con condicion de que el asunto y las cuentas atrasadas se sumiesen en el olvido. Félix no queria; pero Cárlos ha declarado perentoriamente que así será.

— Mal hecho, le dice Félix; por esa mal entendida generosidad andan las cosas como andan por España.

— Verdad es, contesta Cárlos; pero la justicia tiene muchos defensores, que lo son por obligacion y por encargo del gobierno, que para eso los retribuye; esos deben defenderla, porque es su sagrada obligacion; yo estoy en mi derecho para perdonar, y perdono. Ademas, Serafina así lo desea.

— ¡Ah! exclama entónces Félix, si vas á seguir en todo las inspiraciones de Serafina, pronostico á los cuadrúpedos de Bornos la edad de oro!

Me dices que deseas que te escriba lo que nuestros tertulianos han dicho al saber mi casamiento; cada cual se expresó segun su carácter y su manera peculiar de ver las cosas.

Por primera vez vimos la cara de D. Pio completamente satisfecha, con la que dijo dirigiéndose á Primitiva:

— Niña, ya ve vd. que los caballeros de Bornos...

— ¿Que los caballeros y médicos de Bornos son buenos y pocos? le interrumpió mi hermana, ya lo sé, D. Pio; sepa vd., señor mio, lo que de seguro ignora, y es que los relojes de repeticion ya no están de moda.

El comandante aseguró, que con quedarme yo á vivir en Bornos, valia este pueblo ciento por ciento mas, como un militar á quien adorna una condecoracion.

D. Bonoso Rincon dijo que el Señor Don Cárlos tenia muy buen gusto, muy buen juicio, muy buen tino, etc. etc.

Pero, por hablarte tanto de mí misma, he omitido hasta ahora hablarte de otra cosa que me interesa tanto ó mas que si fuese propia, y esta concierne á mi amada Primitiva.

Sé la impresion que esta hermana de mi alma ha causado á tu primo, porque ademas de no disimularla, se lo ha dicho á Cárlos, así como te la ha escrito á tí. Ahora te hablaré, como deseas, de la que ella recibió. Ese corazon, transparente

aun como el cristal, no oculta sus mas leves impresiones. Sabes que su prolongada infancia no ha sido deslustrada por esos amores anticipados, ridículos, fingidos y raquíticos, que á pesar de su insignificancia y superficialidad, desfloran las primicias del corazon, distraen la aplicacion necesaria para acabar la educacion de una jóven, impiden que se madure la razon, y crean los vicios de la vanidad, del disimulo y de la competencia, que aquella no puede aun refrenar. Para conservarla niña, Primitiva no ha sido acostumbrada á ir á las diversiones; tampoco se le ha privado de todas, para evitar tanto el engreimiento, como el no dar lugar al incitativo de la fruta prohibida; pero las ha disfrutado escogidas y con moderacion. Bien guiada y siempre vigilada, Primitiva es, en toda la extension de la palabra, una jóven bien educada; es alegre, sin ser frívola; inocente, sin ser simple; viva, sin ser atolondrada; instruida sin pretensiones; bonita, y sabiendo que lo es, pero sin ser presumida; vehemente, pero contenida: sobre todo, dócil y verídica, cualidades que son la piedra fundamental de toda buena educacion. Así es, que su educacion, unida á su carácter que es aniñado, han alejado de ella, hasta ahora, todo pensamiento de amor. Siempre he temido á las primeras impresiones que recibiese ese inmaculado corazon, porque sabia que serian profundas y vehementes, y he rogado á Dios que se las causase un hombre que la mereciese, y fuese por lo tanto acreedor á que aprobasen nuestros padres la eleccion de su hija.

Cuando llegó, vi brillar en los ojos de Félix la admiracion que le causaba esta hermana de mi alma; y cuando la vi á ella por vez primera, bajar los suyos, turbarse y concentrarse su activa y móvil alegría, comprendí que iban á amarse, y que debian amarse. Gradué que ella iba á ser el último y estable amor de ese Félix, que tan ambulante y tan alegremente ha pasado los primeros años de su juventud, y que él iba á ser el primero de mi Primitiva...; primero y último, Luisa! porque solo una vez debe amar la mujer afortunada á quien no dejan sola la inconstancia ó la muerte; que la jóven que comprende y conoce la inconstancia, profana su corazon!

Félix en los dias que estuvo aquí, buscó siempre el lado de mi hermana, la acompañó á todas partes, y aunque no le

habló de su amor, porque si lo hubiese hecho, de cierto ella me lo hubiese dicho; pero se lo demostró tan patentemente que ella no pudo dudarlo. Por mi parte, á pesar de las marcadas preferencias de las que fué objeto por parte de tu primo, ni una broma la di. ¿Á qué despertar con ruido al que despertará suavemente por sí? Aunque me digas, como en otras ocasiones, que exagero, te confesaré que esas bromas sobre amor, dadas con tanta ligereza, me chocan mucho, porque ofenden el pudor de los sentimientos secretos del corazon.

Partió Félix, y el dolor de Primitiva fué tan acerbo, que al ver las lágrimas que inútilmente trataba de reprimir, sentí correr las mias y estuve muchas veces tentada de estrecharla sobre mi corazon y decirla: «¡te ama!» para que no sufriese el dolor que pocos dias ántes destrozaba mi corazon. Pero me contuve, porque no tenia evidencia de los sentimientos de tu primo, y ménos de la estabilidad que pudiesen tener.

Ayer recibió una carta mi madre; la abrió, y vió que era solo un sobre, que contenia una carta dirigida á mi hermana.

— ¿Qué es esto? dijo mi buena madre, tan falta de malicia que le roba toda penetracion.

— Será de Teresa, repuso Primitiva. ¿Porqué no me habrá escrito en derechura como hace siempre?

Mi madre le entregó la carta.

— ¡Ay! exclamó Primitiva al tomarla, ¡no es letra de Teresa!

— Ábrela, la dije; y veremos de quién es.

Primitiva rompió el sello y la abrió, pero apénas hubo mirado la firma, cuando el mas vivo carmin se extendió por su rostro, que al momento despues palideció, quedándose blanco como la azucena, sus manos temblaron, y dijo con voz que apénas pudo ser oída: ¡es de Félix de Vea!

— Y bien, dijo mi madre á la inmóvil niña, ¿porqué no la lees? Diciendo esto los ojos de mi pobre madre se llenaron de lágrimas; habia comprendido; á un tiempo desgajaban del árbol sus dos ramas! ¡Pobre suelo que criara la flor que una mano extraña se apropiará! ¡Válgame Dios, Luisa! ¡Qué haya tanto encomio, tanta admiracion y tanta gloria para un buen general, un hábil gobernante, un diestro facul-

tativo, un cantante, un torero... y no haya en los labios de los hombres ni un elogio siquiera para la buena madre de familia, el tipo mas heroico, mas respetable, mas simpático y mas ideal de la humanidad, que queda desapercibida como la bendita espiga en los campos de batalla! ¡Ay Teresa! el corazon de sus hijos debe indemnizar á las madres, de la punible indiferencia con que el mundo las ve cumplir su grande y noble mision!

Primitiva, que miraba la carta sin leerla, vaciló, clavó sus ojos en mí, y con un rápido impulso se echó en mis brazos diciendo:

— Léela tú, hermana.

En seguida escondió su cabeza en mi hombro miéntras yo leia.

«Primitiva, yo os amo, os amo con una pasion, un entusiasmo, una ternura y un respeto, que me hacen temblar al aspirar á una felicidad de que no soy digno, suplicándoos que me otorgueis el que á vuestros padres os pida por compañera de mi vida.

«Aguardo vuestra respuesta, para volar á vuestros piés, y daros las gracias si es favorable, ó para volver á expatriarme en caso de que no lo sea.

FÉLIX DE VEA.»

— ¿Y bién, qué dices? preguntó mi madre á Primitiva, que seguia ocultando su rostro en mi seno y lloraba, y viendo que no contestaba, añadió: — ¿Pero qué motivo hay para llorar, criatura? No veo que te pueda ni ofender ni afligir el que te quiera Félix de Vea. Por buena que sea la boda, bien sabes que no entra en las ideas de tu padre, y por consiguiente en las mias tampoco, el forzar las inclinaciones de nuestras hijas; si no quieres á Félix á pesar de su mérito, y de ser un partido tan brillante, se rehusa, y santas pascuas!

— Madre, yo no rehuso, dijo Primitiva, no sé si la boda es brillante ó no: pero sí creo... que amo á Félix...

— ¡Ángela María! exclamó mi madre; ¡acabáramos! Pero si lo quieres... ¿me harás el favor de decirme á qué viene ese llanto?

Primitiva levantó su cara inundada de lágrimas, pero las que iba borrando la sonrisa como el arrebol de la mañana las estrellas, y dijo echándose en sus brazos:

— Lloro... lloro, porque si me caso nos separaremos!

— ¡Ni lo permita Dios! contestó mi madre cubriéndola de cariños ¿acaso no viviremos en el mismo pueblo? Pero ahora, hija mia, piensa en tu respuesta.

— ¡Yo!... ¡yo escribirle! exclamó Primitiva, no, no; no sé... no puedo y no quiero.

Yo dije á mi madre, que exclamaba que á qué se habia gastado tanto dinero en su educacion, y mandado venir una aya de Francia, si á la primera ocasion que se le presentaba de escribir una carta, salia diciendo que no sabia hacerlo, que la respuesta no corria prisa, y que era necesario que una jóven para dar el sí no se mostrase tan apresurada.

Dos dias despues pude conseguir que Primitiva contestara; pero rompió cuantas cartas escribió, unas por cortas, otras por largas, otras por tontas, otras por frias; y acabó por echarse á mi cuello, suplicándome por nuestro cariño que le contestase yo en nombre de ella, lo que he tenido que hacer por complacerla y sacarla de sus apuros. Espero que Félix será bastante delicado para apreciar ese velo de modestia que el mismo amor tupe y borda con perlas. Te copio mi carta á tu primo.

«Mi hermana Primitiva ha querido contestaros para otor-»garos el permiso que le pedís; pero cada vez que lo intenta, »la pluma se le cae de las manos, y esconde su encendido »rostro en mi seno.

»Si este rubor que la retiene trémula al dar el primer »paso en la vida, aunque esta le sonría, os contraría, venid »á mitigarlo; que ayudado por el tiempo, le conseguireis.»

Ahora, Luisa mia, quédame que pedirte escusas por una indiscrecion que he cometido; no he podido ver el entrañable cariño que tiene por tí tu primo, sin haberle comunicado tu casamiento; no quiero que creas ha sido mi madre la delatora, pues no ignorarás que la tuya se lo ha escrito. Me dijo entónces Félix que te escribiese, que habia hallado en Bornos entre otras cosas buenas, la solucion del enigma que tanto ha buscado; el último tomo de la obra incompleta y la etimología de tu insensibilidad para con el apreciable Mister

Sterling. Añadió que te pondria en la historia natural; á lo que repuse que yo pondria á Felipe, y convinimos en que hariais una pareja, si no tan novelesca, mucho mas simpática al corazon que no Eloísa y Abelardo.

SERAFINA.

CARTA XXVIII.

PRIMITIVA Á TERESA.

Bornos, 15 de setiembre.

¡Teresa mia! Me llamas poco franca porque no te he escrito que tu primo Félix me amaba; ¿acaso lo sabia yo? Para distinguir con seguridad lo que en los hombres es amor ó galanteo, sentimiento ú obsequio, es necesario aguardar á que el tiempo y las pruebas los deslinden; ¡harto presente tenia el falso amor de Alejandro! Ahora que Félix ha probado la sinceridad del suyo, puedo decirte sin lastimar mi recato de jóven, ni ofender mi delicadeza femenina, que yo tambien le amo, y es tanto..... tanto, que la mas corta ausencia me entristece como una desgracia. — Pero qué mucho, si el amor con ser tan dulce, es triste! Mi alegría se ha dormido desde que ha despertado mi corazon, como calla el ruidoso gorjeo de los mil pajaritos del monte cuando en el valle comienza el ruiseñor su cantar divino.

Le amé porque conocia, sentia y sabia que él me amaba; pero su ida sin promesa de regreso, me hizo dudar. ¡Ay Teresa! ¡qué punzante dolor sentí cuando pude creer que no volveria á verle! ¡Jamas pensé que pudiese arrancarme lágrimas tan acerbas sino la muerte de mis padres! — Nunca habria sabido nadie que las causaba un amor desatendido, porque hay un sentimiento instintivo en la mujer, que hace conocer á la ménos culta, que en el amor la mujer que toma la iniciativa, sale de su esfera femenina, tiene en poco el recato y el decoro de su elevado ser, y trueca en desfavor

suyo el giro con que la misma naturaleza la enaltece, haciendo de su otorgamiento y correspondencia un favor apetecido y rogado por el hombre; y esto la desprestigia hasta á sus propios ojos.

Así fué, querida Teresa, que en aquellos crueles dias y dolorosas noches, velé *mas que las estrellas*, *) lloré mas que las nubes! ¡pero callé!... como el arroyo que cuaja el rigor del frio. Otras lágrimas sucedieron á aquellas cuando llegó la carta en que Félix se ofrecia á ser compañero de mi vida; pero, Teresa, una alegría que llora, es una alegría solemne y pura, pues al pasar al traves de estas aguas del corazon se ennoblece y dulcifica. Ya ves que tengo el corazon tan conmovido que todo me impresiona; así no he podido ménos de conocer que este no es tierno hasta que lo ablanda el amor, ni es blando hasta que lo enternecen las lágrimas, y por eso será tan general la crueldad en los niños y en los idiotas.

Suelto la pluma, porque te vas á burlar de mi carta, y á llamarla melancólica, y no concebirás que la haya escrito tu alegre y atolondrada amiga Primitiva, que tanto se ha burlado de la melancolía. Pero era de la enfática, negra y desconsoladora, esa ficticia hija que la afectacion atribuye al corazon; la mia es suave y rosada, como los arreboles que preceden á un hermoso dia. Ademas, Teresa, la vida nos va enseñando muchas cosas, y una de ellas es á no decir nunca: «de este agua no beberé.»

Dicen, y dicen bien, que el amor es un egoismo entre dos. — Por hablarte de mí y de Félix, he omitido hasta ahora hacerlo del fausto suceso que nos tiene á todos tan llenos de satisfaccion, y es este el enlace de Serafina y de Peñareal. ¡Si era preciso que así sucediese! — ¿Te acuerdas que yo fuí la primera en descubrir la simpatía que entre ellos existia, y en hacérsela notar á D. Pio, que no quiso reconocerla, como que no era una calentura que salia al pulso y se curaba con quina? — Segun colijo, por lo que he oído ahora, Alejandro abandonó á mi hermana porque llegó á comprender que no tenia dinero, y Cárlos Peñareal no la solicitaba, amándola, porque creia que lo tenia. ¡Válgame Dios!... ¡que piensen los hombres en el dinero, para querer ó dejar de

*) Byron.

querer á una mujer! ¡No es esto verdaderamente ridículo?

En el feliz desenlace de todo esto creo que ha hecho Félix el papel de buen ángel; cuando se le dice, responde que en recompensa Dios le ha concedido para su felicidad, el hallar aquí el tipo real del papel que representaba. — Félix, dice Serafina que vendrá mañana... pero ahora está á catorce leguas de aquí! — Vuelvo sin querer, á hablar de tu primo, y suelto esta pluma que no quiere obedecer á mi voluntad, sino seguir los impulsos de mi corazon.

(Tres dias despues.)

¡Teresa!... ¡ha venido... y con mi padre! — ¡Tres dias han pasado como tres ligeros pájaros de brillante plumaje, en los que todo lo he olvidado, hasta el escribirte! Perdónamelo, Teresa, en vista de que no es por falta de cariño! es porque no me deja tu primo, que siempre busca pretextos para quejarse de que no le amo como él á mí: será porque sin poderlo remediar, estoy á su lado callada y retraida. ¡Pues qué!... ¿no conoce que no lo estaria tanto, si le quiesiese ménos? Hoy me decia tantas veces que no era expansiva, y que era esto por falta de amor, que al fin le contesté, que si me fuese á casar con D. Pio, lo seria; pero que con él no me era posible serlo; y que agradándome él y no agradándome D. Pio, no debia ser la expansion una prueba de agradar. — Debí atinar en mi vindicacion, porque se rió mucho, y se quedó muy satisfecho.

Peñareal, á quien quiero ya como á un hermano, está tan feliz, que se ha hecho chancero. — Me dice que he convertido á Félix en un dia á las buenas ideas sociales, no habiendo podido él en muchos años convertirle á las buenas ideas políticas; por lo cual debe la amistad ceder al amor en punto á proselitismo. Por lo visto Félix no queria casarse nunca: le he dicho que siento que por mi causa haya desistido de un proyecto, que habria tenido la plena aprobacion de las amas de llaves. — Tambien me embroma Peñareal con que Félix está loco por mí, á lo que le contesto que me alegraré que sea cierto, y que se cumpla el referido refran de que la locura no tiene cura. — En fin, Teresa mia, ¿qué mas te diré? que

al ver á mis padres tan contentos, á Félix tan enajenado, y al sentirme tan dichosa, te aconsejo si quieres conocer la felicidad, que ames! Pero para que sea cumplida como la de Serafina y la mia, ama de manera que cuando des el sí al hombre que va á ser tu compañero, sea miéntras tu madre te abrace y tu padre te bendiga.

PRIMITIVA.

P. D. No quiero cerrar mi carta sin referirte la impresion que causó á nuestros tertulianos cuando mi madre se la comunicó, la noticia de mi casamiento. D. Pio puso mal gesto diciendo: ¡qué!... se casa!!!... muy niña es Vd. para casarse! — Vaya! que ese casamiento no ha bajado como los otros, sino caído del cielo! — ¡Vamos! si hoy dia todo va por la posta! — Ya no es el tiempo un venerable anciano, como siempre se le ha representado; sino un caballo inglés de carrera.

D. Bonoso no dió ninguna señal de sorpresa, de agrado ni de desaprobacion, y me dijo con su impasible y monótono modo de producirse: Sea enhorabuena. — Deseo á Vds. muchos años de prosperidades, felicidades, alegrías, etcétera, etcétera.

En cuanto al comandante, aseguró que si hubiese tenido cuarenta años ménos, no se habria llevado D. Félix de Vea la mas bella gala de Bornos sin que él se la hubiese disputado.

Yo pensé, sin decirlo: ¡Oh inapreciables cuarenta años!

Tambien te diré que Félix ha comprado la casa en que vivimos, y me la ha regalado, para que vengamos todos los años á pasar el estío con Serafina y Cárlos. Como puedes pensar, lo primero que ha hecho es subir su salario al buen tio Miguel y á la tia Belica, que bendicen este verano como el mas venturoso que han conocido en Bornos.

CARTA XXIX.

DOÑA MARIANA LA RIVA DE VILLALPRADO Á SU HERMANA MARÍA, MONJA DESCALZA.

Bornos, 4 de setiembre.

Querida hermana: Me alegraré que al recibo de esta te halles en la mas cabal salud; yo sigo buena, así como toda mi familia, para lo que gustes mandarnos.

Esta se dirige á participarte cómo las dos niñas tratan de ponerse en estado, y es á satisfaccion de Prudencio y mia; por ser ellos personas que no se las desmerecen. Pídele á Dios, hermana mia, que tengan acierto en su eleccion, y que sean felices en su matrimonio, como, gracias al Señor, lo he sido yo.

Aunque nada tengo que oponer á estas bodas, me meto por los rincones á llorar, sin que nadie me vea, porque no quiero con mis lágrimas aguar sus satisfacciones; pero considerarás, hermana de mi corazon, la sola que me quedo. Verdad es que tengo á mi marido, ese compañero bendito que Dios me ha dado; pero quedan en la casa dos cuartos vacíos, en la mesa dos asientos desocupados, y á mi lado echaré á todas horas de ménos á la hija discreta y prudente, que era mi confidenta y amiga, y á la niña cantadora y risueña, que era la alegría de la casa! Su padre está contento y sereno; pero alguna vez cuando nos miramos, se acerca á mí, y secándome las lágrimas con su pañuelo, me dice: ¡Mariana mia, la felicidad de ellas es la nuestra! — Tiene razon, como siempre, hermana mia; pero es muy triste que despues de haber criado á sus hijas con todo esmero, y cuando van pagando los cuidados y desvelos que han costado, venga un señor con sus manos lavadas... ¡y se las lleve!

Es cuanto tengo que decirte; pronto nos veremos, porque regresamos á esa la semana que viene. Tus sobrinas me encargan muchos cariños para tí. Darás expresiones á la madre abadesa y á la comunidad, y díles á todas que rueguen

á Dios para que sean felices mis niñas, y tú manda lo que gustes á esta tu hermana que mucho te estima y verte desea.

MARIANA.

Recibirás esos canastos de fruta, que es la mejor que se ha hallado, y esas gallipavas, que son de casta muy ponedera.

CARTA XXX.

AL LECTOR DE ESTA NOVELA.

DON PRUDENCIO VILLALPRADO Y DOÑA MARIANA LA RIVA DE VILLALPRADO, participan á V. el enlace contraido por sus hijas SERAFINA Y PRIMITIVA; la primera con D. CÁRLOS PEÑAREAL, y la segunda con D. FÉLIX DE VEA; deseando merezcan su aprobacion.

COSA CUMPLIDA...

SOLO EN LA OTRA VIDA.

DIÁLOGOS

ENTRE LA JUVENTUD Y LA EDAD MADURA.

DIÁLOGO PRIMERO.

EL ALBAÑIL.

La vie est un mystère triste, dont la foi seule a trouvé le secret.

L'ABBÉ GERBERT.

Fortuné temps de l'innocence,
Hélas! des passions devançant le réveil
A l'aurore de l'existence,
N'es-tu parmi nous qu'un sommeil?

D'ARLINCOURT.

La vida es un misterio triste, cuyo secreto solo ha encontrado la fe.

EL ABATE GERBERT.

Tiempo feliz de la inocencia! Tú que te adelantas al despertar de las pasiones en la aurora de la vida, dí ¿no eres entre nosotros mas que un sueño?

D'ARLINCOURT.

— Sí señor, sí señor; la vida es bella, el mundo es hermoso, á pesar de todos los Jeremías pasados, presentes y futuros, — decia la jóven, linda y alegre marquesa de Alora su anciano amigo el conde de Viana, — está llena de encantos como el cielo de estrellas; llena de goces, como la mar de perlas. Pero estas es preciso buscarlas; aquellas, es preciso alzar la vista, y con ella el corazon, hácia aquel alto y puro espacio en que giran, para encontrarlas. Si Vd. vegeta tétrico en una oscura cueva, ¿cómo hallará Vd. perlas, ni verá estrellas?

— Cantais como un ruiseñor, dijo el conde con una sonrisa triste é incrédula.

— Hablo como una agradecida hija de Dios, repuso la marquesa. ¡Un hombre como Vd., misántropo! Quite Vd. allá! ¡Eso es un palpable contrasentido! es una anomalía, como dice Vd. que lo es en el gobierno condenar las malas doctrinas y dejar que cundan por medio de la prensa, lavándose las manos como Pilato.

— ¿Dónde están, linda visionaria, respondió el conde, esos encantos, esos placeres sublunares? ¿Serán el efímero amor, la desleal y deslavada amistad? ¿Será acaso el oro, que no sabe satisfacer; los honores que no honran? ¿será el mundo, ese horrible cáos? ¿será la soledad, ese árido desierto? ¿Nos los proporcionarán por ventura el corazon, que es nuestro verdugo; los sentidos, que son nuestros enemigos; ó el alma, que, como todo desterrado, no sabe sino suspirar? El mundo es, amiga, un árido y triste destierro.

— ¡Pobre mundo! exclamó la marquesa, ¡y cómo te tratan! — Véngate; seca tus fuentes de fresca y líquida plata; quita sus colores y perfume á tus flores; haz esqueletos de tus frondosos árboles, agosta tus campos, y no le nutras al hombre ingrato sus mieses y su vid; seca los cauces de tus rios, y haz de ellos profundas y ásperas cicatrices sobre el seco y decrépito cadáver de la tierra; quita del alcance del hombre el oro, la plata y ricas pedrerías que encierra tu seno; vomita tus iras por las abiertas bocas de tus volcanes; esparce tu amarga ira con las poderosas olas de tus mares hasta cubrir la frente de tus gigantes de tierra, los montes: y allí donde el hombre ingrato haya labrado su albergue, sacúdele ligeramente, para que caigan sus mas robustas obras como castillos de naipes.

— ¡Qué anatema, amiga mia!

— El que merece la ingratitud, ese monstruo sin corazon.

— Como sois jóven, girais cual las primeras horas del dia, esas horas frescas y puras que se llaman la aurora, en un cielo rosado. Pero raciocinemos; á mi edad.....

— El corazon es siempre jóven, interrumpió con viveza la marquesa, y la ancianidad puede, como decís de la juventud, girar tambien en un rosado cielo, llamado ocaso, como las últimas horas del dia.

— Pero enumeradme esos placeres, esos encantos que veis vos, repuso el conde, con la doble vista de que debeis estar dotada. ¿Es el cólera? ¿Es la guerra civil? ¿Son los escritos de Proudhon? ¿Es el espíritu de rebelion inherente á la incredulidad, que mina al mundo con un horroroso cáncer? ¿Es su hija la inmoralidad, que vive y reina? ¿Es ese escepticismo frio y vulgar, con el que triunfó la materia personificada en Lutero, y el mal espíritu personificado en Voltaire? ¿Son las lágrimas de la fe y de la caridad, que solo la esperanza enjuga?

— ¡Dios mio! estais triste y desconsolador como nuestro sublime marqués de Valdegamas, á quien cupo la gloria de ser uno de aquellos hombres que en todos tiempos escogió Dios para ser intérpretes de sus luces. Aun falta la sonrisa á sus labios; pero hallarála cuando el bien que haya hecho le pruebe que si cunde el mal, tambien cunde el bien sobre la tierra de Dios: esa será su recompensa. Pero yo quiero atraeros á mas alegre conviccion, y no lo haré teórica, sino prácticamente; no con razones que todas se pueden refutar, sino con pruebas: pues nada hay mas poderoso y concluyente que un hecho.

— Gozad de vuestras ilusiones, como la primavera de sus flores, marquesa.

— En todas estaciones hay flores; si en alguna faltan, no es culpa de la naturaleza, sino del hombre, que las deja secar sin cultivarlas. ¿Apostemos á que os hago testigo de una felicidad completa y estable?

— ¡Completa! ¡estable!... ¡qué dorado sueño!!

— ¡Apostemos, apostemos! insistió con alegre vehemencia la marquesa.

— La felicidad — prosiguió el conde: — esto es, la que brinda el mundo, es poco estable, como la calma del mar; corta y pasajera como el canto del ruiseñor; incompleta é imperfecta como lo es el hombre en quien dos poderes luchan; y no puede ser otra cosa, desde que el hombre por su culpa entró en el mundo desterrado del paraíso. — El no ser así seria un contrasentido. Vos misma, querida amiga, ¿no sois acaso una prueba de esta verdad? La suerte os ha colmado de todos sus dones; la fortuna de todos sus favores, la vida de todas sus sonrisas; y á pesar de esto, vuestra felicidad no

es cumplida, pues os faltan las magníficas prerogativas, los dulces goces de la maternidad.

Una ligera nube pasó sobre los benévolos y brillantes ojos de la marquesa.

— Esto será en tal caso, dijo sonriendo, no una desgracia, sino una felicidad de ménos; y el carecer de una, no me hará olvidar las muchas de que disfruto. Ademas, para ganar cumplidamente mi apuesta, no pienso mostraros una perfecta ventura en la clase alta de la sociedad, en la que es mucho ménos frecuente que en la clase humilde, por mas que declamen y giman lo contrario los socialistas. En nuestra perfumada y pestilente esfera no se ensanchan las ideas, no se exaltan los sentimientos, no se multiplican las sensaciones, sino á expensas de la felicidad pasiva, negativa si quereis, pero dulce, alegre, tranquila y suave, que es y debe ser el patrimonio de seres caídos, condenados á una vida mortal y de trabajo, como pensais muy bien. Pero esta felicidad existe; y la dan las virtudes, que del paraíso vinieron y con ellas trajeron su ambiente. Por consiguiente, donde hay virtudes hay buena conciencia; donde hay buena conciencia, hay contento: así como donde hay sol hay flores, donde hay flores hay fragancia. Mañana os aguardo á las doce en punto, y os llevaré á casa de mi lavandera y antigua doncella de mi madre: allí triunfaré! Allí vereis la verdadera y cumplida felicidad en su sencillez y pureza, sin traspasar sus límites, como el manso rio; allí me pagareis dulce sobre dulce media arroba, que ahora mismo voy á mandar hacer para repartirlos entre sus hermosos chiquillos.

Al dia siguiente el conde acudió puntual á la hora de la cita, y ya encontró á la marquesa cubierta la cabeza con la mantilla, y lista para partir.

Muchas vueltas y revueltas tuvieron que dar por las calles de Sevilla, en que aun triunfa la caprichosa construccion de los moros, de la simetría europea, hasta llegar al apartado y solitario barrio de San Roman. La marquesa entró en una de aquellas humildes casas, cuyas puertas están abiertas de par en par. — La dueña de la casa hizo una exclamacion de sorpresa al verla. — Chist!... dijo la marquesa poniendo su blanco dedo sobre sus rosados labios. — Vengo á sorprender á María. Como sé que su corral y el de la casa

vuestra no los separan sino unos romeros, he venido aquí para entrar en casa de María sin que me sienta.

Esto diciendo, atravesaba la marquesa el patio, seguida y bendecida por la dueña.

La casa de María formaba un ángulo entrante en el que habia un gran jazmin que se habia criado *ad libitum*, echando á manos llenas sus perfumadas flores á la derecha y á la izquierda con imparcialidad; columpiábanse multitud de pajaritos en sus flexibles ramas, cubríanlo sus flores, que están tan pálidas porque son débiles, y porque siendo tan corta su vida, no tienen tiempo para aprender á sonrojarse.

En la verde cueva que formaba el jazmin morisco, se escondió la marquesa con su anciano amigo, poniéndose ambos á mirar sin ser vistos, lo que en casa de María se ofrecia á su observacion.

Una mujer robusta, en quien rebosaba la vida como en otoño la corriente en los rios, estaba sentada en una silla muy baja delante de la puerta de su sala, á la *estufa andaluza*, esto es al sol. Á sus piés sobre una zalea, se veia sentado en paños menores el niño que estaba criando; tenia este entre sus manitas una enorme naranja que se le escapaba cayendo sobre la zalea; afanábase en extremo para volverla á asir, y cuando lo habia logrado se le volvia á separar. Reíase entónces alegremente y miraba á su madre, nuevo Sísifo, que reia y gozaba en su incesante tarea.

— Ven acá, Aniquilla, dijo la mencionada mujer á una niña de cuatro años; es medio dia; ya vendrá tu padre. Ven acá, á que te coja esas greñas y te lave esa cara, esa rosa de abril, que la tienes mas sucia que un estercolero. — Miéntras su madre la tenia sujeta de los cabellos, y la hacia una castaña del tamaño de las que se comen, la enseñaba á rezar, santa práctica que acostumbra á los labios de los pequeñuelos á recitar oraciones que aun no comprende el entendimiento, de suerte que cuando este despierta, los labios se han anticipado, y le enseñan lo que ya saben por la santa enseñanza de su madre. «Padre nuestro, que estás en los cielos,» decia la buena mujer. La niña repetia esto, añadiendo por apéndice: «*¡Ay mae*! que me tira Vd. del pelo!» La madre proseguia sin hacer caso: — «Santificado sea el tu nombre...» «Tu nombre,» repetia la niña: *mae*, *mae*, que me arranca Vd.

las narices! — Y cuando concluyó el último amen, la niña lavada y peinada y ostentando su diminuta castaña, dió un salto con poca gracia y mucha alegría.

— *Mae, mae,* gritó un niño de seis años que venia de la escuela precipitándose en el corral, ya sé la *a*, la *a*, la *a*!

— Sea enhorabuena, Alonsillo, dijo su madre; poco es; pero sabes mas que yo que sé cómo suena, pero no cómo parece.

Oyóse entónces la alegre voz de una niña de ocho años que volvia de la *amiga*, y que venia cantando con la tonadita monótona con la que en las amigas cantan la doctrina:

Cuando salgo de la amiga
Me dan ganas de beber
En el jarrito de oro
En que bebió San José.
Me fuí por un caminito
Y me encontré á Jesucristo,
Jesucristo que es mi padre,
Y la Vírgen que es mi madre.
Los ángeles mis hermanos
Me cogieron por la mano;
Me llevaron á Belen
Sin tropezar ni caer.
En Belen hay una fuente
Que corre tan trasparente
De noche como de dia.
Á rezar el Ave María!

Mae, mae, gritó al entrar, mire Vd. la camisita que he hecho; tiene el dobladillo *calao.*

— Eso me place, hija, eso me place; la agujita ensartada hace á la niña ajuiciada.

La recien llegada cogió al niño de pecho en sus brazos, llevándolo, aunque tan pequeña, con mucha maestría y desembarazo, como si Dios hubiera hecho infusa en el sexo femenino la ciencia de manejar á las criaturas tiernas y desvalidas que al venir al mundo solo saben llorar.

— Niño, dijo, ¿dónde está Dios?

El niño levantó el dedito. Alonso, que aquel dia estaba un poco pedante porque sabia la *a*, se echó á reir.

— ¿De qué te ries, zopenco? preguntó su hermana.

— Porque *ice* Pacorro que está Dios en el *tejao.*

— ¡Que á la cola eres, Alonsillo! dice que está en el cielo. Pero mas que dijese que está en el *tejao*, razon llevaria, pues está en todas partes.

— Que no es! dijo Alonso, que porque sabia la *a* la echó de disputador.

— Judío, que dices una herejía. ¿Dónde es donde no está Dios, chiquillo?

— En el rio, porque no es pescado, respondió dogmáticamente Alonso. Y volviendo con majestad la espalda á su hermana, se dirigió á su madre y le dijo:

— *Mae*, hay feria.

— Me alegro, respondió su madre.

— *Mae*, yo quisiera una *tompeta*.

— Quiérela mucho, hijo.

— *Mae*, cuesta dos cuartos; démelos Vd.

— ¿Dos cuartos? ¡en eso estaba yo pensando!

— Ande Vd., *mae*!

— Anda á freir monas.

— Ande Vd., *mae*.

— Déjame en paz, pollo pion.

— Ande Vd., *mae*!

Y el chiquillo se puso á seguir á su madre como su sombra; repitiendo sin cesar su monótona plegaria.

— ¡Toma, toma, chicharra, dijo al fin la buena mujer, dándole una moneda de dos cuartos: que por no oirte se pueden dar.

— Si son *dos* cuartos, *mae*, *dos* cuartos, dos!...

— Bien, ¿y no te los he dado, mostrenco?

— No me ha dado Vd. mas que uno.

— Te he dado *dos*, chiquillo.

— Uno, uno, repitió el niño pateando.

— Muchacho, exclamó impaciente su madre, te di una mota; una mota son *dos* cuartos.

— ¿Dos? repuso el niño dando vueltas á la moneda, y batallando su conviccion entre la evidencia, pues solo veia una moneda, y la fe que tenia en las palabras de su madre. ¿Dos son? Vaya, pues, estarán pegados.

— Chacho, cuéntame un cuento, dijo con los sonidos mas dulces y suplicatorios de su voz Aniquilla á su hermano Alonso.

Este, á quien la posesion de sus dos *cuartos pegados* habia puesto de buen temple, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas como un sultan, y apretando fuertemente en su puño cerrado sus dos cuartos para que no se despegasen, empezó en estos términos su cuento:

— Habia vez y vez un pajarito; que se fué á un sastre y le mandó que le hiciese un vestidito de lana. El sastre le tomó medida, y le dijo que á los tres dias lo tendria acabado. Fué en seguida á un sombrerero y le mandó hacer un sombrerito, y sucedió lo mismo que con el sastre; y por último fué á un zapatero, y el zapatero le tomó la medida, y le dijo, como los otros, que volviese por ellos al tercer dia. Cuando llegó el plazo señalado, se fué al sastre que tenia el vestidito de lana acabado y le dijo: Póngamelo Vd. sobre el piquito y le pagaré. Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó á volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero. — Vistióse el pajarito con su ropa nueva, y se fué al jardin del rey, se posó sobre un árbol que habia delante del balcon del comedor, y se puso á cantar miéntras el rey comia:

Mas bonito estoy yo con mi vestido de lana,
Que no el rey con su manto de grana.
Mas bonito estoy con mi vestido de lana,
Que no el rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Majestad se enfadó, y mandó que le cogiesen y se le trajesen frito. Así le sucedió. Despues de desplumado y frito se quedó tan chico, que el rey se lo tragó enterito. — Cuando se vió el pajarito en el *estógamo* del rey, que parecia una cueva mas oscura que media noche, empezó sin parar á dar sendos picotazos á derecha é izquierda. — El rey se puso á quejarse, y á decir que le habia sentado mal la comida, y que le dolia el *estógamo*. — Vinieron los *méicos*, y le dieron á su Real Majestad un menjurje de la botica para que vomitase; y conforme empezó á vomitar, lo primero que salió fué el pajarito, que se voló mas súbito que una exhalacion. — Fué y se zambulló en la fuente, y en seguida se fué á una carpintería, y se untó todo el cuerpo con cola; fuése despues á todos los

pájaros, y les contó lo que habia pasado, y les pidió á cada uno una plumita, y se la iban dando, y como estaba untado de cola se le iban pegando: como cada pluma era de su color, se quedó el pajarito mas bonito que ántes con tantos colores como un ramillete. Entónces se puso á dar voleteos por el árbol que estaba delante del balcon del rey, cantando que se las pelaba:

— ¿Á quién pasó lo que á mí?
En el rey me entré, del rey me salí.

El rey dijo: — ¡Que cojan á ese pícaro pajarito! Pero él, que estaba sobre aviso, echó á volar que bebia los vientos y no paró hasta posarse sobre las narices de la luna.

— Chacho, dijo Aniquilla, ¿y la luna tiene narices?

— ¡Vaya! contestó el chacho, y boca tambien: una bocaza tamaña, añadió abriendo desmesuradamente la suya, para tragarse las niñas malas; ya lo sabes.

— Ese cuento es mas viejo que el modo de andar, y mas tonto que una esquina, observó la hábil costurera.

— Pues cuenta tú otro mejor, repuso el contador mirando de soslayo su moneda de dos cuartos.

— ¡Pues ya se ve que lo haré! y con el salero del mundo y algo mejor que tú; que eres, Alonsillo, mas tonto que Blas que comia *habas*, y al fin eres:

Alonso Ponso Berenjena,
Capitan, capitan, de la manga llena.

— Y tú...

— Calla la boca, escarabajo, y escucha. Pues señor...

Tenia una vez un rey
Tres hijas como una plata;
La mas chica de las tres
Delgadina se llamaba.
Un dia estando comiendo,
Dijo al rey que la miraba:
— Delgada estoy, padre mio,
Porque estoy enamorada.
Venid, corred, mis criados,
Á Delgadina encerradla;
Si os pidiese de comer,

Dadle la carne salada;
Y si os pide de beber,
Dadle la hiel de retama. —
Y la encerraron al punto
En una torre muy alta.
Delgadina se asomó
Por una estrecha ventana
Y á sus hermanas ha visto
Cosiendo ricas tohallas.
— ¡Hermanas! ¡si sois las mias....
Dadme un vasito de agua,
Que tengo el corazon seco,
Y á Dios entrego mi alma!
— Yo te la diera, mi vida,
Yo te la diera, mi alma,
Mas si padre rey lo sabe
Nos ha de matar á entrambas. —
Delgadina se quitó
Muy triste y desconsolada.
Á la mañana siguiente
Asomóse á la ventana,
Por la que vió á sus hermanos
Jugando un juego de cañas.
¡Hermanos, si sois los mios....
Por Dios, por Dios, dadme agua,
Que el corazon tengo seco,
Y á Dios entrego mi alma!
— Quítate de ahí, Delgadina,
Que eres una descastada;
Si mi padre el rey te viera,
La cabeza te cortara. —
Delgadina se quitó
Muy triste y desconsolada.
Á otro dia apénas pudo
Llegar hasta la ventana,
Por la que ha visto á su madre
Bebiendo en vaso de plata.
— Madre, ¡si es que sois mi madre,
Dadme un poquito de agua!
Que el corazon tengo seco,
Y á Dios entrego mi alma. —
Pronto, pronto, mis criados,
Á Delgadina dad agua,
Unos en jarros de oro,
Otros en jarros de plata. —
Por muy pronto que acudieron,
Ya la hallaron muy postrada.

Á la cabecera tiene
Una fuente de agua clara;
Los ángeles la rodean
Encomendándola el alma,
La Magdalena á los piés
Cosiéndole la mortaja:
El dedal era de oro,
Y la aguja era de plata.
Las campanas de la gloria
Ya por ella repicaban:
Los cencerros del infierno
Por el mal padre doblaban.

— ¿Es posible que esté Vd. en sus glorias oyendo semejantes simplezas y niñerías? preguntó el conde á la marquesa al verla escuchar con la sonrisa en los labios y el alma en los ojos, el cuento y la conversacion de los niños.

— No lo niego, contestó esta. ¡Cómo me gustan los niños! ¡qué gracia tan encantadora é inimitable es la suya! Escribiré este cuento y toda esta escena cuando llegue á casa; y desafío el mas fecundo escritor literario á que pueda crear semejantes cuadros é invente semejantes ocurrencias, que solo en los hechiceros labios de la infancia se pueden sorprender.

— No piensa Vd. como su amigo T... que proclama á Heródes como el hombre mas oportuno y el mejor comisario de policía que ha existido, repuso riendo el conde.

— Hasta en broma me disgusta semejante paradoja, respondió la marquesa. — ¡Dios santo! ¡qué triste y lóbrego seria un mundo sin niños! ¡seria como un cielo sin estrellas! ¿Sabe Vd., que pienso que el horroroso fin del mundo se consumará por la esterilidad de las mujeres, y que será su lóbrega precursora la falta de niños en nuestro globo?

— Si es cierto vuestro sistema, exclamó riendo el conde, no tenemos que temer por ahora la gran catástrofe.

— ¡Gracias al cielo! contestó la marquesa. ¡Pobres criaturas! Hasta su llanto é impertinencias son debidos á males físicos que los aquejan, ó bien á la angustia de no poder hacerse comprender. Su estado natural es la indefensa inocencia: á medida que el mundo les va inoculando la ciencia del mal, van perdiendo ese encanto inexplicable que nos seduce. Si no fuese así, ¿cómo se esplicaria ese profundo y universal

interes que inspiran los espósitos, que no se quejan, y que no pueden, ni aun concebir su desgracia? Lo inspiran las dos cosas que mas mueven el corazon del hombre, la mas pura inocencia unida al mas completo desamparo. ¡Desamparo! ¿Hay en la lengua palabra mas terrible? ¡Desamparo! que es tan aterrador, que el mas inflexible ateo huye de él, clamando al cielo cuando en la tierra lo halla.

— Padre, padre, exclamaron en coro los niños saltando al encuentro de un hombre alto y de buena presencia que entró seguido de un muchacho de trece años.

— *Pae,* yo sé la a.

— *Pae,* mi camisita tiene el dobladillo *calao.*

— *Pae,* el niño tenia la boca *abría*, y le metí el *deo* y me tiró un *bocao.*

— Eso fué para convencerte de que tenia dientes, respondió su padre. Y dirigiéndose á su mujer, añadió: María, Nicolas ha trabajado tan bien, que el maestro le ha subido un real su salario.

— ¡Gracias á Dios, gracias á Dios! repuso su mujer. Ea, vamos á comer.

— Á comer, respondió un estrepitoso coro. En un instante estuvo la mesa puesta, y con la mayor simetría; pues en su centro se colocó el solo manjar de que se componia el festin, que era una escelente olla de coles con *carne fresca*, como llaman á la carne de cerdo.

— ¿Sabe Vd., dijo á la marquesa su anciano amigo que esa olla con su rica morcilla está tan bien condimentada, y el placer con que la come esa buena familia, prueba tanto en su favor, que da ganas de ser su convidado?

— Y sobre todo, repuso la marquesa, no da jaqueca, como empieza á dármela el fuerte perfume de esta cueva de jazmines. Me parece, pues, que os he convencido. ¿Habeis visto jamas, ni puede darse un cuadro de mas cumplida felicidad? Mirad esas caras en que se pinta la salud, la paz y la alegría. ¿Pedís aun mas á la felicidad de la tierra?

— Mirad vos, dijo el conde señalando con el dedo al extremo opuesto del corral. La marquesa fijó la vista, y vió debajo de un emparrado donde se hallaban las pilas, tinajas y canastas de colar necesarias al lavado, á una jóven lavando: y observando con atencion, vió que de cuando en cuando caia

de sus ojos una lágrima sobre la ligera y resplandeciente espuma de jabon, como suele caer un desengaño sobre una ilusion. — Mostradme, continuó el conde, un cuadro de la vida humana que no tenga un lugar para las lágrimas!

— ¿Misita (Merceditas), hija mia, no vienes? le gritó María: es la tercera vez que te llamo. La niña llamada Misita se enjugó los ojos, se quitó el delantal, y fué á reunirse con el resto de su familia.

— No saben Vds. lo que les aguarda — dijo la madre con la cara aun mas animada y contenta que ántes. — Esta mañana fuí á llevar la ropa á casa de la señora; acababa de llegar el capataz de la hacienda, y traia un par de cántaros de leche. — Llévate uno, me dijo la señora; aquí tienes arroz y azúcar, regala á tus hijos con arroz con leche, que no le harán fe. — Así, hijos, dad gracias á Dios y rogadle que á la señora se lo dé de gloria.

— ¡Dios se lo pague! ¡Dios se lo pague! exclamaron todas á una voz.

— ¿Á que suena este coro en vuestros oídos mejor que todas las decantadas melodías de Rossini, Verdi, y Mayerbeer? dijo conmovido el conde á la marquesa.

— ¡Como todas las cosas de Dios! respondió esta. Lo primero que me inculcó mi madre fué el infinito precio, la extremada dulzura de un ¡DIOS OS LO PAGUE! entónces lo comprendí, y cada dia lo comprendo mas. Este es el tesoro que tiene que formarse el rico, para que en el gran juicio final equivalga al que presentará el pobre con sus sufrimientos; si no, mal escaparemos en el equitativo balance de merecimientos.

Cuando todas las bocas de los chiquillos, cerradas casi herméticamente por el arroz con leche, guardaron silencio, dijo la madre dirigiéndose á su hija mayor:

— ¿No comes, hija, estás descolorida, y tienes los ojos como puños, de haber llorado: te estás quitando la vida, y me la vas á quitar á mí si así te emperras! ¡Cómo ha de ser! ¡Dios lo ha querido, y es preciso conformarse con su voluntad! Le tocó la suerte de soldado; eso ¿quién puede remediarlo?

— El que tuviese tres mil reales para ponerle un sustituto que ha hallado, y es un soldado que se quiere reenganchar, dijo con el corazon encogido Misita.

— ¡Tres mil reales! Vea Vd... ¡como quien no dice nada! opinó el padre: en mi vida he visto tanto dinero junto. Los pobres no tienen que pensar en poner sustitutos, chiquilla.

— No llores, hija de mi alma, pobrecita mia, dijo su madre; que me partes el corazon. Santiago es un buen muchacho, mas noble que el oro; ¡pero si le tocó la suerte!... ¿qué le hemos de hacer? ¡Conformidad, hija, conformidad! que es la virtud de los pobres. Si tuviera los tres mil reales, te los daria con mil amores; y ya que no puedo hacer otra cosa, toma esos cinco reales, échalos á la lotería, y si sacas, libertarás á Santiago.

— ¡Y sacó! dijo la marquesa saliendo de su perfumado escondite. — Misita, yo le pago el sustituto á tu novio: ofrezco proporcionarle trabajo, y me brindo á ser madrina de tus alegres bodas.

Es mas fácil figurarse que pintar el pasmo, el gozo, el arrobamiento que causaron la aparicion y las palabras de la marquesa en aquella familia. Fuéronle demostradas de la manera espresiva y ruidosa propia de los andaluces; solo Misita, silenciosa é inmóvil, no expresaba su enajenamiento y gratitud sino con sus miradas que acompañaron á su bienhechora hasta perderla de vista.

— Ya no llorará Misita — decia á su hermano Alonso la que calaba los dobladillos, así como los secretos del corazon; — pues se va á casar.

— ¿Y qué es casarse, que á toda la gente alegra? preguntó este á su hermana.

— ¡Simplon! casarse es ir á la iglesia. Y despues comer y beber muchísimo.

— ¡Ya! ¡ya! ¡pues no se han de alegrar! ¡Viva Dios! ¡Viva Dios! exclamó Alonsillo tirando por alto sus dos cuartos.

— ¿Estais convencido? preguntaba al alejarse la marquesa al conde.

— En parte: contestó este. Pase por la felicidad cumplida; pero ¿y la duradera?

— ¿Pensais acaso que la que hemos visto pueda no serlo?

— Pienso aun como ántes, que todo es transitorio en este mundo; y mas que nada, la felicidad.

— Pues bien, incorregible pesimista, proroguemos la decision de nuestra apuesta hasta de aquí á un año. ¿Pero si

entónces aun subsiste esta felicidad, os dareis en fin por vencido?

— Entónces me daré por vencido con tanto placer como tendreis vos en proclamaros vencedora.

Al año siguiente, los dos amigos, que parecian personificar en sí la ilusion y la experiencia, no habian olvidado su apuesta; porque cada vez que la marquesa veia á María con su contento y alegre semblante, volvia á atacar al conde armada de bromas y sonrisas; pero este no arriaba su negra bandera.

Llegado el término, se valieron del mismo medio que tan bien les sirvió el año anterior, para penetrar en el hogar doméstico de aquella feliz y honrada familia. Pero aquel dia llegaron mas tarde: ya el padre y su hijo mayor, que eran albañiles, salian para ir á su trabajo. — Alonsillo que no solo conocia la *a*, sino á su vecina la *b*, salia para la escuela con un tremebundo trompo. — La niña mayor llevaba de la mano á Aniquilla, que iba á la amiga tan solo para aprender á estarse quieta, y que iba haciendo pucheros; y María salia á una diligencia llevando á remolque colgado de sus enaguas á Pacorro, que bien ó mal, andaba ya. Santiago quedó solo con su mujer, que tenia en sus brazos un niño recien nacido.

— ¡Míralo como se rie! dijo Misita á su marido, tocando con el dedo la barba del niño, y armando esa algarabía con que las madres tienen el arte de hacer reir á los niños, como en sus sueños lo hacen los ángeles.

— No parece sino que tiene seis meses! dijo el padre mirando al niño. Quédate con Dios, Mercedes.

— ¿Ya te vas?

— ¿Y qué he de hacer?

— Volver pronto.

— El cuidado será mio.

— ¡Pues á Dios!

— ¡Á Dios!

Santiago que era albañil tambien, cogió su sombrero volviendo la cara para mirar á su mujer y al niño, y se apresuró á reunirse á su suegro.

Mercedes se puso á acariciar á su hijo con demostraciones apasionadas. — Dios te bendiga, hijo de mis entrañas, decia, gloria de tu madre, ángel de Dios, lucero de la mañana!

¡No te cambio por el príncipe de Asturias, ni me cambio yo por la reina de España!

— ¡Perdisteis la apuesta! dijo alegremente la marquesa dando palmadas. Mercedes, el señor apostó conmigo á que en el mundo no habia felicidad cumplida ni duradera; me habeis hecho ganar mi apuesta, y os doy gracias.

— No tuvo el señor presente, respondió la feliz Mercedes, cuyo corazon rebosaba de contento y de gratitud, que hay familias tan afortunadas que tienen en el mundo un ángel que se encarga de hacerlas felices.

— Verdad es que no lo tuve presente, contestó el conde, y este olvido punible en quien conoce á tales ángeles, justo es que lo pague con la pérdida de mi apuesta. — Pero en honor de la verdad, convenid, marquesa, en que este es un caso excepcional, y en que sois vos el destino de esta familia.

— No digais eso, no digais eso, exclamó la marquesa — poniendo su abanico de nácar sobre los labios de su anciano amigo; — que me asustais: no soy sino un débil instrumento de que se sirve la providencia para sus altos y adorables fines. ¿Qué pueden los débiles esfuerzos humanos contra el órden de cosas que rige por disposicion superior al mundo?

Iban á salir, cuando se oyó un rumor que se acercaba y crecia, y fueron detenidos en la puerta por el gentío que en ella se aglomeraba; entraron dos hombres llevando una escalera de mano, y sobre ella, rotos los huesos, la cabeza destrozada, el sangriento cadáver de Santiago. — El infeliz habia caído de una altura de cien piés!

El sentido que esta relacion contiene, las consecuencias que de ella dimanan, no las pregunteis; narramos, y no comentamos el hecho. Solo diremos con el presbítero Gerbert, que la vida es un misterio triste, cuyo secreto no alcanza á explicar sino la fe, que nos enseña que:

COSA CUMPLIDA...
¡SOLO EN LA OTRA VIDA!

DIÁLOGO SEGUNDO.

EL MARINERO.

Pour moi, quand le destin m'offrirait à mon choix
Le sceptre du génie ou le trône des rois,
La gloire, la beauté, les trésors, la sagesse,
Et joindrait à ces dons, l'éternelle jeunesse;
J'en jure par la mort, dans un monde pareil,
Non, je ne voudrais pas rajeunir d'un soleil!
Je ne veux pas d'un monde où tout change, où tout passe;
Où jusqu'au souvenir, tout s'use et tout s'efface;
Où tout est fugitif, périssable, incertain,
Où le jour du bonheur n'a pas de lendemain.

«Aun cuando el destino me brindase el cetro del genio ó el trono Real, la gloria, la hermosura, el saber, la riqueza, y á estos dones uniese la eterna juventud, júrolo por la muerte, en vida semejante no quisiera rejuvenecer un solo dia! No apetezco un mundo en que todo cambia, en que todo pasa, en que todo se borra, todo se gasta... hasta el recuerdo!.. en que todo es fugitivo, perecedero é incierto; en que el dia feliz es víspera del desgraciado!»

LAMARTINE.

— No estais alegre como otras noches, dijo el conde de Viana á la marquesa de Alora al hallarla sentada tristemente á su chimenea, apoyada la mejilla en la mano.

— Cierto es, respondió la marquesa, que esta noche se me podria ahogar con un cabello.

— Ya veo que en vuestro ánimo, siempre despejado como el cielo andaluz, hay nubes esta noche. Vamos á ver: ¿qué tiene Vd.? cuénteme Vd. lo que inclina esa frente siempre levantada, pues la vida no le ha puesto todavía una arruga, ni mas peso que una corona de flores.

— Pues ahora están marchitas. Estoy mustia; habráme puesto así el dia de hoy con su viento que gime y sus nubes que lloran. Así como en la naturaleza se interponen á veces las nubes entre la tierra y el firmamento, cubriendo á la primera de sombras, así se interponen tambien sentimientos é ideas, sombrías y angustiosas, entre el cielo y el alma.

— Otras veces he oído á Vd. celebrar un temporal como

un bello espectáculo: deciais que habia vida y movimiento en una tempestad; que es esta un beneficio para la naturaleza, como lo es para la organizacion humana un baño oriental con sus fuertes fricciones, porque al mismo tiempo que da frescura á la sangre, da elasticidad á los miembros y vigor á la circulacion. Sacabais con placer citas de los *Estudios de la naturaleza* de Bernardino de Saint-Pierre, que tambien demuestra el beneficio de los temporales.

— No lo niego; pero¿ quién es el necio que sostiene que todos los dias pensará lo mismo, ni el hombre autómata que se jacta de sentir siempre de un mismo modo? ¿Nada influirá la experiencia en lo que piense? ¿nada los sucesos en lo que sienta? Ademas, dias hay en que las nubes no tienen formas, fisonomía ni movimiento; y en que se apiñan como un enjambre compacto, que pasa sin que se note su marcha. Parecen las nubes entónces no aves airosas y ligeras, ni velos diáfanos, ni vaporosas hijas del aire, ni transparentes tejidos de agua y sol, sino una uniforme masa de plomo que amenaza desplomarse sobre nuestras cabezas. Habla Dumas de la *imponente majestad de las cosas inmóviles*, y se olvidó de añadir que esa majestad es la de la muerte.

— ¿Con que la misma causa que alegró ayer vuestro ánimo lo entristece hoy?

— Y aunque eso fuese... ¿qué remedio?

— Sujetar las impresiones, lo que es preciso, si no han de hacerse nuestros verdugos.

— Y ¿de qué medio valerse?

— De la voluntad.

— ¡Poca es su fuerza contra ellas!

— No tal: la voluntad es el todo. Es á un tiempo motor y timon; impulsa y rige.

— ¡Con que á veces nos basta dirigir la accion!... y ¡piensa Vd. que alcance á guiar el pensamiento!

— Es un dique.

— Un dique sujeta las corrientes; pero no las impide afluir.

— Es un freno.

— Se enfrena una fiera; pero no se enfrena una nube!

— No es exacta esta comparacion, amiga.

— Todas las comparaciones pueden ser atacadas y controvertidas.

— No, cuando son exactas. Una hay que hago con frecuencia, que nadie ataca ni contradice.

— Y ¿cuál es esa comparacion privilegiada?

— La que suelo hacer de Vd. con un ángel.

— Gracias, mi querido y buen amigo. Estoy léjos de rechazar los cumplidos, no por merecerlos, sino porque á fuer de mujer, los creo un incienso suave, elegante y fino para perfumar la culta esfera en que ella preside. El áspero, amargo y hostil espíritu de la época los va desterrando del trato y condenándolos al ridículo, porque no existen ya la benevolencia, el agrado, la cordialidad que los inspiraban, ni la galantería y urbanidad que los hacian brotar de los labios. Llámanse hoy dia *lisonjas:* claro es que lo son, porque ninguno es ya sincero! Ahora son solo ecos frios y débiles de lo que en otros tiempos eran voces del corazon!

— ¡Por supuesto, por supuesto! exclamó el conde. Y ese que es Vd. demasiado jóven para graduar, como yo lo hago, el cambio que la invasion de las malditas ideas políticas y los trastornos que de ellas dimanan han introducido en el trato, que es á tal punto, que los jóvenes del dia creen con un candor y una buena fe admirables, la reverencia inseparable atributo de las pelucas empolvadas; así como á la galantería caballeresca, un accesorio de las capas y espadas. El giro que esto ha dado á la sociedad es ya un *hecho consumado* (frase moderna), rige y reina, á punto de que muchos, aun pensando como yo, obran bajo su influencia.

— Severo está Vd., conde.

— No, no soy sino justo. Se ven, sí, gentes *obsequiosas;* pero gentes *atentas* no se hallan ya. Los obsequios son las resplandecientes llamaradas de un fuego de sarmientos; la atencion es la grave y perenne luz de la lámpara que arde en perpetua señal de culto y de respeto. El respeto, que es el primer deber que tenemos los unos hácia los otros, tiene por atributo esa sostenida atencion, casi desconocida hoy; atencion que es obligatoria muy particularmente en el superior hácia el inferior. Si este falta á la debida atencion en sus relaciones con una persona que le sea superior en edad, saber, posicion ó categoría, pasará por grosero y mal educado á los ojos de las personas sensatas. Pero si por el contrario, el superior falta al inferior, pasará por desdeñoso, y esto es

peor; porque el desden es un vicio del corazon. Una desatencion en un inferior á un superior, *ofende;* una desatencion en un superior á un inferior, *hiere.*

— Abundo en vuestras ideas, conde, repuso la marquesa, que son tradicionales en mi familia, y pienso que para hacer á la sociedad culta, digna y amena, deberia cada cual tratar al superior, con deferencia; al inferior, con deferencia y cariño; con franqueza solo á sus amigos; con familiaridad á nadie.

— Dejadme añadir, dijo el conde, que á las damas se las deberia tratar con tan respetuosa galantería, con obsequiosidad tan sostenida y sumisa, con culto tan apasionado, como es natural que nos lo infunda la reunion de los sentimientos debidos al ser benéfico que es en la infancia nuestra madre, en la juventud nuestro ídolo, en la edad madura nuestro cirineo, en la vejez nuestro ángel custodio; ser que mira nuestras mas graves faltas como culpas veniales, y que consagra toda su existencia á tres profundos amores de que somos nosotros el objeto. Pero ¡cuánto nos hemos apartado del punto de partida de nuestra conversacion! Yo quiero saber lo que preocupa á Vd.: algo es, pues no se escapa ningun sentimiento de vuestro trasparente corazon á los ojos de padre con que observo á Vd. aun mas que la miro, aunque ambas cosas son igualmente gratas, porque es tan bella vuestra alma, como lo es vuestro rostro. No mire Vd. tan abstraida y con tanta fijeza la llama, su móvil brillo acorta la vista.

— Cuando la tenga gastada me serviré de gafas, contestó la marquesa. ¡Así tuviesen todas las cosas remedio, como lo tiene la debilidad de ese órgano!

— Voy cogiendo el hilo de lo que saber deseo. Algo triste, *que no tiene remedio*, agobia y desalienta á usted. Si lo tuviese, ya lo estaria Vd. buscando, ó coordinando los medios de alcanzarlo; no estaria Vd. decaida, sino excitada.

— Ha acertado Vd., conde. Ese terrible *¡no hay remedio!* que he oído hoy de boca de un facultativo, es lo que me oprime el corazon como una losa sepulcral; Mercedes está loca, y para su locura *no hay remedio!* y esto es lo que me desconsuela. Lo mas triste para mí — sea cual fuere lo que lo origina, sea escrúpulo, delicadeza, ó agüero, — es que un sentimiento de amarga reconvencion susurra en mi conciencia, como si me echase en cara el haber destruido la felicidad de

esa buena familia queriéndola ostentar. Como en la fábula de Psíquis, una gota de la indiscreta tea que alumbró la oscuridad en que se complacia el dios, desvaneció el encanto.

— El agüero, así como la comparacion, son paganos, observó el conde. Dios nada hace oculto: la verdad y la claridad son del cielo; la mentira y las tinieblas son terrenas. El gozarse y contribuir á la felicidad de otros, que es lo que hizo Vd., es cosa tan bella, que ha sido el móvil que ha tenido Dios para criar al hombre. No se aflija Vd. pues, añadió el conde al ver caer por las mejillas de su amiga lágrimas mas bellas que los brillantes, porque eran santas lágrimas de compasion. — Hoy me toca á mí ver las cosas en mejor luz que mi reina de la sonrisa. Vamos á ver: ¿acaso cree Vd. que padezcan mucho los locos? ¿No podrá ser que Dios envíe la locura á un insoportable infortunio como una gran distraccion?

— ¡Oh! no, no, ¡raro es el loco que olvida la causa de su locura! Lo que sí pierde es el consuelo, que es obra del tiempo y que él nos impone á pesar de nuestra voluntad; la que respeta al dolor y quisiera conservarlo íntegro como un holocausto! Y aquí tiene usted, amigo mio, otra nueva impotencia de la voluntad, que se estrella contra la inercia como contra la vehemencia del sentir. Pierde la locura el consuelo de la reflexion que calma, y el de la simpatía ajena que suaviza el dolor. ¡Ah! ¡la locura es una pesadilla de la que no se despierta!

— Eso podrá ser cuando la locura es triste.

— Casi todas lo son, pues casi todas son originadas por una desgracia.

— Pero que á veces dejaron de sentir aquellos á quienes aconteció: borróseles al perder la memoria, que es la potencia que archiva. Así es que vereis muchos locos alegres; uno se cree preste Juan, otro rey; este, poeta; aquel, inventor; tal otro, hombre eminente sin contradiccion ni desengaño.

— De estas últimas clases hay muchos *ídem ídem* por el mundo que pasan por cuerdos, dijo con una media sonrisa la marquesa. Pero la mayor parte son misántropos, sufren, y lloran, y se enfurecen. ¡Nunca olvidaré el dia que me llevaron á ver la casa de locos! raro entretenimiento por cierto, que mas que esto puede llamarse profanacion. — ¡Qué

escandaloso abuso el otorgar tales chocantes exhibiciones! ¡Hacer un espectáculo bufon de la mayor de las miserias humanas! Subleva el corazon el que sea objeto de mofa y de risa un ente nuestro hermano, en el que una voluntad superior apagó la luz de la inteligencia, para probar al filósofo que ensalza al hombre, nuestra miseria; puesto que la falta de uno de sus dones lo rebaja mas allá del bruto. Es esto perder todo respeto á la desgracia; todo el decoro debido á la humanidad. Las plumas y las galas haraposas de las locas me parecian mas fúnebres que lo son las austeras mortajas. La locura es mas triste que la muerte, para la muerte de los que amamos hay la fe que espera la bienaventuranza, y el sufragio que la anticipa.

— Los sufragios son, dijo el conde, la gran prerogativa de nuestra santa fe católica. Hay en el alma del hombre dos grandes necesidades: la una es la de adorar á un Dios: esta la vemos demostrada en que los desgraciados que no conocen al Dios verdadero, generaciones perdidas por la apostasía de sus progenitores, se fabrican ídolos. La segunda necesidad es el rogar por las almas de los muertos, patentizada por los sufragios, preces ó sacrificios hechos por los infieles en favor de toda persona de su cariño ó de su veneracion, que muere.

— Ahora bien: sin creer en nuestro purgatorio católico, ¿á qué esos cultos, esas preces, esas oraciones al Eterno? ¿No es una anomalía, un contrasentido en los que afirman enfáticamente que sufre bastante el hombre en la tierra, y que la muerte es un descanso lo mismo para el bueno que para el malo, lo mismo para Neron que para San Vicente de Paul, para Mesalina que para Santa Cecilia? Hay protestantes religiosos que piensan que, segun sus obras, unos serán condenados y otros salvados, sin creer en un estado transitorio. Pero entónces, ¿á qué esas preces? ¿á qué arrodillarse en los sepulcros? Si el condenado puede ser redimido, hay purgatorio de hecho. Si lo negais, ¿qué significan esos aparatos? ¿Es acaso adoracion ó culto personal á los huesos corrompidos ya? ¿Es ostentacion de recuerdo? Ambas cosas serian tan poco graves, como poco religiosas. En los sufragios se pide á Dios la remision del pecador que expiando está. Sin esto, toda demostracion funeraria religiosa es un

simulacro, puesto que sin favor no hay empeño; y este favor que se pide es la gracia del pecador. Ahora bien; sin castigo no hay perdon; sin condena no hay indulto; sin destierro no hay amnistía. Sé que choca á los hombres sin fe, de ideas mezquinas y desalabanzados sentimientos, la palabra *purgatorio*, por dos razones. La primera es porque les parece una voz *vulgar*, y que está en la boca del pueblo y de los frailes de misa y olla. — ¡Dios mio! ¿no lo están igualmente la GLORIA, la de MISERICORDIA, la de DIOS y todas las que expresan cosas sagradas? ¿Quereis, señores, que se haga un vocabulario de las cosas santas para el pueblo, y otro para vuestros remilgados labios? La otra razon es la grotesca forma que algunos sencillos pintores de brocha gorda dieron á sus retablos de ánimas. — ¡Qué tal será la sensatez del entendimiento, qué tal la elevacion del alma, qué tal la gravedad de la reflexion, y qué tal el peso del juicio de los hombres, en cuya creencia pueda esto influir! ¡Grima me da hablar de esto, marquesa! Volvamos á su imprudente visita á la casa de locos.

— Lo que mas impresion me causó, prosiguió la marquesa cuando el conde terminó su digresion, fué el ver en uno de los calabozos á un jóven de tan tranquilo y triste continente, que no pude ménos de preguntar á uno de los loqueros porqué tenia á aquel pobre jóven tan severamente guardado y encadenado á su tarima; me contestó que cuando le acometia el frenesí, nadie podia sujetarlo; queria entónces arrojarse desatentado hácia un lugar que buscaba sin descanso miéntras clamaba con honda y lúgubre voz: ¡Rafael! ¡Rafael! ¡Este nombre era la única voz que exhalaba su ahogado pecho, voz con que parecia asombrarse á sí mismo! y lo estraño es que Rafael era su propio nombre. Tenia esa palidez lívida aneja á su mal, que es tal, que haria pensar que el corazon no calienta ya la sangre que por él pasa; no ardian desencajados sus oscuros ojos; sino que parecian las negras brasas de un fuego que ha dejado de arder.

Doloroso era el ver el estrago que habia hecho el sufrimiento en aquella juvenil y bella naturaleza! Era de clase humilde, que es en la que mas frecuentemente se halla y mas se caracteriza el bello tipo español. No puedo expresar la compasion que me inspiraba aquella criatura en la flor de

su edad; aquel jóven tan triste y tan manso, encadenado como un facineroso, separado de la sociedad como un pestilente! Me llamaron, y me alejé con las personas que me habian acompañado. Pero poco despues hubo de darle al infeliz su paroxismo, porque en la direccion de su calabozo llegó á mis oídos una voz plañidera que repetia á intervalos lúgubremente: ¡Rafael! ¡Rafael!

La impresion que me produjo esta imprudente visita á la casa de locos, duró mucho tiempo; y me inspiró un profundo terror hácia ese terrible padecer moral, hácia ese tremendo estado en que el individuo parece muerto, y sobrevivirle la materia con girones de ideas, extravío de sensaciones, y con un solo recuerdo permanente, como un fantasma en la noche. Rogaba á Dios acelerase el influjo del tiempo, para que como en los árboles repone con hojas verdes y lozanas las que heló el cierzo ó marchitó el estío, reemplazase en mi ánimo aquella impresion amarga como una hoja de ajenjo, con otra suave como una hoja de malva. Pero la voz *¡Rafael!* sonaba siempre en mis oídos como preñada de un fatal misterio, como empapada en lágrimas, como la expresion de una terrible congoja.

— ¿Y no ha averiguado Vd. la causa de la locura de ese hombre? preguntó el conde.

— No; y me alegro. Ya que sin saberla me afectó esa locura tan tétrica, ¡cuál no hubiera sido el efecto que me habria causado si hubiese averiguado su causa!

— Hubiese sido ménos, opinó el conde, como es ménos el de las cosas positivas que el de las indeterminadas; el de las palpables que el de las vagas; el de lo sabido que el de lo oculto, que es negro como la noche, y espanta por la misma causa. Lo efectivo pára, pero lo misterioso echa á volar la fantasía, y ya sabe Vd. que su vuelo, sobre todo en la esfera del horror, es inmensurable. Una casualidad hace que se pueda referir á Vd. el suceso que fué el orígen de la locura de ese mismo Rafael, que en adelante le aparecerá como un desgraciado digno de profunda lástima, pero no ya como un misterioso tipo de horror.

— Me va Vd. á dar un mal rato, exclamó la marquesa.

— Puede ser. Pero le evitaré á Vd. con algunas lágrimas de compasion que tan bien sientan á sus dulces ojos, los muchos estremecimientos de pavor que le causa el recuerdo

de este infeliz. Háganse manuables los infortunios, para que paguemos en socorros ó en lágrimas el obligatorio tributo á las desgracias ajenas, y no los envolvamos en los negros velos del misterio en los que nos espantan, alejan y se hacen inaccesibles.

Sabe Vd. que el año pasado estuve una temporada en Sanlúcar de Barrameda, para restablecer mi salud á beneficio de aquellas aguas tan dulces y tan delgadas. Frente de la casa en que me alojé, vivia una anciana á quien mi patrona conocia y graduaba por la mujer mas feliz del mundo; y en realidad lo era. Tenia dos hijos, ó mejor diré dos amantes, pues jamas conocí modelos mas cumplidos de amor de hijos. Ninguno queria casarse miéntras viviese su madre, y cuando los embromaban con novias, respondian alegres que *estaban casados, y con la misma mujer, sin tener celos.* Eran pescadores y cuanto ganaban se lo daban á su madre, asegurándole siempre, que se les hacia el trabajo muy dulce, con el fin de que á ella nada le faltase en su ancianidad. Puede Vd. graduar la intensidad del cariño de esta buena mujer á sus hijos, si unís en el corazon de una mujer, el mas entrañable amor de madre, á la mas tierna gratitud.

— ¡Cuánto padeceria la pobre cuando se embarcaban sus hijos! observó la marquesa, á quien Dios habia dado en compensacion de sus felicidades una exagerada aptitud á la compasion.

— Teneis, repuso el conde sonriendo, el corazon *en carne viva*; perdonadme lo vulgar de la imágen en favor de su exactitud; he dicho á Vd. ya várias veces, que suele sentir los males ajenos mas de lo que los sienten los mismos interesados, y con eso se hace Vd. mal sin hacerles bien. La costumbre familiariza con todo, hasta con los peligros: así era que aquella madre no se apuraba por ver á sus hijos pasar casi toda su vida entre los vientos y las olas que lès eran familiares.

— ¡Conde! ¡Conde! he visto la mar! ¡sí! ¡he visto ese indomable atleta, ese enemigo encarnizado de la tierra, que la azota sin cesar, con los mismos brios y la misma violencia, al que la marea agita, y el viento embravece! ¡que rencorosa de lejanas luchas, trae á veces sus bramantes y espumosas olas contra las tranquilas playas, sin que la aplaquen ni el sonreir del cielo, ni la suavidad de las auras, ni las flores de la tierra! Sí, sí, amigo mio; ¡he visto con terror aquel elemento inmenso, y á

os pobres pescadores surcarlo sobre sus frágiles faluchos; pues frágil es cuanta embarcacion construya el hombre, en comparacion de ese móvil abismo; frágiles serian aun las islas, que son reinos, si flotantes anduviesen y no les hubiese dado el Criador de cielos y tierra, un punto de apoyo que desafía las iras y el poder de esa fiera tan inflexible en su fuerza, tan constante en sus intentos, tan loca y descompuesta en sus caprichos, tan profunda é inexorable en sus furias! Pagarse deberia á peso de oro, cada pez que cubre la mesa del hombre, pues vale la exposicion de la vida de esos intrépidos marineros, á quienes no atemorizan peligros, á quienes no desalientan trabajos, á quienes no rinden fatigas. ¿Y quiere Vd. que no compadezca á la madre de los que luchan con la mar?

— Tenga Vd. presente, marquesa, que en su falucho duermen como niños en sus cunas y que en ellos cantan como pájaros en sus jaulas. En los pueblos, que son nidos de aquellos alciones, no acongojan los vendavales, ni presentan vivos á los ánimos, como Vd. lo ve, los riesgos que puedan correr los que aman. Corren tantos..... de tantos escapan, que se hace costumbre el saber que están expuestos, y la costumbre en el hombre es tal, que deslavaza hasta la exuberante y agitada sensacion del temor, como una constante corriente de agua allana el escabroso terreno por donde de continuo pasa. Suelen volver de la pesca *las gentes de la mar*, á la caída de la tarde; van en seguida á sus casas, en las que descansan hasta la hora que la marea señala para volver á embarcarse y estar en alta mar al rayar el dia, que es cuando echan la red. Así pues, unas veces á las doce, ó la una, ó las dos, siempre en las altas horas de la noche, despiertan á los dormidos pescadores; sucede esto, ó bien tocando un gran caracol marino, ó bien llamándolos á gran distancia por sus nombres.

— Recuerdo esto vivamente, dijo la marquesa; el sonido de ese caracol es uno de los mas tristes y lúgubres que he oído en mi vida: nada expresa mejor la alarma, ni despierta mas clara la idea del desamparo. Tambien tengo presentes aquellas llamadas, aquellos nombres lenta y fuertemente lanzados en la noche, cuya última sílaba sostenida hasta que espira el aliento en el pecho que los lanza, y que hace vibrar el viento en sus ondulaciones, son tanto mas melancólicos, é

infunden una impresion tanto mas desasosegada y triste, cuanto que á ellos se agrega la idea de que los llamados van á exponer sus vidas. ¡Qué de veces me despertó aquel triste y lejano grito que se hermanaba tan bien con los gemidos del viento que lo traia! ¡Cómo crecia y se iba desvaneciendo aquella voz por el espacio!

— No puedo, ni quiero negar, amiga mia, prosiguió el conde, que parte de lo que Vd. siente tan vivamente lo he sentido yo tambien. Aunque los años, que son cada uno un calmante, me han traido al bienaventurado estado de madurez que nos hace semejantes á una planta que ha secado el tiempo, concentrando su esencia y debilitando su perfume, alguna vez la imaginacion, esa facultad creadora que nunca descansa, — pues aun estando las demas facultades inertes cuando duerme el hombre, ella crea sueños, y al despertar aun reina absoluta, — en este estado duerme-vela, cuando oia la voz que llamaba á *Rafael* — que este nombre tenia el hijo mayor de mi vecina — la activa imaginacion me presentaba á esa voz, ya como un llamamiento, ya como una amonestacion, ya como una amenaza. ¿Era aquella voz la de un hombre? ¿la de la mar? ¿ó la de su destino? Pero los dos hermanos, jóvenes y animosos, no oian en ella sino la del deber, y poniéndose en pié de un salto, se calaban el gorro de marinero, acudian al falucho, y poniendo la proa á la mar, como el valiente que muestra la cara al enemigo, se lanzaban denodados á los azares, los unos contando, los otros durmiendo.

Una noche salieron las parejas — que así se llama á las embarcaciones de la pesca, porque van apareadas de dos en dos, — á pesar de esta negra, triste y lóbrega, el cielo se habia cubierto la faz y escondido sus estrellas; la mar henchia sus olas como un pecho que se alza bajo la emocion de una ira que busca desahogo: solo un viento faltaba en aquel estado amenazador de la naturaleza, como suele faltar la palabra en un paroxismo de furor.

Pero cuando estuvieron las parejas en alta mar, saltó de repente con la violencia del huracan. El barco en que iban los dos hermanos, habia sido sorprendido por aquella terrible bocanada de viento; los marineros se apresuraron á echar mano á la maniobra que aquellas circunstancias exigian.

— Miguel, coge los rizos á esta vela, miéntras yo arrío

el foque, — dijo Rafael á su hermano, que se puso en seguida á ejecutar lo mandado, miéntras Rafael con los vigorosos, ágiles y seguros saltos, propios de los marineros, se dirigia hácia la proa del barco. — Una nueva y tremenda ráfaga de viento dobló en aquel instante el mastelero, tronchándole, uniéndose al estrépito que causó su caída, el zumbido del huracan, el bramido que lanzan las olas al reventar, el silbido de las jarcias, el crujido de las maderas y los zapatazos de la vela que se desprendia de su amarra. Un momento de calma siguió á este desencadenamiento del temporal; uno de silencio á aquel estruendo!...

— ¡Rafael! gritó una voz que salió de entre las olas.

— ¡María Santísima! ¡un hombre al agua! fué el unánime, sordo y consternado grito de la tripulacion.

— ¡Rafael! sonó la voz mas lejana y mas angustiosa.

— ¡Mi hermano es! gritó Rafael. ¡Socorro! ¡socorro! ¡Tirad cabos! que es buen nadador. — Patron, allá la proa, por aquí, por aquí!

— ¡Rafael! volvió á sonar la voz entre los mugidos del viento que volvia á arreciar.

— Virad, virad, patron, que la voz suena á la izquierda! — ¡aquí los cabos!... echad tablas, echad los remos... por todos lados — al acaso! pues tan oscuro está que los dedos de la mano no se ven.

— ¡Rafael!

— ¡Patron á la derecha, que esa ola se le lleva! ¡Á él! ¡á él, compañeros, que se ahoga! que se ahoga!

— ¡Rafael! sonó mas léjos y mas débil la plañidera voz.

— ¡Atras! patron, atras! que lo hemos adelantado, pues el viento nos lleva en sus alas: — virad! ¡Por todos los santos del cielo, virad!

Tres cuartos de hora duró esta aterradora escena, en la que la oscuridad, la violencia de la tempestad, y el empuje irresistible de las olas, hicieron imposible salvar al buen nadador, que todo este tiempo batalló contra la muerte. Durante tres cuartos de hora llegó clara y distinta al oído de Rafael, la voz de su hermano que de él imploraba su salvacion. Tres cuartos de hora duró aquella tremenda lucha entre los elementos embravecidos y los esfuerzos de los hombres, á quienes hacia heroicos la caridad! Tres cuartos de

hora agonizaron el un hermano entre el desamparo y el socorro; entre la muerte y la vida, y el otro... entre la esperanza y la desesperacion!

Pasado este término, la voz habia dejado de oirse; la mar tragaba su presa sin dejar de bramar, cual si pidiese otra; el viento gemia, como gime cuando viene del mar recogiendo los clamores de agonía de los náufragos. Rafael habia caído como una masa inerte sobre las tablas de la cubierta; los demas, con aquel espontáneo é innato respeto que en el momento supremo de la muerte impele al alma en pos de aquella que se desprende de la vida, descubrian sus cabezas y rezaban el Credo.

Al dia siguiente, aquella anciana, tan feliz la víspera, habia perdido á uno de sus hijos ahogado, y tenia al otro loco en su casa.

— ¿Con qué ese infeliz es mi loco? exclamó profundamente conmovida la marquesa.

— Sí, señora; ese es el que siempre oye la voz de su hermano, y quiere precipitarse en su auxilio.

— ¿Y la madre? tornó á preguntar con trémula voz la marquesa.

— ¡Vive!

— ¿Vive?... ¡infeliz!... dígame Vd., conde, ¿podrá aliviarse su miserable existencia? ¿Podria yo hacer algo que á esto contribuyese?

— Nada, marquesa. Una sola cosa le era necesaria.

— ¿Cuál, conde, cuál? Decid.

— No puede Vd. dársela, señora, pero Dios se la dió, que es el que dársela podia.

— ¿Y cuál es?

— La resignacion cristiana, señora: solo á ella debe el no estar muerta como el uno de sus hijos ó loca como el otro.

— ¡Jesus! exclamó la marquesa: esa mujer es una heroína... digo mal, es una santa. ¿Cómo ha merecido tan inaudito infortunio, miéntras otros?... Pero ¿cómo comprender las cosas de la tierra sin creer en las del cielo? ¿cómo explicar el confuso enigma, el terrible logogrifo que se mueve á nuestros piés en el polvo, sin apartar la vista de la tierra y alzarla al cielo?

— En donde, añadió el conde, para el que sabe leer su lenguaje, han escrito la solucion del enigma las estrellas en letras de luz, y es:

COSA CUMPLIDA...
SOLO EN LA OTRA VIDA.

DIÁLOGO TERCERO.

EL SOCHANTRE DE LUGAR.

Cuanto he dicho no es *consejo*; es *empeño* en hacerle á Vd. volver á sus niños, á sus flores, á sus altares y á sus *lágrimas* puras.

(Carta escrita al Autor.)

No es un idilio, no es una bucólica, no ostenta versos ni términos refinados; es una sencilla pintura en lisa prosa.

El Autor.

Era la hora que tan bien define la poética denominacion de *la caída de la tarde*. Efectivamente, caia una de estas hermosas hijas del mes de julio, para no volverse á levantar. El crepúsculo empezaba á encender una á una las luces que forman el brillante alumbrado del cielo; los piadosos lagartos bajaban tímidamente por las paredes á besar la tierra; del sol no quedaba sino un recuerdo de color de rosa entre los celajes. Las flores, dueñas pródigas del tesoro de un dia, lo echaban al viento en loca profusion, y desde la cumbre de un majestuoso laurel perpetuamente verde como la gloria que simboliza, repetia el mochuelo su triste ay! que no confía al alegre dia.

En el ángulo de un ante-jardin enlosado á la moruna, alternativamente con rojos ladrillos y abigarrados azulejos, delante de un saltadero que desde el suelo se alzaba brillante, pero que al perder su ímpetu doblaba su débil cabeza, y recaia rendido y deshecho, colgaba una hamaca de blanco algodon, en la que estaba medio recostada la marquesa de Alora. Cubríala un ligero vestido de tafetan gris, cayendo como un ancho velo hasta el suelo, en el que apoyaba la

marquesa la punta de su fino pié para mantener con un ligero impulso el suave balanceo de la hamaca.

— Parece Vd. una sílfide de nuestras floridas Antillas, le dijo el conde de Viana, que sentado cerca de un naranjo bebia lentamente un vaso de agua en que mojaba un *panal* de limon.*)

— Para que sea exacto vuestro símil, me falta el cigarro, contestó riendo la marquesa.

— ¿Quiere Vd. que se lo ofrezca?

— Sí, respondió la alegre señora, sobre mi mesa de labor hallareis los que gasto.

El conde entró en la salita en donde recibia de diario la marquesa, y volvió con una barrita de alfeñique que le presentó. La marquesa la tomó y poniéndola entre las sartas de perlas — blancas como aquel confite — que adornaban su boca, — soy golosa, dijo, tengo todos los defectos de los niños.

— Y sus gracias y buenas cualidades tambien, repuso el conde.

— Y Vd. la mala de mimarme como á ellos.

— No lo niego, dijo el conde. Sabe Vd. que mi máxima es que todos los niños deben ser mimados. Creo dañosísimas esas educaciones anticipadas que hacen de los niños caricaturas en su moral, como las levitas y los corsés lo hacen en lo físico. Cuando un niño me dice: *beso á Vd. la mano ¿cómo está Vd.?* me hace al oído el efecto de un loro y á los ojos el de un enano. Miéntras son niños, solo una cosa hay que conservarles, la inocencia; solo una que enseñarles: el rezar.

— ¡Qué horror, conde! Proclamo á Vd. el mas espantoso retrógrado; esa es educacion de convento!

— Nada de duro, nada de hostil para esas tiernas naturalezas! prosiguió el conde, que contrariándolas, solo se consigue agriar. Nada que pueda prolongar en sus ánimos la irritacion; que así sube al grado de cólera. Nada de poner en lucha abierta la voluntad de un niño con la de su superior; porque el niño no conoce aun su inferioridad, y solo ve en los mayores el despotismo. No pretendo por esto que se les deba ceder, lo que es otro mal; pues de esta suerte se engríen en el mal principio de la imposible libertad individual y se

*) Un azucarillo ó esponjado.

hacen voluntariosos. Así, para imposibilitar sus caprichos, y para quebrarles la voluntad sin acudir á la persuasion ni valerse de la razon, que aun no tienen ni conocen, se debe únicamente acudir á la distraccion, que es tan fácil de promover en las criaturas. Este es el medio que se debe adoptar para apartarlos de todo asomo de malas pasiones, lográndose así que su nociva impresion pase sin dejar huellas como una sombra. ¡Qué buenos resultados se notarian si se siguiese este sistema!

— Soy de la misma opinion, dijo la marquesa; la ciencia del bien y del mal, cuanto mas tarde se aprenda, es mejor. Hágase á los niños dulce y fácil la buena senda, para que no la abandonen.

En este momento cayó al suelo una carta de dos que tenia la marquesa en su falda. El conde la recogió, y dijo:

— Esta es una de las muchas misivas que recibe usted; pide limosna por todos sus poros.

— Se equivoca Vd., conde, repuso la marquesa; esta carta no pide nada. Aunque escrita por persona humilde, en papel basto, en tosca letra, es á pesar de eso una carta tan sentida, expresa tan bellos y tan altos pensamientos, que podria servir de modelo en circunstancias análogas á muchas escritas en papel de dorado canto, con fina letra, con sello de armas ó divisa.

— ¿Y de dónde viene dirigida esa carta-modelo? ¿qué Madame de Sévigné la ha escrito? preguntó el conde.

— No la ha escrito ninguna marquesa encumbrada: ni viene fechada de ninguna corte. La ha escrito una pobre mujer de un sochantre, y viene del oscuro lugar de Valdepaz.

— Si esa epístola es de aquella Arcadia, ya no extraño que la llene á Vd. de entusiasmo; pues ya sé de atras que ha hecho Vd. de aquel villorro tan feo su Eden. ¡Hacer su Eden de aquel rincon!

— Lo feo y lo hermoso, amigo mio, son cosas convencionales. Los rincones feos están para mí en nuestras pestíferas ciudades, pero en el campo de Dios no hallo rincon feo; ninguno que no alegre la hermosa y resplandeciente bóveda que lo cobija, que no engalanen las plantas que lo cubren, que no animen miles de animales y de insectos, todos llenos de vida, todos curiosos á la observacion. Así esta

carta, si bien no es de una Arcadia, ni de un Eden, es de un alegre, tranquilo y pacífico lugar.

— ¿Me permite Vd. que la lea?

— Prefiero que no lo exija Vd.

— Y por qué?

— Porque mirada como *misiva de Arcadia* no llenaria á Vd.; puesto que no es un idilio, no es una bucólica, no ostenta versos ni términos refinados. Es una humilde y cristiana carta en prosa vulgar.

— Pues ya se ve que así lo entiendo, marquesa; cuanto decia era en tono de chanza.

— ¡Ah conde! exclamó la marquesa. No sabeis bien cuál es la impresion que dejan en el ánimo expansivo la sonrisa sarcástica, la expresion de ironía, que cae sobre un desahogo de nuestro corazon, como una escarcha sobre una flor! El sarcasmo y la ironía son armas cuyo uso es tan fácil, que no parece sino que miéntras mas basta y torpe es la mano, mejor las maneja. Ellos son los que quitan todo su encanto á las cosas mas elevadas y mas delicadas, pasando sobre ellas como un viento pernicioso y helado sobre los renuevos de las hojas á las cuales matan en su gérmen. ¿Sabeis que he visto jóvenes de corazon ardiente, de imaginacion florida, con un alma en que brillaban la fe, la esperanza y la caridad, trocados por ellos en unos ridículos escépticos, sin fe ni ley, repeliendo de sí como el humo de un cigarro cuanto sagrado, ascético y delicado existe?... ¡Pobres hojas que murieron en su gérmen! ¡pobres flores que ajó la escarcha! ¡pobre juventud raquítica que muere sin desarrollarse!

— Y esa transformacion ¿creeis de buena fe que las puedan motivar unas rutineras chanzas?

— Sí, conde, sí; porque un jóven se hace así cuando pierde las ilusiones de la vida. No las ilusiones como se entienden hoy dia, que es cifrándolas en empleos, en dinero y en figurar en la escena del mundo; sino las ilusiones tales como son, esto es, las que forman el prestigio con que la juventud mira la vida, los hombres y las cosas; y este prestigio lo destruyen el sarcasmo y la ironía en las almas débiles que no se elevan inmutables por cima del alcance de sus tiros. No son, no, ni los vicios ni las maldades los que despojan de su virginidad á las ilusiones de la vida, que con

ellos no se rozan; es la *vulgaridad presumida;* para la cual el sarcasmo y la ironía son el gran ariete con que destruye al sentimiento, débil adversario que no tiene armas con que defenderse, ni mas fortaleza que el corazon en donde se replega, si no muere en la lucha. Así es, que el poeta de corazon tiene siempre que llorar el paraíso perdido.

— ¡Y á mí me decís eso, marquesa! ¡á mí, que en usted amo sus ilusiones, como amo el perfume en la flor!. ¡á mí, que admiro ese prisma, único en su género, con que todo lo mirais! ¡á mí, que léjos de vituperarlo, proclamo á Vd. por ser bello y raro privilegio, poeta, *poetísima!*

— Y ¿cómo me lo decís? ¿es con el tono desdeñoso que se emplea cuando lo que origina ese epíteto se quiere condenar al ridículo, ó en el que se adopta cuando esa palabra *poeta* se aplica para calificar aquella facultad divina que tiene el hombre para elevar, ennoblecer, vivificar, alegrar, dulcificar, embellecer y realzar cuanto le rodea? ¿Es reconociendo en la poesía ese amor, esa simpatía universal que comunica, digámoslo así, las pulsaciones de nuestro propio corazon al orbe entero, y aun á lo inanimado, y que así todo lo sabe, todo lo adivina, como el gran Shakespeare, el mas cumplido tipo del poeta?

— No miro yo así la poesía, amiga mia; para comprenderla como Vd. es menester ser poeta uno mismo. Á la verdad, señora, la miro como un estado de la mente sobreexcitada, y así, creo, que cuando la poesía se mezcla en la vida real, es una mala ama de llaves. No soy enemigo, por cierto, de las Musas, pero no me gusta que bajen del Parnaso. Lo novelesco es en la vida el veneno mas sutil; y no será usted — Vd., mujer tan sensata, — quien pueda aprobarlo ni defenderlo. Diré mas: una mujer como Vd. se debe á sí misma el condenarlo en la práctica, siendo un contrasentido que se haga patrocinadora de novelerías y *romanesquerías,* una mujer á quien yo tacharia de ser fria y exageradamente austera en ciertas materias, si en ellas no fuese la austeridad, no la frialdad, sino el resplandor de la nieve.

— Ahí tiene Vd., conde, un error muy general, y es el de confundir lo *poético* y lo *romanesco*, y condenar lo uno por lo otro. Veamos si puedo demostrar la diferencia que entre ambas cosas existe, segun yo lo entiendo. Poética es la jóven

que con todas las virtudes de la juventud, la sencillez, la inocencia, la modestia, la laboriosidad, la obediencia, no piensa precozmente ni en amores ni en brillar: este no es un tipo romanesco. Pero sí lo es la jóven emancipada, que se apasiona como una Fedra, á despecho de la voluntad paterna; intrépida amazona, que busca con ansia un teatro en que brillar, y que ostenta con aplomo sus torcidas y no maduras opiniones en punto al mundo que no conoce, y en punto á ideas que no ha digerido: esta jóven, por cierto, no es *poética*. Poético es el jóven que limita sus deseos, y lucha con tranquila perseverancia contra la mala suerte; que honra las canas, respeta lo que le es superior, enfrena su lengua, y se hace lugar con su mérito sin encumbrarse mas de lo que es propio, sirviéndole para ello de zancos la jactancia: este jóven no es *romanesco*. Lo es, sí, el que desde luego entra en la vida con pretensiones exageradas de adelantos y ventura. Para él desde luego la gloria, la fortuna, el amor, la vida, todo se le debe. Á la primera decepcion, sin querer trabajar en la gran viña, por ser corto el salario, va á buscar, — sin fe, ni ley, sin respeto á sí mismo y á la humanidad, — su sepultura, en que con atrevida mano estampa por epitafio *suicidio*: este jóven no es *poético*, conde.

La poesía toma la vida tal cual es, y la embellece, calma la desgracia con la razon, que es su amiga, y contiene los desbordamientos de la ventura con la delicadeza, que es su inseparable compañera. Lo romanesco tiene en cambio para los infortunios, desesperacion, locura, muerte; para las venturas, enajenamientos, arrobamientos y ruido. Equivócase igualmente lo clásico y lo romántico, juzgando por los abusos de las cosas, y no por su esencia; pero pueden aplicárseles estas mismas distinciones, y decirse que lo clásico es romanesco, y lo romántico poético. Veo pintado en vuestros ojos la extrañeza y escándalo que han causado mis últimas palabras; oigo á Vd. ya enumerar una sarta de pecados mortales que achacan al romanticismo, y me apresuro á asegurarle que por hoy no tendrá este pobre calumniado, un adalid defensor en mí. Pero difiero esta controversia para otro dia, porque siento que un hombre como Vd. por no pararse á profundizar una cuestion, esté tan errado en sus opiniones sobre ciertas materias. Lo prueba el que quiere Vd. circunscribir las Musas

al Parnaso y no darles cabida en su hogar. ¿Será Vd., pues, de aquellos que sostienen, que siendo la poesía una cosa facticia, fantástica, un *arte*, en fin, debe tener su asiento en la cabeza que PIENSA Y CREA, engalana lo creado y lo coloca en las bibliotecas, y no de nosotros los que creemos que tiene su asiento en el corazon, que la SIENTE y la derrama en la vida, como un benéfico rocío del cielo?

— Participo un poco de ambas opiniones, respondió riendo el conde; juzgo como los primeros, y no obstante, no puedo ménos de sentir como vos, cuando oigo y observo en Vd. el resultado de sus opiniones, y confieso, siguiendo vuestra antítesis, que una mujer infiel á sus deberes, no es *poética* por mas que hagan por poetizarla: y que vos lo sois muchísimo. En lo demas, perdone Vd., amiga mia, el prosaismo á las canas, como perdonaria Vd. al que ha cegado que no vea la luz; pero crea Vd., si fe le merezco, que tengo el mayor placer en oirla. Noto que rebosan en su corazon los sentimientos y recuerdos que ha evocado esa carta; iniciadme en ese mundo que veo bullir en vuestra mente.

— Pero, conde, si nada puedo referiros sino puerilidades; nada sino recuerdos de un villorro, de un sochantre de lugar, de un interior pacífico y humilde, de niños, de flores, en fin, nimiedades.

— Comuníquemelas, pues, aun dado el caso que lo fuesen: aun suponiendo gratuitamente, como lo haceis, que no me interesasen, quedaríame todavía un placer, y es el que expresaba un frances al que preguntaban, qué encanto le retenia las horas muertas al lado de una mujer muy linda, que solo hablaba puerilidades, diciendo: *la miro hablar!* — La marquesa permaneció callada.

— Vamos, prosiguió el conde, ¿porqué se replega usted así? ¿Dónde está esa encantadora expansion que hace de vuestra mente una colmena de cristal, y me da armas para seguir nuestra pacífica guerra, en la que triunfo cuando peleamos en la densa atmósfera de la tierra, y triunfáis cuando nos elevamos á otra mas alta? ¿No sabe Vd. que cuanto dice me interesa, y que simpatizo con Vd. en el fondo, como el débil reflejo con la luz? — ¿Acaso no comprendeis que si alguna vez quiero retener su vuelo, es con el mismo fin que me llevaria á hacerlo con el ímpetu de este saltadero, no

porque no lo admire, sino para que no caiga de demasiado alto? — Vamos, léame Vd. esa carta que tanto la conmueve.

— No puede ser, no estais en antecedentes, no la comprenderia Vd.

— Mejor, me los referirá Vd., y así será mas larga la sesion.

— Tenga Vd. presente, señor mio, que si lo que voy á referir estuviese impreso, seria muy fácil para el que lo leyese y le pareciese cosa fútil y poco digna de ser leida, el tirar el papel; tanto mas, añadió la marquesa volviendo á sus labios su benévola sonrisa, cuanto que no me *veria* hablar; pero Vd. no está en ese caso, y aunque le canse tendrá Vd. que oirme hasta el fin, porque como se proclama Vd. de la escuela antigua, no querreis interrumpir á una señora ni demostrarle fastidio.

— Sé, repuso el conde afectando una ceremoniosa gravedad, las imprescindibles obligaciones que me impongo, y las admito con todas sus consecuencias.

— Hagamos, dijo la marquesa, un convenio que dicte la franqueza sin intervencion de la galantería. Cuando mi locuacidad, excitada por recuerdos que me son caros, me arrastre en su larga y veloz carrera demasiado léjos, tomará Vd. esa campanilla azul que al subir por el naranjo como por una cucaña, se ha detenido cansada al alcance de su mano, y la agitareis como lo hace el presidente del congreso con la suya de plata cuando ciertos oradores, traspasando los límites á que puede extenderse un discurso, los quieren lanzar en el grandioso espacio de lo interminable.

— Convenido, señora. Pero ántes dígame Vd.: ¿no existe en el congreso una campanilla de oro, con la que el presidente puede significar al orador que tenga á bien prolongar su improvisacion?

— No lo sé, contestó riendo la marquesa; si la hay, lo cierto, es que no se ha puesto en uso; pero si llego á engolfarme en mis recuerdos de Valdepaz es bien cierto que no necesitará Vd. de la campanillita de oro. Era tan profundamente tranquilo aquel rincon que, ¿lo creerá Vd.? hasta con la muerte se vivia allí familiarizado. Ahora bien, hacer aparecer á la muerte suave sin que infunda horror ni tedio, ¿no es una altura á que pocas veces alcanzan, el hombre religioso

mas metido en Dios, el filósofo mas desengañado del mundo? La hacienda en que habitábamos, solo estaba separada del cementerio por un pequeño corralon en que pacian unas ovejas; pues creed que ningun horror me inspiraba la cercanía de aquel lugar de descanso de los campesinos. Cuando veia abrir una zanja por los parientes de una persona difunta (puesto que allí no hay enterradores asalariados), léjos de ver en ellos hombres lúgubres cavando una negra y pavorosa sepultura para un muerto, solo me parecian hermanos de la caridad preparando un lecho para un dormido. Allí hubiéramos podido saludarnos con el *¡Hermanos, de morir habemos!* de los trapenses; porque esta frase no hubiera sido para nosotros la suprema expresion del desprendimiento de las cosas de la tierra, sino la confiada adhesion á las del cielo.

— ¡Marquesa, observó el conde, la idea de la muerte es grave!

— ¿Y quién dice que no, amigo mio? pero ¿quién ha dispuesto que las ideas graves sean tétricas? ¿quién el que sean contrarias á la suave alegría y paz del alma? Las almas santas buscan las cruces y no las hallan. San Francisco Javier las deseaba mas y mas cada dia, y Santa Teresa pedia padecer ó morir, y ambos se hallaban colmados de gozo. El P. Kempis dice: *Si tuvieses buena conciencia, no temerias á la muerte.* No, conde. Dios no hubiese creado al sol, si no quisiera al hombre alegre; ni hubiese dado por premio á la virtud, la serenidad y contento del alma. En aquel lugar apartado y quieto, conocí al hombre mejor y mas feliz del mundo, al sochantre de su iglesia, el cual va á ser el héroe de mi relacion, si es que insiste Vd. en que prosiga.

— ¡Mas que nunca, señora, mas que nunca! — Un hombre *bueno* y *feliz* es una mosca blanca, con *ítem mas*, ojos de brillante, que ansío tanto hallar, como ansiaba Colon descubrir las Américas.

— Usted mismo, puede graduar si fué ambas cosas, despues que me haya oído.

Habia sido mi protagonista hijo de un criado de campo al servicio de una noble y pudiente familia, y como tal, generosa. Habia Gilito, tal era su nombre, por gordo y alegre, caído en gracia á sus amos, que se le llevaron á Sevilla á *estudiar*. Por desgracia aumentó Gilito en la abundante

mesa de los señores considerablemente en carnes, pero en la universidad aumentó poco en saber. La incapacidad de Gilito le hubiera cerrado todo camino de adelanto, á no haber encerrado su ancho pecho una voz que en Italia le hubiese hecho ser otro Lablache, y que en Sevilla lo hizo sochantre. Volvió, pues, triunfante á sus hogares, tan robusto de voz y de persona, que en ambas cosas, voz y persona, habia estofa para cuatro sochantres. Tomó Gil, ya designado por D. Gil, posesion del coro de la iglesia del lugar con alta dignidad. Desde entónces debió notarse en su expresivo rostro la mezcla mas graciosa de la bondadosa y sencilla alegría de un niño y de un buen alma con la dignidad y prosopopeya de un padre grave y de un alto funcionario. Alternaban á veces ambas cosas en su semblante con tal rapidez, que se explayaba aun sobre sus labios su infantil y alegre risa, cuando ya sus ojitos negros desde su concavidad lanzaban una mirada grave, austera, y con ínfulas de imponente. Agregó á la dignidad de sochantre la de sacristan y santero de una capilla situada á espaldas de la iglesia, la que tenia contigua una casa habitacion para el encargado de su custodia. Casóse con una sobrina del cura, huérfana algo entrada en años, pero buena, delicada y amante, que cifró en su rotundo marido toda la ternura que durmiera por tantos años en su pecho, y la cual le trajo al matrimonio algunas fértiles suertes de tierra; de manera que decian las gentes del lugar: *¡Vaya si lo pasan bien!* — Resultó que don Gil, entre bienestar y mimos, entre *requiem y glorias*, siguiéndose sus dias unos á otros santos y uniformes, como las cuentas de un rosario, claros y puros como gotas de agua, tranquilos como copos de nieve, alegres como lentejuelas, llegó en lo moral á ser el hombre mas feliz, y en lo físico el hombre mas gordo del mundo.

Cuando conocí á D. Gil tendria sobre cincuenta años: su gordura habia llegado á su apogeo, y hubiese deslucido al mas corpulento atun de la almadraba de Conil si allá lo hubiesen hallado en sus redes, y la santera decia con íntima satisfaccion: *¡Qué buenas carnes tiene mi Gil! Dios se las conserve!*

Vestia calzones cortos, chaqueta y chaleco de hábito de San Antonio, y medias de estambre negras; un capote con

mangas colgaba sobre sus espaldas, y un sombrero de tres picos coronaba su ancha cabeza. No gastaba corbata, por la sencilla razon de que carecia de pescuezo, tenia el cabello rapado, y solo le colgaban unas largas mechas de cabello en la nuca, ó por mejor decir, no colgaban por la antedicha falta de pescuezo; sino que se extendian por sus enormes hombros en forma de golilla. Cuando iba al campo á ver sus sembrados, ó á cazar, pues era un terrible Nembrod, dejaba el capote y tomaba una manta, trocaba las reverendas medias negras por zapatos de vaca y polainas, el encumbrado sombrero de tres picos, por uno calañes de enorme ala, y así ataviado salia mi D. Gil, semejante á lo léjos á un pequeño monte Vesuvio apagado.

Nuestra primera entrevista de alegre memoria merece ser referida, no solo porque fué ciertamente una escena de un cómico genuino que no podria inventarse, sino porque sus lances son pinceladas que harán mas parecido el original que voy pintando. Habiendo nosotros ido al pueblo con intencion de pasar una temporada larga, y siendo parientes de la familia que le habia protegido, D. Gil, que como todos los españoles, tenia ideas innatas de cortesanía, se creyó obligado por todas razones á venir á ponerse á *nuestra obediencia*.

Es de advertir que ¡en los pueblos del tenor de Valdepaz no se hallan mas espejos que alguno que otro tan pequeño, que si alguna vez sus dueños tienen la curiosidad de mirarse en ellos, van viendo sucesiva y separadamente cada una de sus facciones. Abrió el criado, que era gallego, la sala, diciendo á D. Gil que pasase adelante; lo que este hizo preguntando al pasar al criado, á quien ya conocia — Farruco, ¿en tu tierra canta el cuco? y acompañando este agudo chiste con una de sus alegres risas: en seguida, por una de esas súbitas transformaciones, dijo con grave semblante y campanuda voz: ¡*Alabado sea Dios!* No hallando quien completara esta vulgar, pero hermosa congratulacion con el usado y pio ¡*para siempre!* lo dijo él y se acercó al espejo en el que se puso á mirarse. Cuando entré en la sala aun me hallé á mi visitante inmóvil y absorto en su contemplacion, sin que mi llegada le sacase de su arrobamiento; gran rato aun nos estuvimos ambos contemplando el mismo objeto, esto es, él á sí propio, yo á él.

— Señora, dijo al fin con voz consternada sin pensar en saludarme, y sin desviar la vista de su direccion, ¿este espejo aumenta? — No, señor, contesté, sin comprender la causa que originaba tal pregunta.

— Señora, tornó a preguntar, ¿este espejo ensancha?

— No señor.

Entónces, con un acento desconsolado y sin dejar de contemplarse, se puso á exclamar á gritos:

— ¡Ay qué gordo! ¡ay qué negro! ¡ay qué feo! ¡ay qué barrigon que soy! Jesucristo, cristianos, ¡qué espantajo para lobos!

Traté de atenuar el mal efecto que le habia causado á aquella viva antítesis de Narciso su propia vista; pero no me escuchaba; habia caído cabizbajo sobre una silla, y seguia su triste elegía: — Señora; yo no sabia que era tal figuron. ¡María Santísima! ya no me espanto de que el tio Lúcas el arriero no me quiera alquilar sus burros cuando se me ofrece ir á cazar á *la marismilla*. Esto diciendo, se levantó para volverse á mirar; pero esta vez, sobreponiéndose su natural jocoso, conforme volvió á verse, empezó á reirse tan de corazon y con tan sinceras carcajadas, que no tardé en hacerle coro. — ¡Toma! decia, y á mí ¿qué se me da? ¿tendria yo acaso alguna renta por ser bonito? ¿no me está siempre diciendo mi Curra, *dáme gordura y daréte hermosura?* y que jamas se dice: ¡qué hermoso y qué *flaco*, sino qué hermoso y qué *gordo* que está! ¡Ahora me iria yo á apurar por eso! ¡pues ya! ¡bendito sea Noé, que se quitó los calzones y echó á correr! *

El discurso que probablemente habia preparado para aquella ocasion se quedó en el tintero, ó mas exactamente dicho, en el espejo: lo solo que de él pudo reasumir fué que tenia un amor entrañable á los usías, que los usías le habian dado su carrera, que los usías daban allá el pan á los trabajadores, que por un usía era capaz de dar el corazon, y que cuando habia un usía en el lugar se alegraban hasta los pájaros.

Despues de esta primera entrevista, que no pienso fuese grave ni ceremoniosa, y establecida desde luego cierta con-

*) Espresion popular para ensalzar la despreocupacion.

fianza muy expansiva por parte mia, me suplicó con tan vivos deseos que tocase el piano, que allí vió sin comprender lo que era, que me apresuré á satisfacer su deseo; bien veia que era aquel instrumento análogo al órgano; pero un órgano sin fuelle le parecia á D. Gil un sochantre sin voz. ¡Cuánto no gozó y se rió de júbilo al oirme!... creo que si hubiese sabido walsar, se hubiese puesto á hacerlo con una silla, como lo hacen las niñas que ya no van á la amiga. Pero pasando repentinamente como por magia á una heroica severidad y á una gravedad austera, díjome: — Señora, esto es hermoso, no hay que decir; pero donde está... Y abriendo su boca como la de un cañon entonó el *Credo* con un torrente de voz que hizo retemblar las vidrieras. Al oir aquella explosion vocal, las gallinas que picoteaban tranquilamente debajo de la ventana saltaron atras piando, los pavos hicieron la rueda con su *glu glu*, el gato desapareció como una exhalacion, el perro que gozaba de un apacible sueño se puso en pié murmurando un indistinto ladrido y empinando las orejas; y los chiquillos del capataz, que á la sazon jugaban en el patio, vinieron de puntillas, y se asomaron formando grupo á la puerta de la sala, preguntándose unos á otros: ¿Hay funcion? Era aquella muestra de canto-llano arrancada á D. Gil por la pasion que á él tenia, pasion que no sentia sino como la siente el artista por su arte, el sabio por su ciencia; esto es, con solemnidad, con veneracion y con respeto. Mas adelante quise persuadirle, puesto que su voz era realmente magnífica, á que se dejase enseñar por mí algunas de las buenas arias de bajo.

— ¿De veras, marquesa? exclamó riendo el conde. ¿Y hubiese Vd. enseñado á un sochantre de lugar la música de Rossini, de Weber ó de Verdi?

— ¿Y por qué no, señor mio? ¿Necesita la voz de pergaminos? ¿Hay privilegios para las gargantas, ó las hay para ciertas músicas de alto coturno? Lo que sí habia es, que D. Gil no queria degradar su grave garganta cantándolas; cuando se lo proponia, me echaba una mirada en que luchaban la indignacion y el respeto, pero con la que me daba á entender que le proponia una profanacion. Y efectivamente, nunca habia profanado aquella pura y privilegiada garganta el mas mínimo *tra-la-la*.

Don Gil tan alegre, tan jovial en la vida privada, era otro

hombre en la iglesia; no solo se revestia allí de sotana y sobrepelliz, sino de una dignidad magistral. Andaba derecho y la pelada cabeza erguida; su barriga aparecia entónces en toda su majestad prominente; su sotana respingaba muy sobre sí por delante, miéntras á la espalda barria humildemente el suelo; su semblante en tales circunstancias aparecia impasible; no levantaba los ojos sino para echar una mirada iracunda á algun monacillo descuidado. Nada le sacaba de su paso grave y compasado, á no ser algun irreverente *ladron* en un cirio: al aparecer este sacrílego, D. Gil perdia toda su compostura y su moderacion, entrando al punto en un furor que solo era comparable al de Orlando. Cogia la caña del apagador con los brios con que Hércules empuñara su maza, y exterminaba al descarado delincuente, como aquel al leon de Nemea.

Don Gil sin mas ambicion que la muy inocente de ser llamado *cantor* en lugar de *sochantre,* sin mas pasion que su canto-llano, sin mas diversion que su cacería y sus sembrados; sin mas ideal que los *usías*; jovial, caritativo, servicial y por lo tanto bien querido de todo el mundo, era, como ya he dicho, el hombre mas feliz de la tierra. No se cuidaba de política ni de cosa alguna, fuera de su iglesia y de su casa. Para él era el mundo un cáos que no definia: solo sabia que existian *el inglés*, *el frances y las Indias.* Ignoraba que en otras atmósferas ménos serenas y puras que la suya tremolase el tremendo estandarte de la rebelion, que trabaja por arrancar al pobre su alegre conformidad, su bendita falta de ambicion, su santo amor al trabajo y á la paz, y su religion, que todas estas virtudes infunde, mantiene y bendice: así es que era su vida un tejido de inocentes goces. La comida, que era buena, ¡qué bien le sabia! el vino que era malo, lo mismo. ¡Qué descanso tan completo en su lecho! ¡Qué actividad tan grata de dia! ¡Amar á Dios y servirle, amar al prójimo y ayudarle, y *Viva la Vírgen!* Esta era su divisa.

¡Oh querido, feliz y excelente D. Gil, de grotesca, pero suave y risueña memoria! ¡Tú, que has sido un cero en la figura y en la significacion en este mundo, por el cual has rodado desapercibido!... ¡vale mas tu chaqueta y hábito de San Antonio que las túnicas de los siete sabios de la Grecia; mas tu capote de otras edades, que el manto de *Par* de Lord

Byron, y mas tu sombrero calañes que las coronas de laurel del Taso!

¡Triste filosofía que te quemas las pestañas sobre tus libros, y te derrites los sesos en tus cavilaciones, buscando la piedra filosofal, esto es, *la verdad y la felicidad* que no encuentras! ¿qué eres tú en comparacion de aquella tranquilidad de espíritu, de aquella serenidad del alma, que nada busca, y todo lo halla? ¿Qué son vuestras estériles disertaciones, vuestros sistemas sin base, que se agitan en un círculo vicioso, oscuro y seco, en comparacion de aquella plácida luz, de aquel manantial de aguas puras y cristalinas que brotan en el alma sencilla, que aprendió á vivir y á morir, en el catecismo?

— Marquesa, dijo el conde con profunda simpatía, ántes ha esparcido Vd. flores que he deshojado sin piedad; mas ahora verteis perlas que recojo con aprecio y afan. No hay edades entre los buenos católicos para los sentimientos religiosos, en los que tenemos unos y otros firmeza de viejos para la fe, ardor de jóvenes para la caridad, y todos una misma esperanza. Proclame Vd. siempre como lo hace esas ideas que le inculcaron sus padres: hace Vd. en ello mas bien de lo que cree.

— ¿Yo? ¡Por Dios! ¿se burla Vd., conde?

— No, señora, no, porque no por eso quiero significar que sea Vd. un gran teólogo, ni la quiero comparar con un Balmes, un marqués de Valdegamas, un *Vicario de Estepa*,*) antorchas de nuestra santa fe. Pero es porque une Vd. á la santidad de las doctrinas el atractivo y la simpatía que ejerce la hermosura unida al ingenio; y es, sobre todo, porque los preceptos de moral y de religion tienen mucha fuerza en las bocas de aquellos que nunca faltaron á ellos, magnífica prerogativa que no enaltece á la sola altura, á que no alcanza el altivo désprecio; púlpito de oro desde el cual baja la verdad serena y llena de conviccion, sin el temor de que nuestras faltas sirvan de pretexto para no creerlas sinceras.

— ¡Cómo quiere Vd. que crea puedan hacer mis palabras el santo efecto que dice, si tan débil soy en mis convicciones, que cuando considero ciertas cosas que no me esplico, tiemblo,

*) El actual arzobispo de Granada.

porque me parece ver algun claro en lo compacto de mi fe?

— Por eso, señora, guárdese bien de emplear en cosas de la fe la indagacion y el análisis. Acuérdese de San Agustin, que queriendo hallar solucion á cosa fuera del alcance del hombre, halló en una playa á un niño que intentaba con una conchita trasladar las aguas del mar á un hoyito que habia abierto en la arena. — Niño, dijo el santo, ¿no ves que tu intento es imposible? — Mas lo es el tuyo, contestó el niño. — No desmaye Vd. ni desconfíe de su fe por no comprender; la fe está en la *voluntad* y no en la *inteligencia.*

— Es cierto, es cierto, conde; y esto es lo que constituye la pura y firme fe del carbonero; la fe es un *deber* que triunfa de los sentidos y alcances del hombre.

— Marquesa, despues de esta digresion, que es muy grata para mí, volvamos á vuestro D. Gil, con el que deseo hacer mas amplio conocimiento.

— La pequeña casa en que vivia con su excelente y amante mujer, y una sobrinita huérfana que habia prohijado, prosiguió la marquesa, era digna de ser el albergue de aquellas apacibles existencias: estaba situada con la capilla entre la iglesia y nuestra hacienda: á la espalda tenia el alegre cementerio. — Sí, sí, alegre digo, aunque frunza Vd. el ceño: nada mas apacible podia darse que aquel lugar tan verde bajo aquel azul tan puro á la sombra de aquella respetada iglesia: puede que si allá se hubiese enterrado á un ajusticiado ó excomulgado, hubiese perdido su apacible fisonomía; pero no era ese el caso. Para llegar á la habitacion del sochantre se atravesaba un gran corralon ó patio verde y frondoso, que servia á la capilla y á la casa como de antesala. — Crecian en su centro dos altos cipreses, á un lado dos anchos naranjos, y entre estos y los primeros se hacia lugar un alegre paraíso acariciando al naranjo con sus ramas, perfumando al cipres con sus flores como el niño que á un tiempo acariciase á su madre y sonriese á su padre. — Al frente de la casa se arrellanaba brindando sombra una parra recostada en su emparrado sostenido por picatos, como se arrellana un sultan en su palanquin sostenido por etíopes. Entre las grietas de las viejas paredes, junto el lánguido resedá tan modesto en

la eleccion de su domicilio, se asomaba la tremenda boca de sapo, sin conseguir intimidar á su vecino el desgavilado jaramago que sacaba su gaita amarilla por entre las ramas de un rosal de pasion, cubierto de sus dulces y santas rosas, esas verónicas de las flores. Á su lado una madreselva cubria como una verdadera madre los defectos y asperezas de la pared. Por entre sus ramas se veia á los lagartos dar sus paseos intermitentes. Hallábase en aquel patio mi flora rústica en sus glorias; esto es, las plantas y flores que con preferencia eligen las casas de los pobres, porque allí se crian á sus anchas sin temor de la cruel podadera, embalsaman el aire á su amor, sin temer que sea nociva la fragancia á los nervios de las delicadas ciudadanas (empezando por mí, conde, que no puedo oler una *dama de noche*, sin sentirme indispuesta), y sin verse perseguidas y difamadas á causa de las malas influencias que les suponen. Así era que la *adelfa* levantaba allí en triunfo sus rosados ramilletes protestando contra la *inteligencia cordial* que se le supone con la maligna erisipela. Veíase el delgado *aromo* cubriendo sus descarnados miembros con un vestido de crespon verde salpicado de lentejuelas de oro; la *alhucema*, que elige la santa forma de la espiga y el modesto color lila para su flor que ha de constituir el inocente y sencillo sahumerio de los niños; el *saúco* abria sus anchos y compactos ramos como plazas de armas á las evoluciones de las mariposas. Las *viuditas* jóvenes, sin quitarse su serio vestido morado, se coronaban de una fresca guirnalda verde como la esperanza: los *frailes boca abajo* preguntaban á una grave y tiesa *malva loca* por qué razon los han calificado de *frailes*, no habiendo en su vida predicado un sermon; á lo que la interrogada respondia que seria con la misma sinrazon con que á ella, la mas recogida y compuesta entre las flores, que ni se mecia provocativamente en su tallo para llamar la atencion de las mariposas, ni se perfumaba coquetamente para atraer á las abejas, la habian calificado de *loca*. Los inofensivos *alfileres*, ese mosaico de diminutas florecitas, añadian en comprobacion de esto, que igualmente calumniosa era su denominacion, pues jamas habian pinchado á nadie; las lindas y finas *arañas* exclamaban llorando que era un *contra-flora* designarlas con el nombre de un inmundo y horroroso insecto; encendido de cólera el *moco de pavo* que esto oia, les

aconsejaba que no llorasen mas, porque se pondrian aun mas flacas, y que ántes bien se revistiesen como él lo hacia, de unas buenas puas para pinchar las narices de los *guasones* que se les acercasen. Allí se veian los *miramelindos* que se asemejan al cristal, de tal manera que se figura el que los mira que su contacto debe ser melodioso; el *mirasol* ó *gigantillo*, que no tiene mas gracia que la de hacerse un *desgarilado* varal, y mirar al sol con la boca abierta; *sangre de franceses*, apellido de inaveriguable orígen, como casa sin pergaminos, que se queda casi solo para alegrar á noviembre; la *capa de rey*, bien denominada por ser una magnífica esposicion de púrpura, lapizlázuli y oro que hacen las hojas como para ostentarse y probar que no siempre han de consentir en estar en segundo término y hacer de pajes de las flores. Allí estaban los *nunca me dejes*, jazmincitos que como niños mal criados, por espíritu de contradiccion, se caen cada vez que se los nombra. Cerca de ellos florecian unidas en sus ramos como monjas en su convento, esas florecitas que por blancas é inmaculadas han merecido el glorioso nombre de *flor de santa María;* las *arreboleras* tan sencillas y modestas, á pesar de poderse jactar de tres títulos como grandes de España, pues ademas del referido tan poético que alude á sus bellos colores, tienen el sentimental de *suspiros* porque caen y se vuelven á reproducir con la misma felicidad, y el de *periquitos de noche*, porque de noche abren su cáliz, pues hasta en las flores hay á quienes intimida el bullicio y encoge la luz. Por último, allí se ostentaban las *adormideras*, las que á semejanza de muchos sabios y hombres de estado hoy en dia se quedan tan pronto calvas madurando en sus escuetas cabezas una infinidad de pequeñas y mezquinas ideas.

— Que todas exprimidas forman un soberbio narcótico, exclamó riendo el conde.

— ¡Chiton, conde, chiton! repuso la marquesa, que no quiero que mis flores den ocasion á la sátira; prosigamos, pues veo que me he detenido en describir estos lugares, lo cual he hecho por un irresistible impulso, porque me gustan los árboles como á los pájaros, las flores como á las abejas, las parras como á las abispas, y las paredes viejas como á las salamanquesas.

Consistia la casa del sochantre en una sala que tenia una

alcoba á la derecha, y á la izquierda un cuarto con los avíos de amasar: estaban estos limpios y brillantes como el cristal, porque la *señá* Francisca era mas que aseada, era pulcra. Frente de la puerta de entrada habia otra que daba al corral, en el que se hallaba la cocina: servíale de quitasol una rústica higuera, que se desprendia de su tafetan en invierno para ponerse uno nuevo en la primavera. Paseaban por allí las gallinas tan orondas, tan ufanas con sus diademas de coral! ¡Con qué instinto de buena educacion llamaban cariñosamente á los polluelos chicos, desvalidos, amarillitos y redondos como grandes flores de aroma, y aplicaban un picotazo bien dado á los pollos zánganos y desgavilados, pollos en la denominada *edad de la chinche*, que aun golosos como chicos, ensayan ya su voz de tiple imitando la de tenor del gallo! Era de ver lo mansas y satisfechas que estaban esas agradecidas comensales del hombre! lo que prueba que hasta en los pobres animales el aprecio ajeno da esa confianza sin arrogancia tan necesaria en la vida, y aleja la angustiosa desconfianza que suele coartar nuestras facultades y amilanar nuestro espíritu.

— Eso será cierto, señora, aplicado á las almas sensitivas, á los genios modestos, pero...

— Conde, conde!... interrumpió la marquesa, — así como no quiero que mis hermosas flores sirvan de asunto á la sátira, no quiero que mis buenas gallinas den pábulo á la crítica.

— Vamos, señora; para complacerle diré el conocido dicho frances «que todo es para bien, en este el mejor de los mundos;» hasta lo pensaré por tal de que prosiga Vd...

— Muchas veces, cuando entraba en aquel pacífico asilo, prosiguió la narradora, me quedaba suspensa en el quicio de la puerta. Presentábase á mi vista aquella casa tan aseada: su dueña que tan agasajadora me salia al encuentro: D. Gil, sentado á una pequeña mesa, tan arrimado cuanto se lo permitia su enorme abdómen; sobre la mesa un jarro; en su mano un vaso de vino que levantaba en alto como para darme la bienvenida con su cara de pascua, su boca de risa; la vieja tia Tínea, su criada, fregando en el corral al sol el almirez que brillaba como el oro; el gato durmiendo sobre una silla baja, tan seguro de no ser acosado, porque en

aquella mansion de buenas almas, custodiada por las flores, no asomaba ninguna clase de hostilidad, no hallaba entrada ningun género de crueldad. Este cuadro de interior tan alegre, tan pacífico, tan acabado en sus mas mínimos detalles, tenia la graciosa naturalidad, la gráfica minuciosidad de un cuadro flamenco, miéntras que volviendo la cara hácia el patio en cuya resplandeciente y embalsamada atmósfera formaban los cipreses, los naranjos y las flores como un fondo en medio del cual se destacaba la capilla con su lámpara perennemente encendida ante la antigua y milagrosa imágen que orlaban los *ex-votos* de los fieles, como insignias de su misericordia, como recuerdo de sus mercedes, formaba este conjunto otro cuadro todo meridional, lleno de brillo, de poesía, de religiosidad y de espiritualismo.

— ¿Y cree Vd., preguntó el conde, que todos mirasen con los ojos que Vd., el casucho y corral del santero?

— Entre las gentes cultas, — mal he dicho, — entre las gentes de la sociedad, pocas; empezando por mi excelente amigo, que teme degradar su buen sentido y su grave razon concediendo que sea exacta mi descripcion, y que no veo visiones como el caballero de la Mancha; mi amigo que me insta á hablar, me escucha por simpatía, y me hace burla por la negra honrilla de severo antagonista del romanticismo. Pero entre las gentes del pueblo, muchos hay, sí, muchos, que con estos simpatizan, y no solo en cuanto al espíritu religioso, sino tambien en cuanto á las bellezas de la naturaleza, que sienten y mezclan en sus sentimientos amorosos, como podria hacerlo el poeta de la mas alta esfera. En confirmacion de lo dicho, oiga usted algunas coplas compuestas por aquellas gentes rústicas: ellas probarán á Vd. ademas, que la poesía es tan independiente de reglas, como la belleza lo es de la compostura. Entre infinitas que allí mismo recogí, escogeré aquellas que se refieren á los objetos de la naturaleza de que he hecho mencion.

Los cipreses de tu huerta
Están vestidos de luto,
Y es porque no tienen flores
Que ofrecerte por tributo.

El naranjo de tu patio
Cuando te acercas á él,
Se desprende de sus flores
Y te las echa á los piés.

Tus colchones son azahares
Y tus sábanas mosquetas,
Tus almohadas jazmines,
Y tú, rosa que te acuestas.

— Sea Vd. franco, conde, prosiguió la marquesa, ¿pueden hallarse imágenes mas suaves, mas poéticas que las contenidas en esta última copla?

— Y tanto, respondió el conde, que miro como una usurpacion que se compusiesen para alguna moza de cántaro, y no para la marquesa de Alora. — Pero vengamos á nuestro sochantre que me interesa. ¿Tenia hijos?

— No; pero no lo sentia D. Gil, que tenia puesto todo su cariño, cariño apasionado y tierno, en la sobrinita huérfana de que dejo hecha mencion, un ángel de cinco años, una bolita morena con ojos negros, y unos dientecitos que parecian nieve vista al sol. Pero su mujer lo habia sentido mucho al principio de su matrimonio, porque pensaba que un hijo hubiera impedido ciertos pecadillos de infidelidad, que á la verdad, mirados como tales, eran veniales, pero mortales como golpes á su amante corazon. Fué el caso que, un dia sorprendió entre su marido y una muchacha que les servia, descalza de piés y piernas, y boba en grado superlativo, el siguiente ilícito coloquio.

— Petrolilla, ¡qué mala eres tú!

— Á lo que la otra con admirable oportunidad y selecto chiste respondió:

— No, ¡que usté!....

Y ambos se echaron á reir de su mutuo gracejo á cual mas y mejor. Desde aquel dia, con refinada prudencia y esquisita prevision, despidió la santera á la muchacha, saliendo esta Agar de casa del patriarca, llevando felizmente en los brazos, no un Ismael, sino una hogaza de pan, con la que dulcificó la encelada esposa aquel acto de policía matrimonial.

En seguida tomó la previsora santera, mal que le pesase

á D. Gil, á una horrorosa vieja para que los sirviese. Así disfrazado y con el seudónimo de tia Tínea, entró el ángel de paz en aquella casa de la que no volvió á salir.

Uno de los muchos goces de D. Gil, era fumar en una ridícula y viejísima pipa que tenia. Habiendo en una ocasion venido á Sevilla, le envié una mas decente, con cuyo motivo me escribió esta carta, que es una de las que han llamado su atencion de Vd. y que conservo como un precioso modelo, un *specimen*, como dicen los ingleses, en este género.

Vea Vd. esta letra, grande y redonda como su dueño, estos floreos torpes como la mano que los trazó, y esta rúbrica en que echó el resto, y que á su parecer le colocaba en la categoría de pendolista de primer órden, y por cima de todo esto y al traves de la ridícula retumbancia del lenguaje, note Vd. ese sello de sencilla bondad, esa mezcla de prosopopeya y alegre naturalidad que la caracteriza.

La marquesa alargó la carta al conde que leyó lo que sigue: *)

«Con ocasion de las pascuas (que deseamos logren Usías felices), *nos excusamos*, de hacer memoria á Usía de las singulares obligaciones que le reconocemos, para que usando del derecho que tiene á nuestra voluntad, dé á nuestra obediencia repetidos preceptos de su agrado, en cuyo empleo se acredite.

«Dios guarde á Usía muchos años, en compañía del marqués mi señor

Su obediente criado
GIL PEREZ.»

P. D.

«He recibido la gran pipa de Argel; estoy contentísimo con ella, y le repito á Usía las gracias infinitas. La tia Tínea cada vez mas torpe.»

— Bien hace Vd., dijo el conde devolviendo la carta á la marquesa, en conservar tan original autógrafo, pues cada dia escasea mas lo original, lo peculiar que constituye un tipo, esto es, una cosa característica, individual, marcada con

*) El autor ha podido hacerse con el original de esta carta que conserva en su coleccion de curiosidades.

un sello peculiar. El recuerdo de la tia Tínea en tan retumbante epístola, vale su peso en oro.

— Es que ese individuo ocupa un puesto grande en la existencia de D. Gil. Era aquella mujer un descarnado conjunto de ángulos agudos, una percha de la que colgaban en infinitos pliegues unas enaguas de bayeta verde y un toquillon de bayeta color de castaña. Cuando atravesaba la sala para ir al corral, precedida de sus narices que habian crecido demasiado de prisa, solia decir D. Gil:

— Ahí tiene V.S. á la tia Tínea que parece un abanico cerrado.

— Y Vd. uno abierto, contestaba muy picada la tia Tínea.

Don Gil se echaba entónces á reir tan alegremente, como si hubiese pasado la cosa mas graciosa del mundo.

— ¡Válgame Dios, Gil, empeñado estás en sacar á la cara los colores de la tia Tínea! decia la comedida santera.

— ¡Los colores á la cara! exclamaba D. Gil aumentando su risa, ¡á ese pergamino arrugado!! Como no fuese con una brochada de azarcon...

— Calla, Gil, que se va á sentir, y la tia Tínea es una buena mujer.

— No digo que no, Francisca, bajo una mala capa hay un buen bebedor, y ¡esta Doña *Feana* es una cocinera que ya! Señora, guisa un ollita, que se chupa uno los diez mandamientos: un potaje que dice: ¡*Comedme*!... La masa frita hecha de su mano, da gloria, y en cuanto al ajo molinero, ni en la mesa del rey se presenta mejor hecho.

— Calla, hombre, que en la mesa del rey no se presenta ajo molinero, que es comida de pobres.

— ¿Que no se pone? exclamaba D. Gil; ¡pues peor para el rey!

Aun habia mas encantos para mí en aquella casa que estas ocurrencias de D. Gil, que tanto me divertian. La santera tenia puesta una amiga, y cada mañana se reunian debajo del emparrado, una porcion de niñas chicas. Vd. sabe cuánto me gustan los niños, graciosos intermedios entre el hombre y el ángel, cuando de este conservan aun la inocencia en los ojos, la verdad en los labios, la fe en el alma, y la confianza en el corazon. Cuánto me interesan, sobre todo en los del pueblo, sus cuentos, sus dichos, sus versitos apropiados á las circunstancias, que tienen una sencillez y un

candor tan lleno de encanto, un sentido poético tan innato, unas nociones y sentimientos religiosos tan justas las primeras, tan tiernos los segundos y tan tempranamente inculcados!... flores pequeñas nacidas en las praderas, sobre las que todo el mundo pasa sin detenerse á examinar su sencilla belleza, ni á aspirar su suave perfume!

¿Por quién han sido compuestos estos primeros tardamudeos en el arte de la versificacion? ¿Qué oído adivinó la cadencia del metro? ¿Quién les enseñó esas primeras nociones tan puras y graciosas de las cosas terrenas y divinas, que expresan esas producciones populares é infantiles? No pueden ser personas mayores, porque no hay entendimiento maduro que retroceda y se inculque la inocencia ignorante, ni el candor inmaculado. Así, pues, ¿no es mas fácil suponer la precocidad de sentimiento y de imaginacion, que haria á la ignorante niñez acertar por intuicion algunas nociones de las cosas que aun no están á su alcance? Decida esto un filólogo amante de los niños, de la poesía, y de las cosas sencillas; á mí me basta admirar y enternecerme. ¡Ay! los niños y las flores, estrellas de la tierra que la alegran y engalanan! ¡quién los hiciese diputados, legisladores, ministros, para que rigiesen el mundo á su antojo!!!

— ¡Qué de fuentes y de confiterías habria en él! dijo riendo el conde... Ese nuevo sistema puede Vd. publicarlo, puesto que hoy dia lo extravagante en punto á sistemas, tiene un gran mérito de actualidad: desde luego doy á Vd. mi voto para presidenta de esa república.

— Lo que iba ahora á referir, prosiguió la marquesa, eran mil cosas de niños; pero bien mirado, conde, eso no puede interesar á Vd.

— ¿Porqué no? ¿Acaso cree Vd. que no hay simpatía entre los viejos y los niños? ¡La hay y mucha! Las pasiones que agitan la vida del hombre, en los unos aun no existen, y en los otros dejaron de existir, lo que produce un estado análogo; unos y otros nos encontramos en las puertas de la vida; ellos que vienen y nosotros que nos vamos; ellos nos dicen: *¡descansad!* nosotros les decimos: *¡buen viaje!*

— Pues si le complazco, alcanzo dos placeres, el propio y el ajeno al recordar estas escenas de niños. Debajo del hospitalario emparrado, tenian las niñas sus graves conferencias.

¡Cuánto me complacia en ver aquellas graciosas y grotescas figuritas, con sus diminutas castañas, sus cortísimas enaguas, y sus zapatitos viejos, cuya punta se entreabria como una almeja para dejar asomar cinco deditos diminutos, como cinco cabezitas curiosas en una entreabierta ventana. Levantaba la brisa alguna vez una de las anchas hojas de la parra, como para dejar entrar un curioso rayo de sol, que iba á picar la nariz de alguna de las chiquillas como un mosquito de oro, porque el sol es amigo de los niños, como la luna es amiga de los amantes. Solíame poner en una ventana, á la que servia de espesa celosía una mosqueta, á escuchar sus coloquios. Un dia hasta llevé mi prontuario, y anoté el siguiente.

— Mi *mae* fué anoche á la iglesia y me llevó; ¡muchito!

— ¿Habia bautizo? ¿Hubo pelon?

— No, sermon.

— ¿Sermon de noche? ¿Pues á qué hora?

— Á las ánimas y media acabó.

— ¿Tú lo oistes?

— No; ¡que me dormí!

— Pero ¿quién *preicó?*

— Un padre; ¿quién habia de ser?

— Toma... otro cualquiera; yo tambien sé *preicar.*

— ¿Tú? exclamaron todas, ¡mentira!

— Que es verdad; que sé un sermon; y sino..... ahora lo vereis. Vosotras sois las mujeres; ea tocarse todas.

Las chiquillas se pusieron por la cabeza pañolillos, delantales, dechados, cuanto hallaron á mano, hasta los calzones de D. Gil que habian quedado sobre la silla de la santera que los habia estado cosiendo. La predicadora cogió una sillita baja y la volvió de manera que, subida sobre ella, sus manitas descansaban sobre el espaldar: colgó en este á manera de paño de púlpito, un cernadero, y se encaramó sobre el asiento, donde puesta en pié dijo gravemente:

— ¡Arrodilláos, pecadoras!

Las chiquillas obedecieron unánimes á la intimacion, y la predicadora prosiguió en estos términos:

— ¡Ea! calláos la boca, pájaros, y vosotras, abispas, que pareceis abejorros; acudid, lagartos, vosotros que sois buenos y humildes, á oir á este *preicaor* que os va á decir:

El sermon del peregrino
Cuando Jesucristo vino
Y se puso en el altar
Con los piés llenos de sangre
Y las manos *enclavás*.
En Jerusalen estaba
Y así se puso á decir:
Que vengan á mí los niños
Que los quiero bendecir.
Limpia, limpia, Magdalena,
Y no dejes de limpiar;
Á los chicos darles teta,
Y á los grandes darles pan.

Bajóse en seguida con poca gravedad porque fué de un salto diciendo:

— Ea, id con Dios y enmendáos.

— ¿Te enseñó el obispo ese sermon? preguntó una de las mas admiradas.

— ¡Qué! el obispo no hizo mas que darme un bofeton cuando me confirmó, para que me acordase de que prometia ser cristiana.

— ¿Y viste al obispo?

— Lo *vide*; ¿tenia yo acaso los ojos cerrados?

— ¿En dónde?

— En Sevilla cuando fuí por *Copusquisti*, y vi la procesion y vi á la infanta.

— ¿Y cómo es la infanta?

— Como una imágen; ¡mas bonita es!!!

— ¿Y dónde estaba?

— ¡Toma! en la procesion.

— ¿Y con quién iba?

— ¡Con un *melitar* mas alto! y otro iba detras recogiéndole las naguas. *)

— ¡Ay Jesus! ¡ay Jesus! exclamaron todas altamente escandalizadas.

— ¡Acabé mi dechado, exclamó una niña que sentadita en su sillita habia estado todo este tiempo acabando su faena, y se puso á cantar:

*) El gentil-hombre que lleva la cola en dias de gala.
(Auténtico.)

Adechado y mas adechado,
Trabajito me habeis costado,
De la mano de mi maestra
Canacitos en la cabeza.

— Dáme un *pilelé*, dijo una de las mas chicas á su hermana mayorcita.

— ¿Y para qué quieres ese alfiler?

— *Pa* ponerme esa *flo* en la *caboba*.

— ¡Qué tontuna! eso queda bueno para las mozas.

— Quiero la *flo* en la *caboba*, en la *caboba*, insistió la chica en tono que no admitia réplica.

— Caramba con el renacuajo este! dijo su hermana, que en diciendo por aquí he de meter la *caboba*, la ha de meter sin remedio.

En seguida se puso á alisar el pelo de su hermanita y colocarle segun lo exigia un copete tieso como un huso en la castaña que atravesó como una flecha un corazon, miéntras canturreaba:

Á la flor de la petiflor
Á la verde oliva,
Á los rayos del sol
Se peina mi niña.

— Mirad, mirad, gritó otra, la cigüeña! la cigüeña! Á la torre de la iglesia va.

Y se pusieron á cantar en coro:

Cigüeña, cigüeña,
Tu casa te se quema,
Tus hijos te se van;
Por cuaresma volverán.
Sácate una pluma,
Dála al sacristan,
Que escriba una carta
Que ellos llevarán,
Y al rey de los moros
Se la entregarán.

Miéntras otras salmodiaban:

Cigüeña, cigüeña,
Dáme un cuarto para leña
Y otro para jabon
Para lavarte el camison.

— ¿Cómo está la tia Muñiz? preguntó una de las mayorcitas.

— Está *intercaliente.*

— ¡Qué intercaliente, si se murió! Mañana se le van á hacer las honras que se hacen á los difuntos que se mueren.

— ¿Y por qué se ha *morío?* preguntó la que ostentaba el copete.

— ¡¡¡Mira qué pregunta!!! se murió porque *Pae* Dios quiso.

— ¡Vaya con *Pae* Dios, que quiere que se muera la gente! dijo en tono de severa desaprobacion la encopetada.

— Calla, hereje, si te oye D. Gil te aplasta; si no nos muriésemos, ¿cómo íbamos al cielo?

— Mariquilla, canta una copla, que quiero bailar. *Placia*, cuenta un cuento, que sabes de mas de mil. ¿Qué mil? mas de doce docenas tambien.

— Ana, dí la relacion del gato, ¡qué es mas bonita!

— Cármen, dí la relacion del Calvario. Y la niña llamada Cármen dijo:

Yendo por un caminito,
Un postigo me he encontrado,
Abierto siempre al que llama,
Al que no llama cerrado.
Pasó por allí la VÍRGEN
Toda vestida de blanco,
Y cuando volvió á pasar
Traia el vestido manchado
Con la sangre que su HIJO
En la cruz ha derramado.
Venid, cristianos, venid,
Caminemos al Calvario,
Que por pronto que lleguemos,
Le estarán crucificando.
Ya le hincan las espinas;
Ya le remachan los clavos;
Ya le hincan la lanzada
En su divino costado.
Vinieron las tres Marías
Con los tres cáliz dorados
Para recoger la sangre
Que JESUS ha derramado.
— Al pié de la cruz estaba
Un rosal de blancas rosas;

De la sangre de Jesus
Hase caído una gota.
La rosa compadecida
Al punto la recogió.
Por eso es tan purpurina
La rosa de Jericó,
Ya vienen las golondrinas
Á quitarle las espinas;
Ya vienen los jilgueritos
Á quitarle los clavitos;
Ya vienen las tortolitas
Á llorar tan tristecitas!

— Plácida, ¿no sabes tu la de San Pedro y las llaves del cielo?

— Sí, sí, respondió Placidita, que era la sobrina de Don Gil; pero... tengo sueño.

— Á la noche dormirás, anda, ¡díla ahora! Anda y no muelas.

La dócil niña dijo esta relacion:

Levántate, Pedro,
Enciende candela
Y mira quién anda
Por la cabecera.
Los ángeles son
Que vienen al huerto
Y llevan á Cristo
El cáliz acerbo.
San Pedro tiene dos llaves,
Una con que cierra y otra con que abre:
Y tengo otras dos, el Credo y la Salve.

Como atraído por la voz de la niña á quien tanto amaba, D. Gil se habia venido acercando á la ventana conteniendo á duras penas aquella risa de corazon que le causaba cuanto le gustaba ó hacia gracia. — ¡Jesus, Señor! ¡y qué salada que es! decia, ¡vamos, que la chiquilla es un portento! ¿No es así, señora? ¡bendita sea tu alma, chula, rechula! ¡Me la comeria!

Entretanto las niñas proseguian en sus entretenimientos: unas bailaban, cantándoles otras esta copla:

En el hospital del rey
Hay un raton con tercianas;
Y una gatita morisca
Le está encomendando el alma.

Aquella á quien se habia pedido recitase la famosa relacion del *gato*, complacia á su noble auditorio en estos términos:

Estaba señor don gato
En silla de oro sentado,
Calzando media de seda
Y zapatito picado.
Llegó su compadre y dijo
Si queria ser casado
Con una gata morisca
Que andaba por los tejados.
El gato por verla pronto,
Cayó del tejado abajo:
Se ha rompido tres costillas,
Se ha descoyuntado un brazo;
Venga, venga presto el médico,
Sangrador y cirujano,
Y sobre todo que venga
El doctor señor Don Cárlos.
El señor Don Cárlos manda,
Despues de haberle pulsado,
Que maten á una gallina
Y que le den buenos caldos.
Al otro dia de mañana
Amaneció muerto el gato:
Los ratones de alegría
Se visten de colorado;
Las gatas se ponen luto,
Los gatos capotes largos,
Y los gatitos chiquitos
Dicen *miau, miau, miau.*

Acabada la relacion, dijo la marquesa riendo:

— Pero, es posible, conde, que estemos, yo refiriendo y Vd. prestando atencion á semejantes niñerías? ¿Puedo acaso persuadirme que otra persona que yo se interese y sienta simpatía por estas producciones, tipos de la mas candorosa sencillez?

— Pues confieso que las he oído con sumo placer, contestó el conde: esa relacion del gato con el cuento de la hormiguita, y otras de ese género son para mí recuerdos de la niñez, de esos que sonríen por toda la vida, por larga que sea. Contábamelos mi anciana ama, que en los primeros años los oyó á su madre que á su vez los supo por la suya; vea Vd. aquí que á lo ménos pueden jactarse de una incontestable antigüedad. Estos cuentos y relaciones son amigos y compañeros de la infancia, á la que alegran sin envejecer con ella.

— Ademas, conde, en los países de mas alta cultura literaria estos cuentos y cantos, tanto los populares como los infantiles que llegan á obtener la patente de popularidad y la ventaja de perpetuidad (ventaja que muchas obras de indisputable mérito no obtienen), son recogidos, impresos y conservados con el mayor empeño. Los indagadores estudian en estos cuentos y cantos el desarrollo, las primeras elaboraciones del pensamiento en su libre albedrío, la expresion innata de los sentimientos del corazon, la agudeza espontánea del entendimiento, como los botánicos estudian las plantas que crian, en su gérmen, y las plantas silvestres en sus hojas y flores. En cuanto á los poetas, recogen estas incultas, pero balsámicas obras de la naturaleza, como las perlas que forma la ostra sin conocer su valor. Pero aquí no es ese el caso. Si algun presuntuoso ilustrado, ó algun inflexible clásico nos estuviesen oyendo, ¿qué pensaria de este tejido de nimiedades, niñerías, y de reflexiones de alto vuelo que entretejemos?

— Señora, pensarian que tiene nuestra discusion el giro natural y libre de una conversacion íntima y familiar. Ademas ¿qué nos importa lo que ellos pudiesen pensar? ¿Habla Vd. acaso á ellos? en ese caso le diria con Luis de Góngora:

¡Triste del que á una roca pide orejas!

Proseguid, marquesa; ¿á qué evocar la imágen de la crítica como un fantasma, ante el cual se replegue la expansion de vuestros gratos recuerdos, y se hiele su pintura en vuestros labios? Estoy seguro de que no hay un poeta, á quien estas cosas si bien no le entusiasmasen como á Vd., al ménos no le hiciesen gracia. Prosiga Vd. esa pintura en sus

menores detalles, hasta venir á las circunstancias que han motivado esa segunda carta, que espero ha de ser tan notable como la primera.

— Ya no sé, respondió la marquesa con distraccion, lo que decia: ¡ya se ve! como que esta excursion por mis recuerdos no es una relacion, no tiene lo que hablo ni hilacion, ni una marcha marcada.

— Yo me acuerdo, dijo el conde; las niñas estaban debajo del emparrado, D. Gil oia con delicia á su sobrinita decir su relacion.

— Sí, sí, recuerdo, — repuso la marquesa volviendo á animarse, — la relacion en que decia tenia dos llaves del cielo. ¡Angelito! no necesitaba ninguna; su inocencia le abria las puertas del cielo de par en par. — Miéntras así se entretenian, uno de esos nubarrones ligeros y de formas caprichosas y esbeltas que llaman *gigantones*, como atraído él tambien por las niñas, llegó de prisa y se paró sobre el emparrado como otro emparrado mas alto y mas ligero, y empezó á deshacerse en lluvia de diamantes, que brillaban al traves de los rayos del sol al caer sobre las niñas; pero estas nuevas Dánaes mas recatadas que la madre de Perseo, echaron á correr con mas ó ménos gracia, con mas ó ménos ligereza, con mas ó ménos tropezones cantando:

Agua Dios mio,
Que se seca el rio!
El trigo barato,
Y el pan á dos cuartos!

— Plácida, corazon, dijo D. Gil al verla entrar, ¡quiéreme parecer que estás hoy descolorida!

— ¡Válgame Dios, hombre, repuso su mujer, cuál estás con la niña! No parece sino que te se va á derretir entre las manos como copo de nieve; nada tiene el angelito, y la vas á meter en aprension.

Habia pasado el aguacero, y las niñas se fueron á sus casas. Placidita se sentó en una sillita baja junto á D. Gil, y echó la cabeza sobre sus rodillas.

— Qué tienes, hija mia del alma? le preguntó su tio; ¿te duele la cabeza?

— Sí, respondió la niña, cuyas mejillas se iban enrojeciendo como el cielo cuando se pone el sol.

Jamas he visto consternacion mas marcada y dolorosamente expresada que la que en aquel instante se selló en el abierto y candoroso semblante de Don Gil. Agachóse y tomó á la niña en sus brazos, y miéntras que con trémula mano la pulsaba, decia á su mujer:

— ¡Francisca! ¡Francisca! ¡La niña tiene calentura!

— Vamos, hombre, no te asustes, respondió la santera, acudiendo de prisa y poniendo su mano en la frente de la niña; será un resfriado; voy á hacerle una taza de cocimiento de flor de violeta.

Marchóse apresurada; pero por pronto que volvió ya la niña dormia en los brazos de su tio con aquel sueño pesado que es en los niños el precursor de sus enfermedades. D. Gil estaba inmóvil como una estatua, y aun hacia esfuerzos para contener su respiracion.

— ¡Francisca! dijo en voz que apénas se oia; la niña está muy mala.

— ¡Tales cosas! contestó esta. Hombre, por Dios, no te apures; todos hemos estado malos de chicos, y todos vivimos.

— ¡Ménos los que se han muerto! respondió con voz acongojada el marido. ¡Francisca! ¡Francisca! si Dios se la lleva, yo me voy detras; desde ahora te lo predigo!

— Toma este cocimiento, hija mia: tiene azúcar, dijo la santera levantando la cabeza á la dormida niña. Esa entreabrió los ojos y bebió con ansia.

— Plácida, mi vida, mi corazon, ¿me quieres? preguntó D. Gil, por tal de oir el dulce querido sonido de voz de la niña.

— Sí, murmuró esta. Fué la última palabra que habló. Á los tres dias habia muerto de garrotillo, ese implacable verdugo de los niños!

Me apresuré á ir allá con el alma oprimida, y angustiado el corazon; pero al entrar en la casa se serenó mi congoja.

La niña estaba en su cajita azul y blanca, blanca como la caja, rodeada de flores que parecian haber acudido allí como alrededor de una azucena para recibir su último perfume; nada habia allí lóbrego, negro, ni mustio, pues ¿á quién puede parecer triste la vista de un niño muerto? ¿Á

quién tétrica aquella tumba que se riega con flores, dulce privilegio de que las tumbas de los niños solo deben gozar? ¿Á quién puede parecer fúnebre aquel féretro, al lado del cual, en lugar de la solemne deprecacion *Dios le haya perdonado!* solo se oye pronunciar por cada cual esta sentida congratulacion: *¡Dichoso tú! ¡dichoso tú!* ¿Á quién puede afligir una muerte por la que nuestra madre la iglesia repica como para una festividad? No, no es triste aquel féretro blanco y florido junto al cual en lugar de entonar los ministros del culto el imponente *De profundis,* no se oye sino la dulce voz de los niños que cantan:

Las flores son para el suelo,
Y los niños para el cielo,
Á donde á Dios van á ver,
Y ya no quieren volver.
Que echen las campanas á vuelo,
Que hoy hay un ángel mas en el cielo.

¡Qué profundo buen sentido es el que hace que entre el pueblo, en un *entierro de ángel,* se tenga una demostracion de dolor por una profanacion, como lo es una de regocijo en el entierro de los mayores! ¡Cómo comprende con ese profundo sentido religioso que unos le niegan y otros quieren borrar en él, que es la muerte en la infancia un particular beneficio de Dios! que el alma de un niño que muere, es un alma privilegiada que Dios releva de las miserias humanas, y á la que da la corona sin el combate, la palma sin el martirio! *) ¡Cómo conoce que la senda de la vida que para los

*) No queremos omitir aquí, por lo que confirma estas ideas, un epitafio á una niña compuesto por un jóven poeta andaluz amigo del autor.

Blancas rosas mi frente coronaron
Ménos puras y bellas que mi alma;
Porque no combatí no tengo palma,
Pero tengo de flores una cruz.
Un sueño de inocencia fué mi muerte;
Ángel de luz al despertar me ria;
Una cosa me falta, madre mia,
Una sola en el cielo... y eres tú!

(N. del E.)

niños aun es llana y está cubierta de flores, se hará áspera y erizada de espinas cuando dejen de serlo! ¡qué entrarán ellos tambien en la gran lucha del bien y del mal, de que aun les aparta su inocencia, sin saber si saldrán vencidos ó vencedores!!!

Don Gil estaba sereno, como lo hubiese estado si hubiese visto al ángel de su guarda subir al cielo; pero tambien, como si este le hubiese faltado, desapareció la alegría y contento de su existencia; ¡tal era la intensidad de cariño que encerraba aquel sencillo corazon! ya no cazaba; en vano sus reclamos *piñoneaban*, en vano le repetian su *con el pié* *) como para intimarle que con moverlos la llevaria al campo; su escopeta enmoheció; ya no iba á sus sembrados; desapareció aquel envidiable y nunca desmentido apetito. Hasta su voz se resintió del estado de postracion en que cayó su espíritu: ya no llenaba la iglesia aquella admirable y poderosa voz que como hermana se unia á los magnos sonidos del órgano! Su gran corpulencia necesitaba todos estos estímulos físicos y morales, para conservarle su actividad, y para combatir la postracion que debia producir el exceso de la parte material en aquella mole humana. Así fué que la parte vital se debilitó, sus órganos se entorpecieron y no pudieron combatir una espantosa hidropesía que estalló espada en mano. En breve se postró. Sentado en su lecho y respaldado en almohadas, porque no podia estar acostado, clavaba la vista sin cesar en la sillita que habia sido de la niña, y que habia mandado colgar en la pared; y á poco tiempo dejó de existir, sin que los esmeros y cuidados de su amante mujer hubiesen conseguido alargar su existencia.

La marquesa calló un momento y despues prosiguió:

— ¡Oh! ¡mi buen, mi excelente D. Gil! tú que llevaste á la tierra la inocencia de corazon con que por primera vez sonreiste á tu madre; tú que tanto ruido y papel hiciste en tu iglesia y tan poco en el mundo... ¡ya no existes! ¡ya tú tambien me dijiste un *adios* de aquellos que son citas para la otra vida! ¡Tú estás allá arriba gozando de Dios como acá abajo lo estuviste! ¡Tu espíritu no volverá por este mundo, pues solo vuelven los de aquellos que atraen é in-

*) Voces de que se valen los cazadores de reclamo para clasificar los varios cantos de la perdiz.

quietan razones poderosas ó grandes remordimientos, y tú no tuviste nada grande sino tu persona, y nada poderoso sino tu voz! Así, pues, como nadie te recordará ni aun tú mismo, he querido hacerlo yo, pintándote tal cual fuiste; y para pinceles he cogido una rama de los tristes cipreses y otra del alegre paraíso de tu casa, y con ellos te he retratado para que otros te quieran y sientan no haberte conocido. ¡Duerme en paz en tu tranquilo cementerio, rodeado de tus vecinos y amigos que á él te precedieron, y te han recibido agradecidos al hermoso *Requiem* que les cantaste! Descansa de tu vida, que te cansó cuando llegó á faltarte la hermosa voz que interpretaba los cánticos y el objeto de tu amor tan puro como el de las flores al sol. ¡Oh! tú que amaste y ejercitaste el canto y el latin sin comprenderlos, pliego blanco de papel en que estampó la fe sus adoraciones para ponerlas en manos del Señor, no me olvides allá arriba, donde estás con otros muchos POBRES DE ESPÍRITU Y RICOS DE CORAZON, y ruega por la que supo apreciar la suave almendra bajo su tosca corteza!

La marquesa bajó la cabeza escondiendo una lágrima en una sonrisa, como esconde la aurora una gota de rocío en una rosa.

— ¿Va Vd. á llorar por el sochantre de Valdepaz, marquesa? preguntó el conde.

— ¿Y por qué no? ¿qué ley de razon, de decoro ó de sociedad me lo impediria? De ninguna de sus propiedades es el hombre mas arbitrariamente dueño que de sus lágrimas: dejad brotar esas fuentes del corazon que prueban al correr que no está seco ni exhausto; dejad por Dios que se humedezcan los ojos, si no se han de asemejar á los de cristal de las figuras de cera.

— Marquesa, tened presente que hay lágrimas de cocodrilo.

— Jamas las he visto. Hay mas; tengo la tal creencia por una vulgaridad, y he de hacer un viaje al Nilo para averiguar el hecho.

— Pero supongo que no pretenderá Vd. con ese panegírico de las lágrimas, que tengan los hombres la debilidad de llorar.

— Ni lo quiero ni lo dejo de querer: lo que niego es que el llorar sea, como lo llama Vd., una *debilidad*. Dos veces he visto lágrimas de hombre en situaciones á las que dieron

tal sello de solemnidad, que en mi recuerdo vîven como dos monumentos imponentes ó imperecederos: una vez vi llorar á mi marido á gritos, á sollozos: fué cuando murió su madre, y la profunda impresion que me dejó ese desgarrador y sublime dolor, fué tal, que su recuerdo me parte el corazon como un cuchillo. Otra vez vi caer por las mejillas de una persona querida lágrimas mas terribles que gotas de sangre, en una de esas circunstancias que doblan al hombre de bronce, como un junco, ponen esposas de hierro á sus manos y soplan sobre su voluntad que apagan, como se sopla y se apaga una luz. Vi esas lágrimas corrosivas como un ácido, caer sobre su cano bigote, miéntras partia en dos y tiraba su espada; y solo el recordarlo ¡me aterra! y ambos eran nobles hombres, bizarros y enteros. Las lágrimas siempre que no sean afectadas ó mezquinas, son bellas, conde; bellas como lo es la riqueza que se expende. No obstante, haré concesiones al estoicismo masculino, admiraré si quereis la fuerza de voluntad que para la corriente del agua viva, siempre que èsta fuerza, este poder, no sea la paralizacion del hielo. — Lo que sí quiero es que los hombres no escarnezcan, no desprecien, no condenen las lágrimas, pobres hijas del dolor, calladas, sin forma, sin color, sin acogida, que á nadie ofenden, y de que muchos se burlan.

— Pues yo no quiero que llore Vd., marquesa, porque las lágrimas que verteis, yo las recojo, y al recogerlas, sufro mas que Vd. al derramarlas. Por no verla llorar — ¡tanto es lo que me aflige! — me haria acérrimo enemigo de las lágrimas.

— No hagais tal, conde, que las lágrimas no siempre son amargas y siempre son buenas: son, como dice un autor frances, el mas seguro indicio del amor; y el amor ha sido el salvador del mundo. Dios hace del amor los dos grandes preceptos en que todos los demas se encierran; pero este falta, y esto es la perdicion del mundo: su falta es causa de esa terrible guerra que aterra al orbe desde que el primer hombre sacudió el santo freno de la obediencia; guerra espantosa y universal que se hace con todas banderas, hasta con la de la humanidad y con la de la paz, y de que son víctimas desde el mas inofensivo animalito de Dios, hasta los reyes y pontífices! No necesita el enemigo del género humano los

vicios para perder al hombre: bástale arrancar de su corazon el amor, ese divino sentimiento que dió Dios al hombre así como á los ángeles.

— ¡Así todos los predicadores tuviesen el privilegio de infundir la práctica de sus doctrinas como lo tiene usted cuando recomiendo el amor, marquesa! dijo el conde. Pero vamos á ver esa carta que aun no hemos visto, qué referencia tiene con el buen sochantre que ya no rie, que ya no canta, cuya melancólica muerte viene á probar á Vd. mi conviccion, que es, que ni aun á la santa sombra de una iglesia, entre niños y entre flores, con el corazon sano, pura el alma y tranquila la conciencia hay en este valle de lágrimas quien no las vierta.

— Esta carta, contestó la marquesa, es la respuesta de su pobre mujer á quien escribí el pésame. No la ha escrito, pero se la ha dictado al nuevo sacristan.

La marquesa alargó la carta á su amigo que leyó:

«Señora:

«¡No sé ni cómo me han quedado ojos para llorar! He visto apagarse al que era su luz y la alegría de mi casa. ¡Cómo le sorprendió la muerte, señora! pero no por eso la recibió mal; sino como cristiano que sabe que la vida es un préstamo. Muchas veces se acordó de su sñeoría; y el dia ántes de morir me dijo: Díle á la señora que ya no cantaré el *Miserere* en la tierra; pero que mediante la misericordia infinita y méritos de nuesto redentor, cantaré allá arriba el *Gloria*! Y al verme llorar, añadió: Francisca, no llores; las lágrimas siempre me han hecho contradiccion; no se deben llorar mas que las culpas. Te dejo con qué comer: así no te aflijas ni vayas contra la voluntad de Dios que dispone las cosas; confórmate y acuérdate de que *cosa cumplida, solo en la otra vida*...! — Señora, me lo he tenido por dicho; no lloro... y aguardo.

«Dios le envíe á V. S. todos los consuelos que expende y la colme de venturas como los pobres de bendiciones.»

«Su obediente criada,
«FRANCISCA MARTINEZ.»

— Señora, dijo el conde devolviéndole conmovido la carta, esta vida del sochantre, así como los anteriores hechos de que nos hemos ocupado, que léjos de ser cosas extraordinarias y novelescas, son sucesos comunes y cotidianos que se suceden á nuestra vista siempre como el dia y la noche, solo probarán que la vida se compone de esta constante alternativa, siendo todas y cada una de estas catástrofes, lecciones y avisos con que Dios nos recuerda, como dice un piadoso poeta frances, que

¡La terre est un exil, la patrie est aux cieux!

Un destierro es el suelo;
La patria está en el cielo!

DIÁLOGO CUARTO.

EL GENERAL.

L'honneur est un rocher
escarpé et sans bords:
on n'y peut plus rentrer
dès qu'on en est dehors *)!

Doy á Vd. la mas sincera enhorabuena, dijo con alegría la marquesa de Alora al conde de Viana: ciertamente aturde la prodigalidad con que expende la fortuna sus dones á la familia de la hermana de usted la generala Pelaez. En poco tiempo la mujer de su hijo Adrian, que está en la Habana, hereda una inmensa fortuna; su yerno el conde de Povar gana un reñido pleito, y ahora honra la reina á su hijo mayor con la gran cruz de Cárlos III. Sabido es que la fortuna toda es extremos; ¡gracias cuando acierta á escoger por favoritas personas que tanto merecen serlo! lo que por desgracia no siempre sucede. Otro motivo, ademas de mi buena amistad, me lleva á celebrar esta constante serie de venturas, y es ver que los hechos se han puesto de mi parte, para probar á Vd. en sus propios allegados, que por mas que diga, por mas que repita su triste cantinela, hay personas para quienes la vida es bella, dulce y cumplida.

El conde no respondió; pero por sus labios vagó una

*) ¡La honra es isla que descuella
Escarpada en ancho mar;
El que la llega á dejar,
Ya nunca mas entra en ella!

(N. del E.)

sonrisa tan amarga y tan triste, que expresó mas de lo que hubiesen podido hacerlo muchas razones negativas.

— Difícil seria, prosiguió la marquesa, que se hallase un pero que poner á la felicidad de esa familia. Vuestra hermana es una de aquellas mujeres que han pasado por todos los estados de la existencia femenina, siendo en cada cual su modelo. Bella y jóven unió su existencia á un hombre á quien ántes de amarle, graduó digno de serlo, y que por lo tanto obtuvo el beneplácito de sus padres. Cuando fué madre, hizo, como dice Balzac, su cielo del amor materno. Cuando sintió irse su juventud, se impregnó, digámoslo así, de dignidad, la que es en la edad madura un brillo de oro que reemplaza el sonrosado de la juventud. Cúpole la mayor felicidad de la mujer, la de poder vanagloriarse de su marido; siempre tranquila, sosegada siempre, nadie cual ella acertó con el secreto de la vida, que es como el agua, todo lo que la agita la enturbia. ¿Es verdad esto, conde?

— Es cierto, señora.

— El general era el cumplido tipo de los marinos españoles del pasado siglo, á los que perteneció: caballero, culto, científico, bizarro y consagrado á su deber, llevaba en su hoja de servicios el gran nombre de Trafalgar, magnífico canto del cisno de la marina española. Su presencia era hermosa, su alcurnia esclarecida, su caudal pingüe, su modo de sentir y de conducirse el que correspondia al cumplido caballero, de que mereció y obtuvo el lauro. ¿Es verdad esto, conde?

— Es cierto, señora.

— Crecieron sus hijos sin que la muerte le arrebatase ninguno; la escogida educacion que les dieron sus padres, cayó en buen terreno, é hizo de ellos personas de mérito; y al mérito siguió la suerte. El mayor ha hecho toda esta última guerra con indisputable distincion, y ajeno de toda pasion mezquina, como compete á todo noble militar, ocupa en el senado un asiento que honra. Su hijo segundo, si bien he oído decir que fué en sus primeros años un poco disipado, sentó muy luego, y hoy dia vive en una posicion elevada y ventajosa en la Habana; y su linda hija, casada con un grande que es el tipo de cuanto bueno y amante encierra el corazon del hombre, rodeada de sus hijitas, como una rosa

de mariposas, es la mas feliz de las mujeres. Seria esta privilegiada familia ciertamente el blanco de la envidia, si no fuese porque es tan bella la virtud, que se hace perdonar las ventajas en los que la practican, aun de la misma envidia. ¿Es verdad esto, conde?

— Todo es cierto, señora.

— Tan solo una desgracia ha tenido que llorar en su vida vuestra hermana, y fué la muerte de su marido. ¡La muerte! ¡esa es, sí, la gran catástrofe del mundo! esto es, perder á los que se aman; pues en cuanto á nosotros mismos, la muerte no me inspira tedio ni horror, si es santa y buena. Siempre he preferido mirar ese trance, no como el triste fin de la vida, sino como el glorioso principio de la eternidad; así como prefiero pensar en la clemencia de nuestro juez á pensar en su justicia; esperar á desconfiar; amar á temblar; agradecer á temer. Pero la generala es tan virtuosa que sobrellevó este golpe terrible con mucha fuerza y vigor.

— Diga Vd. RESIGNACION, marquesa. La virtud, que es un combate contra nuestras malas propensiones y nuestras debilidades, cuando está aislada es presuntuosa; no cuenta sino con sus propias fuerzas, y tiene por auxiliares al orgullo y la vanagloria, que dan el *valor*. La virtud cristiana desconfía de sí y acude á la gracia, y son sus auxiliares la sumision y la oracion, que dan la *resignacion*.

— ¡Bien definido, conde! RESIGNARSE es dulcificar el dolor, respetándolo como compañero; *llevarlo con valor* es combatir al dolor y vencerlo como á enemigo. Puede, pues, que ese dolor *dulcificado* y no *vencido*, haya engendrado en vuestra hermana aquella afable gravedad, aquella seriedad tan dulce, aquella dignidad tan indulgente que forma la elevada atmósfera que la circunda y es para sus amigos tan deliciosa de respirar: así es que siempre se ve rodeada como una reina, porque su trato eleva y su contacto purifica. ¡Oh! ¡cuánto envidio esa vejez, que haria amar la temida accion de los años, cuando sobre la sien de la mujer repone una corona de flores con una diadema de perlas! Ahora bien, conde, decidme, ¿puede la fantasía mas creadora imaginar una existencia mas cumplidamente feliz, así interna como externa?

— No es posible; esta es la opinion general.

— Y la vuestra particular, señor mio, ¿no es acaso la misma?

— Podria no serlo.

— Eso dice Vd. por negarme un triunfo, uno siquiera! cuando tantos contra mí ha alcanzado. Esto es poco generoso, conde. Mire Vd. que á pesar de sus bellas canas, que tanto me gustan y que tanto honro, voy á calificar á Vd. de obstinado.

— ¡Ojalá, ojalá fuese esa la causa de mis restricciones!

— Conde, ahora añado que sois como el el reloj de Pamplona, del que se dice que apunta pero no da.

— Dejemos indeciso este nuevo caso, amiga mia, y conservemos ambos el juicio que cada cual haya formado.

— Es que una vez siquiera quiero vencer, ya que la victoria se me viene á las manos.

— Bien, me doy por vencido.

— Nada de eso: quiero conquistar la palma, como trofeo; no recibirla como tributo; quiero convictos y no rendidos. ¿Porqué huir del combate Vd. que es tan intrépido guerreador? Es claro, es claro, es porque no tiene Vd. armas, esto es, razones que oponerme.

— Cuando empezó Vd. esta contienda conmigo, bella paladina de la felicidad, me dijo Vd. con harta razon: en nuestra á la vez perfumada y pestífera esfera, no se ensanchan las ideas, no se exaltan los sentimientos, no se multiplican las sensaciones sino á expensas de la felicidad pasiva, negativa si quereis, pero dulce, alegre, tranquila y suave, que es y debe ser el patrimonio de seres caídos, condenados á una vida mortal y de trabajo, pero esta felicidad existe: yo se la enseñaré en su sencillez y pureza, sin traspasar sus límites como el manso rio. Ahora bien, si hemos recorrido esas tranquilas esferas, á las que no llegan ni altas exigencias ni refinados vicios, ni envenenadora ambicion, ni la susceptibilidad melindrosa, y no hemos hallado lo que buscaba Vd., esto es, un sol perenne, una suave y constante brisa, flores sin ajarse, voz que cante siempre y no suspire, ¿cómo podeis pensar que hallemos esta en estas regiones en que hemos pulido el cristal á punto que lo empaña un soplo?

— Pues lo hallé, lo hallé! dijo alegremente la marquesa. Confundo á Vd... le hago ahora mismo abjurar sus errores,

aunque bien sé que como Galileo ha de persistir en que *no se halla, no se halla!*

— Y como Galileo tendria razon; la tierra se mueve; ¡igualmente movible es la felicidad!

— ¿Con que será Vd. capaz de sostenerme que la familia de su hermana no es feliz? ¿Que el general que vió todos sus deseos cumplidos, que no lloró sobre la tumba de ninguno de los suyos, no murió feliz?

— ¿Quién puede saber, señora, el secreto que cada corazon lleva consigo á la tierra?

— ¿Qué secreto amargo puede llevar consigo el que muere en el seno de la religion, en los brazos de los suyos, bendecido y bendiciendo, sonriendo á la vida que fué bella, y á la muerte que lo es tambien porque lo fué la vida? ¡Oh! ¡morir así es una buena y dulce muerte! se la envidio.

— ¿Con que envidia Vd. la muerte del general?

— Como el mayor bien de la vida.

— Pues, señora, dijo el conde con acento amargo é incisivo, sepa Vd. que el general murió de dolor y de vergüenza.

Al oir estas palabras la marquesa, miró asombrada al conde, y viendo la solemnidad de su mirada que sentia hondamente lo que decia, creyó estar soñando.

— ¡Qué dice Vd., señor!... exclamó consternada.

— Una verdad, señora, que con la felicidad de mis hermanos que hizo naufragar, yace en el oculto seno de un mar amargo de dolor.

— ¡Dios mio! Conde... ¿Sabe Vd. que me he quedado fria como el mármol, trémula como las hojas de los alisos? ¡Jesus! ni yo ni nadie sospechaba...

— ¡Oh marquesa! este es un terrible secreto; secreto que, cual el tigre ávido de sangre se introdujo de noche y á paso lento en un hogar, para destrozar el corazon de una familia.

— ¡Me estremece Vd., conde!

— Y con razon, señora, repuso el conde apoyando su frente sobre su abierta mano.

— ¡Pobre amigo! ¡pobre amigo! dijo la marquesa, perdone Vd. si con imprudente mano he tocado una cuerda que vibra tan cruelmente en su corazon; pero estaba tan ajena...

— Lo creo, lo creo; si sus suaves y blancos dedos solo querian coger la rosa, no es culpa suya si os punzasteis con la espina que ocultaba.

— ¡Ay de mí! ¡ay de mí, imprudente! exclamó la marquesa. Perdone Vd., amigo, nada quiero saber. Doblemos la hoja; oculte Vd. mi tierno interes con el secreto en el silencio; el respeto á la desgracia es el mas sagrado, despues del respeto á Dios.

— No, marquesa, es Vd. de la familia, y es mas, es una amiga verdadera; y los amigos son la familia del corazon. Sabrá Vd. la desgracia que cual un cáncer ha destruido la felicidad de mis hermanos; y cuando sepa que es de las que no tienen consuelo, comprenderá que no es la muerte la grande y mayor catástrofe del mundo.

— Conde, dejadme ignorar una desgracia, si no puedo remediarla.

— ¿Me niega Vd. su interes?

— ¡Hable Vd., conde, y así os sea un bálsamo!

— Acertada anduvo Vd. al delinear la vida de mi sobrina mayor, la que cual un terso y transparente cristal no tiene una mancha; mas no fué tan acertado su juicio sobre su hermano menor Adrian. Este dió á sus padres muchas penas. Empezó por ser expulsado del colegio de artillería. Hay muchos casos en que esto no supone falta de alcances, ni incapacidad, ni maldad, y que es solo debido á naturalezas tímidas ó débiles, al tedio, al cansancio, á veces á la desesperacion, por verse el indefenso blanco de esa horrible crueldad que ejercen los muchachos unos sobre otros, tanto mas repugnante, cuanto es puesta en juego por los mayores sobre los menores, por una asociacion sobre un individuo aislado. Aturde que á semejante vejámen no se ponga coto en un cuerpo, que con razon se jacta de producir, no solamente hombres científicos y brillantes militares, pero tambien caballeros cumplidos, siendo una de las primeras cualidades de los tales la generosidad, y lo mas contrario á esta cualidad el abuso de la fuerza con el débil; la opresion en quienes se jactan de equitativos, el despotismo en quienes se jactan de liberales! Triste es decirlo; pero hay una edad en que el hombre es cruel, fria y ferozmente cruel.

— ¡Cierto, cierto! exclamó la marquesa al oir tocar al

conde las cuerdas mas vibrantes de su corazon. ¡Cuántas veces lo he dicho! ¿porqué no se enseña á los niños, ántes de todo, los buenos sentimientos, y entre estos el primero de todos, el mas bello, el mas santo, el mas simpático, la compasion? ¡La compasion es un bálsamo divino que Dios puso en los corazones para ungir con él los males ajenos, sean cuales sean ellos y quien los padezca! La propiedad de sufrir, es legítima acreedora de la de compadecer. Cada dolor físico ó moral que hayamos visto sin compadecerlo, á mi entender, clamará acaso mas en contra nuestra, ante el divino tribunal, que todos nuestros vicios. Cada vicio trae consigo su detestable atractivo, su perniciosa propension; pero la crueldad es un horroroso monstruo engendrado de sí mismo, al que ni el mismo genio del mal se atrevió á dar corriente ni seducciones.

— Marquesa, dijo el conde, deberiais poner una cátedra de buen corazon.

— De bonísima gana la dotaré, amigo mio; búsqueme Vd. un profesor celoso, y todos lo aplaudiremos. Pero... ¿decia Vd. que Adrian fué expulsado del colegio?

— Sí, y este fué el primer dolor para aquellos padres exageradamente pundonorosos; porque sea merecido ó no merecido, el desaire que lleva un hijo, es para sus padres un punzante dolor. Á várias cosas quiso su padre aplicar á Adrian; pero este á ninguna quiso dedicarse con constancia. Entretanto fuése haciendo calavera, porque la ociosidad en cierta edad, es un precipicio que se abre á nuestros piés, y por su borde son pocos los que caminan sin tropezar ó marearse.

Ultimamente su padre determinó escasearle el dinero, de que tan mal uso hacia; y no siendo mi hermana de aquellas madres débiles, que por un mal entendido amor contrarestan las medidas de prudente rigor de sus maridos, consintió en la determinacion que tomó su padre de enviar á su hijo á la Habana, al lado de un tio suyo gobernador de un castillo, para que allí lo sujetase con la disciplina militar. Con este objeto marchó Adrian á Cádiz, para esperar la ocasion de embarcarse. Fué recomendado á una prima de su padre, viuda de un brigadier de marina, señora digna y respetable, que tenia algunos bienes de fortuna. Vivia sola con una

criada en un cuerpo ó partido de casa, en un barrio poco frecuentado.

Recibió esta señora á su sobrino con sumo agrado; le dió no solo las cantidades que su padre le asignó, sino algunas otras que por via de préstamo supo Adrian sacarle. ¡Léjos estaba la excelente señora, de pensar que esas sumas se empleaban en vicios! pero al fin lo averiguó, porque en la misma casa, en el cuerpo que estaba sobre el que ella habitaba, se habia establecido una casa de juego, y la criada de la señora, que era curiosa y entrometida, notó que Adrian al salir de ver á su tia, subia á la casa de juego, y se apresuró á participarlo á la señora. Esta, como era de presumir, reconvino á su sobrino, que en adelante no pudo contar con la generosidad que tantas veces habia venido en su auxilio. Adrian, entónces, escaseó sus visitas, y acabó por no ir nunca á casa de su tia, que le perdió de vista. Mala señal es cuando los jóvenes se retiran del trato.

— Ya lo creo, conde. Bien sabido es, y á honra nuestra se ha dicho, que á medida que el hombre se engolfa en vicios, se aleja del trato de las señoras. Siempre he visto que es un instinto elevado y aristocrático, el que lleva á los jóvenes á frecuentar la sociedad nuestra; y siempre he augurado bien de aquellos que han preferido la buena sociedad á los casinos y á los cafés. Pero... prosiga Vd., conde, se lo suplico.

— Era una negra y silenciosa noche de invierno. Habíanse ya marchado algunos amigos que solian acompañar á la brigadiera hasta las diez; la criada, que estaba indispuesta, se habia acostado, y la señora sentada al brasero, rezaba sus oraciones á la desmayada luz de un reverbero económico, que barruntaba seria en breve pasada la hora de su servicio.

La lluvia sonaba monótona contra los cristales, como la péndola de un reloj; el viento se desplomaba por el ojo del patio, matando ó haciendo vacilar las asustadas llamas de los quinqués de la escalera, y esparciendo el fétido tufo de sus pávilos.

La mar reventaba sus monstruosas olas contra la muralla de la ciudad, denominada de capuchinos, salpicando aquella parte de la poblacion con sus ásperas aguas y sus amargas espumas.

Un temporal en todas partes es triste, ¡en Cádiz..... es lúgubre! Recordaba la señora varios sucesos horribles, acaecidos en Cádiz: Cádiz, que es tan bello y risueño de dia y con sol; pero en el que, como en todo pueblo en que afluye mucha gente y mucho dinero, tantos horrores de noche, y en secreto se habian cometido! Vínosele á la memoria que poco ántes en una casa de su propiedad, no léjos del hospital del rey, habiendo tenido que desenlosar un oscuro y retirado patinillo para componer una cañería, se habian hallado dos esqueletos profundamente enterrados: que se habia dado parte á la justicia, y que todas las averiguaciones que esta hizo, solo alcanzaron á verificar, que en algun tiempo aquella casa habia sido una de esos perniciosos antros del vicio llamados casas de juego; de lo que se vino á colegir, que algun forastero habria pagado cara su buena suerte en ese indigno pasatiempo en el que, — ¡oh ignominia! — se confunde el hombre bien nacido, con ladrones, truhanes, perdidos, ¡hasta con asesinos! ¡arrastrado por un vicio que, sin mas incentivo que la codicia, conduce á la deshonra, á la desesperacion, y hasta el crímen! Arrepentíase de seguir habitando aquella casa en que se habia establecido un garito, hallándose así expuesta á rozarse en su escalera con tahures y gentes de mal vivir, y proponiéndose cuanto ántes el alejarse de tan despreciable vecindad.

De repente tocaron á la campanilla. La brigadiera se sobrecogió como si la hubiese tocado la pila de Volta; mas sobreponiéndose á su estremecimiento físico la señora, que era animosa y serena, sabiendo que su criada estaba recogida, se levantó y fué á abrir. Apénas levantó el picaporte, cuando fué atropellada por la puerta, empujada con violencia por un hombre embozado y enmascarado, que se arrojó dentro y cerró tras sí, y sacando un puñal, la amenazó en queda y honda voz de asesinarla, si no le entregaba el dinero que poseia. La señora, que ya dije á usted era serena, no perdió la cabeza; conoció que el lance era perdido, y que seria muerta si resistia ó gritaba, y así le contestó que estaba pronta á darle cuanto tenia, con tal de que no la maltratase. Entraron ambos en la sala, cogió la señora con trémula mano las llaves que estaban sobre la mesa, y pasó á la alcoba en donde se hallaban sus cómodas. Pero apénas estuvo en ella,

cuando con una sorprendente presencia de ánimo, cerró la puerta, corrió el cerrojo, se arrojó á la ventana que abrió, y se puso á gritar *¡Ladrones!* Mas ¡cuál seria su asombro al oir una voz harto conocida que desde la sala le dijo con imponderable angustia:

— Señora; ¡por Cristo crucificado! ¡no me pierda usted! ¡soy yo! yo, miserable, desesperado, loco!

Se acerca, y abre, Adrian, tirando el antifaz, se echa á sus piés y abraza sus rodillas.

Las gentes de la casa se habian agolpado al porton y llamaban amenazando hundir la puerta: la guardia de la vecina casilla habia acudido; los serenos tocaban sus pitos: Adrian se arrancaba el cabello; el asombro habia convertido á la señora en la inmóvil y pálida estatua del espanto.

Marquesa, ¡cuántas veces se ha dicho y cuántas veces se tiene que repetir, que la mujer es una heroína cuando á serlo la mueve la generosidad! Sobreponiéndose á todos los sentimientos de pavor, de indignacion, de ira, de desprecio, que le agitaban y turbaban sus facultades, la señora levanta á Adrian, lo esconde en una alhacena, serena su rostro, y abre la puerta recibiendo con la sonrisa en los labios á todo el gentío reunido á la puerta.

— Entren Vds., señores, dice con risueño y tranquilo semblante; entren Vds. á recibir las escusas de una mujer medrosa y pusilánime, que asustada porque el viento movió una cortina, creyó ver un hombre en una sombra, y aturdidamente ha alborotado el barrio; pero, no ha sido nada, ¡nada, sino mi visionaria imaginacion!

Sacando en seguida vino y bizcochos, regaló á todos, con todos se chanceó, repartió algun dinero entre los serenos, dió á todos las gracias, y los despidió como habria despedido á su tertulia.

Cuando todo volvió á quedar tranquilo, abrió la alhacena; Adrian salió pálido como el criminal que llevan al cadalso; quiso decir algo sobre su deuda de honor, sobre sus ulteriores intenciones; pero la señora poniendo uno de sus dedos sobre sus labios, y señalándole con la otra mano la puerta:

— ¡Sal! le dijo, y ojalá te sea dado olvidar lo pasado, como procuraré hacerlo yo.

El conde calló: estaba pálido como un enfermo; la mar-

quesa estaba encendida como el metal que ha estado sobre ascuas.

— Conde, dijo al fin con tímida voz, de esto hay tanto tiempo!... Adrian aprovechó la terrible leccion, y es hoy dia un hombre honrado, un hombre de valer; aquello fué un dislate debido á la irreflexion. Adrian fué un loco, un aturdido.

— Fué un *ladron*, señora; esas disculpas que se dan á las maldades, son las peores adulaciones.

— Pero, amigo mio, aun supuesto el mal, ¡señor, por Dios! ¿y el santo perdon? ¿y el generoso olvido?

— Señora, solo Dios perdona y olvida; el mundo no conoce semejantes mercedes; el honor que es su conciencia, la opinion que es el tribunal de sus fallos, estigmatiza sus sentencias con tinta indeleble. Señora, deshonrada quedó aquella pura sangre asturiana, y harto mas manchada que lo hubiese estado con sangre mora. Podeis ver aquella tumba de un hombre honrado abierta por el dolor y la vergüenza que cubre una lápida negra, sobre la cual prohibió el que bajó á ella que se esculpiese su noble blason que mentia, pues era su lema SIN MENGUA. Levantad sobre la frente serena de mi hermana la venda de plata que cubre su sien, y vereis en sus hondas arrugas la marca de un incesante dolor, de un baldon indeleble, y el culpable, señora, es el hombre mas desgraciado. Se considera con razon, parricida, Júdas de su ilustre estirpe, y excluido de la noble esfera de los hombres honrados. Sus remordimientos, si bien ocultos á los ojos de los hombres, lo roen el corazon como el buitre á Prometeo.

— Conde, no sea Vd. tan inexorable en sus juicios: el arrepentimiento purifica, la enmienda rehabilita.

— El arrepentimiento no quita, al contrario, aguza el remordimiento y lo hace principio y parte de la expiacion; y manchas hay que, cual las del hierro, gastan la trama que muere con ellas!

Ambos amigos quedaron por mucho tiempo sumidos en un penoso silencio.

— Por cierto, dijo al cabo de algun tiempo la marquesa, que no es fácil comprender cómo la brigradiera, esa señora, tan discreta y dotada de tan delicada presencia de ánimo, que tan bien se condujo con el hijo no lo hiciese igualmente

con los padres, dejándoles ignorar lo que nunca deberian haber sabido.

— No, señora, no fué aquella digna matrona quien cometió ese acto de crueldad. Fué el caso que la criada, al oir los gritos de su ama, se habia arrojado de la cama, y corriendo para ponerse en salvo pasó ante la abierta puerta de la sala, en el momento que Adrian abrazaba las rodillas de su tia, y oyó lo que le decia. Retiróse en seguida á su cuarto, ya tranquila, y no se volvió á presentar sino cuando la sala estaba llena de gentes. Nunca llegó á sospechar la señora que tan temible testigo hubiese tenido la terrible escena que he descrito. Poco despues la criada buscó un pretexto y se despidió. Por aquel entónces llegó á casa de mi hermana una mujer que exigió hablar en particular á mi cuñado, que la llevó á su despacho en que se encerró con ella. Nadie supo lo que entre ellos medió; pero cuando salieron, el uno llevaba en su corazon el golpe de muerte que en breve lo habia de llevar al sepulcro, la otra una buena fortuna con la que se estableció en Medina, pueblo de su nacimiento, dando por fuente de su riqueza, la herencia que le dejara un imaginario pariente fallecido en América; pero su orígen real era el precio en que habia vendido su silencio. Ya ha muerto. ¡Dios la haya perdonado!

— Al ménos, conde, hay el descanso de que esta desgracia está por siempre sepultada en el misterio.

— Señora... ¡qué triste consuelo! El misterio, es una mentira, es una máscara, es una luz artificial. ¡Pobre hermana!

— ¡Válgame Dios, conde! Y el general, ¿tuvo valor para decirle el fatal secreto?

— ¡Qué quiere Vd., marquesa! En todas cosas se apoya la mujer en el hombre, ménos en el dolor, que entónces se apoya en Dios. El hombre en todas cosas se apoya en sí mismo, ménos en el dolor, en que se apoya en la mujer, por que consolar es uno de sus mas bellos dones, de sus mas dulces prerogativas. ¡Pobre del que en sus aflicciones no tiene una madre, una mujer, una hermana, una hija ó una amiga!!

— Ademas de esto, añadió la marquesa, siempre he notado que el hombre, con una inexplicable crueldad, echa sobre su mujer parte de las faltas de los hijos, y esta se resigna

gustosa á soportarla, si cree que al hijo se le descuenta. Si aquella mala mujer se hubiese abierto á la madre, es bien cierto que nunca habria sabido tan infausto secreto el padre. Las madres tienen un manto de amor con que cubrir las faltas de los hijos, tan tupido y tan extendido, que á veces se tapan con él hasta sus propios ojos. — ¿Y dice Vd. que el general no pudo resignarse?

— No, señora; aquella cabeza tan erguida hasta entónces, se dobló; aquel esforzado veterano se postró como la robusta encina que derribó el rayo! Taciturno y misántropo huyó del trato de las gentes: una espantosa ictericia, una incombatible consuncion le llevaron en breve al sepulcro. Ántes de morir hizo tres partes de su caudal, de que envió una á su hijo Adrian, á la Habana; en ella descontaba diez mil duros, precio del silencio de aquella miserable. La carta que acompañaba esta remesa, solo contenia estas palabras: *No volvais á España miéntras vivan vuestros padres.* Ahora bien, marquesa, ¿qué dice Vd.? ¿Envidia aun la vejez de mi hermana? ¿Es feliz el que lo parece? ¿Es oro lo que brilla?

— ¡Conde, por Dios!... tales deli... extravíos; son tan poco comunes; como lo es el delicado y excesivo pundonor de vuestros hermanos. Hoy dia la indulgencia es tan grande, tan lato el círculo que abre la sociedad!...

— De esto me quejo, exclamó con violencia el conde: me indigno de ver esta sociedad cual una Mesalina, recibir á todos igualmente en su seno! El mismo caso hace, las mismas atenciones tiene con la mujer depravada y de mala índole, que para la mujer virtuosa y delicada. Mas graciosa es su sonrisa para la niña vana y disipada, que para la niña modesta y recogida; y cada cual alarga lo mismo su mano al hombre de bien, que al que no lo es. Lo mismo se acata al mérito, que á la atrevida presuncion. ¿Hay acaso lauro para el hombre de virtudes? ¿Hay acaso repulsa para aquel que ninguna conoce, aprecia, ni practica? Miéntras el tribunal de la opinion no haga justicia, seguirá este espantoso cáos en que vivimos.

— Pero á algunos hombres se hace justicia, señor: podria citar á Vd.

— Las escepciones prueban las reglas, señora. Pero lo

general es ver á la opinion cual indolente sultana, sin nervio y sin énergía para alzarse en su tribunal á separar, como es su deber, el trigo de la zizaña; muy al contrario, se la ve acatar á las fortunas sin tomar en cuenta su orígen; y no por benevolencia, porque si con una mano inciensa, con la otra levanta denodada y malévolamente el velo que cubre sus misterios, y se ríe, al ver el frauduloso, el falsario, el venal, la impunidad que seduce, el ejemplo que arrastra, la indiferencia que incita para lo malo, y desmaya para lo bueno! El *indiferentismo*, señora, que es la parálisis de la virtud, ese es su estado.

— Conde, ¿dónde ve Vd. eso? ¡Qué fallos tan injustos y acerbos! ¿En qué paleta ha hallado Vd. los colores para ese cuadro inverosímil que lastima la vista?

— Perdone Vd., amiga, pues es cierto que hago mal en constituirme en Heródes de sus ilusiones. Usted no conoce nada de eso, pues como la blanca nube de verano, vaga Vd. en una pura atmósfera cual ella, no recibiendo mas matices que las rosadas tintas del sol, ni mas impresiones que de las suaves auras del cielo que nos elevan; pero creed, amiga mia, que entre las cosas CUMPLIDAS QUE SOLO SE HALLAN EN LA OTRA VIDA, ES LA PRIMERA LA JUSTICIA.

DIÁLOGO QUINTO.

EL QUINTO.

Et mon fils est-il mort! Ah mon Dieu! quel sacrifice! Et là-dessus elle tombe sur son lit. Tout ce que la plus vive douleur peut faire, et par des convulsions, et par des évanouissements, et par un silence mortel, et par des cris étouffés, et par des larmes amères, et par des élans vers le ciel, et par des plaintes tendres et pitoyables, elle a tout éprouvé.

¡Mi hijo!... ¡mi hijo es muerto! Oh Dios mio! ¡que sacrificio!! Y diciendo esto, cae desplomada sobre su lecho. Todo lo que el mas vivo dolor puede hacer, por convulsiones, por deliquios, por un silencio mortal, por ahogados gritos, por lágrimas amargas, por alzar las manos, los ojos y el corazon al cielo; por quejas ternísimas que desgarraban el alma; por todo ha pasado, todo lo ha sentido, todo lo ha agotado hasta las heces!

MADAME DE SÉVIGNÉ.

— ¡Otra quinta decretada! Exclamó el conde de Viana, tirando sobre la mesa un periódico que leia. Hé aquí, marquesa, un gran mal que hace preciso la necesidad de precaver otros mayores. ¡Pobres campesinos! como si no os bastasen vuestra miseria y afanes! ¡Oh, triste mundo, amiga mia, triste mundo!

— Pero, conde, contestó la marquesa de Alora, si algun argumento fuerte existe contra aquellos que se empeñan en demostrar lo infeliz y miserable de la suerte del campesino, es este cabalmente: el terror y desesperacion que infunde en los pueblos el anuncio de una quinta. En efecto, nada es

comparable á la agonía con que los padres dicen de un hijo suyo: *¡ya le toca meter mano en cántaro!* Todo el mundo sabe los sacrificios que hacen los mozos para libertarse de ser soldados; se han herido y han emponzoñado sus heridas para hacerlas aparecer como úlceras; se han arrancado dientes; y ha habido mozo que se ha cortado un dedo para lograr su objeto. Toda esta repugnancia se equivocaria el que creyera que fuese contra el estado militar; tampoco prueba miedo; porque el valor es innato en el hombre, es una virtud primitiva, y se encuentra en toda su consistencia en el campo, á donde no ha llegado la molicie y enervamiento de las cultas ciudades. No originan tampoco esta repulsion los trabajos, porque mas pasan en su afanosa existencia; no la causa su manutencion, porque el soldado se nutre mejor que el campesino, que en verano solo gusta y apetece gazpacho; no el vestir, porque el soldado está bien vestido; no la tristeza de la vida militar, pues es conocido que no hay nada mas alegre que el soldado, nada hay mas gozoso que esas bandadas de gente jóven y sin cuidados, que llevan la vida harto mas lijeramente que su mochila, y que cuando fuera del servicio se entregan libremente á sí mismas, hacen rebosar estrepitosamente su alegría en cantos, bailes, juegos, cuentos y chanzas. Nada de esto, pues, produce ese inmenso dolor y angustia que se esparce por los pueblos al anunciarse el sorteo; solo se funda en la pena de la ausencia y en verse arrancados de su tierra y de la vida que aman, de su hogar y de sus cariños. Para no cambiar su situacion, les parecen pocos todos los sacrificios. De lo demostrado resulta bien claro que miran su situacion como feliz.

— Diga Vd. que la aman, pero no deduzca de esto que la crean feliz.

— Conde, mala es la causa para cuya defensa se acude al sofisma, y lo es lo que acaba Vd. de decir. ¿Qué otra cosa puede hacer amar una situacion sino la felicidad que brinda? Para probar á Vd. todo este apego al hogar, á la familia, á sus amores, referiré á usted un suceso acaecido poco ha, y que me ha referido mi doncella con todos sus mas mínimos pormenores, por haber acontecido en su familia; lo contaré con la escrupulosa exactitud que pongo en cuanto le refiero, porque la mas pequeña *fioritura*, el mas

mínimo adorno poético, le privaria quizá de su sello de verdad, de su pureza genuina popular, lo que quitaria á mis cuadros su autenticidad, y daria lugar á que me dijese Vd. con su sonrisa incrédula: — «Compone Vd. novelas, amiga mia, las compone Vd. sin querer, engañándose á sí misma; es Vd. como el escultor que con un poco de barro hace un santo.» — Nada de eso, soy un vulgar daguerreotipo; el que no quiera ver las cosas segun yo las presento, es, ó bien porque tiene la lijera y desdeñosa mirada del disipado mundano que nada profundiza, ó la fria y amarga mirada del misántropo que aja las flores sobre que se posa.

— Tiene Vd., dijo el conde sonriendo, por corazon una rosa sin espinas.

— Y Vd. quiere ajarla.

— ¡Oh! no. Quisiera regarla con las aguas de la fuente de Juvencia. Pero cuénteme Vd. lo que me ha anunciado.

— Tacha el mundo, principió la marquesa, de *extremos* á las angustias y dolores del amor de madre.

— Y lleva razon, opinó el conde. Todo lo que es apasionado en el hombre, aunque sea el santo amor de madre, necesita un freno. MARIA al pié de la cruz, ni se arrancaba el cabello ni se despedazaba el pecho. Señora, señora, todos los dias rezamos HÁGASE TU VOLUNTAD, ¿es sincero este acatamiento si en seguida nos rebelamos violentamente contra esa mismo voluntad? Esos dolores descompuestos no son cristianos, señora.

— Por descabellado que sea ese amor, es bello y simpático, conde.

— Ese dolor denominado *extremos* es insensato como un suicidio, amiga mia; y esas madres, energúmenas de amor, merecerian que se les muriesen sus hijos para enseñarlas así lo que es un dolor real.

— Conde, ¿ha olvidado Vd. que tuvo madre?

— ¡No lo permita Dios! Venero la tierra porque ella la pisó; la respeto porque en ella yace su cuerpo, y ansío por el cielo, porque en él me aguarda su alma pura; pero eso no quita...

— Que lo que en ella admiró á Vd., le encantó y llenó de gratitud, en otras lo quiera motejar. AMOR NO DICE BASTA, conde!

— Marquesa, esa bella expresion es solo aplicable al amor divino.

— Siempre me contradice Vd. conde; ¡si viera usted cuanto lo siento!

— No lo sienta Vd., amiga: una pausada nube que mitiga algo los brillantes rayos del sol, y refresca algo la tierra con una templada lluvia, hace provecho.

— ¿Y porqué hace Vd. una nube en mi cielo?

— Para que su demasiada pureza y brillo no le hagan creer imposibles las borrascas y tempestades. Mas... prosiga Vd., no volveré á interrumpirla.

La marquesa volvió á anular su relato en estos términos:

No hay corazon que no hubiese partido la vista del cuadro que se ofrecia en una de las casas del lugar de V., en que se habia verificado el sorteo aquel dia. Echada sobre un colchon que habian puesto en el suelo, yacia una infeliz mujer á quien sostenian en sus brazos dos hijas suyas deshechas en lágrimas; de rodillas á su lado, y apretando contra las suyas sus convulsas manos, estaba un hermoso jóven, su hijo, que habia sacado del cántaro el número fatal que lo hacia soldado. Su padre, sentado sobre una silla baja en el rincon mas oscuro del cuarto, torcia entre sus trémulas manos su sombrero; y no llegaba á hacer retroceder las lágrimas, que cual gotas de acíbar destilaba su corazon, y surcaban sus atezadas mejillas. Dos muchachos pequeños lloraban á gritos repitiendo:

— ¡Benito es soldado, y madre se va á morir!

Esta escena de dolor acerbo se hizo aun mas desgarradora al entrar desatentada una jóven que se echó sollozando sobre el lecho de la infeliz madre, exclamando:

— ¡Tia, tia, tia de mi alma! ¡ya se acabó mi boda! ¡ya se va á ir! ¡y ya no quiero yo sino morirme! ¡Benito! ¡Benito! ¿quién puso esa cédula, esa sentencia de muerte en tu mano?

La pobre madre habia perdido el sentido. Esta desolacion era la misma en otras seis casas del lugar.

Pero admire Vd. conmigo una cosa, conde, y es la bella resignacion del pueblo. En medio de este violento estado de afliccion no se le oia ni una queja contra el gobierno, ni un anatema contra la institucion, ni una maldicion al estado

militar; sus quejas eran contra su mala suerte; el acriminado era el número!

Partió Benito, y no es posible pintar la pena de aquella madre, ni el dolor de su novia Rosa, aquella jóven qué, como todas las de los pueblos, tenia en su corazon aquel profundo amor, que es el primero y último de su vida; aquel amor que resume sobre el mismo objeto el amor al amante, al marido, al padre de sus hijos y al compañero de su vejez; amor exclusivo, que hace improfanado, puro é inmaculado el corazon de la mujer perfecta.

— ¡Oh! inculque Vd. esas ideas á las jóvenes, exclamó el conde, para que miren con hastío las novelerías que han viciado el ideal de la mujer, y torcido las nociones sobre su destino! La jóven, cual una suave planta, no se debe criar sino á la sombra de su madre, no debe florecér sino para su marido, no debe perfumar sino el hogar doméstico, é invertir toda su savia en criar bellos los frutos que Dios le asigne.

— Este tipo que tan bien bosqueja Vd., repuso la marquesa, no se halla por lo regular en las novelas, pero sí en el pueblo que miramos como incivilizado y prosaico.

— ¿Sabe Vd., dijo el conde sonriendo, que el pueblo tiene en Vd. un amigo mucho mejor que Proudhon?

— ¡Pues ya lo creo! contestó la marquesa: hay en mi favor todo lo que va de un verdadero á un falso amigo. Pero proseguiré mi relato; se acerca la hora de la tertulia, hora en que será interrumpida mi relacion, si no la he concluido. Benito llegó con el corazon muerto á la capital de provincia en que debia reunirse al regimiento. Pronto se disipó su tristeza entre aquellos festivos y alegres compañeros; pero no el ánsia por su pueblo, el profundo apego á su amor y á su familia. Desde la primera noche, tuvo Benito una muestra de la poesía y música de sus camaradas, pues habiéndose proporcionado una guitarra, á la que faltaba mucho para poder ser tenida por de Pagés, empezaron á cantar, ya á una voz, ya en coro, un sinnúmero de coplas de este género:

Soldado soy de á caballo:
Lo que quieras te daré;
Pero en tocando á *casaca*,
No quiere mi coronel.

Cuatro cuartos me da el rey,
Y con ellos como y bebo,
Le pago á la lavandera,
Y siempre tengo dinero.

Pensamiento tuve, niña,
De servir al rey Fernando;
Desde que vi tu hermosura,
Dije: que le sirva el diablo.

Con un pié en el estribo
Y otro en el aire,
Se despide un soldado
De su comadre.
Mano á la rienda,
Se despide un soldado
De su morena.

Algun tiempo despues llegó la órden para el embarque de las tropas destinadas á la Habana, rebajando dos años de servicio á los que quisiesen ir allá. Con ánsia aprovecharon los quintos la ocasion que se les brindaba de acercar la época deseada de volver á sus hogares. Todos estos voluntarios fueron conducidos á un puerto de mar á aguardar el dia de su embarque. Allí fueron alojados en un cuartel: á poco, fuese el calor de la estacion que lo originase, ó fuese un mal estacional, estalló entre la tropa una oftalmía de mal especie. Siendo este mal contagioso, fueron los soldados extraídos del cuartel y repartidos en alojamientos, prudente medida que concretó el mal en los primeros atacados: estos fueron conducidos al hospital. Entre ellos iba Benito, que era uno de los que con mas intensidad habia acometido el mal. Estaban los pobres pacientes al cuidado de un cirujano jóven, que ademas de ser hábil, tenia y demostraba un profundo y tierno interes por sus enfermos. Entre ellos, Benito era el que mas le movia el corazon; su buena índole, su hermosa figura, todo en él atraia la simpatía.

El facultativo vió con profundo dolor que la oftalmía del pobre quinto era casi incurable, y que miéntras los demas se iban restableciendo y uno despues de otro saliendo del hospital, el mal de Benito se hacia mas intenso é incurable. En la angustia que le produjo el estado del enfermo, pasaron

algunos dias, sin que el humano facultativo participase sus temores al desgraciado jóven, amenazado en la primavera de su vida de no ver mas la luz del dia, de no ver mas los objetos de su cariño, de hallarse, en todo su vigor, inútil, en toda su lozanía marchito, inútil, en toda su hermosura desfigurado, y que destinado á ser el amparo de sus padres, de su mujer y de sus hijos, estaba expuesto á no hallar para sí mismo otro que el de la caridad pública!...

No obstante, el mal, ese enemigo encarnizado, algun tiempo despues se aferró en un ojo, experimentando el otro algun alivio.

— Señor, dijo un dia Benito al facultativo, todos los demas mozos han curado y han salido del hospital: ¿es mi mal peor que ninguno, que alivio no hallo?

— Sí, hijo, respondió tristemente el cirujano: es peor tu mal. ¡Dios sabe cuánto me he afanado por curarte!... alivio tienes; pero...

El facultativo compadecido se detuvo.

— ¿Pero... qué?... preguntó el quinto.

— Hijo, contestó pesaroso el cirujano, me temo que... que pierdas un ojo.

— ¿Que me quede tuerto?... exclamó el quinto.

— ¡Cuánto he podido he hecho inútilmente para precaverlo! contestó el facultativo.

Pero ¡cuál no seria su asombro cuando al pronunciar estas palabras vió estallar en Benito la mas apasionada, la mas expansiva explosion de alegría! El cirujano creyo por un instante que el paciente se habia vuelto loco.

— ¡Señor! ¡Señor! exclamaba, ¡bendito sea Dios! ¡bendito sea Vd. mil veces, que no me ha curado! Señor, soy un infeliz; pero ¡así tuviese los tesoros del mundo para remunerar á Vd. el beneficio!

— Pero, hombre, ¿has perdido el juicio? exclamó el cirujano. ¿Con que te alegras de perder un ojo? ¿Te estás burlando de mí?

— No señor, no señor, contestó el quinto; pero ¿no está Vd. viendo que me iré á mi casa?

El conde y su amiga permanecieron callados algunos ins-

tantes bajo la emocion que sentian, admirando tan patente prueba del santo amor á la familia y al hogar, y compadecidos de la amargura de una situacion de la que salen con júbilo aun á costa de tan terrible desgracia!

— Ha probado Vd. plenamente su aserto, marquesa, dijo al fin el conde; y puesto que el soldado español es alegre, dócil, honra el estado militar, respeta el derecho del país al llamar á sus hijos bajo su bandera, y á pesar de esto, todo sacrificio le parece poco para eximirse de mudar de estado, es porque efectivamente son en su corazon profundos y apasionados el amor á la familia y al lugar de su nacimiento. El lance que ha referido Vd., ya lo sabia. Benito es sobrino de mi capataz en V... y dió la casualidad de estar yo allí este otoño á fines de vendimia, cuando regresó Benito á su casa.

— ¿Y fué inesperadamente? preguntó con ansiosa curiosidad la marquesa. ¿Sorprendió mucho á su familia?

— Supe todos los pormenores de su vuelta por mi capataza, que es tan sumamente amiga de hablar, que cuando ha agotado toda materia, y exprimido todo asunto, vuelve á decir lo que ha dicho ya, como sucede en las cortes.

— Cuente Vd., pues, esos detalles, conde; no puede usted creer lo que me complacerá en ello.

— Un año habia transcurrido desde la salida de los quintos; pero la pena de la madre y de la novia de Benito estaba viva como el dia en que partió. Las penas que no tienen remedio, levantan la palabra IMPOSIBLE como una barrera á toda esperanza, y la ponen sobre el corazon como una losa sobre un sepulcro, que halla entónces en su misma inamovilidad la quietud del hielo. Pero la pena que muestra una lejana esperanza al traves del temor de otras penas mayores, suscita y acrecienta inquietas y amargas olas en el mar de angustia que inunda el corazon.

Así era que la familia del quinto, que creia que se habia embarcado para la Habana, estaba reunida en la mayor congoja en una de las tormentosas y lúgubres noches con que tan anticipadamente se anunció el otoño de este año. La lluvia caia en tan gruesas gotas que no parecia sino que las hubiesen cebado las nubes para arrojarlas cual proyectiles á a tierra. El viento hacia alarde de su fuerza invisible y de

su inconsistente poderío, lanzaba su lúgubre grito de guerra, y arrancaba las tejas que cubren las casas, así como el soberbio insolente derriba el sombrero del humilde que no se lo quita; en el silencio de la noche nada respondia á sus bramidos, sino algun lejano trueno. De cuando en cuando dibujaba un relámpago su marcha con agudos rasgos de fuego en las negras nubes, y toda esta tormentosa agitacion de la naturaleza hallaba un eco fiel en los corazones de aquella angustiada familia. La pobre madre...

— ¡Ya me hago el cargo! interrumpió al conde la marquesa. ¡Ay! que el dolor no halló lecho mas blando que el corazon de una madre, y así lo hizo su preferente morada!

— La pobre María, prosiguió el narrador, postrada ante el CRUCIFIJO y una imágen de la VÍRGEN DEL CÁRMEN, rezaba el Trisagio en voz ahogada y temblorosa. — ¡Ay Dios! exclamó cuando hubo concluido el cántico; mi pobre hijo que ahora está en la mar, en la mar que dicen se traga mas navíos que el año dias! ¡MARÍA SANTÍSIMA DEL CÁRMEN! ¡Tú que has salvado tantas vidas de navegantes que á tu amparo se acogieron como almas de pecadores que tu intercesion buscaron, SANTA MADRE DE DIOS, oye los clamores de otra madre! ¡JESUS! ¡SEÑOR! cuantos años me quedan de vida daria por tener á mi hijo á mi lado! No puedo pediros tamaño milagro; pero sí os pido que le salveis de esta borrasca, que desamparado del mundo entero, estará pasando! Saldvadlo, SEÑOR, por las lágrimas de vuestra madre, salvadlo! — ¡Salvadlo! repitió toda la familia sollozando. — ¿Para qué pedir el ir á América? gimió su prima Rosa; ¿para qué exponerse sobre esa mar que no es amiga de nadie? — Ese hijo me va á matar! exclamó María, pues lo que estoy pasando es peor que mil muertes! — Pues ya se ve que te quitará la vida, no él, sino tú misma, dijo el padre. Desde que las Indias son Indias, ¿no han ido y venido allá los españoles como yo voy y vengo al cortijo? ¡Pero de juro que se ha de ahogar Benito! te se metió en la cabeza, y lo que á tí te se mete en la cabeza, ni con un barreno de pólvora sale. — Calla, Martin, contestó su mujer, que estás haciendo de tripas corazon, y tan muerto estás como yo. ¡Jesus! añadió tapándose el rostro con ambas manos, herida su vista por el

repentino fulgor de un rayo, al que siguieron los cortados y repetidos estallidos con que revienta el trueno cuando está la tormenta sobre nuestras cabezas. Las muchachas se pusieron á rezar el SANTO, SANTO, SANTO; y María dejó caer abismada su cabeza sobre una silla en que ocultó su rostro gritando: — Hijo mio, hijo mio! — En este instante llamaron á la puerta; uno de los niños fué abrir. — ¡Jesus! gritó cuando hubo abierto. ¡Padre, padre, un forastero! Y ántes que su padre contestase se precipitó un hombre en el cuarto, tendió rápidamente la vista, vió á María, voló hácia ella y la cogió en sus brazos diciendo: — ¿No me llamaba Vd., madre? Aquí estoy. — Hay escenas que no pintan pinceles ni describen plumas. Todo en aquella casa la habia anonadado la alegría; en vano lanzaban las nubes sus rayos, rugia el viento sus amenazas, é inundaban los aguaceros la casa; el sol de mayo brillaba en ella. Ya no eran súplicas sino acciones de gracias las que se dirigian y las divinas imágenes. ¡Milagro! exclamaba fuera de sí la madre. ¡Milagro! repetia enajenada la familia.

Habíase acercado á la mesa sobre que estaba el velon, y solo entónces notó María la lesion de su hijo.

— ¡Benito! gritó extremecida ¿qué es eso?

— Eso, contestó Benito alegremente, es que me cuesta la licencia un ojo de la cara.

— *Y no es cara*, dijo Rosa con alegría y con la exquisita delicadeza del verdadero amor.

— ¡Hijo de mi vida! ¿Has estado en campaña? preguntó con acongojada voz María.

— Sí, en el hospital, luchando con un enemigo mio y no de su majestad.

— ¡Ay Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la pobre madre llorando amargamente, que mi hijo ha perdido un ojo!!!

— ¿Y qué le hace si le queda otro? repuso Rosa echándose á reir.

— ¡Ay! qué desfigurado está el hijo de mis entrañas! gemia María, retorciéndose las manos.

— No tal, señora, respondió Rosa con la misma alegría. Á bien que no tiene que parecer bien sino á mí, y á mí me parece hermosísimo, ahora como ántes.

— ¡Lisiado mi hijo! ¡Lisiado mi sol! repetia llorando

María. Mas quisiera que se me hubiesen secado mis ojos de llorar, que no ver á mi Benito tuerto!

— Pero, señora si Vd. no se va á casar con él, sino yo, y á mí no se me importa que lo esté, replicaba Rosa.

— ¡Ay! quién pudiera quitarse los suyos y ponértelos, proseguia diciendo entre sollozos María. ¡Yo que te parí con dos ojos mas bellos que dos estrellas! ¡Ay! ¡qué dolor! ¡qué dolor!!!

— No llores, mujer, dijo Martin á María; ántes dá gracias á Dios por la merced que nos ha hecho, trayéndonosle. Ha poco no te atrevias á pedir á su majestad tamaña gracia; y ahora que cuando esperarla no podias, te la concede, en lugar de agradecerla lloras por lo que queda! ¿Tú quieres las cosas sin pero, y á medida de tu deseo? Pues, hija mia, eso no puede ser, porque siempre se ha dicho que:

COSA CUMPLIDA...
SOLO EN LA OTRA VIDA.

El conde calló, y tambien la marquesa permaneció silenciosa y con la cabeza inclinada.

— ¿En qué piensa Vd., mi amiga? preguntó al cabo de esta pausa el narrador. ¿He persuadido á Vd. al fin con la ayuda de los hechos, de que COSA CUMPLIDA SOLO EN LA OTRA VIDA?

— Me preguntaba á mí misma, contestó la marquesa, que cuál de las dos queria mas á Benito, si su madre, á quien tanto afligia su deformidad, ó si su novia á la que no se le importaba nada.

— Cada cual fué en su género el tipo mas cumplido de sus respetivos amores, respondió el conde.

— Pues, á su vez deduzca Vd. de esto, amigo mio, prosiguió la marquesa, que algo hay CUMPLIDO en este mundo, y es todo NOBLE AMOR EN EL CORAZON DE LA MUJER.

DIALOGO SEXTO.

UN TIO EN AMÉRICA.

Être d'un jour, épuisé de souffrances,
J'ose rêver un ciel consolateur:
Fils du néant, pourquoi tant d'espérance,
Fils d'un Dieu roi, pourquoi tant de douleur?
A ma raison cette énigme résiste;
Mon cœur gémit et mon esprit se tait;
C'est que la vie est un mistère triste
Dont la Foi seule a trouvé le secret.

Ser de un dia, abrumado de padecimientos, me atrevo á soñar en un cielo consolador; hijo de la nada ¿cómo tanta esperanza? hijo de un Dios Rey: ¿por qué tanto dolor?

Resístese este enigma á la razon mia; gime mi corazon, calla mi entendimiento; pues es la vida un misterio triste, que solo comprende y explica la fe.

EL PRESBÍTERO GERBERT.

— Señor, señor, dijo la marquesa de Alora al ver entrar á su anciano amigo el conde de Viana, tengo una historia que contar á Vd. fresca, fresca como una rosa de abril.

— Mucho siento que no sean dos, contestó el conde.

— Es que vale por ciento, exclamó con gozo la jóven señora.

— Es claro que eso vale solo por contarla Vd.

— No, no por contarla yo, sino porque es cierta, y me va á valer un triunfo sobre esa triste opinion de usted que no hay felicidad cumplida en este mundo, y que solo podemos esperarla en el otro.

Ansío ya por oirla, dijo el conde arrellanándose cómodamente en un sillon frente á su amiga.

— Y yo mas por contarla. Si no hubiese Vd. venido, conde, creo que se la hubiese contado á mi canario, que despertó cuando entraron el reverbero, al que cantó la bienvenida, tomándolo quizá por el sol de Dios. Pero vea cuán poco ha durado su ilusion, pues desengañado, ha vuelto á ocultar su linda cabecita bajo su ala y á dormirse.

— No hay ilusion que dure, marquesa, y acabará usted por hacer lo que su canario; bajareis vuestra cabecita, y cerrareis vuestros ojos, hasta abrirlos al SOL ETERNO.

— Despues de contada mi historia, discutiremos este punto y disputaremos como siempre.

— Por de contado; ¡oh! amiga mia, si siempre estuviésemos de acuerdo, no seriais vos la linda jóven llena de vida, de sonrisas é ilusiones, ni yo el anciano cargado de canas, experiencias y desengaños! Pero empiece Vd. su relato, que si pasa la hora de nuestra conferencia particular y entran los tertulianos, no me la contareis; y prevengo á Vd. que no me conformaré tan resignadamente como su canario á dormirme despues de una esperanza fallida...

— Cuidado, conde, que cual él no cante Vd. creyendo astro lo que solo será una lucecita.

— Nunca me engaño, cuando espero que lo que me cuente Vd. me interese y me encante.

— Para contar á Vd. á mi sabor la prometida historia, dijo la marquesa, tengo, como siempre sucede, que tomarla un poco de atras, y andarme como dice la bonita frase vulgar, por las ramas.

— Como los pájaros... como las mariposas, repuso el conde: bien; tanto mejor; eso es lo que yo deseo. Vuestros vuelos, que son las variaciones de su hermoso tema, que todo es bello y bueno en este mundo, me son gratos al corazon, como son al oído de los filarmónicos las variaciones que con tanta melodía ejecutan los grandes artistas sobre temas escogidos.

— Sabe Vd., así empezó la marquesa su relato, que hace dos años padeció Alberto de resultas de una pulmonía una afeccion de pecho que nos llenó de cuidado; yo no podia vivir, sentia, como dice madama de Sevigné, el dolor que le causaba su tos en mi pecho, y tenia toda la aprension de que él carecia. Los facultativos le aconsejaron que hiciese

un viaje de mar y pasase el rigor del estío en un clima ménos ardiente y seco que el de nuestra Andalucía, castigada por sus levantes y solanos, como si tambien quisiese la naturaleza dar á Vd. razon en su sempiterno tema de que no hay bajo las estrellas cosa cumplida. Unos aconsejaron ir á Inglaterra, otros á Suiza, otros á Bélgica; pero Alberto, que como sabe Vd., no es amigo de buscar léjos lo que cerca puede hallar, determinó pasar dicha temporada en Galicia, cuyo delicioso temperamento de verano no goza de la fama que merece, ni atrae á los forasteros que deberia, no solo por nuestra apatia, sino tambien á causa de nuestra desgraciada falta de caminos, de posadas y de buenos medios de viajar. Me ofrecí á acompañarle, lo que no rehusó; en esto como en todo eran unos nuestros deseos. Conde, Alberto no apreció en todo su valor el heroismo de que di prueba para no desunir lo que Dios unió; me embarqué en un vapor, ¡en un vapor de mar! ¿lo concibe Vd.?

— Concebiria que se hubiese Vd. embarcado en un globo aereostático para no separarse de Alberto.

— Paso por alto la navegacion, conde, prosiguió la marquesa; y solo recordaré estremeciéndome, la tormenta que sobre el cabo de San Vicente nos atronó, el viento que nos sacudia, las olas que nos azotaron, el erguido cabo que nos amenazaba, las ballenas que nos rodeaban lanzando al aire sus saltadores de agua como burlándose de la torpeza del barco, ese competidor que labra y les presenta el hombre en sus dominios, con vida artificial de fuego, con cuero postizo de brea, y aletas fingidas de lona. Vimos cerca de Lisboa á la desembocadura del Tajo, la torre que se levanta aislada rodeada de mar, y que sirve á la vez de faro y de prision, representando un fantástico Saturno, que á la vez diese la vida y se tragase á sus hijos.

Por fin, presuroso, ruidoso, impetuoso, azorado y bufando, exacta personificacion del espíritu de la época, entró nuestro negro dragon en la hermosa bahía de Vigo: no la miró, se detuvo un momento para desembarcar la balija y los pasajeros, y se fué sin despedirse.

Vigo, que se ha agazapado sin gracia ni comodidad en la ladera de un cerro como si temiese mojarse los piés, en lugar de estenderse airosamente en el llano precioso que sigue al

escueto monte, no tiene nada de bonito, sino su campo y sus vistas, y así no nos detuvimos allí sino el tiempo preciso para disponer la manera de proseguir nuestro viaje, y aguardar la hora conveniente para emprenderlo.

Á la mañana siguiente, pues, al tiempo que se deslizaba callada y pálida el alba entre la noche y el dia, surcábamos en una lancha llevada por cuatro remeros la magnífica bahía de Vigo. No movia su superficie en aquella hora, que es la que mas respeta el viento, ni el mas leve soplo de esta invisible y poderosa fuerza; aquellas aguas, á las que la tierra abria paso como para hacerles con ellas en sus faldas un abrigo á los barcos que llevan à sus hijos, tomaban entre sus verdes orillas el continente de un manso rio, y parecian esforzarse en conservar en su seno la imágen de las deliciosas vistas que en ella se reflejaban. Forma, la ria, estrechándose, un recodo á la izquierda, y sigue su angosto cauce por mas de una legua. No es posible imaginarse un paseo marítimo mas encantador que el que al alba de un hermoso dia proporciona aquella ria sorprendente. Tapiza los montes que la encierran un césped que tiene toda la frescura y vivo color del tan celebrado que es el vestido de gala del campo de Inglaterra. De cuando en cuando descuellan en las lomas de estas alturas el campanario de la sencilla iglesia de un lugar escondido entre la enramada como un nido de sencillos pájaros. La completa calma de la atmósfera hacia que llegase á nuestros oídos la llamada de la campana á misa de alba. Difícil me seria espresar la conmoviente sensacion, las inspiraciones poéticas que producia aquella voz de la iglesia, que es como todo lo suyo á la vez tan grave y gozoso, tan solemne y pacífico, tan elevado y tan sencillo; aquella voz que os llama en el mismo tono á tí, príncipe y á tí pordiosero; á tí anciano y á tí niño; á tí sabio y á tí simple. Nada puede impresionar mas religiosa y poéticamente nuestra alma, que aquel toque con que hemos sido criados, cuando lo oimos en un sitio encantador, en una mañana deliciosa, suavizado por la distancia, esparciéndose á un tiempo por la atmósfera con los brillantes rayos del sol.

Angóstase tanto la ria, que tiene en ambas orillas dos castillos cuyas tristas ruinas quedan unas en frente de otras, como dos manos mutiladas por el tiempo, que en otros mas

felices se unian por una enorme cadena para guardar las magnas escuadras que llevaban y hacian respetar por el orbe el pabellon de España. Míranse unas á otras las dos ruinas al oir la campana de la aldea, que nunca enmudece, y se preguntan ¿cómo pudo enmudecer la poderosa voz de sus cañones? No las consuela la jóven y rica vegetacion que las rodea, y rechazan con sus duros y compactos cimientos la amiga de las ruinas, la yedra, prefiriendo su estoica pobreza y desnudez á galas que desdeñan.

Á poco se ensancha la ria y forma un magnífico lago circular. En medio se levanta una isleta, como si la naturaleza yendo al encuentro de las necesidades del hombre, le hubiese preparado el terreno adecuado para el hermoso lazareto que allí se ve. Al lado izquierdo, recordando la ria que es mar, arroja de su seno unos peñascos duros y desnudos, que forman islas de rocas, que son tambien un lugar de refugio para las aves marítimas, maltraídas por los temporales de la costa de Cantabria.

Estas fuertes y desnudas rocas acaban de hacer de aquel paraje, por el contraste que forman, el sitio mas pintoresco y extraordinario que puede hallarse. Aquel lago trasparente, rodeado de verdes montes que están adornados de grupos é hileras de frondosos árboles; aquel grandioso edificio, cárcel, hospital, hospicio y salvaguardia; los barcos aventureros, andadores, emprendedores, ahora tranquilamente anclados allí, y tan inmóviles como descansa un viajero en su lecho; aquellas áridas rocas en que los pájaros del mar vienen, semejantes á los barcos, á buscar su refugio, componen un conjunto magnífico de contrastes que despierta las ideas mas encontradas, como lo hacen aisladamente lo reconcentrado y lo infinito, lo ameno y lo grave, lo cercano y lo lejano, lo estéril y lo frondoso, la tierra con sus suaves encantos, la mar con su severa solemnidad.

Entre las islas de roca y el lazareto, se prolonga la ria, volviendo á entrar en su angosto cauce, verde y frondoso, hasta llegar al pueblo de San Payo, en el que en tiempos modernos se ha labrado un hermoso puente. Desembarcámos en aquel punto, en donde hicimos un almuerzo bastante bueno, sobre todo por sus ricas ostras.

Miéntras preparaban las caballerías para proseguir nuestro

viaje á Pontevedra, dimos una vuelta por aquel precioso pueblecito, que tiene, como los de Alemania, sus casas salpicadas entre árboles, huertas y praderas, y llegámos siguiendo un callejon engarzado en vallados, á la iglesia que es chica y pobre, y se asienta en el paraje mas elevado, como un buen pastor para vigilar su rebaño.

Es imposible imaginarse una vista mas bella que la que se abraza desde los porches de aquella iglesia; al frente bajando la vista entre las ramas de los árboles, se divisa el lago que forma la ria y los peñascos cubiertos de las ariscas y salvajes aves del mar, que graznan sus poemas épicos en concierto con los idilios que cantan el ruiseñor y el jilguero en la frondosa enramada. Créese uno al ver las rocas, sus alados hijos, y sus atrevidos huéspedes los barcos, á orillas del potente elemento, inmensa palestra del orbe, incomensurable baldío del universo, para cuya amplitud no hay vacío, y para cuya grandeza no hay límites en lo creado, pues peina sus canas en un polo, asienta sus piés de hielo en el otro, levanta en una mano al África y en la otra á la América: lleva en su seno, como dijes, islas que solo el sol abarca de una mirada y guarnece con la misma franja de espumas á Europa y Asia; miéntras que á nuestro alrededor la pobre iglesia, la abundosa y espontánea vegetacion, la dulce y tranquila soledad campestre, el suave y pacífico silencio de una naturaleza rural le trasponen al valle mas céntrico y escondido de la tierra.

Si mi suerte me llevase á Galicia, desearia que fuese á San Payo, aquel tranquilo pueblo tan campestre y marítimo á la vez, y al que solo fué dado unir lo hermoso de ambos contrastes; y no lo sentiria siempre que conmigo llevase mis amigos, y los hallase allá.

— ¿En dónde no hallaria Vd. amigos, marquesa? dijo el conde mirándola con cariño.

— Allí donde no sintiesen todos como Vd. y no me mirasen con sus parciales ojos, contestó la marquesa. Pero, veo, añadió riendo, que mi narracion se va extendiendo á una especie de relacion de viaje; los recuerdos son laberintos en los que uno se pierde, conde.

— Me interesa mucho lo que de Galicia me está usted refiriendo, repuso este, porque conozco poco esa provincia tan

distante de la nuestra, bajo el punto de vista gráfico y pintoresco que me la describe usted.

— Siento no haber estado bastante tiempo allí, prosiguió la marquesa, ni haber visto las muchas bellezas que contiene, para poder hacerlo con propiedad y mas ampliamente. Cada vez que leo las eruditas é interesantes descripciones que de esta provincia y de sus monumentos da á luz el SEMANARIO, me desespero de haber estado en la fuente y haber bebido tan poco; en viajes, cada dia que se pierde, prepara para lo sucesivo un remordimiento. Pero el ejercicio y movimiento le habian sido prohibidos por los facultativos á Alberto, y solo el preciso para trasladarnos á la Coruña pudimos hacer. Montámos en las caballerías que debian conducirnos á Pontevedra, creo que esta distancia es de dos leguas, las que presentaron á nuestra vista los mismos contrastes que la ria: baja el camino en várias revueltas á un terreno que habrá servido de cama al mar que ha aniquilado aquella vegetacion, sobrepujando al fuego en su accion esterelizadora. Vese aquel yermo sin mas accidente que interrumpa su monotonía, que peñas y piedras en un desórden mústia y enérgicamente pintoresco, pudiendo representar con propiedad á la imaginacion el lugar donde existió Sodoma, y poco despues, como por un golpe de magia, resucita el paisaje, tan rico de espléndida vegetacion que á su vez podria representar con propiedad el paraíso terrenal. Toda clase de árboles, esos reyes de la vegetacion, esos engalanadores del paisaje, esos hijos robustos que con predileccion cria la tierra, se alinean por el camino, se ostentan cerca, se agrupan en lontananza con encantadora armonía, y como los buenos hijos de Noé, cubren con sus ramas los caseríos que son pobres, ruines, feos y tan antepintorescos que parecen haber tenido por arquitecto un carcelero pobre, y por padrino al mas acérrimo enemigo de las luces, pues hemos visto muchas de estas casas sin ventanas. No seria chocante esta falta en una humilde choza, pero sí lo es en las cuatro paredes que se levantan erguidas y sin gracia para formar una vivienda con categoría de casa. Descuellan entre estos árboles los corpulentos castaños y los erguidos chopos, que visten ropa talar, cubriéndose desde los piés de ramas, formando pirámides que se balancean en el viento como meciendo los pajaritos que entre sus ramas anidan.

Poco podré decirle de Pontevedra, donde no nos detuvimos apénas. Es un pueblo grande, no léjos de una ria, puesto que la mar aparece en aquellas costas como una enorme araña que clavase en la tierra sus largas patas, por ver de arrancarle á España su hermosa provincia. El campo es precioso; la posada un hermoso edificio en que se sirve bien al viajero.

Los gallegos, que tienen en gran estima á esta ciudad, cuentan que perteneció á Portugal, cuyo rey la cambió á propuesta del rey de España, por Chaves. Despues de verificado el cambio, vino el rey de Portugal á ver ambas ciudades, y cuando vió á esta exclamó arrepentido: ¡Pontevedra, Pontevedra, quien te viera... no te diera!

Noté, por estar cerca de la posada, el convento de San Francisco, cuya magnitud es asombrosa; muchas casas con escudos de armas, probablemente ligados á la historia de Galicia, como rayos de sol á su disco; pero, sobre todo, me admiró y entusiasmó el aspecto que presentan las ruinas de un edificio que nos dijeron era el palacio episcopal *). Conserva este edificio su forma, y la imaginacion puede fácilmente reedificarlo.

En aquel clima fértil y húmedo que le es propio, se ha desarrollado ricamente la buena yedra, la que cumpliendo con su mision, que es una de las obras de misericordia, se ha puesto á vestir aquel encumbrado, pero hoy desnudo edificio, que los hombres despues de labrarlo con tanto celo, abandonan con tanta desidia. Consuela á sus amigas las piedras, las acaricia y refresca con sus suaves hojas, estrecha entre sus débiles brazos los torreones, como la buena mujer al fuerte compañero si lo ve desatendido y vencido; vese esta siempre viva hija de la tierra, subir afanosa las escaleras, asomarse airosa por las ventanas, formar festones en los arcos, y alzándose sin descanso á medida que se abajan las murallas, sacar por cima de ellas sus verdes ramas, cual el pendon de la esperanza que señalando al cielo, intentase consolar al que sobre las ruinas de las cosas de este mundo

*) En los *Recuerdos de un viaje,* publicados en 1849 en el establecimiento tipográfico de Mellado, se dice que estas ruinas son del antiguo palacio de los Turrichaos, incendiado por los ingleses en 1719.

llora. Pontevedra es alegre, y ha dejado una impresion análoga en mis recuerdos.

Á las dos de la noche, despues de tomar un *pocillo* *) del excelente chocolate que se sirve en Galicia, entrámos en la diligencia-omnibus que debia trasladarnos á Santiago.

Como soy exacta, aunque pertenezco al sexo que tiene fama de no serlo, fuimos los primeros que la ocupámos. En seguida, y armando mucho estruendo, entró una señora cuyas facciones no pudimos distinguir, pero cuyo enorme bulto se atajó en la portezuela; sentóse frente de nosotros, y á su lado una muchacha cuya juventud noté en su voz, puesto que no se veia.

Es el caso de observar que en general las voces de las gallegas y hasta su modo de pregonar, es sumamente melodioso y gusta sobre todo á nosotros los andaluces, que carecemos de esa ventaja, pues aquí se habla recio, en tono sostenido y precipitado, como si temiesen no tener bastante tiempo para decir, y el oyente bastante oído para oir. Allá al contrario, prolongan las sílabas en diversas modulaciones, que agradan mucho. Seguia á estas un pasajero que no debia ser jóven por lo pesado de sus movimientos, envuelto en una levita de pelo largo, y asido al paraguas, caro al corazon de los habitantes de la húmeda Galicia; era aquel un vulgar paraguas de los de tela de algodon, que allí gozan de gran popularidad, y prodigan su económica proteccion á sus adeptos. La señora gorda se apresuró á hacer sentar á Don Longino, tal era su gracia, al lado de su hija. Siguió á este caballero otro que tropezó al subir, se golpeó la frente al entrar, pisó un pié á la señora gorda que dió un gruñido, y al pedirle cortésmente escusas, se sentó tan en extremo cerca de Alberto, que tuvo que reiterarlas. En seguida se ató un pañuelo alrededor de la rodilla, por haberse rajado en semejante sitio su pantalon al poner el pié en el estribo. Por último, entró lijeramente un jóven que ocupó el cuarto asiento en nuestra banqueta. No quisiera recordar el camino ni los sustos que me ocasionó. El suelo de la parte de Galicia que recorrimos, es generalmente pedregoso; pero no de piedra menuda y guijarro, sino de enormes trozos ó balum-

*) Una jícara.

bas que alternan con la tierra, y que seria difícil de nivelar, y mas de arrancar de su sitio; es, pues, preciso pasar por cima. Crea Vd., conde, que como se dice que hay un Dios para los borrachos, se puede decir que hay en España un Dios para las diligencias.

Salió el sol, — lo que no tiene por indefectible costumbre en este país, — y pudimos hacernos cargo de quiénes éramos los que venidos de tan encontrados puntos, reunia por algun tiempo tan cercanamente el accesible omnibus.

Desde luego vimos que nuestros compañeros no solo no eran gentes de clase, sino que pertenecian á lo mas vulgar, á excepcion del vecino de Alberto, ese tipo de la desmaña, que era un empleado que se nos dió á conocer mas adelante como sobrino de nuestro amigo D. Galo Pando, el que llevaba el mismo apellido con el nombre patronímico de Arcadio. Este nombre no le venia mal, porque era fino, obsequioso, modesto, galante y complaciente, lo que nos probó haciéndose nuestro amable y bondadoso *cicerone* en Santiago, para donde no llevábamos cartas de recomendacion, no habiendo pensado detenernos allí. La señora gorda ostentaba las mas pronunciadas pretensiones á la elegancia. Llevaba un vestido en el que se veian tantas y varias flores y extraña hojarasca, que parecia un invernáculo de flores exóticas; una manteleta hecha de género servido, un camisolin con encajes bastos, lavados y furiosamente almidonados, y una cofia adornada con dos ramos de menudas rosas, las que, confeccionadas en un convento, pero sin vocacion para la clausura, clamaban por emanciparse, dirigiéndose cada cual por su lado, como los cohetes de un castillo de fuego.

Á su lado estaba su hija; pocas veces he visto una belleza mas acabada; tenia como suelen tener las de su país, las mas perfectas formas femeninas, guardando un justo medio entre las bellezas obesas de Rubens, y los largos y descarnados tipos de los *keepsakes* ingleses. Su delgada cintura era de niña, miéntras que la anchura de sus hombros y de sus caderas mostraba el perfecto modelo de la que destinó el cielo para propagar la hermosa estirpe del que es rey de la creacion. Su cara era perfectamente bella; su tez blanca, sus ojos y pelo negro; tenia lo que no es allá frecuente, una inalterable palidez que denotaba, ó algun perenne mal estar

físico, ó algun constante padecer moral; vestia en estremo sencilla, con un gran pañolon sobre los hombros, y un pañolito de la India azul turquí sobre la cabeza, atado debajo de la barba. El señor que estaba sentado á su lado vistiendo la levita de bayeton, era un bacalao vestido, con ojos á la vez ariscos y escudriñadores, y uno de esos tipos comunes de repugnante grosería, porque siendo proporcionalmente ricos, ingertan sobre su grotesca gansería, la insolencia del dinero.

Esforzábase en hacerse agradable á la jóven, que le volvia cuanto era dable sobre la banqueta la espalda, y dejaba todas sus preguntas sin respuestas. Esta jóven, desde luego ejerció sobre mí cierto irresistible atractivo; y reflexionando en la causa que la producia, vine á inferir que era la absoluta indiferencia que tenia á parecer bien y á agradar, que pica el amor propio como lo empalagan los esfuerzos hechos por inspirar admiracion; esa dejadez ó indolencia, que cuando no son desdeñosas, dan un no sé qué de solidez, un aire de superioridad á mezquinas vanidades, una honesta y recatada independencia ó emancipacion, harto mas llena de atractivo que la decantada, frívola, necia y chocante coquetería puesta en boga por los hombres que escriben con el fin afrancesado de inocularla en las mujeres españolas. ¡Dios perdone á tanto introductor de malas tendencias, y peor gusto, en nuestro noble país, tan superior á mezquindades frívolas, y afectaciones ridículas!

Observé que doña Simona, así se llamaba la señora gorda, de cuando en cuando daba á su hija, que tenia por nombre Andrea, un codazo, y de cuando en cuando le tiraba por debajo de su manteleta — que nació vieja — un pellizco; el codazo lo recibia la impasible víctima cuando no contestaba á las preguntas del señor del bayeton, y los pellizcos cuando volvia la cara hácia el último rincon de nuestra banqueta, en que estaba sentado el jóven que fué el último que entró en el omnibus-diligencia.

Debo, ántes de proseguir dar á Vd. mas amplios detalles de nuestros compañeros de viaje, pues van á ser los personajes de la historia prometida, y decirle el cómo los adquirí.

Habiendo sabido D. Arcadio que Alberto deseaba tomar un criado del país, le recomendó á un muchacho que, con el fin de colocarse, venia á la Coruña, y habia tomado un asiento

exterior. Era este pariente cercano de la señora gorda; por este muchacho, — que es Domingo, — que nos ha seguido aquí, supe todos los pormenores que voy á referirle á Vd.

Es seguro que no extrañará Vd. verme tan impuesta, conociendo mi propension á identificarme con cuanto me rodea, hasta con los animales, con la naturaleza y aun con las cosas inanimadas.

— Conozco esta propension, amiga mia, que hace, digamos así, del corazon de Vd. un santo hospicio; y sé los malos ratos que le hace pasar, dijo el conde.

— ¿Y porqué no hace Vd. igualmente mencion de los buenos, de lo que he gozado, vivido, reido y sentido? repuso la marquesa.

— Si no se acuerda Vd. de sus ansias y de sus lágrimas, vertidas en el altar de la compasion, yo las tengo bien presentes, y... ¡Dios no las olvida! Mas recuerde Vd. un refran turco, que dice que el que llora con todos, acaba por quedarse sin ojos.

— Bien dice Vd., que es *turco* el refran; ¡qué magnífica y bendita ceguera, la que fuese debida á la caridad!!!

— Empiece Vd. su historia, marquesa, que ademas de interes, me inspira ya curiosidad.

— Era doña Simona, esto es, la señora gorda que gruñia por el desacato cometido por D. Arcadio contra sus respetables sostenes, y que tanto agasajaba á su amigo D. Longino, hija de unos pobres campesinos de Santa María de Meira, pueblecito cercano de Pontevedra. Su hermano, con ese instintivo amor al trabajo, que hace á los gallegos tan hombres de bien, se embarcó para América; su hermana mayor casó con un pobre, que á poco murió dejándola con cinco hijos en la miseria.

Simona, que era buena moza, y por lo tanto algo arrogante y desenvuelta, se casó con un dómine flaco, mustio y poco letrado, gracias á ciertos escrúpulos de conciencia que supo despertar en su asombradizo ánimo, el que por ser hijo de un criado de campo de una casa pudiente, obtuvo no sé qué clase de empleo, cargo ó cobranza, que le trajo á Pontevedra. Dando ensanche ó pábulo este ascenso á la arrogancia de doña Simona, aumentóse esta á increibles proporciones. Su pobre hermana imploró, sin obtenerlos, socorros de

la encumbrada Simona; lo solo que hizo esta por ella, fué traerse á uno de sus hijos, llamado Benito, gracias á la intervencion del triste dómine su marido, que necesitaba un muchacho de toda confianza para sus cobranzas.

Benito tenia el bello tipo gallego, no tan fino como el fino tipo andaluz, pero quizas mas correcto; y que si bien no tiene el alma y chispa de nuestros paisanos, tiene una frescura y una lozanía de las que el nuestro carece.

Andrea, que tenia bastante buen sentido para que le chocasen las fachendas y jactancias, con las que su madre se ponia en ridículo, por la fuerza de la reaccion, se apegó á lo sencillo y á lo rústico, no porque fuese humilde, sino porque tenia bastante orgullo razonado para no dejarse cegar por la torpe vanidad. Así fué que, léjos de desdeñarla, se apegó á su familia pobre, y correspondió al amor de su primo, el que, á una hermosa presencia, unia un honrado carácter, un corazon sano y un recto juicio. Poco ántes de nuestro viaje habia llegado á Pontevedra un rico mercader de la Coruña, que habia tenido asuntos que tratar con el triste dómine, marido humilde de doña Simona.

Era este, como Vd. quizas habrá colegido, el feísimo señor del leviton, al que Andrea volvia la espalda y al que su madre colmaba de atenciones de grueso calibre. Habíase este enamorado de Andrea, y ofrecido á sus padres de encumbrarla hasta constituirla en su cara mitad. De gozo la madre, se habia puesto á bailar la gallegada, y el padre habia sacado, entre las cosas arrumbadas y fuera de uso, una sonrisa momia, seca y encogida, que apénas salió á luz se desvaneció para siempre, como sucede á otras cosas al desenterrarlas.

Andrea, que no era interesada, aunque no hubiese amado á Benito, no habria consentido, á imitacion de la luz, en ser la bella mitad de aquella mustia noche; así fué que, desde que comprendió de lo que se trataba, sin agitarse ni apurarse, con cierta sangre fria y flema, que habia heredado de su padre, demostró el ménos disimulado desden al rico D. Longino, y el mas ostensible apego á su primo Benito. El mercader, que no podia detenerse, propuso á su futura suegra que le acompañase con su hija á la Coruña, confiado en que el trato engendraria cariño, y que este y las galas de su tienda triunfarian de la marcada repulsa de la hermosa An-

drea. Doña Simona consintió tanto mas gustosa, cuanto que no se hallaba de gozo al pensar en este viaje de placer, en el que veria á Santiago y sus famosas fiestas patronales, y á la Coruña, ese inapreciable camafeo antiguo engarzado á lo moderno. Pero ante todo, y á prevencion, despidió la buena parienta á su sobrino como á un lacayo, sin que fuesen parte á impedírselo las observaciones del triste dómine, su marido, que no queria desprenderse de él, como tampoco la afliccion de su sobrino, ni las lágrimas vertidas por su infeliz hermana. Benito, que como gallego era económico y arreglado, á pesar de haber socorrido siempre á su madre, habia ahorrado una pequeña cantidad, y en su desamparo se resolvió á invertirla en trasladarse á Méjico para buscar á su tio, hacerle presente su situacion y la de su madre, y ver si queria ampararlos, lo que á poca costa podia hacer, sabiendo ellos que habia hecho una fortuna inmensa. Aunque nunca habia contestado á las cartas que le habian escrito ni jamas se habia acordado de su pobre familia, Benito esperaba que su presencia haria mas que un papel, que despues de leído se tira.

— La esperanza florece siempre y en todos los corazones, porque es una flor del cielo; pero en la juventud está en toda su lozanía, dijo el conde: ir á buscar á un pariente rico sin que este lo llame! No es preciso ser lince para prever el ultimátum de esta relacion, que vos misma creeis, quizá con Benito muy satisfactoria, contando, como los romanceros, con una herencia ó un pariente rico en las Indias, para concluir sus novelas ó comedias con el casamiento de los amantes á satisfaccion del auditorio.

— Usted prefiere, como siempre, concluirla en drama, dijo la narradora, interrumpiendo con viveza á su amigo: puede, puede, pues á la hora esta no están casados Andrea y Benito; pero si su misántropo apagador no mata la luz ántes de tiempo, me dejará concluir mi relacion.

— Señora, no apago, atizo, que es lo que me tiene cuenta, para que prosiga Vd. y disipe todas mis tinieblas.

— Estais, pues, enterado de quiénes eran y en qué disposiciones venian nuestros compañeros de viaje. Atravesando aquel delicioso país tan frondoso y mas grandioso que el paisaje inglés, aunque no tan ameno y apacible, atravesámos

por Caldas y llegámos á Padron, pueblo lindísimo metido entre árboles y agua como una ninfa que se baña, y en el que los sauces llorones, de firme y robusto tronco, débil y lánguido ramaje, pomposos é indolentes, demuestran la altura sin arrogancia, y la fuerza unida á la gracia. Despues de una malísima comida — la peor que hemos hecho en Galicia, en donde son excelentes los comestibles si bien las cocineras de las posadas no alcanzan á merecer el mismo epíteto, seguímos nuestro viaje, penoso por lo malo del camino, delicioso, por las vistas que presenta hasta llegar á Santiago, en donde el paisaje se hace en general mas austero, como si quisiera adaptarse al carácter de aquella grave y antigua capital, que aislada, sin casi vias de comunicacion, desdeñando el comercio y su mezquino é interesado movimiento, prohija su universidad y colegios como cunas del saber y de las ciencias, y honra sus magníficos y antiguos edificios de piedra que el tiempo ha ennegrecido dándoles con eso la dignidad que da al hombre blanqueando su cabeza. He pasado en Santiago sus animadas fiestas patronales; he oído la música aérea de sus campanas, y la militar de su guarnicion; he visto sus fuegos, sus gigantes, restos memorables de cándidas épocas pasadas; he visto moverse cual hormigas millares de vivientes alegres y animados; he visto el sol sonreir á esta gran reunion devota, pacífica y alegre; pero nada de esto, conde, ha sido suficiente para distraer mi ánimo de la grave contemplacion que inspiran aquellos edificios que temo profanar con la voz de burgraves de la arquitectura; nada en lo presente podria compartir la meditacion en que sumen la mente que busca y halla en ellos los vestigios de los siglos, la marca de la historia y el panteon de hombres que, si aquí yacen silenciosos y ocultos, brillan en la oscuridad de lo pasado como estrellas en la noche. No creo, conde, que en ninguna parte del mundo se presenten tan grandiosa, tan propia y tan vivamente las huellas de grandes cosas y grandes hombres de la historia como en Santiago; es el archivo del tiempo mejor conservado y ménos profanado que creo puede existir en el mundo. Aquisgran, conserva la palpable memoria de su Carlo-Magno, la que llena allá lo presente como la pasado, la historia y la poesía, la realidad y la fantasía, el corazon y la cabeza; pero aquí no es una historia parcial ó aislada;

aquí es un centro al que desde el santo apóstol á quien debe el nombre, ha venido atraído por la gloria y fama del santuario, cuanto grande ha existido sin exceptuar al mismo Carlo-Magno. La gran plaza, que componen solo cuatro magníficos edificios, infunde tal respeto, conde, que no se quisiera sino pisar de rodillas. ¡Cómo no sentir ese respeto nacido de las reflexiones que inspiran!

Si miraba á la soberbia catedral, consideraba que mas de mil años han pasado desde que se fundó.

Si al seminario conciliar, obra perfecta del siglo pasado que le hace frente con sus grandiosos soportales, que lo fundó un obispo en bien de la religion; si á la derecha, al hospital no ménos grande y digno, consideraba que lo fundaron los reyes Católicos. Si á la izquierda, al colegio que en 1514 labró el arzobispo Fonseca, recordaba que fué para los pobres, y que por eso le apellidó el vulgo *Colegio de pan y sardina.*

Sí, conde, de rodillas se quisiera pisar aquel recinto aunque no fuese mas que para pedir perdon á ese gran tiempo pasado de la osadía con que la ingrata época moderna lo desprecia, lo zahiere, lo vilipendia. Allí, conde, se labraron esos suntuosos é imperecederos edificios y santuarios á la RELIGION, á la CARIDAD, al SABER DIVINO, y al SABER HUMANO! ¿Y quereis que no pida perdon á ese pasado que insulta este presente, que labra teatros, plazas de toros y paseos!!!

— ¿Se lo censura Vd., marquesa?

— No, á no ser las plazas de toros, ¡esas sí! lo demas no se lo censuro, no, al contrario, pero le niego el derecho de condenar tan amargamente en nombre de las luces y de la filantropía las épocas pasadas, me parece un parricida, y lloro la ingratitud de la presuntuosa mocedad hácia la respetable vejez que le dejó la herencia que disfruta.

— No se exalte Vd., marquesa; la exaltacion aun en los mejores y mas elevados sentimientos, nos hace injustos y exacerba el dolor.

— Si la exaltacion es santa y buena, dejarla alzarse aunque sea en alas de suspiros.

— Es que todas se creen santas y buenas; mire usted que las exageraciones dañan á su objeto, marquesa. Cuando monsieur Emile de Girardin, director del periódico frances

la *Presse*, no se habia aun subido en los zancos vistosos de la excentricidad, no se habia aun desbocado en los extravíos del republicanismo, y no habia demostrado el cómo puede la aberracion del genio elaborar veneno con las flores del talento, de la imaginacion y del saber; en aquella época en que se servia de estos hermosos dones unidos á la razon, dijo:

«Toda libertad tiene sus límites naturales que no puede salvar impunemente.

«La libertad de reunion, tiene por límite y castigo el tumulto.

«La libertad de exámen, tiene por límite y castigo la duda.

«La libertad de imprenta, tiene por límite y castigo el descrédito en que cae la reaccion que provoca.»

— Y yo añadiré que la facultad de sentir tiene por límite y castigo el torturarse el corazon y el amargarse la vida sin provecho de nadie.

— Sin provecho, no, conde; ¡Dios nos libre de asemejar las cosas del corazon á las de la tierra! Y ahora diré á Vd. á mi vez:

El afan de atemperar los sentimientos, tiene por límites y castigo el enfriarlos.

— Vamos, ambos tenemos razon, repuso el conde sonriendo; en un buen medio está la virtud.

— Sí, como lo está el talento entre la ignorancia y el genio, segun un autor frances.

— Pero... marquesa, vuelva Vd. á Santiago y descríbamelo en llana y exacta prosa.

— Eso no podré, conde, no sé hacer llana y exacta prosa, dijo la marquesa, no soy bastante positiva, ni bastante instruida.

— No desee Vd. mal, repuso el conde, hace usted poesía.

— ¡Poesía! Pero sino sé hacer un verso.

— No importa; dice otro autor que los versos son demasiado á menudo enemigos de la poesía, porque la poesía es la inspiracion del alma, y la versificacion es una convencion del entendimiento; y añade en otro lugar: la inspiracion del corazon no es nunca ridícula, como lo es á veces la de la imaginacion; por eso las mujeres suelen estar mejor inspiradas que muchos hombres. Hábleme Vd., pues, de Santiago,

si no quiere en llana y exacta prosa ni en poesía, que sea en vuestro lenguaje propio, que no tiene, segun Vd. dice, nomenclatura.

— Solo lo entreví, conde; ademas, no tengo los conocimientos artísticos, históricos y arqueológicos necesarios para hablar debidamente de pueblo tan importante en estos ramos solo le diré someramente que es magnífica la universidad, y que lo solo que me chocó en tan grandioso edificio de bóvedas, mármoles y piedras con su oscuro color de anciana, fué ver en un hermoso y noble frontispicio una diminuta losa de mármol blanco como alabastro, con esta interesante inscripcion:

«*Asegurado de incendio.*»

Paréceme que mas propio hubiese sido el poner en ese grave, incombustible y poderoso edificio: «Asegurado de las malas doctrinas anti-religiosas, anti-sociales y anti-nacionales, que infestan nuestra pura atmósfera» De cierto habria inspirado mas confianza á los padres, y atraído mas alumnos, que no la interesante noticia que da ese parche moderno! Me hizo su vista el efecto que me habria hecho un guerrero que sobre su yelmo de hierro se hubiese puesto una chichonera de niño.

Tampoco quiero omitir el hablar de las magníficas hortensias que allí vi, que se elevaban á grande altura, y cuyos tallos tenian, si no la consistencia, la circunferencia del tronco de un árbol frutal; igualmente quiero honrar á un cardo de los que llamamos aquí borriqueros, que vi en el jardin del colegio de medicina, que habia crecido á tan extraordinaria altura, que en Escocia hubiese sido el Walter Scott de sus cardos*); puesta yo en pié, alzando el brazo y levantando con este mi sombrilla, no alcanzaba á su flor.

Quisiera hablar á Vd. del portentoso convento de San Martin Pinario, pero como abandonado ya, camina lentamente de cadáver á esqueleto, esto es que decae del abandono á las ruinas: callaré por no llorar!

Santiago no diré que no sea bonito, pero sí que no me lo pareció; la estructura de sus calles, la arquitectura de sus

*) El cardo es la planta simbólica de Escocia.

casas, su aspecto general, no es bello ni elegante; hay algo heterogéneo en su conjunto, un contraste sin gradacion de lo soberbio y grandioso á lo pobre y mezquino: no creo poderla ofender en este que digo, ¿cómo se sentiria la Minerva cristiana de que no se le concedan las gracias de una Venus presumida? ¿Quién repara si es *bonito* como ciudad ó vivienda de hombres Santiago? ¿Quién al ver una iglesia á la luz de sus lámparas de plata, echa de ménos el gas? ¿Quién al ver un castillo histórico, echa de ménos polidos cristales y verdes celosías? ¿Quién al entrar en un noble archivo, se acuerda de los álbums perfumados? Se está en otra esfera, conde, que si no impregnada de ámbar y de pólvora de barricadas, lo está del polvo de los siglos y del incienso de su augusto templo.

¡Santiago! mausoleo del santo apóstol de Cristo, ansiado fin de regios peregrinos; mansion augusta y venerable del catolicismo y del saber! Agenda de granito de la historia, blason de las glorias de Galicia; ¡puedan siempre, como hasta ahora, pasar por tí el tiempo y las generaciones sin profanarte y sin hacer mas que solemnizar y enaltecer el interes que inspiras, la emocion que causas, el respeto que infundes, y la profunda impresion que dejan tus recuerdos!

La marquesa bajó la cabeza instintivamente, y cual si la inclinase el respeto que le causaban sus solemnes recuerdos, y al cabo de un momento, levantándola con viveza, dijo con una dulce sonrisa á su anciano amigo:

— Pero, aburro á Vd., conde, con esta intempestiva incursion por mis recuerdos, que nos han llevado muy léjos del primitivo asunto de nuestro tema, que es la historia de mis amigos de diligencia: ¿quién diria que os estoy refiriendo un suceso? Prosigo, pues, y esta vez sin interrupcion.

Perdimos, aquellos dias, de vista á nuestros amigos del ómnibus; solo una vez vi á doña Simona, que iba hecha un brazo de mar al lado de D. Longino, que sin el leviton de bayeton, parecia un desollinador cascado. Llevaba la señora las flores de monja de la cofia colocadas en su absurdo peinado; cuando estuvo cerca de mí, se entreabrió ostensiblemente la mantilla para deslumbrarme con un collar, y zarcillos de filigrana, y desparejadas perlas de mostacilla, y poniendo en movimiento rápido su abanico con todas sus fuerzas

gallegas, pasó haciéndome un pequeño saludo protector; Andrea seguia á esta ridícula pareja, como sigue la fragancia al tosco levante que la arrebata; al pasar se sonrió con dulzura, como si un instinto del corazon la anunciase que hallarian simpatías en mí su carácter, su amor, sus padecimientos y su conducta. ¡Pobre Andrea!

A los tres dias salímos de madrugada en la diligencia, y á medio dia, despues de haber atravesado por una buena carretera un país hermoso, llegámos á la Coruña.

Han comparado la Coruña á Cádiz. Pero, conde, por muy apasionada que yo sea á la verde y pintoresca Galicia, tan vieja y venerable en sus monumentos, tan jóven y fresca en su naturaleza, no puedo ménos de decir, que si lo dijo un gallego, fué amor propio, y si un andaluz, fué un cumplido; hay la diferencia entre ambas ciudades, del marfil al hueso. Cádiz es una ciudad excepcional, no solo en España sino en Europa; hija de la plata de América, no han gastado los andaluces la jactancia que les echan en cara al denominarla *una taza de plata;* han sido verídicos y justos. Bien conocidos son los autorizados encomios que de ella hace Byron; últimamente ha escrito el afamado autor norte-americano Longfellow, una obra que se titula *Ultramar*, en la que declara á Cádiz la mas bonita ciudad de la tierra; por consiguiente no será rebajar á la perla de Galicia, ni una jactancia el decir que la Coruña no puede rivalizar con Cádiz.

Si quiere Vd. que le dé una idea de la posicion de la linda ciudad de la Coruña, será comparándola á la de Cádiz si formarse un arco desde Torre Gorda, viniendo á encontrarse su iglesia del Cármen frente á Puerto Real; en escala menor, el rio Guadalete y el Puerto de Santa María ocuparían el lugar del Ferrol y su ria, con la diferencia que en lugar de salinas rodea aquella bahía un campo verde y ameno, y en lugar del portentoso y sublime cielo que cobija á Andalucía empañan á aquel sus neblinas. No me gustan sus casas, porque no hay casas que puedan agradar á quien está hecha á nuestros patios, nuestras galerías, nuestras columnas de mármol, nuestros jardines y nuestras fuentes.

— Ya se ve, repuso riendo el conde; así es que se cuenta, que cuando un sevillano mandaba labrar una casa, decia al

arquitecto: hágame Vd. en este solar un gran patio y buenos corredores; si terreno queda, haga Vd. habitaciones.

— No es nuevo, repuso la marquesa, que los andaluces nos burlemos de nosotros mismos, como lo prueba ese gracioso epígrama, no aplicable ya á las mezquinas construcciones modernas, con sus ahogados patios, venciendo en la competencia del dia lo útil á lo agradable, lo confortable á lo bello, la estítica economía al noble rumbo. Estoy por lo agradable, lo bello, y el rumbo, conde, y hablo en mi sentido; soy sevillana, quiero luz, espacio, aire, elegancia, belleza, flores y fuentes; y confieso á Vd. humildemente, que siento tan á la antigua, que entre dos amargas alternativas, la de mostrarme mezquina é interesada, y la de empeñarme, preferiria esta última, sino tuviese la posibilidad de valerme del noble sacrificio para evitar ambos extremos.

De las ventajas referidas, aire, luz y espacio, carecen aquellas casas; y es claro, las echarán sus habitantes de ménos, cuando se fabrican en sus fachadas apéndices de cristal; hay casas que se visten si me puedo esplicar así, de cristales, y que miradas desde la bahía cuando las alumbra el sol, parecen estar ardiendo en vivas llamas. Divídese la ciudad en dos partes; la antigua, encerrada en sus fortificaciones en el último extremo de la lengua de tierra, que se prolonga como un arco en el mar, y la moderna, que se arrellana al lado de su bahía para mirar sus navíos; la vieja contiene en un cerco de murallas los edificios y monumentos notables; la nueva, las tiendas, los paseos, el teatro y sus brillantes fachadas de cristal. Con ese afan de demoler, que es una especie de frenesí en esta época, fueron demolidas á gran costa estas hermosas fortificaciones, labradas á imitacion del gran arquitecto que labra las rocas, dejando separadas ambas mitades por escombros, como lo está lo pasado y lo presente. Ni un árbol, ni un paseo, ni ninguna nueva construccion ha venido á cubrir la desnudez y fealdad de aquel erial, cubierto de escombros. Se ha dicho á lo pasado, con esa hiel, y con ese encono incalificable con que se le hostiliza y persigue; ¡*te destruyo*! y no han cubierto sus restos siquiera por respeto á la muerte. Allí yace aquel triste cadáver entre ambas ciudades, como muestra de la impotencia de una época que sabe destruir y no labrar; como un funesto recuerdo de dis-

cordia, como un monumento de la ciega arbitrariedad popular; como una necia caricatura de la bastilla; como una autorizacion plausible al extranjero, que al pasar dice con desdeñosa sonrisa: ¡*cosas de España*! ¡Qué impotencia, destruir y no reedificar! no plantar siquiera unos árboles, esa cultura que brinda la naturaleza si medios faltaban para atender á obras dispendiosas. ¡Qué encanto tiene lo pasado para las almas poéticas, y que bien demuestra la época presente su prosaismo por el desdeñoso encono que le tiene!

Pero charlo mas que una cotorra, prosiguió la marquesa, y dejo abandonada mi historia como los coruñeses el espacio que separa su antigua y su nueva ciudad. Solo le diré que el trato de los gallegos que conocí es sumamente agradable, y si no es tan picante, divertido y franco como en general el de Andalucía, es ciertamente mas comedido y bondadoso.

— ¿Y nada me dice Vd. de la famosa torre de Hércules? preguntó el conde.

— Verdad es que no debo pasarla en silencio, yo que tanto admiro y venero los faros; pero ¿y mi historia?

— Tiempo hay para todo, nadie nos corre; repuso el conde.

— Pues empezaré por contarle una pequeña anécdota que, aunque de poquísimo interes, me hizo tanta gracia que puede le haga á Vd. alguna. Cuando llego á un pueblo, hallo gran placer en subir á una altura, y dominándolo con la vista, hacerme cargo de su localidad; hícelo así, subiendo con mi patrona al balcon mas elevado de su casa, desde donde se divisaba una vista hermosísima por estar situada en la ciudad antigua, que es el punto culminante de la pequeña península. — ¿Dónde está el faro? le pregunté. — Mi patrona me miró sin contestarme. — ¡Ah! exclamé, viendo sobre una altura del terreno quebrado que se extiende detras de la ciudad nueva hasta el mar de afuera, una ancha, cuadrada y venerable torre; aquel será: en Cádiz tambien, proseguí, tenemos un soberbio faro. — ¿Sí? contestó mi patrona; pues si aquella se llama de Faraon, la de aquí se llama de Hércules.

La torre de Hércules, que en su nombre patentiza su edad, como los siglos, es y con razon la joya que ostenta Galicia en su gran museo de antigüedades. Dícese que la labró

Hércules sobre el lugar en que enterró la cabeza de Gerion cuando en singular combate lo venció; dicen que la labraron los fenicios; dicen que la construyó Trajano; pero sea de ello lo que fuese, la vieja torre, harta de servir por siglos de candelero, picada de que ese hormigueo de generaciones efímeras que han pasado como polvo que lleva el viento, le atribuya varios padres, ha querido rendirse, y la Coruña, que la aprecia y ostenta como su penacho, la ha sostenido con su cuidadosa mano, y últimamente le ha labrado un vestido de piedra, en el que la conserva como en un estuche. Sigue adornando su frente con un brillante de fuego, que derrama sus reflejos muchas leguas en el mar, para consuelo del navegante, á quien amonesta en su lenguaje cosmopolita.

Desde su altura se divisa la ria del Ferrol y la de Betanzos, y entre ambas la extraña peña calva y roma llamada Marola, que allí se levanta importunamente como para contrariar aun mas las aguas movidas por las mareas, las corrientes y el empuje de aquel mar, bravo é inquieto. Fuí al Ferrol, conde, en un vapor liliputiense, labrado para surcar un arroyo, y no olvidaré mi mortal angustia cuando nos vimos el juguete de aquellas olas en revolucion, de aquellas corrientes encontradas, de aquellos empujes del mar, de aquellas aguas convulsas: y me parecia que la Marola se burlaba de nuestros brincos y contoneos en su impasible inmovilidad; ¡cuánto la envidiaba! tanto que le hice voto de al regreso á mis lares imitar su inmovilidad.

Pero en mi vapor miniatura me he ido al Ferrol, dejando plantados á mis héroes en la Coruña.

— Y ¿ha de volver Vd. de nuestro afamado arsenal sin decirme lo que le pareció, señora mia?

— Conde, es un portento, y por lo tanto tan conocido y descrito, que nada de nuevo os podria decir. La ria, aunque mas corta que la de Vigo, tiene, cual aquella, orillas encantadoras, y en su parte mas angosta, dos castillos, el uno de ellos se dice tenia tantos cañones como dias tiene el año; extiéndese el mar á los piés de la bonita y alegre ciudad, manso é hipócrita, y le cuenta en susurros los estragos que publica bramando en ancho espacio. Recuerdo con dolor que los gigantes árboles de su magnífico paseo estaban bárbaramente talados; ¿qué Robespierre ordenó la decapitacion de

aquellos nobles ancianos? Es imposible que vuelva á tener tranquila su conciencia; se le aparecerán negros y sin hojas como fantasmas aquellos árboles decapitados, alargando sus largos brazos para asirlo y llevarlo á ser aserrado, que es el suplicio de ellos. El Ferrol resucita; pero me parece que para dar toda su vida á aquel coloso, se necesitan los millones de que podia disponer Cárlos III; mas no me haga Vd. hablar de lo que no entiendo, conde. Aunque estamos solos y seais indulgente, me oigo á mí misma, y me choco.

Habíamos tomado alojamiento en el café de Puga, donde nos recibieron tal cantidad de animalitos saltadores, muy predilectos de los microscopios, que Alberto añadió una L al nombre del café para calificarlo con mas propiedad. Estas horribles invasiones son consecuencias inevitables de un piso de tablas que no se aljofifa; ¿comprende Vd. lo horripilante que es esto para una andaluza que no pisa sino piedra y mármol lavados todos los dias? Pronto nos trasladamos á una casa de pupilaje que nos propuso un primo mio, comandante de artillería que vivia en el entresuelo. Habitaba en el cuerpo alto la patrona, que era conocida de D. Longino, el que llevó é instaló allá á doña Simona y su hija, por lo cual la casualidad volvió á reunirnos.

Como puede Vd. suponer en el carácter de doña Simona, apénas supo por la patrona quiénes éramos, cuando trocó sus aires desdeñosos en una cortesía servil y empalagosa. Nunca pudo pensar quiénes fuésemos, decia, al ver la sencillez de nuestro traje; siempre habia presumido que una persona de mi categoría no deberia viajar sino con vestido de terciopelo, sombrero con plumas y algunas alhajas.

Llegó el dia de la marcha de Benito, que partió para Méjico.

— ¿Y no le disuadia Vd. de ir? preguntó el conde.

— ¿Yo? no por cierto; ¿qué tenia yo que darle en compensacion de sus esperanzas? ¿qué derecho á entrabar la direccion que Dios daba á su suerte? ¿qué motivos, ni qué razon para disuadirle de su proyecto?

— Señora, la seguridad de que el infeliz iba á hacer ese gran viaje en balde y que lo que iba á recoger de ese tio poderoso y duro, — como lo son todos esos hombres bastos enriquecidos, á quienes en su orgulloso egoismo, un pariente

que se cree con derecho á su proteccion horripila, — serian solo durezas, desvíos y negativas.

— Así lo pensaba yo, pero hubiera sido una crueldad el decírselo; ademas, esa América tiene para las españoles entrañas de madre, aunque no así sus hijos; no parece sino que les agradece aun su bautismo, su civilizacion, su prosperidad. ¿Cuántos y cuántos hacen allí de un modo ú otro fortuna? Así fué que léjos de aumentar su abatimiento y su desesperanza, le animé, levanté su espíritu y le pronostiqué buena suerte. Si hice mal, conde, mi intencion fué buena; era jóven y el mundo es ancho; ¡pobrecillos! Su madre en su miseria confiaba en ese viaje; su querida lo aguardaba con constancia y esperanza, y sus hermanitos decian: «¿vendrá mañana? ¿traerá mucho dinero? ¡Pobrecillo!»

— ¿Y ha vuelto Vd. á saber de él?

— Sí, respondió la marquesa; Domingo, que como sabe Vd. ha hecho un viaje á su tierra, siguiendo la inveterada costumbre que tiene hasta los honores de copla:

Los gallegos de Galicia
por mayo y por San Miguel
se despiden de sus amos
y se van con su mujer.

Despues de un largo y penoso viaje de vuelta en que arribaron á Lisboa, ha llegado, y me ha dado noticias de nuestro viajero, á quien vió en Santa María de Meira, ya de regreso.

— ¿Qué? ¿ya habia vuelto? exclamó el conde; esos ricos, marquesa, no quieren pobres á su lado, así como los alegres no quieren tristes; lo pensé.

— Conde, hay una expresion vulgar, la cual como todas nuestras expresiones vulgares tiene mas sentido, mas chiste y mas concision que nuestras expresiones cultas y pulidas, y se la quiero aplicar á usted diciendo que *come corazones*. ¿Sabe Vd., señor mio, que hace mal en eso? Pues si acierta chasquea usted al narrador, y si no acierta, se chasquea Vd. á sí mismo.

— Merezco la reconvencion y la acato, respondió riendo el conde.

— Sí, lo mandó de vuelta, prosiguió la marquesa, pero

su entrevista fué singular. Cuando su pobre sobrino desembarcó, se presentó en casa de su tio.

— ¿Quién eres? preguntó el nabab al ver su pobre pelaje.

— Señor, contestó el sobrino cortado, soy hijo de vuestro hermana.

— ¡Hola! me alegro; ¿y cómo va por allá?

— De salud, bien, señor; me encargaron tantas espresiones.

— ¡Ya, ya, vamos! me hago cargo; y tú á qué vienes?

Esta pregunta fué hecha con tal secatura y despego, que intimidó al pobre muchacho, el cual contestó cortado:

— Señor, tio, á trabajar; á ver si puede ó quiere usted colocarme, y puedo así aliviar la suerte de mi pobre familia.

— ¡Bien, me parece bien! véte á acostar, que mañana te daré trabajo.

El sobrino se retiró, y á la mañana siguiente montó con su tio á caballo, y se pusieron en marcha. Todo el dia caminaron por aquellos desiertos campos, y al anochecer llegaron al sitio en que estaba situada la mina del nabab. Á la mañana siguiente bajaron á ella, y despues de andar muchas y sombrías galerías, llegaron al lugar en que se trabajaba un rico filon. — Capataz, dijo el amo á su encargado, aquí le traigo un trabajador; ponga Vd. á este muchacho á trabajar en el filon, y lleve Vd. cuenta de lo que saca, para pagarle su jornal segun trabaje.

El pobre Benito se quedó dolorosamente sorprendido al ver el duro y triste trabajo á que lo destinaba aquel tio que nadaba en la opulencia; pero con su buen carácter y obligado ademas por la necesidad, no hizo objecion y se puso con el corazon partido al trabajo.

El conde se echó á reir, y la marquesa prosiguió sin hacer alto de ello:

— Benito trabajó sin descanso y sin dar pábulo á que el mal humorado capataz pudiese reconvenirle en nada. Al cabo de un mes volvió su tio á la mina.

— Con que... ¿qué tal ha trabajado el muchacho? preguntó al capatáz.

Este no pudo hacer otra cosa que elogiar á Benito.

— ¿Se ha apartado el mineral que ha extraído como encargué? tornó á preguntar el dueño.

— Sí, señor, respondió el preguntado enseñando una gran porcion de mineral reunido en un monton.

— ¡Vaya, no lo ha hecho mal! dijo el tio, despues de examinarlo; ya veo, añadió dirigiéndose á Benito, que eres un buen trabajador, y no te dueles de tí; ahora alístate para volver conmigo á la ciudad.

Benito obedeció alborozado, conociendo que su tio habia hecho una prueba con él, de la que sin sospechar que lo fuese, habia salido bien.

En los dos dias que siguieron á su vuelta, su tio apénas le habló; al tercero lo llamó, le pagó bien los jornales que habia ganado en la mina, y le dijo que se preparase á marchar al dia siguiente á Vera-Cruz, en donde se embarcaria en un buque inglés, cuyo capitan era conocido suyo, el que ya tenia cobrado su pasaje hasta Lóndres, y cuidaria de buscarle embarcacion y pagarle el viaje de allí á la Coruña.

Diciendo esto, le volvió la espalda, y como tenia aquel señor la cara séria, y Benito era tímido, no se atrevió á contestarle una palabra, ni á hacerle una objecion, sino que resignado y abatido, á la semana siguiente emprendió su viaje de vuelta.

— ¡Pobre Benito y pobre marquesa! dijo con triste sonrisa el conde.

La marquesa prosiguió sin dejarse perturbar.

— Llegado que hubieron á Lóndres, le dijo el capitan, que era un buen hombre y que habia tomado afecto á Benito:

— Con que... ¿qué dispone Vd. que se haga con sus cajas?

— ¿Qué cajas? preguntó Benito sorprendido.

— ¡Toma! las cajas de mineral de plata: ¡un caudal, amigo!

— ¿Y esas cajas son mias? tornó á preguntar atónito Benito.

— Así me lo dijo su tio de Vd., así lo prueba el letrero que con vuestro nombre las señala, y lo confirma el registro de mi barco, en que vienen designadas como vuestras. ¿No lo sabia Vd.?

— No, ni aun la mas remota sospecha tenia, contestó con las lágrimas en los ojos el enajenado propietario.

— ¡Oh! exclamó riendo el capitan, ¡cosas de vuestro tio! que es todo un original; por eso me encargó que le aconsejase á Vd. de vender ese mineral aquí; de guiarlo para los pasos que con este objeto tenga que dar, de cambiar el dinero en buenas letras de cambio; hecho lo cual, cuidase d buscar á Vd. su pasaje para la Coruña.

Y todo sucedió así; Benito se embarcó en el vapor inglés, no para la Coruña, donde no hace escala, pero sí para Vigo, trayendo en letras por valor de diez mil duros. Y ahora, prosiguió la marquesa meneando la cabeza y mirando con radiante aire de un noble triunfo á su anciano amigo; ahora, ¿qué dice Vd., profeta de males, verdadero buho, que creeis ser pájaro de la sabiduría, compañero de Minerva, y no lo sois sino de la noche y compañero de la desilusion? ¿qué dice Vd.? ¿qué dice?

— Digo que la rosada aurora me deslumbra, y que me vuelvo á mis ruinas, pero no sin dar gracias á Dios que la cria, el parabien á las flores que se abren á su paso, y envidiar á los pájaros sencillos que le cantan un himno simpático.

— ¡Quisiera, prosiguió la marquesa, que oyese usted referir á Domingo la entrevista de Benito con su madre y sus hermanos! ¡En mi vida he gozado como al oir esta relacion! ¡cómo se unieron mis bendiciones á las de toda la familia para colmar con ellas á ese tio, que, áspero en apariencia, habia hecho la felicidad de esa buena gente! ¡Oh! ¡que no hubiese él mismo estado presente para gozar de la inefable delicia que proporciona el hacer bien! ¡qué virtud tan querida de Dios es la caridad, conde, cuando le ha dado dos recompensas, una en la tierra y otra en el cielo, cuando le ha otorgado una ventaja que no se ha otorgado á sí mismo, y es la de no hallar un contrario, un hostilizador, ni un escéptico! Desde luego se puso en marcha con su caudal metálico en su cartera y su caudal de felicidad en el corazon para la Coruña, en donde habian permanecido Andrea y su madre, á causa de haber muerto su padre al propio tiempo de estar ellas allí.

Domingo, á su llegada aquí, pensó hallar carta de Benito

con la noticia de su boda, mas no ha sido así, pues bien dice el refran, que con las glorias se olvidan las memorias; pero yo, impaciente por tenerlas, he escrito á mi primo, que con motivo de vivir en la misma casa conocia á Andrea (la que hallaba por cierto muy de su gusto:) y debo, por el cálculo que he hecho, recibir su respuesta de hoy á mañana.

En este momento entró un criado trayendo algunas cartas y los periódicos del correo. La marquesa se levantó presurosa; miró várias cartas murmurando: para Alberto: y al tomar la última exclamó observando el sello:

— ¡Para mí, y de Galicia! Ya está aquí, conde, ya está aquí la última pincelada de mi cuadro.

Sentóse en seguida en el borde de una silla, rompió el lacre, y se puso presurosa á leer. La luz del reverbero se derramaba sobre ella como el esplendor de una brillante auréola de regocijo; su acento al empezar la lectura era vivo, alegre como la luz que la alumbraba. Leyó así:

«He recibido tu carta, mi querida prima, y no he extrañado el interes que demuestras por aquellos jóvenes, con los que la casualidad te puso en contacto. Hay buzos que no temen hundirse en las ásperas aguas del mar para sacar una perla, y así te sucede á tí, que no temes mezclarte entre las ásperas olas de un círculo vulgar é inculto, para desentrañar una perla de las muchas que hallas, porque las buscas; y ciertamente distes con esa perla al dar con Andrea, incrustada en la tosca concha de su madre. Creo que habrás sabido la vuelta de Benito y su cumplida fortuna, y ahora desearás que te participe las felicidades del regreso, los gozos de las esperanzas cumplidas y las alegrías de la boda, quieres tu parte en todas ellas, á lo que te da derecho el vivo y afectuoso interes que te has tomado por estos amantes. ¡Ojalá pudiesen mis noticias dar mas brillo y vida á tu sonrisa, como lo dan los rayos del sol á una flor! pero no puedo, si he de ser verídico. Rodéannos incesantes desgracias; ¿qué dia, acaso, no doblan las campanas, no se trastorna una existencia y no se aja una esperanza? Y no obstante, tantos avisos para que no nos apeguemos á un estado transitorio, á una vida incompleta, á un mundo amargo é ingrato, no nos hacen mella y nos empeñamos en buscar una dicha cumplida, sin elegir siquiera la que puede brindar esta tierra, en donde

solo puede hallarse; esto es, en la ausencia de ambicion y de pasiones, en los santos goces de la virtud!!! El hombre ha hecho de la felicidad un ideal, y se desespera de no hallarlo en un mundo que él mismo hace malo, denigra y desprestigia.

«Pero me aparto del objeto de mi carta. Desde que partistes, la pobre Andrea fué decayendo en su cuerpo y en su alma, porque la ausencia la marchitaba, sobre todo desde que, llegada la época en que debió recibir noticias de Benito, faltaron estas un dia y otro. He sabido despues que las cartas llegaron, pero que fueron quemadas sin leerlas por su madre. Aun hubiera podido vivir Andrea tranquila en su retiro con su tristeza, como el sauce en su soledad, conservando en su corazon un resto de esperanza como conserva el cielo el crepúsculo cuando pierde al sol, si su cruel y egoista madre y su protegido no la hubiesen perseguido de contínuo, él con sus repugnantes, ella con sus despóticas exigencias. Andrea, cuyo carácter firme conoces, resistia; pero los verdugos no veian que esta lucha mataba á la pobre víctima. Para colmo de desgracia, murió su padre, y la situacion desvalida en que quedaron dió nuevas armas á su tosca madre para insistir en un enlace que llamaba la suerte de ambas; pero Andrea no cedió. Las lágrimas, las reconvenciones y hasta malos tratamientos de su exasperada madre, unidos al olvido del hombre que tanto amaba, acabaron con sus fuerzas; pero no con su constancia. Todos la veíamos morir ménos su madre, que solo la veia casada. — Ya se pondrá buena, contestaba á nuestras observaciones, cuando olvide al *rapaciño* de su primo y se encuentre rica y disfrutando en su casa. Tarde se llamó á un facultativo; este no pudo curarla, ni ella quiso curarse. Habíase encerrado en un silencio que pocas veces rompia; una de ellas fué para decirme, minutos ántes de morir, que la despidiera de tí, y te dijese que el mundo era una cárcel, y la muerte la libertad.

«Á los dos dias murió; ¡qué hermosa estaba en su féretro! Parecia que aquellas facciones, correctas y graves, eran las propias para la augusta inmovilidad de la muerte; traslucíanse sus venas por su terso cútis, de manera que parecia una estatua de blanco mármol con vetas azules.

«La miraba profundamente conmovido al considerar que pronto iba á desaparecer para siempre en las entrañas de

la tierra tanta hermosura y juventud, cuando la puerta se abrió con violencia; un hombre apareció en el quicio; era Benito! No podré pintarte la escena de desesperacion que siguió á esta entrada, y el contraste que formaba la violencia y agitacion del uno y la inmovilidad de la otra. Mirábala el infeliz como si quisiese con el ardor y fuego de sus miradas, reanimar los apagados ojos de la que amaba; sollozaba á gritos y la llamaba, cual si quisiese que sus acentos de dolor penetrasen en sus yertos oídos y trajesen un suspiro entre aquellos blancos é inmóviles labios.

«Fué preciso que algunos parientes y amigos se lo llevasen en un estado que hizo temer por el trastorno de su cerebro; á fuerza de sangrías y otros medicamentos se logró serenarlo; y cuando despues de unas calenturas, en las que alternaron el letargo y el delirio volvió en sí, halló á su lado á su madre, á sus hermanos y á su tio el de Méjico, que todos le rodeaban con las mayores muestras de cariño. — Vive, hijo de mi alma, si quieres que yo viva, le decia deshecha en lágrimas y con las manos cruzadas su madre. — ¡Hermano, no nos desampares, le decian estos besando sus manos. — Sobrino, dijo su tio, he vuelto de América solo por tí, para que no nos separemos mas; ¿no me agradecerás esta prueba de cariño, y no tienes sentimientos en tu corazon sino para un solo amor?

«Benito ha convalecido; aun está débil y profundamente afligido; pero el tiempo que es la panacea de los males del corazon, le irá cicatrizando esta profunda llaga. El dolor violento que los poetas y novelistas hacen eterno, no lo es ni puede serlo; tórnase la desesperacion en dolor; el dolor en sentimiento y el sentimiento en tristeza, como en la hoguera la llama enhiesta decae, se amortigua, se torna en brasa y despues en ceniza; y así, tú que eres todo sentimiento, y lo tienes por único motor en la existencia, no culpes á Benito por seguir la senda usual y trillada, porque Benito no es un héroe de novela, sino un hombre de la vida real que resiste á las penas como es y debe ser, pues si cada pena costara una vida, el mundo no existiria. Tampoco llores sobre Andrea; ¿por qué llorar, si dice nuestra hermosa frase, que nada pierde por ser tan repetida, que *pasó á mejor vida?*»

La marquesa dejó caer sobre la falda sus manos con la carta que en ellas tenia, é inclinó la cabeza sobre su pecho. La viva luz del reverbero hizo brillar como estrellas las lágrimas que precipitadas surcaron su rostro.

— ¿No digo, exclamó el conde levantándose y tomando entre las suyas las frias manos de su amiga, no digo que la mata su corazon? Amiga querida, considere Vd. que debe enfrenar sus excesos. Los filósofos pitagóricos creian que el alma era una armonía compuesta de dos partes; una racional y otra irracional; colocaban la primera en la cabeza, la segunda en el corazon.

— Esos filósofos no eran cristianos, conde.

— Es cierto; pero esta definicion hecha por hombres sagaces y pensadores, debe demostrar á Vd. que el corazon necesita un freno, si es que llega, como sucede en Vd., á ser nuestro verdugo.

— Muchas veces, me ha dicho Vd., conde, repuso con suave exaltacion la marquesa, que es el corazon el verdugo del hombre, y ya hallo que es su áncora de salvacion. El es el santo lazo que nos une todos unos á otros, sin distincion de clase, de edad ni de patria; él ampara todo lo desvalido y compadece todo sufrimiento, sea el delincuente amigo ó enemigo, racional ó irracional, miéntras el egoismo cree haber hecho lo suficiente lavándose las manos como Pilato; es el incansable antagonista de toda crueldad sin temer burlas ni desdenes, miéntras el hombre que no lo escucha, la tolera, la inventa, la ejerce y constituye hasta en diversion, á pesar de la religion, de la humanidad, de la razon y de la cultura. El lleva á la limosna, miéntras la prudencia precavida crea las leyes de la propiedad; lleva al perdon, miéntras la justicia crea el castigo; crea la poesía, miéntras la cabeza crea las reglas y el arte; crea la buena fe, miéntras el raciocinio crea el sofisma; él hace el amor desprendido, consagrado, dulce, eterno y celestial, miéntras la pasion lo hace egoista, vano, violento, perecedero y terrestre; él vence la altanería del pensar con la dulzura del sentir; ablanda la dureza de carácter con el santo manantial de lágrimas; nos alza á altas regiones con las ansias, que son sus alas, miéntras la naturaleza humana nos rebaja con los sentidos; goza en todo sacrificio, grande ó chico, miéntras que contra ellos se rebelan el

interes y los apetitos; muestra la buena senda á la imaginacion cuando el terror la extravía; siente á Dios miéntras el entendimiento no lo comprende; hace conversiones, miéntras el espíritu de análisis hace defecciones. De él brota la clemencia como un bálsamo divino sobre el universo, y por última excelencia recompensa él mismo con inefables goces al que sigue sus inspiraciones. La materia nos embrutece, la cabeza nos extravía, las pasiones nos pierden; solo él nos salva. ¡Dichoso mil veces el mortal que atiende á su voz y es sordo á las que la ahogan y combaten! Y así, conde, no es el corazon nuestro verdugo: no, no, ¡es el áncora que nos salva!

— Y añada Vd., dijo conmovido el conde, que viéndose el corazon personificado en Vd., no hay quien le resista, y no le proclame la parte de ángel que conserva la humanidad! Pero llorareis como las nubes todas vuestras lágrimas sobre la tierra, pues NO HALLARÁ ese corazon que solo quereis escuchar, amiga é hija mia... COSA CUMPLIDA SINO EN LA OTRA VIDA!

LADY VIRGINIA.

NOVELA.

LADY VIRGINIA.*

I.

En una de las calles de Lóndres de las que desembocan en Piccadilly, ante una de las casas, que, sencillas en su exterior y ricas en su interior, cobijan á la nobleza inglesa, paróse, al cerrar la noche, una pequeña berlina, de la que se apeó un caballero anciano, que con aire grave y preocupado subió las alfombradas escaleras, siendo saludado por los numerosos lacayos que encontraba á su paso, con ese respeto que allí engendra la buena enseñanza, y constituye la finura de los sirvientes. Á este respeto se añadia en ellos una marcada expresion de benevolencia, la que indicaba que la persona que subia, era íntima en aquella casa, y bien vista de todos sus moradores. El último lacayo que encontró, le precedió á la antesala, abrió la puerta del salon, anunció al que llegaba, se apartó respetuosamente para dejarle pasar, y volvió á cerrar.

La sala en que entró el anunciado, aunque bastante espaciosa, no lo parecia, merced á la multitud de muebles y objetos de lujo, que en ella se aglomeraban en estudiado desórden. Mesas redondas cubiertas de ricos tapetes que colgaban casi hasta el suelo, y sobre las que se ostentaba profusion de libros soberbiamente encuadernados; juguetes y objetos raros, de incalculable valor; un *bureau* de laca del

* Lady es un título que llevan las mujeres de los lores ingleses, con su apellido ó título si lo tienen, y que gastan todas las hijas de títulos ántes de su nombre de pila, aun el caso de que se casen con particulares que no le tengan.

Japon, en el que se hallaba un magnífico tintero de cristal y oro, coronado de un sello de las mismas materias, que por emblema tenia grabado un corazon traspasado por un puñal; jardineras llenas de las flores mas bellas; un magnífico piano y un harpa, butacas, otomanas, todo este cáos de espléndida riqueza deslumbraba la vista, que la costumbre de verlo en otras muchas casas no habia familiarizado con él.

Las paredes se hallaban cubiertas por una colgadura, formada alternativamente de paños de raso celeste y blanco, sujetos en su parte superior, por argollas doradas, á una vara, dorada tambien, que rodeaba la habitacion, y estaban guarnecidos en su parte inferior por un fleco de pasamanería de anchos caireles, de los mismos colores del raso, parecidos á los que forman las charreteras de los militares. Las cortinas que hermanaban con la colgadura, caian sobre puertas de hechura gótica y de brillantes cristales como los de los espejos, y estas comunicaban á un largo balcon que daba á un jardin, cuya vista era interceptada por preciosos transparentes

Atinado era, por cierto, impedir la vista de aquel jardin en la estacion en que se estaba. Los árboles despojados de sus hojas y ennegrecidos por la humedad, hallábanse cubiertos en la parte superior de sus ramas por la nieve, miéntras la inferior permanecia descubierta, de manera que aparecian cual negros esqueletos desgarrando sus blancas mortajas. El césped yacia bajo la nieve, que cual losa sepulcral lo cubria. La atmósfera la componia una densa niebla que se extendia y alzaba en la altura, interceptando la vista del cielo.

En el testero del salon, en una chimenea de esculpido mármol y hornillo ó *grate* dorado, ardia una brillante hoguera de carbon de piedra. En uno de los mullidos sillones que á su lado se hallaban, estaba sentada la dueña de aquella espléndida morada. Su edad, que podia ser de cuarenta y cinco años, era al parecer muy disminuida por una admirable naturaleza, unida á una extraordinaria hermosura, efecto á que contribuia la influencia de aquel clima, y el esmero y elegancia en el vestir, que, sin que á veces tenga parte alguna en ello, ni el deseo inmoderado de agradar, esto es, la coquetería, establece en aquellas esferas la costumbre, y hacen necesaria las exigencias del gran mundo, á aquellos que por gusto ó por precision alternan en él.

Vestia esta señora un traje de terciopelo de color de granate subido, y cubria sus brazos una profusion de encajes de Flándes, que partian de su manga corta. Una berta de estos mismos encajes adornaba su escote, y sobre su garganta quedaba confundido el blanco de aquellos con el de su albo cútis. Parte de su magnífico cabello rubio dividido sobre su frente, se unia formando torcido sobre sus orejas, al de detras, que hecho un rodete, hallábase cubierto por una red de granates, cuyas borlas caian sobre su nevado cuello. Entre las ricas pulseras que adornaban sus brazos, se ocultaba una mas sencilla que las demas, formada de una cadena de oro, cuyos extremos se unian por un corazon de rubíes atravesado por un puñal de brillantes: de manera que á haber sido esto en España, que ostenta los emblemas de su fe y de su devocion, hubiérase podido atribuir este repetido símbolo, que lo es de la VÍRGEN DEL MAYOR DOLOR, al escudo con que, en muestra de amor y adhesion, se condecoran sus amantes devotos.

Mas no era esta la causa que movia á usarlo, á aquella decidida anglicana, que sin conocer la verdadera religion, y solo por imitacion, rutina, orgullo de raza, y rencor á los pobres Irlandeses, ó por demostrar superioridad, segun ella la entendia, era de las señoras mas ostensiblemente afiliadas en el partido anti-católico.

Nunca se ostentó la altivez mas erguida, á la par que mas noblemente, que en aquella mujer, sobre la cual con pródiga mano habia derramado la suerte sus dones. Despues de haber recibido de ella una ideal belleza, nacida en cuna de plata, y desposada en tálamo de oro, habia unido esta señora á su corona de marquesa, otras de mas valor, por la cultura de su superior talento y por la dignidad de su reconocida virtud. Lady Virginia no tenia hijos, pero no se sabia si consideraba esto como una desgracia, porque jamas, ni remotamente, tocaba este asunto. Decíase empero, entre sus *amigas*, que la frialdad de aquella hermosa estatua de alabastro, no solo la habia libertado de toda pasion, sino tambien de todo afecto; por lo que no notaba la falta de los goces que estos ofrecen al corazon, y que, caso de experimentar algun sentimiento, no lo ocasionaria el echar de ménos los goces del cariño de madre, sino el verse privada de un heredero directo de la noble y poderosa casa de Arnim.

— Buenas noches, doctor, dijo la hermosa señora al recien entrado, alargándole su blanca mano; me olvidais sin piedad y sin remordimiento.

— Lo que prueba que vuestra salud es la mas inalterable de las cosas buenas, contestó el doctor, que, no obstante, pulsó con evidente atencion la mano que aquella le habia presentado.

— ¿Cuándo ha necesitado Hebe á Esculapio? dijo el jóven Sir Harry Saint Albert.

— Á las señoras agrada ser compadecidas, intervino el general Holms; la compasion es un mimo.

— Por fortuna, repuso sir Harry, lady Virginia no tiene otro motivo por qué ser compadecida, que el de no tener ninguno.

— ¿Y le parece á Vd. poco, contestó la señora, el haber visto rechazada en la cámara de los lores la mocion de mi marido en contra de los católicos? La indiferencia por todo interes *moral*, que entre nosotros origina la preponderancia de los intereses materiales acabará por vulgarizar y rebajar á nuestra noble y culta Inglaterra, al nivel del cotarro Americano.

— Señora, el soberano que reina hoy dia con todo despotismo, es John Bull; solo sus cortesanos obtienen popularidad; repuso el general Holms.

— Supongo, preguntó sir Harry, que ireis esta noche en casa de la duquesa de Wansbeck, lady Virginia?

— ¡Oh! Ciertamente, contestó esta; declamará la Rachel y tocará Liszt: no faltaré.

— Soy de opinion que no vayais, dijo en tono moderado el doctor.

Lady Virginia fijó en el que habia hablado, una rápida é investigadora mirada, pero sus labios pronunciaron sonriendo y en tono placentero: — sois cruel, doctor!

Los concurrentes asaltaron al facultativo con reconvenciones, y trataron de que revocase su fallo; pero él se mantuvo en su opinion.

— Desde las carreras de Haymarket, dijo, contrajo lady Virginia un constipado que no ha querido cuidar, y que se ha convertido en una pertinaz irritacion de la sangre, que hará quizas necesaria una evacuacion.

— En cuanto á no salir esta noche, repuso lady Virginia, os complaceré, doctor; en cuanto á tocarme á la sangre, no; y si sospecho que os inclinais al sistema de Broussais, perderemos las amistades. Contentáos con el sacrificio que hago en no ir en casa de la duquesa. Como buen católico sois inclinado á él, y le encontrais quizas dulzuras ascéticas que no están al alcance de mi comprension, ni en la esfera de mi sentir.

— Si hubieseis tenido hijos, repuso suspirando el general Holms, comprenderiais el ansia y la dulzura que inspira el sacrificio.

Una palidez mortal se extendió sobre el rostro de lady Virginia, que no pudo ser notada, porque en aquel instante entró el marques acompañado de otros amigos, y poco despues se hallaban todos reunidos alrededor de una mesa, cuya esplendidez sobrepujaba á cuanto puede la imaginacion crear y reunir en sus mas exageradas pinturas. El brillante alumbrado todo lo hacia resplandecer, el oro, la plata, el cristal; como lo hace la alegría en el corazon de que se posesiona. Los criados con sus ricas libreas, su calzon corto y su media de seda, cuidaban atentos de prevenir los deseos, puesto que aquella mansion parecia destinada á satisfacerlos todos.

El gasto que originaba aquel banquete, tanto en las primeras materias, como en las que el arte y la industria habian proporcionado para él, hubiese podido dar de comer por algunos dias á los pobres de Lóndres. ¡Anatema sobre el lujo! ¡Anatema sobre sus secuaces! Tal será quizas el grito que en su indignacion humanitaria lance algun filántropo superficial. — ¡Bendito el lujo! decimos nosotros, tributo obligatorio del rico, á las manos é inteligencias que lo confeccionan; bella fuente que estimula al genio, que sostiene la industria, y que mantiene á miles de obreros! Si cesase el lujo, si faltasen los capitales que en él se invierten, ¿qué seria de vosotros, míopes que lo censurais, siendo vuestra providencia? Anatematícese, ridiculícese en buen hora la loca vanidad que quiere igualar al que no tiene, con el poderoso, y que, menospreciando la honrada y tranquila medianía, pretende subir en zancos de este vicio dañino á esfera distinta de la que en suerte le cupo; pero no se confunda este punible y despreciable afan con la necesaria y equitativa esplendidez del po-

deroso, que por este medio hace circular sus magnas rentas, en lugar de atesorarlas.

Otros llamarán á los que, alrededor de aquella mesa disfrutaban de sus delicias, *los felices de la tierra.* Confesamos que se subleva nuestro corazon, y que se indigna nuestra razon, cuando oimos asociar, segun en el dia se hace, y como si fuera la cosa mas positiva y mas natural, la felicidad y la riqueza! No es por cierto una razon moral ni religiosa, la que nos mueve á escandalizarnos de tan falsa y disparatada amalgama; es solo el sentido comun, ante el cual tan palpable se halla la falsedad de esta necia y vulgar opinion, que no nos detendremos en demostrarla; tanto mas, cuanto que se desprenderá de los hechos que vamos á referir en este sencillo relato. Así, pues, descorramos un tanto la cortina de ficticia alegría, que anima á la encopetada reunion de aquellos, á quienes la envidia de unos por hacerlos odiosos, ó la buena fe de otros por cortedad de alcances, llama magistralmente los *felices.*

El dueño de la casa, lord Arnim, sofocaba, en demostraciones del humor mas festivo y obsequioso hácia sus huéspedes, la escocedora y profunda herida que acababa de recibir su colosal amor propio, no solo viendo rechazada su mocion, sino al considerar la manera inconveniente con que lo habia sido, habiéndolo hecho el grosero sarcasmo whig objeto de las risas del parlamento, á él, el mas caballero y entonado de los torys.

Entre las alegres chanzas sarcásticas y delicadas burlas que sir Harry Saint Albert vertia, como las nubes sus suaves y helados copos de nieve, no se vislumbraba que aquel otro *feliz*, tenia una aneurisma en el corazon y que cada latido que en él sentia le gritaba al oído el terrible *de morir habemos* que aun á los anacoretas impone.

Otro jóven, sentado á su lado, reia alegre y mas animado que los demas; y nadie al verlo hubiese sospechado que en la noche anterior habia perdido al juego dos millones de reales, que le habia anticipado un usurero judío, y que este golpe completaba su ruina.

El general Holms distraia su mente con la narracion de divertidas anécdotas, del recuerdo de su hijo primogénito, heredero de su antigua y noble casa, el que despues de

disipar enormes sumas que su padre habia pagado imponiéndose para ello los mayores sacrificios, habia casado con una bailarina, á quien seguia en una vida aventurera de teatro en teatro, vergonzosamente mantenido por las piruetas de su lijera consorte.

El que hubiese podido percibir lo invisible, no hubiera visto en esta reunion de *felices de la tierra*, sino una sola frente serena, un solo corazon contento; y los hubiese hallado en el doctor, que era cabalmente el único que no pertenecia á aquellos á quienes se da esta denominacion. Aquella mañana habia practicado con grande acierto la operacion de las cataratas, en que era consumado maestro, á una pobre madre de familia, que por causa de ellas se hallaba en la mayor miseria, y no solo habia devuelto la vista á esta desgraciada, sin recibir estipendio alguno, sino que habia dejado á aquella desvalida familia, un copioso socorro, tal como acostumbraba á hacerlo aquel excelente hombre, que en semejantes obras invertia sus pingües ganancias.

Sucedia, pues, que de cuando en cuando resonaban en el eco de su conciencia las bendiciones de aquellos á quienes socorria, como para alegrarla, satisfacerla y santificarla, produciendo en torno de su frente una auréola de tranquilo é íntimo contento, que Dios veia y los hombres presentian.

Lady Virginia, como mujer, era impenetrable.

Cuando concluida la comida los convidados á la reunion de la duquesa se prepararon á marchar, preguntó sir Harry á la marquesa:

— ¿Con que decididamente no venís, señora?

— No me quiero declarar en completa rebelion contra el doctor, contestó la marquesa. Determino renunciar á Liszt y á la Rachel, si por su parte renuncia el doctor á sus sanguinarios proyectos.

Todos prorumpieron en exclamaciones de sentimiento, y se dirigieron al marques para que interpusiese su influencia.

— Es inútil, señores, repuso este; donde han sido vencidos Rachel y Liszt, no venceremos nosotros. Ademas, con mi mujer, así como con mis amigos, he seguido la regla de no imponerles mi parecer, porque creo que el mejor modo de complacerlos es el de no contrarestar sus deseos ni su propia inspiracion.

— Buenas noches, querida Virginia, añadió poniéndose en pié; doctor, compensad á la marquesa lo acerbo de vuestras prescripciones con lo ameno de vuestra sociedad.

II.

Apénas hubieron cerrado la puerta los que salian, cuando se operó un cambio tan repentino como completo en el semblante de la marquesa. La sonrisa desapareció de sus bellos labios y de sus serenos ojos, como desaparece de las flores la luz del sol cuando cubre el cielo una negra nube. Algunos segundos se mantuvo silenciosa, hasta que el ruido de las pisadas y de la conversacion de los que se ausentaban se extinguió completamente. Entónces con ahogada y azorada voz preguntó:

— ¿Y bien, doctor, teneis noticias?

— Alguna, aunque vaga.

— ¿Cómo la habeis adquirido? presto, hablad!... ¿teneis carta?

— No. Pero habiendo llegado de Lisboa un compañero mio que ha permanecido en aquella capital mucho tiempo, me apresuré á ir á verle, por si algo podia inquirir. Así fué que despues de las primeras palabras de bienvenida, le pregunté si habia visto á los pasajeros que iban en el último vapor llegado allí. Me contestó que sí, porque comian todos en la mesa redonda de la posada inglesa. Seguí preguntándole si habia visto entre ellos á un jóven cuyas señas exactas le di. Me contestó que efectivamente, un jóven de esas señas venia entre ellos, que se hacia notar por lo taciturno y altivo de su carácter. Teníale por vecino en la mesa, lo que le habia permitido observar lo extraño en una sortija que llevaba al dedo, y que formaba un corazon de rubíes atravesado por un puñal de brillantes.

— ¡Él era! exclamó con anhelante respiracion lady Virginia.

— ¡Qué imprudencia la vuestra, señora! prosiguió el doctor, ¡haberle dado esa sortija!

— ¡Es el emblema de mi vida y de mi amor!

— ¡Por lo mismo! dijo con pena el doctor, que prosiguió en estos términos: Preguntéle si permanecia aquel pasajero en Lisboa, á lo que me contestó que creia que no, toda vez que despues de la salida del vapor no habia vuelto á verle.

— ¿Pues dónde podrá haber ido? exclamó agitada la marquesa, ¿á Cádiz?

— ¿Cómo quereis que se sepa, cuando despues de tocar en Cádiz, prosigue el vapor su viaje haciéndolo en otros muchos puntos?

— Doctor, mandadme los aires del mediodía, exclamó la marquesa, mandadme ir á Cádiz... partamos.

— ¡Lady Virginia! ¡lady Virginia! ¿qué decís? repuso alarmado el doctor. ¡Cómo! ¿vais á destruir en un momento el fruto de toda una vida de abnegacion, de vencimiento y de disimulo?

— Sí, porque mis fuerzas se han agotado; sí! porque jamas me vi, ni pensar pude que llegaria á verme en el terrible trance en que me encuentro, de tener que temblar por la vida de mi hijo!

— ¡Sois tambien esposa, señora! ¡y temblad ante la idea de destruir la felicidad de un hombre como lord Arnim!

— ¿Y creeis que la cifra en ser un marido amado?

— Cifraria al ménos su desgracia en haber sido toda su vida un marido engañado.

— ¡Ay, infeliz de mí!.... ¡infeliz de mí!! exclamó cruzando convulsivamente sus manos la marquesa. ¡Oh! ¡nunca ¡no, nunca fué una debilidad mas cruel é injustamente castigada!

— ¡Una debilidad!! murmuró con acento de suave, pero severa reprension el doctor.

— ¿Y qué otra cosa tengo que echarme en cara? y si culpa hubiese, no creeis que el marques tenga su parte en ella?

— Lady Virginia, repuso el doctor, perdonad la honrada franqueza de vuestro mejor y mas antiguo amigo; faltas hay que nada disculpa. Ademas el marques ha sido siempre irre-

prensible en su conducta; su felicidad y su honor deben seros sobre todo caros.

— ¡Ficticios ambos! dijo con acerba ironía la marquesa.

— Que cuando llegue á saberlo sea en aquella esfera, en que las culpas lavadas con lágrimas no dejan rastro. En la mezquina esfera en que vivimos, no puede, no debe saber nada; y repito que su felicidad y su honor deben seros sobre todo caros.

— ¿Mas que un hijo? pedís lo imposible, doctor!

— Un hijo que no podeis reconocer.

— Es que lo haré.

— ¡Calmáos, señora! Estais demasiado exaltada para poder discurrir con acierto. Un escándalo nada remediaria, y solo seria un precipicio en el que, si cayeseis, no caeriais sola.

— ¡Ah doctor! exclamó en el mas profundo abatimiento lady Virginia: cuando recapitulo mi vida, esta existencia mísera encerrada en una red de oro, al parecer fria, tranquila y feliz, pero que en realidad reasume los tormentos del orco!.. ¡los de Tántalo, viendo á ese hijo que tanto amo, sin poder gozar de su cariño; los de Sísifo, volviendo cada dia á emprender mi tarea de fingimiento y de mentira; los de Prometeo sintiendo devoradas de continuo mis entrañas por el dolor de lo pasado y por las angustias de lo porvenir! Cuando considero esto, íntimamente persuadida de que no soy acreedora á tanto padecer, me tengo por una criatura maldita, en la que un injusto destino ceba su saña cruel, y esto me indigna é irrita hasta la desesperacion!

— Si fueseis católica, lady Virginia, dijo el doctor, doblariais vuestra cerviz, diriais PEQUÉ, SEÑOR!... y el Señor os consolaria.

— ¿No pensais, doctor, repuso con amargura la marquesa, que un poco de compasion seria un bálsamo eficaz para tan destrozado corazon?

— Yo os compadeceria mas, señora, si vos os compadecieseis ménos; os creeria ménos culpable, si vos misma os culpaseis mas.

— Pues qué! vos, que tan prácticamente conoceis el mundo, ¿creeis tan fácil resistir á las pasiones?

— No lo creo fácil; pero lo creo posible; y, sobre todo, creo posible y fácil el no exponerse á sentirlas.

— ¿Cómo?

— Evitando las ocasiones que las engendran y alimentan.

— No es eso á veces posible.

— Todo lo bueno y prudente es posible, lady Virginia. Jugamos con el fuego, á veces le echamos combustible; ¡y despues nos quejamos de que nos queme y consuma! Si quitásemos al fuego aire y alimento, en lugar de levantar llama, se apagaria. Pero muchas prefieren ser heroínas á sencillas mujeres honradas; el oropel al oro; el brillo al peso; y este es el gran error del juicio femenino, el fatal cebo de su vanidad.

— Doctor, repuso la marquesa, si no estuviese tan persuadida de la bondad de vuestro corazon, os creeria cruel. Casada á los diez y ocho años con un hombre que amé, lo confieso, (porque es un vulgar é infundado aserto que no tomaré por disculpa, el pretender que no se ha amado ántes de sentir una funesta é ilícita pasion); amé, pues, digo, á mi marido, que por todos conceptos merecia ser amado y preferido. Pero, á poco de casados, fuí abandonada por una rival mas feliz, por la política, que absorbió á mi marido hasta el punto de no dejarle ver ya en mí su amante, la mitad de su ser, la ilusion de su vida, sino solo el auxiliar de sus planes; no su compañera, sino su agente y asociada; la mujer quedó anonadada.

— ¿Es eso disculpa? dijo con dulzura y cariño el anciano amigo y confidente de la marquesa. ¿Es acaso el amor conyugal de tal calidad que no pueda resistir sin la correspondencia? en ese caso seria el último y ménos constante de los amores; si así fuese, se rebajaria ese santo sentimiento al nivel del simple amor de atraccion, de esa bella, pero efímera pasion, que nace sin reflexion, vive sin ternura, y muere de hastío, y que ha merecido ser definida: «un egoismo de dos.» La madre no sustituye otro amor al que siente por un hijo ingrato, bien lo sabeis.

— Lo que decís, doctor, repuso la marquesa con reprimida incomodidad, será muy moral, elevado y perfecto; pero no estamos en ese terreno. El alejamiento de mi marido fué el que engendró el mio. La mujer, como la yedra, se

apega al árbol á que está unida. Si este no la retiene, se desprenderá, caerá al suelo sin fuerza, y vegetará lánguida, ó se dejará arrastrar por el impulso que le dió naturaleza, á enlazarse á la rama que otro árbol le presente.

— Marquesa, repuso el doctor, lo que decís es una comparacion poética, pero no exacta. La yedra sigue los impulsos de la naturaleza, como observais, pero á la criatura humana no deben regirla *impulsos* nacidos del instinto, sino la voluntad, hija del alma.

— ¡Ah doctor! exclamó con amargura la señora, si Dios y el mundo son tan inexorables conmigo como vos...

— El mundo que no tiene piedad, lo será mas, marquesa; pero Dios, el Dios de las misericordias, lo será ménos, cuando en lugar de disculparos, os culpeis.

— Eso es lo que nunca haré, repuso con orgullo lady Virginia, Dios ha puesto el hermoso sentimiento del amor en el corazon de la criatura, no para que lo combata, sino para que lo goce.

— Dios ha puesto el sentimiento del amor en el corazon del hombre, para formar los santos lazos de la familia, no para disolverlos: así como le ha dado el vino para salud y contento, no para que con él se embriague; los animales para que le sirvan y acompañen, no para que los desprecie y maltrate. El abuso de los dones de Dios es una espantosa fuente de incalculables males.

— Ello es, que en nuestro mutuo alejamiento, mi marido tomó la iniciativa, dijo la marquesa.

— No disculpo al marques, repuso el doctor, aunque su infidelidad fué inocente, porque no dejó de amaros, sino de demostraros su amor.

— ¿Y es poco? exclamó lady Virginia; el amor que no se demuestra, es un capital que no da réditos, una esencia evaporada, un crédito nominal. Fué lord Arnim encargado de una mision importante en el extranjero; quise acompañarle, y se negó á ello, exigiendo de mí que me fuese al campo, á nuestra residencia feudal, y trabajase en su reeleccion con los *country-gentlemen* (nobleza de Provincia) sin perdonar medio alguno para ganarme sus simpatías y captarme sus voluntades en favor de su eleccion, fuertemente disputada por el partido whig. Me recomendó muy particularmente que estrechase

relaciones con una familia poderosa y considerada en el país, cuyo hijo, que ejercia grande influencia, estaba á la cabeza de los que deseaban la eleccion de su contrario. Seguí las instrucciones de mi marido con tanto mas gusto, cuanto que las señoras de aquella familia eran lindas y amables, y desde luego sintieron por mí una amistad que rayaba en entusiasmo.

Cuando llegó el hijo, que habia estado ausente, se resintió con su familia, y en particular con sus hermanas, de que hubiesen favorecido, inclinando á ella á sus amigos y arrendadores, la eleccion de mi marido. Ellas se disculparon con que era imposible resistirme; rióse, y en su consecuencia se presentó á mí con la confianza y altivez de un invulnerable Aquiles. Con su llegada y oposicion, la eleccion quedaba perdida; todo mi trabajo perdido; las esperanzas que habia hecho concebir á lord Arnim, perdidas. ¿Era, pues, de extrañar que pusiese en juego todos los medios posibles para captarme la voluntad de aquel formidable contrario? Sabeis el resultado: ¡desgraciada de mí!... me prendí en mis propias redes.

— Era de temer.

— ¿Y qué hacia?

— No jugar con fuego, esto es, evitar las ocasiones.

— ¡Es que mediaban intereses muy graves!

— Nada hay mas grave que el deber, marquesa.

— Mi mayor desgracia fué haber dado con el hombre con quien di! Nada le faltaba para hacerse amar y para subyugarlo todo; talento, belleza, la mas exquisita cultura; y por mi desgracia uno de aquellos caractéres entusiastas, exaltados y violentos que convierten en pasiones cuantos sentimientos experimentan, cuantas ideas conciben, cuantos intereses los mueven, como Mídas en oro cuanto tocaba.

— Decid en hierro candente, lady Virginia: caractéres odiosos, fatales y reprobados, que en su gigantesco amor propio se creen antorchas cuando son blandones, volcanes cuando son máquinas infernales.

— Cuando empezaron aquellas relaciones tan peligrosas, pero en las cuales no llegué á traspasar todos mis deberes, estaba yo próxima á dar á luz á mi hijo: el regreso de lord Arnim se acercaba, y con su vuelta se hacia preciso el que

yo verificase la mia á Lóndres. Exigí del hombre á quien amaba, y del que queria separarme para siempre, que no me seguiese á la corte: pero no fué posible conseguirlo. Me vi perdida; mi angustia crecia por momentos, y al fin mis lágrimas y congojas pudieron conseguir de aquel hombre desesperado, la palabra de no volverme á ver jamas, pero con la condicion de que para compensarle tan inaudito sacrificio, le entregase el hijo que iba á dar á luz, haciéndole pasar por muerto á los ojos de su padre y á los del mundo, y dejándole esa prenda de cariño: lazo que nos uniria cuando se rompian para siempre otros, y que llenaria su vida y su corazon ya para siempre vacío, y panteon de un amor enterrado vivo, con el cariño al hijo de la mujer que adoraba.

¡En vano me resistí á tan insensata y no vista exigencia! Vos le habeis conocido, doctor; habeis sido su amigo, y sabeis que resistirle era tan imposible como resistir al simoun. Lo espantoso de mi situacion llegó á su colmo, cuando merced á mis continuas agitaciones, sentí anticiparse mi alumbramiento; vos fuisteis llamado por él, y vos, quien despues de auxiliarme, hicisteis desaparecer la criatura, sin que, en mi estado de debilidad y congoja, hallase yo fuerza ni decision para autorizar este hecho extravagante y criminal, ni tampoco para protestar contra él.

— ¡No hubiese yo contribuido á él, dijo con pena el doctor, á no haberme Eduardo completamente engañado sobre el orígen y las causas que le obligaban á obrar así!!!

La marquesa prosiguió:

— En breve vi desvanecida la certeza que me habia dado Eduardo de que, separado para siempre de mí, y cortadas nuestras relaciones, quedaria para siempre oculto entre el ramaje de nuestros solitarios parques todo lo pasado. Pero el vencido adversario de mi marido, indignado y resentido de su derrota, causada por la defeccion de Eduardo, la achacó públicamente á un amor cuya correspondencia habia sido conseguida á ese precio: Eduardo le desafió... y fué muerto!

¿Qué hubiese sido de mi hijo y de mí, si por fortuna no hubieseis sido vos el encargado de buscar una nodriza que criase á aquel en vuestra propia morada? Creo que yo hubiese perdido la razon, si vuestra generosa amistad no se hubiese espontáneamente encargado de darme aquella fatal

nueva, y de decirme el paradero de mi hijo, muerto para mí, muerto para su padre, muerto para su herencia, y muerto para la sociedad, por la exigente, violenta y despótica pasion de un hombre que abusó de mi condescendencia, de mi imprevision é inexperencia, del ascendiente que sobre mí ejercia, y del terror que supo inspirarme!

— Pero, lady Virginia, dijo el doctor en tono de súplica, ¿á qué volveis á traer á vuestra memoria, y con ello á sentir de nuevo en todo su desconsuelo, dolores y faltas, ya por desgracia, sin remedio humano?

— El dolor, contestó la marquesa, encerrado en el alma, cual un espíritu guardado herméticamente en un frasco, pierde algo de su intensidad cuando puede evaporar su esencia en la atmósfera del desahogo. Dejadme, por Dios, único y fiel confidente de mis dolores, darles alivio con las quejas, descanso con las lágrimas, consuelo con vuestro nunca desmentido interes por la que lo siente! Mas... ¿quién diria, añadió con ojos extraviados y cruzando con fuerza las manos, que apoyó en sus rodillas, — ¿quién diria que lo que acabo de referir no es sino el principio, el primer eslabon de una cadena de progresivos sufrimientos, en que el último añadido á los anteriores, es mayor y mas pesado! ¿No considerais que son terribles y excepcionales mis desgracias?

— Son, señora, consecuencias legítimas de las causas de que dimanan.

— Destruyendo cada disculpa ó causa atenuante de mis faltas, haceis, doctor, repuso la marquesa, lo que los habitantes de las costas del Norte de Escocia, quitando todo medio de seguridad ó direccion á los infelices buques que naufragan. No sois mi amigo, no; no lo sois.

— Quisiera ser cosa mejor que un amigo; quisiera ser vuestra conciencia.

— ¿Con qué fin?

— Porque os quisiera arrepentida.

— ¿Para mas enloquecerme?

— No; para tranquilizaros; para que gozaseis del sumo bien que el arrepentimiento procura.

— ¿Cuál es?

— La conformidad, la mansedumbre, la calma que halla

en el puerto de salvacion el bajel destrozado por los temporales, y que ha estado á punto de zozobrar.

— ¡Siempre vuestras ideas católicas!

— ¡Siempre!

— No son aquí del caso, doctor; porque no trato de llevar estos asuntos mundanos al terreno teológico. ¿Quisierais que cruzase las manos como una Magdalena, y me contentase con llorar? De poco me valdria eso; y lo que ha de valerme es la prudencia y el saber humano.

— ¡Puedan guiaros mejor que lo han hecho hasta aquí!... dijo suspirando el doctor. Decid, señora, ¿y ha sido saber y prudencia humana el haber educado á ese hijo que no podiais reconocer, á quien no podiais dar nombre ni posicion en el mundo, á la manera de un gran señor?

— ¡Y qué!... repuso con animacion la marquesa, ¿hubierais querido que durmiese yo en blanda cama y en sábanas de olan, miéntras lo hiciera mi hijo en tosco y duro lecho? qué comiese ricos manjares, miéntras él se alimentase con el grosero sustento del pobre? ¿Queriais que se hubiese criado ignorante, y hasta sin medios ni opcion á ocupar un puesto distinguido en el mundo?

— Habeis tocado los resultados, marquesa. Criado con modestia, hubiera podido creerse siempre lo que creyó ser miéntras fué pequeño, el huérfano de un cofrade mio, recogido por mí con algun caudal reunido por su padre. Pero cuando creció el lujo que le rodeaba, y cuando la costosa educacion que recibia, le hicieron sospechar que yo le engañaba; cuando el tierno y apasionado amor que le demostrabais cada vez que, sin atender á mis consejos, ibais á verle á mi casa, con pretextos que le fueron pareciendo poco á poco insuficientes, le persuadió de que solo á una persona de vuestra esfera podiais tratar de aquella suerte, y de que á ella debia necesariamente pertenecer; el orgullo, que es el vicio innato de vuestro hijo, el orgullo, ese directo adversario de Dios, ese Mefistófeles de la humanidad, ese falso prisma que agranda lo chico y achica lo grande, su orgullo, digo, fué tomando cada dia mayores vuelos; deslustró su inocencia, secó su modestia, ofuscó su razon y endureció su corazon, cosas todas, inmediatas consecuencias suyas. Viendo que no lograba averiguar un misterio de cuya existencia estaba per-

suadido, sus exigencias llegaron á ser intolerables, y su trato insufrible. Entónces empezó la lucha que ha durado un año, año en que he sido compasivo testigo de vuestros sufrimientos, y en que no se han quedado atras los mios. Si en cambio le hubieseis dejado seguir la carrera de aquel de quien un dia creyó ser hijo...

— ¡Mi hijo! el hijo de lord Arnim... ¡cirujano!! dijo con soberano desprecio la orgullosa lady.

— No era ni lo uno ni lo otro, repuso con fuerza el doctor. Sucumbiendo, en fin, en la lucha, me encargasteis que le descubriese toda la verdad. Por mas que me resistí, previendo funestas consecuencias lo exigisteis terminantemente. El resultado ha sido el que desde luego temí, conociendo su carácter duro y altanero.

— El resultado ha sido este, dijo lady Virginia, sacando de su seno una carta; aquí la guardo, aquí está sobre mi corazon como otro puñal mas penetrante y duro que el que toda mi vida he tenido clavado en él.

El doctor se levantó, y con un movimiento suave, pero pronto, arrancó la carta de manos de la marquesa y la arrojó á las brasas. Una súbita llama se levantó y murió al momento, despues de consumido el papel.

— ¡Doctor! exclamó indignada la marquesa, ese atrevimiento...

— Es grande, es enorme; pero era necesario, señora; ese documento puede perder á la madre, y disfamar al desnaturalizado hijo que le escribió... Ademas, ¿para qué ese nuevo puñal?... ¿no basta uno?

— Ni vos ni nadie lo arrancará de la herida, repuso con acerbo acento la marquesa. ¿Veis como sobre el negro simulacro de lo que fué papel brilla aun su contenido, en caractéres de fuego? así está impreso en mi enlutada alma y sino, oid como decia.

En vano procuró evitar el doctor que la marquesa recitase el contenido de la fatal carta; esta empezó y siguió haciéndolo con monótona voz, los ojos extraviados y fijos en la lumbre, en que aun se agitaban entre cenizas los restos del quemado papel, cayendo de sus labios cada palabra como gotas de sangre de una mortal herida.

«Señora: así os nombro porque no puedo llamar madre

á la que no quiso serlo; á la que, á la faz del cielo, pero sin tenerlo en cuenta, privó á su hijo no solo de su madre, sino del mas noble de los padres, y le desheredó de su linaje, títulos, caudal, y hasta de su nombre! Me habeis hecho mas huérfano que hubiera podido hacerme la muerte, á quien llaman cruel, pero que comparada á vos es benigna y equitativa. El doctor, que tiene su parte de culpa en este criminal y nunca visto expolio, ha querido atenuarlo á mis ojos, y no lo ha logrado, porque no se logra lo imposible.

«Parto, porque no podria permanecer aquí, sin echarme en brazos de mi digno padre, el noble lord Arnim, y porque aun cuando no os puedo amar ni estimar, conozco mejor mis deberes de hijo, que vos habeis conocido los vuestros de madre.

«No volvereis á verme, ni á saber de una existencia, que por complacer á un amante, habeis hecho la mas miserable del mundo, y que deseo acortar lo mas posible.. E. A.»

Cuando hubo concluido, reclinó la marquesa la cabeza en el respaldar del sillon murmurando; ¿cabe mas sufrir? Pero de repente exclamó dando una seca y estridente carcajada que estremeció al doctor; — ¡y nos llaman *los felices de la tierra!*

En este momento se oyeron fuertes golpes á la puerta de la calle y tropel de carruajes. Doctor, doctor, gritó un criado que se precipitó en el salon, acudid, que traen á milord accidentado!

El doctor se lanzó apresuradamente hácia la escalera, por la que subian á lord Arnim, no accidentado, sino ya cadáver.

III.

Hállase en la orilla del océano, entre la desembocadura del Guadalquivir y el santuario de Regla, un pueblecito que lleva el poco sonoro nombre de Chipiona. Tiene á su frente

el mar, y á su espalda un gran pago de viñas, que constituye sino su riqueza, su sustento; pues los vinos que produce, son muy buenos, como pertenecientes á los de Sanlúcar, que despues de los de Jérez, que ocupan el primer puesto, son reputados los mejores de aquella comarca, tan rica en exquisitos mostos.

Está Chipiona tan familiarizado con su respetable vecino el mar, que cuando en las mareas grandes, que son por enero y por Santiago, sube el líquido coloso hasta entrarse á pasos precipitados por las calles del pueblecito, sirve esto de diversion á sus vecinos, quienes como prácticos, saben el dia y la hora de esta invasion, y en lugar de asustarse, calafatean sólidamente las puertas de sus casas, y subidos en las azoteas y tejados, ó colocados fuera de su alcance, ven llegar con algazara aquella imponente masa de agua azul y salada. ¡Así se familiariza el hombre por la fuerza de la costumbre, con las cosas mas horripilantes! ¡Así va el militar al encuentro de las balas, lánzase el aeronauta en su globo á merced de los vientos, boga el marino en su esquife á merced de las olas! ¡Así vive satisfecho el lapon, en su prolongada noche, entre sus hielos, y el cafre entre las abrasadas arenas de sus desiertos!

Esto es un gran consuelo para aquellas almas á quienes la lástima hace sufrir tanto, que llega á ser la tortura de su vida, y que siendo blandas y pusilánimes, gradúan por sus propias sensaciones las que deben experimentar aquellos á quienes compadecen. No obstante, léjos está de nuestra mente el cercenar ni un ápice á la lástima, que es la mas sublime prerogativa del hombre; nuestra atencion se ciñe solamente á moderar un exceso, que tiene por resultado hacer á veces mas infeliz al que compadece, de lo que lo es el compadecido. ¿Pero acaso hacemos bien? Esta compasion que nos induce á mitigar los sufrimientos de la compasion ajena está siempre bien entendida? ¿Ó acaso al intentarlo habremos perdido de vista lo que dice el poeta aleman Bürger:

«Las lágrimas inocentes que caen en este árido suelo, son todas recogidas y forman el rocío de las florestas del paraíso; así no te pese verterlas, porque caen en la mano de Dios.»

El dia en que trasladamos á nuestros lectores á Chipiona, era la víspera de Santiago y estaban los habitantes alegres

y alborotados; muchos de ellos se hallaban reunidos en la playa, aguardando al imponente huésped.

Aquí un grupo de marineros mozos escuchaban complacidos y atentos al que por mas dichero y poeta, descollaba entre ellos; el cual mirando á su barca, á la que iba dirigida, recitaba la siguiente composicion:

Moza con la entena rota,
No hay mas que tezar la escota
Y poner la proa al viento
Mas pronto que el pensamiento;
Y aunque el práctico lo *impía*
Y me coma el oleaje.....
Yo me voy al abordaje,
Y salga el sol por la ria.

Luego dirigiéndose á una muchacha que con otras estaba parada á alguna distancia, añadia:

Concha llena de colores,
Olita del mar en calma,
Arrepara estos sudores
Que está derramando el alma
Por *toitos* esos primores.
Eres tú mas hechicera
Que el caprichéo*) en el mar,
Iza, iza esa bandera**):
Déjame, niña, llegar
Á tu costado siquiera.

Otros cantaban alternativamente con las muchachas, coplas que, como volantes rechazados por raquetas, volaban de grupo en grupo. Eran de este tenor:

ELLOS.

Toda mi vida en el mar
No me han cautivado moros;
Y una vez que entré en tu casa,
Me cautivaron tus ojos.

*) La bonita palabra *caprichéo* no está en el diccionario, y significa la inquieta y centellante reverberacion de la luz de la luna en la vacilante superficie del mar.

**) Para marcar que están incomunicados y no reciben á su bordo, ponen los barcos que hacen cuarentena una bandera á media asta.

ELLAS.

Un marinerito, madre,
Me tiene robada el alma;
Si no me caso con él
Muero moza, y llevo palma.

El amor y las olas
Del mar son unas...
Que parecen montañas,
Y son espuma.

Un grupo de niñas sentadas en la playa hacian casitas y huertecitos con la arena mojada, y una de ellas que despuntaba por sabidilla, decia á las demas: ¿á que no acertais un acertijo?

— ¿Cómo es?

— Una cosa muy atroz
Que anda sin tener piés...

— Toma! dijo una morenita bobona, la carreta!

— ¡Vaya! ¡te luciste, doña Sabijonda! La carreta no anda, que la arrastran los bueyes, ¡mú!... tan torpes como tú. Calle la boca, y escuchen las orejas:

Una cosa muy atroz
Que anda sin tener piés;
Tiene alas sin volar,
Y el espinazo al reves.

— La lancha, dijo una de las oyentes.

— ¿Quién te lo dijo?

— Yo que lo sé.

— Lo mismo dijo el gallo, y no sabe mas que carrear.

Por su parte los chiquillos, que se entusiasman en habiendo cosa de bulla, saltaban de roca en roca canturreando con monótono sonsonete:

Las olitas de la mar
Unas vienen, otras van,
Dejan espuma en la playa,
En las redes cogen rayas,
Entre las rocas cangrejos,
Los navíos van muy léjos!.....
Madre, yo quiero embarcarme,
Que va en la pareja la vírgen del Cármen.

Á la puerta de una casa situada en la parte del pueblo á que no llegaba la gran marea, se habian reunido y estaban sentados como en un estrado, una porcion de personas en paz y concordia, pero no en silencio. El *farniente* material es grato al andaluz, pero no así el intelectual. Allí, pues, se discurria y *platicaba* mucho, y sobre distintos asuntos.

— Tia María, dijo á la dueña de la casa ante la cual estaban reunidos, su compadre el tio Nicolás; su hijo de Vd. Juan tiene mas suerte que quiere. Ya no anda con la calesa: es mayoral y lleva una berlina. ¡Todavía lo hemos de ver cochero de los infantes!

— ¿Y porqué no, si la suerte le favorece, si entiende su oficio y es hombre de bien? repuso la buena mujer; pues no porque sea mi hijo, pero bien conoce Vd. que él todo se lo merece. Pero ¿cómo sabe Vd., compadre, que lleva berlina? ¿Será cosa que me dé Vd. un alegron y me tenga yo luego que desalegrar?

— Comadre, cuando yo digo una cosa, la firma el rey; pero ahí está su hijo de Vd. en propia persona, que se lo podrá decir de manera que le dé usted *créito*.

Efectivamente, llegaba en este momento un hombre jóven y jovial.

— ¡Juan! le gritó su madre, ¿es verdad que te han puesto de mayoral?

— Sí señora, repuso el interpelado; soy capitan de cuatro caballos, y tengo por sarjento á un zagal. Dios guarde á Vd., madre; salud, señores!

— Pues ahora no te falta, dijo el tio Nicolás, sino que tomen tu berlina unos ingleses, como aquel de márras.

— Pues lo que me falta no me falta, respondió Juan; que á unos ingleses traigo que han venido de temporada á Sanlúcar.

— ¡No digo! exclamó el compadre, miéntras los demas se echaban á reir. Compra mulas, Juan, compra mulas... que te han de parir.

— ¿Y dónde tengo yo esos caudales?

— ¿Pues no tenias dineros? Si me dijeron que ibas á comprar la aranzada de viña del escribano.

— No nos convinimos; y he mercado la parte que en la casa de mi madre tenia mi tia, y ya sabe Vd., tio Nicolás

Que en este mundo *indino*,
Cuando hay para pan, no hay para vino.

— Pues me alegro de que no comprases la aranzada de viña, y de que no partieses de lijero sin aconsejarte ántes de cerrar el trato, y ten presente que dos adivinos hay en Segura, uno experiencia, y otro cordura. No te fies del escribano, que es ladron mas conocido que un zarzal y un estornino. En su vida de Dios se cortan las uñas esos mozos; y *asina* fué que preguntándole á uno cómo podia vivir en paz el de su pueblo con su mujer, que era mas liviana que el viento, respondió: ¿Pues no han de vivir en paz, si son uña y carne?

— ¡Lo que sabe el tio Nicolás! observó Juan.

— ¡Toma! contestó aquel, el que quiera saber, que compre un viejo.

— Oye, Juan, preguntó una vecina, ¿y á qué han venido esos usías al lugar?

— Toma!... á pasearse, y á buscar otro inglés que por lo visto se les ha perdido.

— Pues mire Vd., opinó el tio Nicolás, que buscar un inglés en Chipiona, es como buscar un navío en un charco!

— Pero es el caso, prosiguió Juan, que no quieren volver por el camino del campo que hemos traído, sino que quieren que sea la vuelta por la playa.

— ¡Por la playa! por la playa no se puede dar la vuelta á la punta en que está el castillo del Espíritu Santo sino de aquí á dos horas, opinó el tio Nicolás.

— De sobra que lo sé, ¡y se lo dije á sus mercedes, repuso el mayoral; pero dicen que aguardarán. Yo he metido el ganado en el meson, y ahora me voy á traer acá á esos señores, porque despues que hayan visto subir el mar, en alguna parte han de descansar y aguardar á que sea hora de volverse por donde quieren ir.

— Bien venidos sean, dijo la buena tia María, y pensaron todos, á quienes léjos de importunar ó intimidar aquella visita de usías extranjeros, les agradó; merced á ese espíritu hospitalario del país, y á esa mezcla de dignidad que impide el amilanamiento, y de desenvoltura que aleja la cortedad.

Poco despues volvia el mayoral, guiando á un caballero anciano que daba el brazo á una hermosa señora, rigorosamente enlutada.

— Ana, dijo la tia María á una de sus parientas, tráete unas sillas de las de la sala, y un redondel de los nuevos; pónlos aquí á la sombrita. Señora, añadió dirigiéndose á la recien llegada, tome su merced asiento y descanse un rato, miéntras nuestro huésped de Santiago no se retira á sus anchos centros.

Lady Virginia y el doctor, pues eran ellos, admitieron la oferta, y se sentaron.

La marquesa, á quien el espectáculo de la invasora marea habia horrorizado, preguntó hablando, aunque con acento extranjero, con bastante facilidad la lengua del país, si aquella invasion no les asustaba.

— No señora, no, respondió la buena anciana, Dios le ha puesto una linde al mar, que aunque quiera no puede traspasar; y lo que no puede ser, no asusta; á la gente moza le sirve de *jolgorio*.

— ¡Qué felicidad! — dijo en inglés la marquesa dirigiéndose á su compañero, — qué espléndida alegría! ¡qué sincero contento! ¡ah! ¡cómo los envidio!... ¡con qué vehemencia los envidio!

En este momento pasaba un muchacho trabajador, que con su azada al hombro venia del campo, cantando alegremente:

En teniendo yo un cigarro,
Y seguro mi jornal,
Y á mi morena en la reja,
¿Qué mas puedo desear?

— ¡Y á estos llaman los filántropos, añadió la marquesa con amarga sonrisa, los *infelices de la tierra*! ¡Oh! ¡cuán léjos están de comprender, ni aun de imaginar, el dolor y la angustia que me está matando! ¡Qué ajenos se hallan de que esta desdichada madre busca por todas partes, sin encontrarle en ninguna, al hijo por cuya existencia tiembla, al hijo de quien ni aun huella puede descubrir, ni noticias hallar... por mas que inquiere!

La tia María, que habia entrado en la casa, salió en-

tónces con una enorme fuente llena de exquisitas brevas, y una limpia y fresca alcarraza de agua.

Conforme la vió el tio Nicolás, exclamó:

Bendiga Dios este plato
Que aunque caro cuesta barato;
Por la boca tendrá la entrada,
Y en él ha de quedar poco ó nada.

— Señora, dijo la tia María presentándole el plato de brevas; que se le hagan á su mercé una miel en la boca. ¿Qué decía la señora? preguntó: ¿desea, ó se le ofrece algo?

— No, no, gracias, contestó esta: lo que decia, añadió suspirando, es que son Vds. muy felices!

— De todo hay como en botica, repuso la buena mujer; pero al que llora y acude á Dios, Dios le consuela; al que tiene trabajos y acude á su Divina Majestad, su Divina Majestad le ayuda, y así siempre en esta vida es mas lo bueno que lo malo.

— ¡Ya! como Vd. y su hijo tienen esa suerte! bien puede Vd. hablar *asina*, porque cada uno habla de la feria segun le va en ella, dijo el tio Nicolás.

— ¡Pues no, que Vd. puede quejarse! repuso la tia María: Vd. que ha tenido un amo que le ha hecho hombre (porque, señora, añadió dirigiéndose á la marquesa, los ricos hacen mucho, mucho por los pobres, y el que no lo reconozca así, es porque es un ingrato), y por último, compadre, le ha metido á Vd. sus nietos en la escuela que han establecido los señores infantes en Regla, donde los enseñan, visten y dan de comer.

— ¿Eso han hecho? preguntó con interes el doctor.

— ¡Toma! y ponerse al frente para restablecer aquel querido santuario, que estaba abandonado y viniéndose á tierra, á fin de que volviese á él la bendita imágen de la Señora de Regla, que fué del mismo San Agustin; y ponerle su capellan, ya que otros le habian echado á sus monjes. ¡No se lo tome Dios en cuenta á quien lo hizo!

— ¿Todo se lo llevaron? preguntó con interes el doctor.

— Todo! contestó suspirando la buena mujer: no le dejaron al santuario mas que sus palmeras, porque de ellas no podian sacar dinero. Ahí se quedaron, pues, para avisar á

los Infantes que allí habia un santuario de la Vírgen, vacío, y que, ménos estable que ellas, se iba á caer.*)

Pero, señora, hablar del bien que hacen Sus Altezas, es hablar de la mar. Así están tan contentos y tan felices. Mas de cuatro simples creen que lo están porque son infantes. No, no, les digo yo, no es por eso; que muchos poderosos y encumbrados de la tierra tienen grandes ventajas, caudales y prerogativas, y no son felices ni están contentos. ¿No es *asina*, señora?

Lady Virginia, á quien ahogaba el dolor y la angustia, al oir á la anciana no pudo contestar sino con una inclinacion de cabeza.

— Si están contentos SS. AA., les digo yo, prosiguió la buena mujer, es porque son buenos; es porque siguen la ley de Dios, es porque hacen todo el bien que pueden, y buscan la felicidad en estas santas fuentes, que son las únicas que la pueden dar, y esas fuentes están en el corazon, y no en los altos puestos y riquezas. ¿No es verdad, señora?

La marquesa experimentó al oir estas palabras en boca de aquella sencilla campesina, un profundo sentimiento de amarga humillacion y vergüenza.

— No digo que no, comadre, observó el tio Nicolás; y Vd., como siempre está arrimadita á la iglesia, *preíca* como un cuaresmal. Pero ello es que aquellos dineros que se le entraron á su hijo de usted por las puertas, no le vinieron malamente para estar feliz; y Vd. no les hizo fo.

— Pues mire Vd., compadre, repuso la buena mujer, le digo á Vd. mi verdad que la suerte y los dineros á que Vd. alude, yo no los quiero de la manera que vinieron.

— ¡Toma! todo el que hereda podria decir lo propio.

— Y lo dirá. Pero bien sabe Vd. que yo con mas razon.

— ¡Y si era *estranjis*! no se apure Vd.; sino haga como aquel que estaba oyendo un sermon muy dolorido, en que todos lloraban ménos él, que se estaba sumiendo las lágrimas. — ¿Porqué no llora usted? le preguntó su vecino, y él contestó: ¡Toma! porque esta no es mi parroquia.

— Vd., compadre, todo lo quiere componer con chascarros;

*) Histórico. Las palmeras fueron las que llamaron la atencion de SS. AA. sobre el solitario, aislado, y abandonado santuario.

y no va bien guiado, pues estos no vienen á pelo cuando se trata de cosas de formalidad. Ello es, que no quiero dineros por esa via, que *rejelean.**)

— ¿Pero cómo adquirió su hijo de Vd. ese dinero que parece pesarle? preguntó el doctor, interesado ya por aquella atenta y buena anciana.

— Ha de saber Vd., contestó la interrogada, que mi hijo, que era entónces calesero, ajustó su calesa con un caballero inglés, mozo, y buen mozo, que queria, lo propio que sus mercedes, dar un paseo por la playa, y ver el castillo ruinoso del Espíritu Santo.

— Hermoso y entero lo conocí yo, intervino el tio Nicolás; pero los ingleses le volaron por sus propias manos, como otros muchos, cuando la guerra de los franceses de Napoleon.

— Esto fué en Sanlúcar, se entiende, donde está acomodado mi hijo, prosiguió la tia María. Aquel dia no habia salido el sol.

— ¡Qué no habia de haber salido, señora! le interrumpió su compadre: el sol sale todos los dias, y no se para nunca. Tres veces al dia le dice á Dios: ¡Señor! ¡estoy cansado! — y tres veces le contesta Dios: sigue tu senda.

— ¿Y eso es verdad, compadre? preguntó la buena mujer.

— Pues ya se ve.

— Compadre, no sé si lo crea.

— Créalo Vd., señora; que el creer no cuesta dinero; y siga su relacion, contestó el tio Nicolás.

— Pues ello es, — prosiguió la narradora dirigiéndose á sus huéspedes, — que no se veia el cielo sino como un cenicero, que sudaba una harinilla que los iba calando. El inglés cuando llegaron al monte, se apeó y subió á pié, juntó unas ramillas, encendió una hoguera y en ella estuvo quemando papeles y otras cosas. Viendo mi hijo que la lluvia iba engordando, le dijo que si no queria volverse al pueblo; pero el inglés le respondió que no, que se volviese solo con la calesa, porque él queria regresar á pié; diciendo lo cual le entregó un bolsillo. Mi hijo le dió las gracias, y cuando hubo

*) *Rejelear,* es amargar como la hiel.

(N. del E.)

andado un trecho abrió el bolsillo, y viendo que estaba lleno de monedas de oro, se volvió atras y se lo entregó á su dueño, advirtiéndole que al pagarle se habia equivocado; pero el caballero se lo devolvió diciendo que al darle el bolsillo, sabia lo que contenia, y que su gusto y su voluntad eran que se quedase con él. Mi hijo le dijo con el corazon y con la boca mil Dios se lo pague! y se fué.

Algunos dias despues fué requerido por la justicia: acudió, y ¡cuál no seria su asombro y su compasion cuando le llevaron ante un muerto, y en él reconoció al inglés, que tan caritativo y rumboso habia sido para con él!

Al oir estas palabras, el doctor dió muestras de la mas viva inquietud, miéntras el rostro de la marquesa se iba cubriendo de lívida palidez.

— Señora, dijo el primero á la tia María, conozco esa historia que es antigua; sé quién era el viajero, y que murió de una aneurisma; todo se puso entónces en los periódicos.

— ¿Qué sabe Vd. quién es? — repuso la anciana sin comprender las señas que para que callase la hacia el doctor; — pues mire Vd. señor, que aquí nada se pudo averiguar. Como refirió mi hijo, y se comprobó por hallarse donde habia ardido señales de la hoguera, todos sus papeles, su cartera, y cuanto pudo, quemó. Se conocia el empeño que tuvo en que no se supiese quién era, porque nada, ni siquiera un pañuelo se halló en sus bolsillos, cuando habiendo avisado un chiquillo que lo vió flotar, fué sacado el infeliz del aljibe del castillo, en el que hubo de tirarse con intencion de quitarse la vida, segun dicen; y si es así, Dios por su misericordia infinita le haya dado tiempo de arrepentirse, y le haya perdonado! Todos los dias rezo por él en la confianza de que á pesar de su insensato proceder, se arrepentiria á tiempo y clamaria por su perdon, porque era buen cristiano, como lo prueba un anillo que entre las monedas de oro contenia el bolsillo, y en el cual se veia el escudo de Nuestra Señora del Mayor Dolor, esto es, un corazon atravesado por un puñal.

La marquesa dió un grito desgarrador; y cayó al suelo presa de una espantosa convulsion.

IV.

— Señor cura, dijo la tia María saliendo al encuentro de un sacerdote que entraba en su casa, he mandado avisar á su merced, porque hay aquí una obra grande de caridad que hacer. La señora inglesa, ya sabeis de quien hablo, está loca de remate. Mire Vd., señor, que dar la casualidad de ser su señoría la madre de aquel pobre mozo que se ahogó, y que nadie pudo averiguar quién fuese!... y contarle yo misma tan descuidada su muerte! ¡Preciso seria arrancarme la lengua y picarla!

— De todos modos, al fin hubiera llegado á saberlo, tia María, dijo el cura.

— O, no, repuso la buena mujer. Y sobre todo se le hubiera podido ocultar la manera como acaeció la desgracia; no que ahora dice que tiene la culpa de la muerte de su hijo; que es una madre inicua. ¡Pobrecita! si ello es así, ¡cómo la compadezco! Pero no es razon para que sin temor de Dios se quiera matar, lo propio que aquel; ¡como si con eso remediase algo! El pobre señor á quien dice su merced doctor, está sin saber dónde dar de cabeza; hace dos dias que no se desvía de su lado; pero por mas que ha hecho no ha podido lograr que tome la señora ni un buche de caldo ni una sed de agua; no he visto, señor cura, dolor mas cerril ni mas descompuesto! No hace mas que maldecir de su sino, de su vida; sin dar oídos al doctor, ni treguas á su congoja. ¡Ya se ve! si no pide consuelo á quien solo puede dárselo... ¿cómo lo ha de hallar?

— Veámos, pues, de procurárselo, repuso el cura. Dígale Vd., tia María, que estoy aquí y que deseo consolarla.

La tia María se apresuró á cumplir el encargo; pero todos sus esfuerzos para lograr lo que deseaba fueron vanos. Al oir anunciar á una persona extraña, á un cura *papista**), á un entremetido, á un buscador de prosélitos, lady Virginia se estremeció y respondió con decision que no podia, que no queria ver á nadie.

— Señor cura, ni por los Catalanes quiere su merced ver

*) Así llaman los protestantes á los católicos.

á nadie, dijo la buena anciana saliendo de la habitacion de la enferma. ¡Nada! no quiere resignarse, ni quiere consuelos, ni oir la palabra de Dios! No hay peor ciego, padre, que el que no quiere ver; ni peor dolor que el que no quiere ser consolado.

— ¡Cómo ha de ser, tia María! la luz de Dios entra en el alma por la voluntad, y esta la gana la persuasion; pero no se puede imponer, contestó el cura. Ya que Vd. se acerca á ella sin que la rechace, pruebe Vd. á ablandar su corazon, y vea de atraer lágrimas á sus ojos, que estas acallarán las maldiciones en sus labios.

— ¡Yo, señor cura! exclamó la buena anciana, que no tengo estudios ni sé leer? ¿Qué le puedo yo decir, ni cómo atenderá á las palabras de una rústica como yo?

— Las cosas de Dios, tia María, contestó el cura, las saben los rústicos como los sabios, porque están al alcance de todos, y todas las encierra el librito de doctrina, y muchas veces se ha revelado Dios á los sencillos que halló sumisos, y se ha ocultado á los sabidos que halló soberbios. Trate usted de atraer á esta señora que no tiene la fe católica, á nuestras santas creencias; que un buen propósito vale tanto á los ojos de Dios como una buena obra. Dígale Vd. que la virtud se perfecciona en el padecer, como dice el libro de Tobías. Repítale que Dios dice que el que llora será consolado, pero es acudiendo á Él; y cuando vea Vd. que puedo presentarme sin incomodarla, avíseme Vd.

El cura se fué y la tia María volvió á entrar en el cuarto de la doliente. Esta habia caído rendida de su desaliento y desesperacion en una postracion inerte, y aparecia blanca é inmóvil sobre su lecho, como una estatua de mármol sobre un sepulcro; su cabello estaba suelto y en desórden; sus ojos á medio cerrar, parecian estar sin vida; sus manos estaban convulsivamente crispadas, su respiracion era honda y fatigosa. Tan rendido como ella, y en la actitud del mas profundo desaliento, estaba sentado el doctor al lado opuesto de la cama.

La tia María entró, y se sentó al lado de la cama, inmediato á la puerta, y fué diciendo una despues de otra las siguientes frases que no eran escuchadas, ni mucho ménos contestadas.

— Con que..... señora, ¿vamos ya descansando un poquito?

¡Ay señora! ¡soy madre, y no se me oculta lo que estará sufriendo su corazon... porque, en tocando á los hijos, las penas no tienen comparacion con otras!

Pero Dios aprieta y no ahoga. Las penas son llamamientos. Vosotros que os sentís cargados bajo el peso de vuestra miseria, venid á mí, dice el Señor.

Señora, tome su mercé un poco de caldo que le voy á traer; que Dios prohibe que tiremos á matarnos, y quiere que llevemos las penas con conformidad como su SANTA MADRE.

Lady Virginia hizo con su cerrada mano una señal negativa á la oferta de la buena mujer.

— Tened presente, señora, prosiguió esta, que dicen las escrituras que Dios castiga á quien ama, y Tobías que la virtud se perfecciona en el padecer.*)

— ¡Virtud!... no habla eso conmigo, exclamó lady Virginia; ¡no tengo ninguna!

— Ofreced á Dios vuestros dolores, y ya tendreis esa, repuso la anciana.

— Mis dolores no se pueden ofrecer á Dios, exclamó con desatiento la marquesa, ¿sabeis que soy la causa del suicidio de mi hijo, por haber sido esposa infiel y madre desnaturalizada?

— ¡Lady Virginia! Lady Virginia! dijo apurado y en tono de reconvencion el doctor; pero ella, sin atenderle, prosiguió con creciente exaltacion:

— ¡Estoy maldita! entre el cielo y yo, hay un abismo. No, no, para mí no hay paz ni consuelo en la tierra, misericordia ni gloria en el cielo!

— Ya veis, señora, repuso la buena mujer, cómo cuando

*) Viene aquí al caso una observacion. Sabemos que á algunos apreciables extranjeros, no les ha parecido oportuna la costumbre establecida en nuestras iglesias de decir desde el púlpito oraciones que repiten en voz alta y palabra por palabra los fieles. Esto que se hace particularmente á beneficio de la clase popular que no sabe leer, no solo dirige y formula su devocion, no solo la instruye, sino que á ello y á los sermones se debe el que el pueblo español haya enriquecido su memoria con tantas magníficas oraciones, máximas, textos sagrados, y jaculatorias.

se pierde la esperanza, se pierden sus hermanas la fe y la caridad, caridad que no teneis ni con vos misma.

— ¿Y para qué me serviria?

— Para recuperar aquellas.

— ¿No os causo horror?

— No, señora, no; me causais solo lástima, respondió la anciana con un amor y una sinceridad de que dieron testimonio dos lágrimas que subiendo de su corazon á sus ojos resbalaron por sus mejillas como dos rayos de la luna del cielo resbalan sobre una ruina de la tierra.

— Os causo lástima, dijo la marquesa, porque me veis renegar con harta razon de mi existencia, y renunciar á la bienaventuranza que solo existe para los justos.

— No existe solo para los justos la bienaventuranza, señora, que si así fuese, pocos se salvarian. Dice el Salmo: bien sabe el señor el lodo de que nos formó, y siempre tiene presente que no somos mas que polvo; así nos abrió la puerta del perdon, y nos señaló la senda del arrepentimiento para llegar á ella.

— Hay culpas sin perdon, buena mujer.

— Ninguna, señora, si el arrepentimiento es proporcionado á ella. Cuando el señor hubo resucitado, se presentó á sus cuatro discípulos San Juan, Santiago, San Diego*) y San Pedro y enseñándoles su cuerpo destrozado, su cabeza desgarrada por las espinas, y su costado traspasado por la lanza, preguntó á San Juan: ¿Qué merecen los que así me han puesto? — Condenacion eterna, respondió San Juan; y lo propio contestaron Santiago y San Diego á quienes hizo el Señor la misma pregunta. Y volviéndose á San Pedro: — ¿Qué merecen, los que me han puesto en este estado? — Perdon merecen, contestó el apóstol. — ¿Cómo pueden merecerlo, Pedro? le dijo el Señor. — Porque vos lo pedisteis por ellos pendiente de la cruz, respondió el Santo. — Pedro, dijo entónces Cristo, tú serás la cabeza de mi iglesia; lo que tú hagas lo confirmaré en la tierra y en el cielo**). — ¿Y por

*) Santiago el Menor.

**) Si la marquesa hubiera estado capaz de hacerlo, habria dicho á la tia María que lo que decia no constaba en la escritura, y esta de cierto le habria contestado que se sabia de unos á otros.

qué lo hizo? añadió la anciana. Porque halló á Pedro el mas misericordioso, y el que mas presente tuvo que de siete palabras que habló el Señor en la cruz, una fué para perdonar y otra para implorar á su padre que lo hiciese á sus verdugos; ¿y dudais aun del perdon?

— Dios no puede perdonar á una madre que causó la muerte de su hijo; soy una infanticida, condenada y señalada con mas razon que Cain; no hay en la tierra senda buena que puedan pisar mis plantas. Dios me rechazará de su presencia en el otro mundo, y de sus vias en este.

— Señora, ¿y qué me direis, repuso inalterable la anciana, si os digo que á un padre que con sus propias manos, inducido á ello por su genio colérico, mató á un hijo suyo, lo he conocido tranquilo, metido en Dios, viviendo con vida y muriendo con muerte ejemplar?

— ¿Católico? preguntó ansiosa la marquesa.

— Claro es que lo seria, repuso el doctor, solo nuestra religion hace semejantes prodigios.

— ¿Lo conocisteis, decís? preguntó la desesperada madre á la anciana.

— Sí señora, le conocí cuando muchacha, y me parece que lo estoy viendo. Me infundia á un tiempo, horror, veneracion y lástima. Cuando alguna vez me repelia, me decia á mí misma: Pues Dios que es el ofendido olvida, ¿te toca á tí, vil pecadora, recordar? — Su vida era una prolongada penitencia. Todos los años el juéves santo se hincaba aquel pobre criminal á orar ante el monumento, y así permanecia sin moverse, sin tomar aliento ni descanso las veinte y cuatro horas que adora la iglesia al Señor en su sepultura, hasta el viérnes en que las santas ceremonias conmemorativas de la iglesia hacen suceder otras á aquella, la mas tierna y solemne de todas. Entónces, señora, aquel hombre que arrodillado por espacio de todo un dia habia estado implorando misericordia de aquel que por misericordia murió, se recogia á su vivienda y hallaba descanso.*)

— Doctor, preguntó en inglés la marquesa, será... ¿podrá ser eso cierto?

*) Histórico.

— Señora, contestó el doctor, los hechos son incontrovertibles.

— ¿De suerte que lo creeis sin comprenderlo, como lo haceis con los milagros?

— No señora, lo creo comprendiéndolo, porque eso no es ningun milagro, sino legítima consecuencia de nuestras santas y consoladoras doctrinas católicas.

— No puedo creer lo que me decís, dijo lady Virginia á la tia María.

— Señora, si lo que os he dicho no pudiese ser, perseverarian los hombres impenitentes y no habria conversiones, contestó la anciana.

Habia anochecido y la marquesa destrozada y rendida, se quedó dormida.

Á media noche despertó sobresaltada y en su anterior desatiento.

¡María! ¡María! exclamó ¿estais ahí?

— Sí señora, aquí estoy.

— ¿Qué haceis?

— Rezo.

— ¡Oh! rezad, por Dios, en voz alta; quiero oiros; vuestra voz y vuestras palabras me sosiegan. ¡Rezad! ¡rezad por mí!

— Eso hacia, contestó la piadosa anciana, que sintió uno de esos santos goces desconocidos á los que no tienen una alma católica, y levantando sus ojos y su corazon al cielo, entonó esta oracion cuyas palabras repetia la desconsolada madre, por un impremeditado impulso, á medida que iban saliendo de los devotos labios de la religiosa mujer del pueblo católico.

— «Señor mio Jesucristo, criador, padre y redentor mio, por ser vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, á mí me pesa, pésame Señor, de haberos ofendido. Quisiera, Señor, que el corazon se me partiese de dolor, sólo por ser vos el ofendido. Propongo ántes morir que pecar, y huir y apartarme de las ocasiones de ofenderos. Ofrézcoos mi vida, obras y trabajos, en satisfaccion de mis culpas y pecados. Espero en vuestra suma bondad y misericordia infinita que me habeis de perdonar y me dareis gracia para

perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida. Amen.»

Amen! repitió la marquesa, que en este momento se sintió estrechada entre los brazos de la buena anciana que, hecha un mar de lágrimas, le dijo con tierna y gozosa expansion:

— ¡Sois católica, señora! ahora, si habeis pecado Dios os lo perdonará! si sois desgraciada, llevareis vuestra cruz con paciencia y mansedumbre, porque así lo quiere el señor. Ahora esperareis en la misericordia de Dios, porque méritos hareis para alcanzarla; ahora orareis conociendo que la oracion es el bálsamo de todos los dolores; ahora conocereis que la soberbia trae consigo la impenitencia, y esta la desesperacion, y que la humildad trae el arrepentimiento, y este la conformidad, y con ella la paz, único bien real de la vida.

— Pero, señora, dijo fuertemente conmovida la marquesa, si yo adoptase vuestras creencias católicas para mi propio consuelo, hallaria tambien en ellas un desconsuelo sin límites; creeria que mi hijo no se ha salvado!

— Hallariais el consuelo de poder rogar á Dios por su alma, contestó la buena anciana, la dicha de poder inclinar la balanza de su justicia hácia la misericordia, por medio de sufragios, limosnas y buenas obras, hechas en desagravio de su culpa, si la tuvo, lo que ni vos, ni nadie sino Dios, puede saber y juzgar, porque cosas hace á veces el hombre en momentos en que no está en su juicio, y hay otras en que el arrepentimiento sigue tan de cerca al hecho, y de tal manera, que escapa á los ojos de los hombres, pero no á los de Dios, para quien nada hay oculto, y que derrama su santo perdon con mas amor sobre los desgraciados.

— Doctor, dijo la marquesa prorumpiendo en un copioso llanto, abrazadme como hermana, pues aunque indigna de serlo, soy católica! Ved, ya quiero vivir! sí, quiero vivir para rezar y encomendar á la clemencia de Dios á mi desgraciado hijo, é implorar su misericordioso perdon para ambos! Quiero hacer penitencia de mis culpas; quiero hacer buenas obras, con el estímulo y el consuelo de que Dios las recibirá como parte de expiacion de las culpas de mi hijo y de las mias; solo esto puede hacerme soportable la vida. Lo

siento, sí! solo á la religion es dado consolar, pero á una religion viva, precisa, ferviente y práctica.

— ¿Veis, querida lady Virginia, repuso profundamente conmovido el doctor apretando entre las suyas una de las manos de la marquesa, ¿veis porque os deseaba arrepentida? No para mas enloqueceros, no; sino para atraeros á este estado, en el que, cuando la criatura contrita y humillada hinca la rodilla, cruza sus manos y baja la cabeza, Dios levanta su corazon!

EPÍLOGO.

Un año despues decia la presidenta de una sociedad bíblica de Londres, en su reunion á las demas socias: ¿Sabeis la increible noticia que me han dado? Lady Virginia Arnim, que despues de la muerte de su marido partió tan repentinamente á restablecer su salud al mediodía de España, ha vuelto de allá católica!

— ¿De veras? exclamaron todas, ¡ella! la conocida contraria de los católicos?

— Sí, señoras, ella, su conocida contraria. Pueden ustedes graduar los medios que para alcanzar este triunfo habrán puesto por obra aquellos *fanáticos*. Se habrán unido al intento todos los frailes, curas, canónigos, doctores y obispos. Le habrán pintado su infierno con los pinceles de su Murillo; nos habrán mostrado á todos condenados, y en una palabra, habrán asustado, aturrullado, confundido, turbado su clara razon, hasta llegar á dominarla con un crucifijo en las manos y el anatema en los labios.

— ¡Qué escándalo! exclamaron todas las socias á una voz. ¡El maldito proselitismo de los *papistas*!

— Señoras, dijo una jóven echándose á reir — ¿y á qué estais aquí reunidas sino para propagar vuestras ideas por medio de lo que os place llamar *maldito proselitismo* cuando se aplica á las que no son vuestras? No seamos tan injustas, pues si lo somos, haremos patente que tenemos una gran dósis de tontería ú otra mayor de mala fe. Aquí hay libertad de cultos, y con medios clandestinos y poco honrosos nos entrometemos á destruir calumniándola su religion, y á imponerles subversivamente la nuestra por medio de misioneros disfrazados y de libros prohibidos por su iglesia y por su gobierno; y si alguno de nosotros va allí y abraza sus creencias por considerarlas mejores y mas adecuadas á su sentir, gritais que es un escándalo!

— Miss Adelina, dijo encendido el rostro de coraje la

presidenta, me parece que si vuestra madre os oyese, os mandaria callar.

— ¿Porqué?

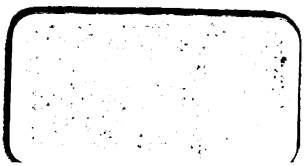
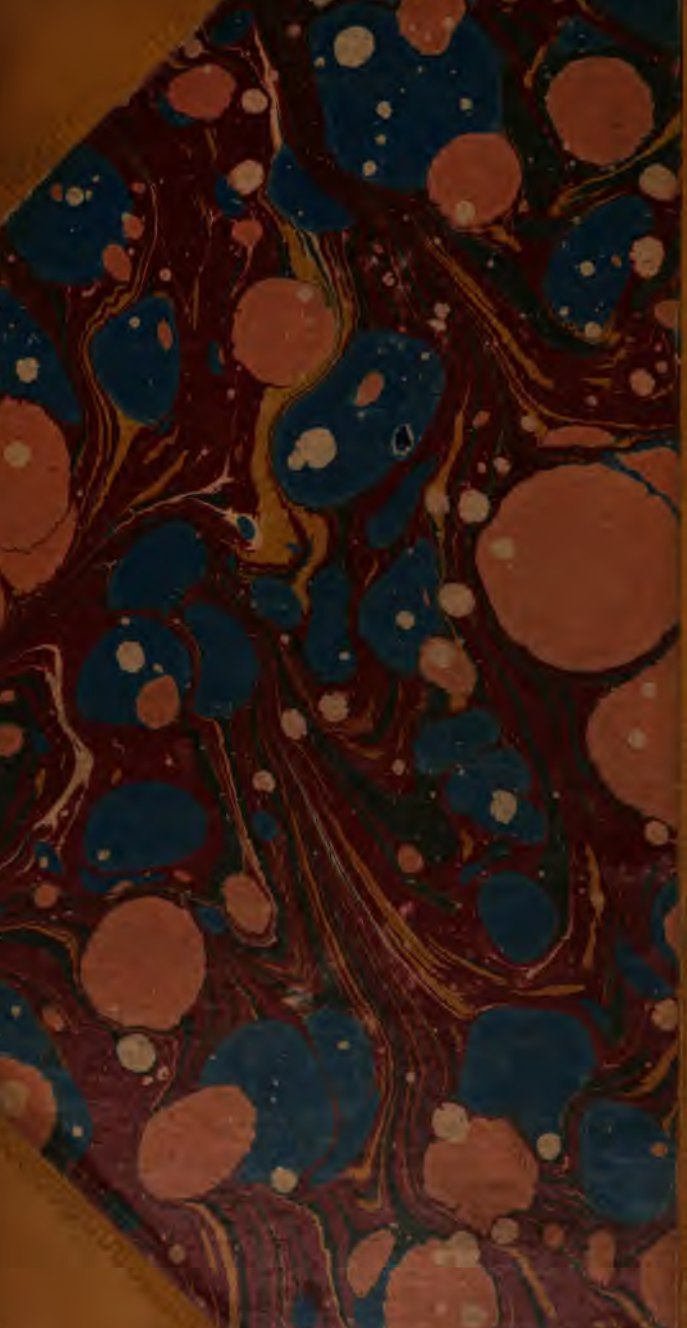
— Porque chocais con la opinion general.

— Si choco con ella, es porque es chocante, Mistress Firefly, repuso Miss Adelina, sobre todo cuando veo que recae hostilmente sobre la hermosa lady Virginia Arnim, que renunciando al mundo y á sus goces y á sus comodidades, y hasta á su caudal, ha empleado este en fundar un establecimiento de beneficencia para enfermos desvalidos, á quienes cuida por sí misma, como las hermanas de caridad católicas, con admirable abnegacion y celo. Si la vierais como yo la vi cuando para consultar al doctor fué mi madre á aquel santo establecimiento! ¡Quién hubiera reconocido á la orgullosa lady Virginia en aquella humilde enfermera! aquel lujo tan fastuoso en el sencillo vestido de lana negro que la vestia! ¡aquella arrogancia altiva en su humilde modestia!

— Todo eso es muy afectado y chocante, opinó la señora Firefly.

— Pues yo lo hallo muy sincero y edificante, contestó la jóven.

Al dia siguiente se reunieron la presidenta y principales socios en conciliábulo, y de él resultó la expulsion de Miss Adelina de la sociedad.

Miss Adelina comunicó al doctor lo referido, y este le dijo: Tened presente, Miss Adelina, cuando oigais semejantes cosas en boca de enemigos tan encarnizados de nuestra santa religion, que dice Fitz-Williams que el tránsito de la iglesia á una secta se hace generalmente por el camino de los vicios, y el de una secta á la iglesia *siempre* por el de las virtudes. En cuanto á esas señoras, podeis decirles, si volveis á verlas, que no fueron frailes, curas, doctores, ni obispos en liga y union con el crucifijo en la mano y el anatema en los labios, los que convencieron á lady Virginia confundiéndola y *amedrentándola*, como les place suponerlo, sino una sencilla y buena anciana del pueblo, *consolándola*, y abriendo así su corazon á las santas virtudes, fe, esperanza y caridad, que en él tienen su asiento.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.